AVENTUREROS Y PROLETARIOS

LOS EMIGRANTES EN HISPANOAMÉRICA

Magnus Mörner

COLECCIONES MAPFRE 1492

En la época colonial la migración estaba controlada por el Estado. Desde su independencia, los Estados trataron de atraer colonos extranjeros, pero hubieron de esperar a los cambios tecnológicos y al aumento de población para que se diera la emigración masiva de europeos a mediados del siglo XIX. La primera oleada fue en Europa, al trasladarse los campesinos a los centros industriales, donde formaron la clase obrera. La segunda, de inmigración masiva, hizo a los europeos cruzar el Atlántico entre 1850 y 1930. Los recién llegados mejoraron su nivel de vida y ayudaron al desarrollo de los países receptores. La tercera oleada llevó a trabajadores contratados a las minas y plantaciones del trópico. Avanzado el siglo XX, los factores políticos se han convertido en los principales motivos de migración. No podemos olvidar las grandes migraciones internas de las áreas rurales a las grandes ciudades. El autor centra este interesante trabajo en las migraciones a Iberoamérica y en las que se producen masivamente en el interior del continente.

Magnus Mörner (Mellösa - Suecia, 1924). Doctor en Filosofía y Letras. Catedrático de la Universidad de Gotemburgo. Obras: *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata. La era de los Habsburgos* (1968), *La mezcla de razas en la historia de América Latina* (1969), *La Corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América* (1970).

Colección América 92

AVENTUREROS Y PROLETARIOS
Los emigrantes en Hispanoamérica

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción: Alexandra Berk
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Magnus Mörner
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-381-3
Depósito legal: M. 26621-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

MAGNUS MÖRNER

En colaboración con
HAROLD SIMS

AVENTUREROS Y PROLETARIOS

LOS EMIGRANTES EN HISPANOAMÉRICA

EDITORIAL
MAPFRE

Este libro está dedicado a mis anteriores colegas del departamento de Historia de la Universidad de Pittsburgh, un ambiente intelectual excepcionalmente dinámico y estimulante.

ÍNDICE

Prefacio a la edición castellana 11

Introducción 13

Capítulo I. La Corona española y el poblamiento de América. 17

Números, composición geográfica y social de la emigración española 19

Distribución y funciones de los peninsulares en Hispanoamérica 30

El fenómeno migratorio en el Brasil portugués 33

Capítulo II. El temprano período nacional: nuevos rumbos migratorios 37

La emergencia de una nueva política de inmigración 37

Las primeras corrientes de inmigrantes europeos 39

La sustitución de los esclavos por trabajadores contratados 45

Tres estudios de procesos históricos: Argentina, Uruguay y la colonia española de Cuba 49

Capítulo III. La inmigración en masa: el contexto europeo y la selección en América Latina 55

El contexto europeo 55

La selección en América Latina 60

Capítulo IV. Inmigración en masa: número, composición, distribución y función 71

La medición cuantitativa aproximada 71

Las características sociales y nacionales de los inmigrantes que llegaban a América Latina 75

Distribución y función de los inmigrantes en los países receptores. 82
Factores en el movimiento migratorio 90

Capítulo V. El proceso de asimilación 99
Fracasos y éxitos 99

Capítulo VI. El impacto en los países receptores 111

Capítulo VII. La inmigración a partir de 1930 123
El impacto de la depresión 123
El impacto de las guerras europeas y asiáticas 130
Los años de la posguerra 131

Capítulo VIII. La inmigración desde y en América Latina 141
La fuga de la población 141
La inmigración entre los países de América Latina 152
Migración entre regiones 157
Migración rural hacia la urbe 161

Comentarios finales 173

APÉNDICES

Índice de tablas y gráficos 183
Bibliografía 185
Índice onomástico 215
Índice toponímico 217

PREFACIO A LA EDICIÓN CASTELLANA

Este libro tiene su origen en un encargo de la UNESCO de redactar, a mediados de la década de 1970, la introducción a una obra colectiva sobre «América Latina: Culturas inmigratorias». Pero sólo llegó a publicarse un capítulo de mi manuscrito de entonces en la revista *Culture* de la misma UNESCO. El libro que ahora por fin podrá salir en español es, en efecto, un resultado de mi estancia como profesor titular de la cátedra de Historia Andrew W. Mellon en la Universidad de Pittsburgh en Estados Unidos, desde 1976 hasta 1981. Allí mi colega y amigo Harold D. Sims me ayudó a ampliar, mejorar y traducir mi manuscrito anterior al inglés, mientras que dos de los estudiantes de entonces, George Calafut y Laird Bergad, se hicieron cargo de la recopilación del material estadístico necesario. Se debería incluso mencionar que la esposa de mi colega Sims, doña Retsuko, especialista en informática, se hizo cargo de la preparación de las tablas estadísticas del libro. La versión inglesa salió como edición de la «University of Pittsburgh Press» y de la UNESCO de París en 1985.

Ha sido para mí una enorme satisfacción que la Fundación Mapfre América haya querido incluir en sus colecciones de libros editados con motivo del Quinto Centenario una versión castellana de éste. Desde luego, su tema constituye un hilo rojo de la evolución histórica de las naciones latinoamericanas. Soy bien consciente, sin embargo, de las limitaciones y otras debilidades de un libro tan pequeño que trata sobre un tema a la vez multifacético e inmensamente grande. Estoy también muy agradecido a la UNESCO por haber dado su autorización para esta edición.

Me he visto obligado a revisar y también ampliar la parte introductoria sobre el período colonial. La causa ha sido simplemente el gran avance de la investigación histórica, especialmente en España, en torno a la emigración a Indias durante la época colonial desde los años 1970. Mientras que el período colonial en la versión original no abarcó más que un solo capítulo, para los fines de la versión presente lo he dividido en cuatro capítulos, en gran parte escritos de nuevo. No he podido hacer lo mismo con respecto al período nacional, es decir, la mayor parte del libro. Aunque aquí también se podrán notar muchas contribuciones nuevas, creo que estos capítulos se defienden mejor, con sólo algún que otro cambio pequeño.

He podido realizar este trabajo de revisión como Profesor Visitante en el ambiente hospitalario de la Universidad Católica de Eichstätt, Alemania, en donde el estudio de América Latina tiene prioridad.

Eichstätt, febrero de 1992
Magnus Mörner

INTRODUCCIÓN

Hasta donde alcanzan a ver los historiadores y arqueólogos a través de la neblina del pasado, individuos dispersos con o sin familia, al igual que grandes grupos humanos, se trasladan habitualmente de un lugar a otro. A veces, su destino debe estar claramente definido, en especial cuando se trataba de distancias cortas; pero en otras ocasiones los emigrantes parecen vagar sin rumbo en busca de mejores condiciones de supervivencia.

En el pasado remoto, dichos movimientos migratorios son muy difíciles de determinar, ya que, a menudo, sólo se pueden hacer suposiciones a partir de cambios bruscos en las pautas culturales, como las costumbres funerarias, el tipo de utensilios o de armas. Además, la mayoría de las veces los relatos primitivos de los movimientos de tribus se confunden con la leyenda y el mito en torno al héroe cultural. Por otra parte, y salvo llamativas excepciones como la invasión mongola de Europa o las cruzadas, los movimientos solían cubrir distancias cortas o eran extremadamente lentos, llegando a abarcar varias generaciones, como en el caso de los celtas, germánicos o eslavos.

Pero desde la Era del Descubrimiento (por utilizar un concepto admitido, aun cuando sea etnocéntrico) los movimientos humanos masivos adquieren una nueva dimensión a causa de la constante mejora de los medios de transporte y de un apoyo que dieron los nuevos Estados europeos a la iniciativa de establecer colonias en ultramar. De este modo, la población emigrada se sobrepuso a la población nativa o, de hecho, las reemplazó para convertirse en la base de la formación de las nuevas sociedades construidas a partir del modelo europeo. Así ha ocurrido en América, Australia, Sudáfrica y

en gran número de los territorios menores desperdigados en todo el mundo.

Sin embargo, teniendo en cuenta una perspectiva temporal más amplia, estos movimientos humanos resultan modestos, tanto en términos relativos como absolutos, si tenemos en cuenta lo ocurrido en siglos recientes. Hay que observar que el transporte era lento, caro y bastante peligroso; además, sólo una pequeña parte de los europeos estaba dispuesta a cambiar una vida pobre en su tierra natal por una vida posiblemente mejor más allá del mar. Esta es la razón por la que una gran proporción de los que cruzaban el Atlántico, en una dirección u otra, fueron esclavos negros y trabajadores obligados por medio de contrato.

Sólo hacia la mitad del siglo XIX empezó realmente la era de migración de masas producida por el crecimiento demográfico en Europa, por los mejores y más baratos medios de transporte y por la formación de un mercado mundial dividido estrictamente entre productores industriales y productores primarios. En un principio, los emigrantes esperaban trabajar como productores de alimentos y otros artículos primarios necesarios para Europa, en donde había comenzado la industrialización. Así, la mayor parte de la emigración de masas tuvo lugar entre 1850 y 1930, fecha esta última en que la Gran Depresión colapsó el mercado mundial.

En el presente libro nuestra atención, dentro de este fenómeno mundial, se centrará en América Latina, puesto que el impacto de la inmigración en términos demográficos y sociales es absolutamente fundamental en esta zona, por ejemplo en Argentina, Uruguay, en el sur de Chile y Brasil, o en Cuba. Pero también intentaremos perfilar desarrollos más recientes, caracterizados por la salida de grupos de América Latina hacia otros lugares del mundo que son, desde su punto de vista, más prometedores; asimismo, se repasarán brevemente las migraciones masivas que tienen lugar en el interior de América Latina.

A fin de tratar con claridad, como nos proponemos, vastos y complejos temas, deberemos establecer desde el principio definiciones estrictas. *Migración* implica un movimiento espacial con objetivos duraderos y con resultados; la población que emigra ha tomado una decisión como resultado de una evaluación comparativa entre su situación en el lugar de origen y la que esperan tener en el lugar de

destino [1]; toda migración tiene relevancia histórica en el grado de haber ejercido una influencia significativa en el cambio estructural de la tierra originaria, la nueva tierra, o ambas [2]. En cualquier caso, aquí sólo vamos a considerar el impacto de la migración en los países de recepción de América Latina, no en los de origen.

Debe quedar claro que la población originaria de América (esto es, los antecesores de los latinoamericanos) no será tenida en cuenta aquí, puesto que las emigraciones tuvieron lugar, en este caso, en tiempos remotos prehistóricos. Tampoco trataremos acerca de los esclavos africanos, ya que su traslado no fue voluntario. Es obvio que la introducción de trabajadores contratados presenta considerables similitudes con el comercio de esclavos; pero, al menos, en aquel caso tenemos la presunción de que el contrato se hacía voluntariamente. Sobre este tema habremos de volver brevemente.

En cualquier caso, este estudio se ocupará ante todo del desplazamiento masivo voluntario que, en el caso de América Latina, tuvo lugar entre el final del siglo XIX y la Gran Depresión del los años 30. En cuanto a las migraciones internacionales y nacionales que se produjeron en el interior de América Latina en el siglo XX serán brevemente perfiladas desde una perspectiva histórica.

[1] Nuestra definición es una versión modificada de la versión de Mangalam y Schwarzweller (1970). Comparar con la de Lee (1966, p. 49), y Butterworth y Chance (1981, p. 35), quienes prefieren una definición operacional de migración, a saber: «un cambio permanente o semipermanente de residencia de individuos, familias o grandes colectivos de un lugar geográfico a otro, que tiene como resultado cambios en el sistema interactivo de los emigrantes». La migración también se puede analizar como un aspecto del comportamiento individual humano centrado en las «trayectorias espacio-temporales» de los individuos. Ver Hägerstand (1969). Köllmann y Marschalck (1980) intentan desarrollar una tipología de la migración relacionando diferentes grupos de motivaciones, incentivos, y fines para explicar si es probable que se queden o vuelvan. Así, cuando los motivos de un individuo son económicos, sus incentivos especulativos, y su forma de emigrar, es individual, un inmigrante es probable que planee volver. Cuando el motivo de un grupo es religioso o ideológico, los incentivos son amenazas, y la forma de emigrar es en comunidad, su intención es permanecer, y así sucesivamente.

[2] El significado histórico del fenómeno migratorio fue discutido en un seminario de la facultad en la Universidad de Pittsburgh, que presidía Julius Rubin, en diciembre de 1976, del cual nos hemos beneficiado. Para conocer la situación de la investigación histórica de la migración internacional, ver Thistlethwaite (1960), y Akerman (1975).

Capítulo I

LA CORONA ESPAÑOLA Y EL POBLAMIENTO DE AMÉRICA

Casi desde el comienzo, la emigración desde España a Indias estuvo regida por estrictas normas impuestas por la Corona. En principio, sólo sujetos de las Coronas de Castilla y de Aragón, quienes podían probar su «limpieza de sangre», es decir, que no eran ni descendían de judíos conversos, moros y, aún peor, gitanos, ni habían sido declarados culpables por el Santo Oficio de la Inquisición, podían conseguir permiso de trasladarse a Indias. Durante el Imperio de Carlos V de Alemania, I de España, hubo un episodio «liberal», en el que se admitía incluso a súbditos de sus demás Coronas, pero esto sólo duró desde 1526 hasta 1538. Luego, a los no-españoles les estaba prohibido asentarse en las Indias y ni siquiera visitarlas. Sin embargo, hubo quienes lograron conseguir naturalización en España antes de solicitar el pase. Otros lograron pasar por el control haciendo alguna que otra trampa [1].

Al principio, el control regio sobre la emigración fue ejercido por la Casa de Contratación de Sevilla. Luego, a partir de 1546, el Consejo de Indias de Madrid fue encargado de la tarea. Como consecuencia de la legislación en cuestión aparecieron, y han sido en su mayor parte conservadas, varias series de registros, como los «Libros de asientos» enumerando a los pasajeros (1509-1701) y las «Informaciones y licen-

[1] Mörner (1976, pp. 737-82, 797-804), para más detalles. En la bibliografía hay varios estudios pioneros del fallecido profesor Richard Konetzke sobre la materia. En estudio de 147 casos de «cartas de naturaleza» conseguidas por extranjeros antes de salir, 1700-1792, es el de J. M. Morales Álvarez (1980).

cias de pasajeros» que recogen datos adicionales (1534-1790). Volveré sobre su uso como fuentes históricas.

Los que deseaban partir tenían primero que presentar en Madrid un testimonio de que tenían título para marcharse. Luego tenían que recoger su permiso de embarque con el correspondiente registro en la Casa sevillana, la cual, a su vez, despachaba las listas de pasajeros al Consejo.

Con respecto a los extranjeros llegados a América de una u otra forma extralegal, muchas veces ocurrió que podían allí conseguir una exención de la prohibición general mediante el pago de una tasa fija, un procedimiento llamado «composición», usado incluso en otras conexiones. Este tipo de «corrupción legal» se extendió en el siglo XVII a consecuencia de la penuria cada vez mayor del Fisco Real.

Ha habido historiadores que han subrayado la existencia de una verdadera política de emigración de la Corona restringiendo o fomentando el flujo migratorio según convenía a los reinos de España y de América, respectivamente. Sin embargo, no habrá que exagerar la importancia de tales intenciones a causa de las argucias y fraudes que invadían todo el sistema. Además, las numerosísimas cartas de emigrantes a sus parientes en España encontradas por los historiadores —Enrique Otte en particular, en los años 1960— demuestran con toda claridad que todo el fenómeno migratorio yacía sobre decisiones individuales, aunque las mismas cartas servían a los parientes para sacar licencias de emigración del Consejo encargado. Fueron generalmente los maridos o padres llegados ya a Indias y que escribían las cartas, quienes pagaron los pasajes. Sólo en el siglo XVIII se iban a realizar varios proyectos de colonización en áreas periféricas del Imperio por parte de las autoridades estatales [2], pero con una excepción, el intento

[2] Sobre los extranjeros en Indias, Wolff (1961), Campbell (1972), Vila Villar (1979), Nunn (1979), trabajo particularmente valioso. Calcula con un total de no menos de 1.500 extranjeros en Nueva España entre 1700 y 1760, es decir un 3 por ciento de todos los residentes novohispanos nacidos en Europa. El minucioso estudio de J. Ortiz de la Tabla (1983) se refiere a un grupo de 175 extranjeros en la Audiencia de Quito que alrededor de 1600 fueron obligados a pagar un promedio de 100 pesos para obtener «composición». De acuerdo con Boyd-Bowman (1973), el 2,8 por ciento de las licencias otorgadas por las autoridades españolas 1493-1579, eran para extranjeros. En 1595-98 subió al 4 por ciento, casi todos portugueses (él mismo, 1976 b), p. 725. Una edición completa de

de poblar la isla de Trinidad en 1783, que acababa de ser conquista por España. Allí la prohibición *general* con respecto a extranjeros quedó en pie. Esto no deja de ser un contraste con la política borbónica de atraer y asentar a colonos extranjeros en la misma España, pero se explica por razones de seguridad. Aunque la calidad de la administración como tal mejoró bajo los Borbones, una de sus reformas, la del «Comercio libre» que a partir de 1764 poco a poco permitió a otro puertos participar en la navegación con Indias, debió de haber debilitado el sistema de control sobre el tráfico de pasajeros. Hay, por ejemplo, una discrepancia entre el declive notado en las licencias para salidas desde Cádiz y el número creciente de hijos radicados en América que se ve en testamentos de fines del siglo XVIII [3] estudiados en Galicia.

Números, composición geográfica y social de la emigración española

En los años 1940 la dirección del Archivo General de Indias creyó poder resolver el problema de cuántos eran los españoles que iban a América publicando los datos de las series ya referidas. Los tres primeros tomos de un Catálogo de Pasajeros a Indias se publicaron en 1940-1946 conteniendo un total de 15.480 «partidas» para el período de 1509-1559. Aunque muchas partidas comprendían más de una persona, como «total» este guarismo resultó absurdamente bajo, como no tardó en demostrar Juan Friede y otros historiadores más tarde. Según Friede el «total» sería más bien de unas 150.000 personas hasta 1550. Sin entrar en el debate, el Archivo retomó la publicación del Catálogo en 1980. Con el sexto tomo (1986) se había llegado al año 1600 y había un total acumulado desde 1509 de 36.568 partidas. Especialmente tratándose de grupos de religiosos una sola partida podía comprender a varias personas. Sin embargo, los propios editores no han contado a cuántas personas corresponden.

las cartas referidas en el texto para el período de 1540-1616 realizadas por Otte (1988); para el siglo XVIII otra colección de cartas editada por Macías y Morales Padrón (1991).

[3] Sobre la inmigración en Trinidad, 1783-97, de, sobre todo, franceses, véase Sevilla Soler (1988). Sobre la emigración gallega después de 1764, Eiras Roel (1991, p. 19).

Basándose en éstas y otras fuentes, Peter Boyd-Bowman, lingüista e historiador, comenzó en los años 1960 un ingente Índice geobiográfico de los pobladores españoles en América. En 1976 ya había alcanzado hasta el año 1600 un total de 54.881 individuos inidentificados. Boyd-Bowman, quien emprendió su magna tarea de investigación para fines esencialmente lingüísticos, nunca pretendió que sus datos fuesen exhaustivos, ni mucho menos, sino que supusiesen aproximadamente un 20 por ciento del total.

Al combinar los datos de Boyd-Bowman con los de la pareja Pierre y Huguette Chaunu sobre la navegación y comercio entre España e Hispanoamérica desde 1500 hasta 1650, he elaborado, por mi parte, un cálculo de la emigración relativamente cauto según el cual se trataría de unas 250.000 personas durante el siglo XVII y otras 200.000 para la primera mitad del siglo XVII, es decir, un total de 450.000 hasta 1650 [4]. Ver Tabla I.

Es probable que tenga que sufrir modificaciones con el avance de la investigación, pero hasta ahora no he tenido por qué emprenderlas. Aunque durante los últimos años se ha investigado mucho, sobre todo en España, sobre el asunto con la publicación de un sinnúmero de artículos sobre distritos y períodos generalmente muy limitados, globalmente todavía no podemos lanzar ni siquiera un cálculo aproximado sobre el largo período de 1650 hasta 1810.

Al mismo tiempo, para el período anterior a 1600 si los datos concretos de Boyd-Bowman, abarcan como yo creo, el 23 por ciento del número total, bastan sin duda como base para los porcentajes que él mismo ha sacado sobre la composición de sexo, distribución geográfica, etc., de la corriente [5].

[4] Catálogo (1940-86), Friede (1952), Mörner (1975), Boyd-Bowman (1964), (1973), (1976 a, b, c,) y estudios anteriores; Chaunu y Chaunu (1955-58).

[5] Tengo una reseña por publicarse sobre el estado de la investigación en el Suplemento del Anuario de Estudios Americanos de Sevilla (1991:2). El «cálculo» de Hernández Sánchez Barba (1961, p. 31), alegando un total de 52.500 emigrantes a Indias en el siglo XVIII se basa en datos de tres años dispersos, lo que le da poco valor. No obstante, parece ser reflejado en la reseña de Sánchez-Albornoz (1984, p. 31). Otra conjetura, no más, es la de Eltis (1980, p. 254), sugiriendo un total de 750.000 emigrantes a América hasta 1820. En la bibliografía del presente libro se han incluido al menos parte de los numerosísimos estudios de historia locales que pueden ayudarnos a formar una idea muy general de las dimensiones del fenómeno migratorio.

TABLA I

Marco cuantitativo aproximado de la migración española a ultramar, 1500-1650

A. Promedio de tonelaje por barco («toneladas»).
B. Número medio de tripulación por barco.
C. Número medio de pasajeros por barco.
D. Promedio total de viajes a Occidente.
E. Número medio total de pasajeros (C. multiplicado por D.)
F. Exceso de jornadas o viajes occidentales sobre los orientales.
G. Número medio de marineros que se quedan en las Américas: B. multiplicado por F. pérdida 20 por ciento.
H. Número estimado de emigrantes ultramarinos (E. más G.).

Período	A.	B.	C.	D.	E.	F.	G.	H.
1506-1540	100	30	15	1.781	26.715	689	16.536	43.251
1541-1560	150	40	20	1.511	30.220	305	12.200	42.420
1506-1560								85.671
1561-1600	230	60	30	3.497	104.910	1.089	52.272	157.182
1506-1600								242.853
1601-1625	230	60	30	2.480	74.400	769	36.912	111.312
1626-1650	300	80	40	1.366	54.640	451	28.864	83.504
1601-1650								194.816
1506-1650								437.669

Promedio anual
1506-1560: 1.587
1506-1600: 2.584
1561-1600: 3.930
1601-1650: 3.896
1506-1650: 3.039

Fuentes y comentarios:

A. Basado en Chaunu y Chaunu (1955-58), VI:6, p. 168.

B. Basado en Carande (1943), p. 274 f. Se dan tripulaciones mínimas requeridas para las varias unidades de tonelaje. Compárese Chaunu...VI:1, p. 305 f. Ver también Parry (1964), p. 85.

C. Nuestra aproximación para el período de 1506-1560 es algo más baja que la de Friede (1952), p. 471 f. Sin embargo, mantenemos su relación entre tripulaciones y pasajeros para los últimos períodos. En materia tan incierta nuestras conjeturas deben mantenerse por debajo.

D. Chaunu..., VI:6, p. 337. El total (1506-1650) es 10.635.

F. Chaunu..., VI:6, p. 337.

G. La deducción tiene que compensar por la mortandad durante los viajes a Occidente debido a naufragio y a otras causas, y también los regresados en otros barcos. Sobre la pérdida de barcos durante las jornadas a Occidente, ver Chaunu.., VI:6 bis, pp. 861-64.

La imagen tradicional ha sido que la emigración española a América fue por mucho tiempo un fenómeno casi enteramente masculino. En este aspecto, Boyd-Bowman ha evolucionado nuestros conocimientos. Cierto que hasta 1539, es decir, la Conquista, las mujeres no superaban el 6 por ciento del total. Pero a mediados del siglo ya se trataba de casi un cuarto y en 1560-79 del 28,5 por ciento, para bajar levemente en 1580-1600 al 26 por ciento. Hacia fin del siglo, en los años 1595-98, sin embargo, la emigración femenina había llegado a no menos del 35,3 por ciento. (Ver gráfico 1) [6].

Hasta 1539, los andaluces constituían el mayor grupo de entre los emigrantes, con el 34,4 por ciento. Entre 1535 y 1579, aún más, el 36,9 hasta llegar al 42,2 por ciento en 1580-1600. Las Castillas y Extremadura seguían luego a lo largo de la centuria. Dentro de las diversas provincias españolas, destacaban una serie de ciudades por sus altos porcentajes de emigrantes: Sevilla, Toledo, Madrid, Valladolid y Córdoba. También hubo una mayor densidad de emigrantes en provincias y poblaciones situadas a lo largo de las principales rutas de la meseta. Por allí se recibían más fácilmente noticias sobre el «Nuevo Mundo».

Todo este patrón sugiere fuertemente el predominio de fuerzas de «atracción» sobre la emigración ultramarina del siglo XVI. (Ver mapa 1). Un equipo de investigadores de la Universidad de Córdoba en años recientes ha trabajado en el estudio de los siglos XVII y XVIII. Para el período de 1601-50 han encontrado un total de 7.477 andaluces, siendo mujeres no menos del 47,3 por ciento. Para el siglo XVIII, en cambio, las cifras que proporcionan son sólo 26,81 y 12,8 por ciento, respectivamente [7].

Por otra parte, los datos dispersos que tenemos sugieren que hubo un camino estructural de la composición regional de la emigración después de la profunda crisis socio-económica del siglo XVII. Un elenco de unos 1.117 peninsulares en la ciudad de México en 1689 revela que después de andaluces y castellanos, los vizcaínos ocupaban ya el tercer puesto con el 14,5 por ciento del total y los gallegos el cuarto con 6,8.

[6] Además de los trabajos de Boyd-Bowman, véanse Lockhart (1968, pp. 150-77), Burkett (1975) y Lavrín (1984, pp. 322-26).

[7] Mörner (1975), Díaz-Trechuelo y García-Abásolo (1988), Dueñas Olmo y Garrido Aranda (1988). Agradecemos, además, las informaciones por carta del profesor Garrido Aranda.

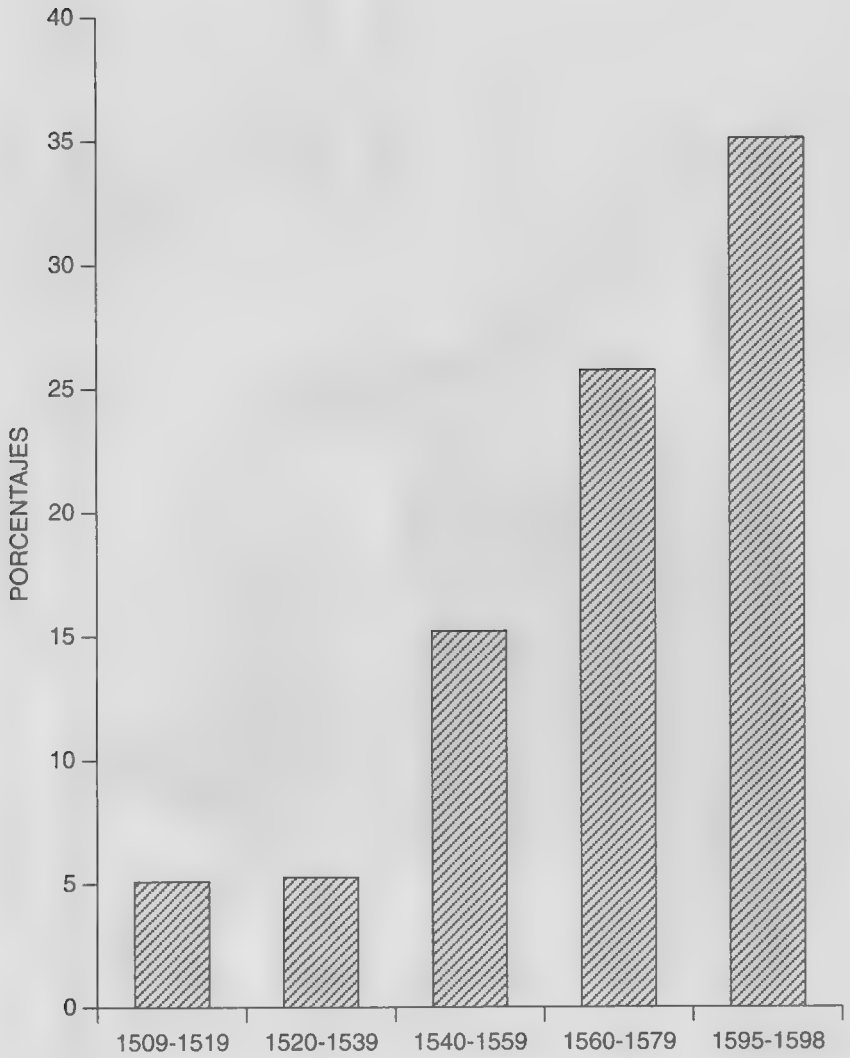
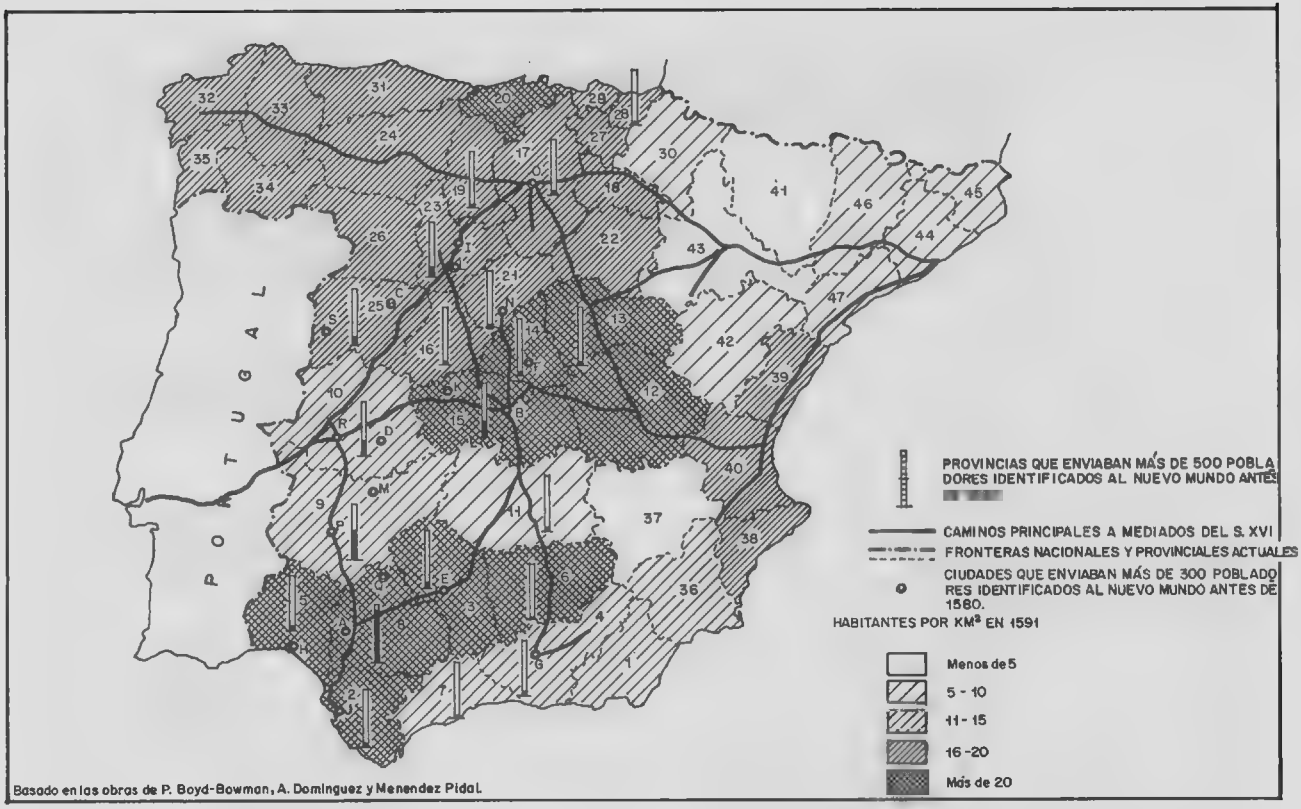


Gráfico 1. Porcentaje de mujeres entre emigrados españoles a ultramar, 1509-1598. *Fuente:* Mörner (1982, p. 24). Basado en Boyd-Bowman (1976 b).



Mapa 1. La España del siglo xvi: densidad de población. Caminos principales y emigración ultramarina.

I

REGIONES MODERNAS Y PROVINCIAS

Andalucía:

1. Almería
2. Cádiz
3. Córdoba
4. Granada
5. Huelva
6. Jaén
7. Málaga
8. Sevilla

Extremadura:

9. Badajoz
10. Cáceres

Castilla La Nueva:

11. Ciudad Real
12. Cuenca
13. Guadalajara
14. Madrid
15. Toledo

Castilla La Vieja:

16. Ávila
17. Burgos
18. Logroño
19. Palencia
20. Santander
21. Segovia
22. Soria
23. Valladolid

León:

24. León
25. Salamanca
26. Zamora

Provincias Vascongadas

27. Álava
28. Guipúzcoa
29. Vizcaya

Navarra:

30. Navarra

Asturias:

31. Oviedo

Galicia:

32. La Coruña
33. Lugo
34. Orense
35. Pontevedra

Murcia:

36. Murcia
37. Albacete

Valencia

38. Alicante
39. Castellón
40. Valencia

Aragón:

41. Huesca
42. Teruel
43. Zaragoza

Cataluña:

44. Barcelona
45. Gerona
46. Lérida
47. Tarragona

Baleares y las islas Canarias

No aparecen en el mapa.

II

CIUDADES QUE ENVÍAN MÁS DE 300 POBLADORES IDENTIFICADOS AL NUEVO MUNDO ANTES DE 1580

A. Sevilla
B. Toledo
C. Salamanca
D. Trujillo
E. Córdoba
F. Madrid
G. Granada
H. Palos-Moguer
I. Valladolid
J. Jerez de la Frontera
K. Talavera
L. Medina del Campo
M. Medellín
N. Segovia
O. Burgos
P. Zafra
Q. Guadalcanal
R. Cáceres
S. Ciudad Rodrigo

III

Río

Guadalquivir.

Con respecto a Canarias, su emigración parece haber sido subestimada tanto por el Catálogo de Pasajeros como por Boyd-Bowman. Se ha sugerido una emigración total desde Canarias durante el siglo XVI de 10.000 personas [8].

De acuerdo con un análisis del censo novoespañol de 1792, no menos del 64 por ciento de los más de mil peninsulares estudiados eran de la costa norte: Galicia, Vizcaya, Cantabria, al igual que Asturias, regiones superpobladas en los términos de la época, lo mismo que las Islas Canarias en el Atlántico. Mientras en el siglo XVI el patrón de la emigración sugiere la preponderancia de factores de atracción, es obvio que en el siglo XVIII las concentraciones en la costa norte y en Canarias sugieren al contrario la fuerza de factores de expulsión. Pero también se nota un aumento considerable en el siglo XVIII de emigrantes catalanes, sobre todo comerciantes. Es obvio que detrás de la emigración hay un fuerte interés comercial en la región más dinámica de España, es decir fuerzas de atracción [9].

Cada corriente de emigración tiene su contrapartida en una corriente menor de re-emigración pero siempre resulta difícil de medir. Este es, en alto grado, el caso de Hispanoamérica. Cierto que sabemos que de la hueste de 168 conquistadores del Perú, al menos los 74 regresaron a España. Pero fue un grupo singularmente exitoso que podía regresar con dinero y gran prestigio. Los hermanos Pizarro son los protagonistas de la reciente obra de Ida Altman sobre la relación entre Extremadura, en particular las ciudades de Trujillo y de Cáceres, y los extremeños que se habían ido a América en el siglo XVI. Evidentemente, los que regresaron, para vivir o visitar, eran un porcentaje bajo del total pero fue un fenómeno de considerable importancia local. Altman también subraya, con sobrada razón, que la emigración a América no era sino *una* alternativa de varias para mejorar la suerte de uno, con

[8] Rubio-Mañé (1966). Otros estudios parecidos refiriéndose a una parroquia limeña de Mazet (1976, pp. 73-75). A partir de 1976, las actas de una serie de coloquios de historia canario-americana, dirigidos por el profesor F. Morales Padrón, han enriquecido bastante nuestros conocimientos sobre la migración. Lo mismo se podrá decir de las Jornadas sobre Andalucía y América, celebradas desde 1981. El cálculo de la profesora Borges referida en el texto se encuentra en el vol. II:1 (1979, p. 32) de los Coloquios canarios.

[9] Brading (1973), Delgado Ribas (1982).

menor o mayor riesgo. Por lo general son dos motivos opuestos que podrán producir re-emigración. Primero, hay quienes siempre esperan poder hacerlo una vez alcanzada cierta riqueza o prestigio, por ejemplo los pizarristas referidos. Pero también hay quienes se verán derrotados en el país de destino y prefieren regresar a su tierra. Seguramente hubo también re-emigrantes de esta categoría, pero probablemente muchos no podían comprar su pasaje y morirían antes de poder realizar su deseo [10].

Los autores de las cartas privadas del siglo XVI referidas representan la categoría quizás más grande de la gente que se halla con bastante comodidad y sabía que habían mejorado su suerte en comparación con sus posibilidades en la madre patria. Por eso escribieron las cartas llamando a su esposa e hijos o, posiblemente, a sobrinos u otros parientes para que vinieran a vivir con ellos, e incluso ayudarles en sus empresas. Desde Guatemala escribe un zapatero en 1580 que tiene ya una tienda con tres oficiales y un aprendiz. Dentro de no muchos años podría regresar rico a España, pero mientras tanto envía por su mujer «porque sin ella soy el más triste hombre del mundo...». Otro inmigrante escribe desde México que en España, especialmente uno que no supiese oficio, ni leer y escribir no podría ser sino «lacayo o rascamuelas». En México, en cambio, «aunque no lo sepan, no falta en qué ganar para comer y cien pesos cada año».

En otro grupo de cartas parecidas del siglo XVIII, se habla menos de lo ganado en América y sin comparar con España. Sólo hay quien exclama a su esposa desde México: «...como sabes no soy para vivir en España».

Los esposos no quieren regresar, pero en cambio tratan de persuadir a sus mujeres para que vayan. Es un viaje sin riesgos y que no costaría al marido sino 200 pesos.

Desde México en 1706 y después de contar a la mujer las varias enfermedades que ha padecido, un hacendado escribe que pide a Dios que «me dé vida hasta verte y entregarte el caudal que es el premio de mis trabajos».

Desde Caracas en 1753 un cirujano le asegura a su «Esposa de todo mi corazón» que: «Acá tendrás estimación y todos te traerán en las palmas de las manos, según el mucho deseo que tienen de conocerte, tendrás criados y criadas que te sirvan...». En estos casos y casi

[10] Lockhart (1972), pp. 44-52, Altman (1989).

todos los demás casos de este grupo sabemos, por añadidura, que las esposas efectivamente iban a efectuar su viaje a América [11].

¿Cuál era la composición social de los emigrantes? Lo que sabemos con certeza no es muy impresionante. De unos 13.000 emigrantes de la época de la Conquista (1520-39), Boyd-Bowman encontró a 255 marineros, 275 religiosos, 179 comerciantes, 289 hidalgos... Esta última categoría dice especialmente poco. Casi todos los emigrantes de Asturias, por ejemplo, eran hidalgos. De un total de 447 conquistadores que han sido analizados, de varias expediciones de la conquista, el 34 por ciento eran hidalgos, y nada menos del 50 por ciento procedían de una capa media entre nobles y plebeyos, artesanos y pequeños propietarios. El 16 por ciento, nada más, eran marineros, sirvientes y gente humilde. Un solo hombre era noble por encima de la hidalguía. De los 168 hombres de Francisco Pizarro, 76 sabían leer y escribir y sólo 41 claramente no. Con respecto a un grupo más grande de la misma época, el 46 por ciento estaba claramente alfabetizado, mientras sólo el 16 por ciento no lo estaba. [12]

Hubo algunos grupos profesionales especialmente importantes. Sabemos, por ejemplo, que en el siglo XVI llegaron a América un total de aproximadamente 6.000 religiosos, mientras que lo que se sabe sobre los clérigos sigue siendo bastante poco [13]. Otra categoría importante, especialmente en el siglo XVIII, la constituían los militares. Durante la primera mitad del siglo XVIII la mayoría peninsular entre oficiales al igual que soldados fue abrumadora, pero luego aumentó cada vez más el porcentaje criollo [14]. Bastante emparentado con el grupo de oficiales militares era el de burócratas.

Sabemos ya que los altos puestos de las Audiencias, al principio, poco a poco, tendrían un elemento criollo cada vez más conspicuo

[11] Otte (1988). Citas de las pp. 222 y 99. Macías y Morales Padrón (1991). Citas de las pp. 135, 64, 229. Sobre el papel de los sobrinos ver Lockhart (1976, p. 785).

[12] Boyd-Bowman (1973, p. 80); Marchena Fernández y Gómez (1985), Lockhart (1972).

[13] Borges Morán (1977).

[14] Marchena Fernández (1983). De los oficiales del Ejército de Dotación en Indias en 1740, el 62,9 por ciento eran peninsulares. En 1800, sin embargo, su porcentaje había descendido al 36,4 (p. 112). De un elenco de 726 soldados en el siglo XVII del mismo ejército, el 80,5 por ciento eran peninsulares, de 2.690 soldados entre 1780 y 1800, el 16,4 por ciento, solamente (p. 300).

para pasar luego, después de 1680 aproximadamente, a tener un porcentaje de peninsulares cada vez mayor. Un análisis de la profesora Socolow de la burocracia virreinal de Buenos Aires (158 funcionarios entre 1776 y 1810) demuestra que el 64 por ciento eran peninsulares. Pero en la capa de altos funcionarios el porcentaje era considerablemente mayor [15].

Gracias a la misma historiadora, también conocemos la categoría de comerciantes de Buenos Aires durante el Virreinato en detalle. De 142 comerciantes (1772-85), 112 eran peninsulares y otros 9 de otras regiones hispanoamericanas. Por otra parte, las esposas eran casi siempre criollas. Venían, por lo general, desde algún pueblo del norte de España y procedían de capas medias o bajas-medias. Llegaban a Buenos Aires en la veintena y ganaron dinero con rapidez y se casaron. Luego, se hizo normal que tal comerciante llamara a un sobrino para que viniera desde España para ser ayudante y sucesor en el negocio, a lo mejor también su hijo político. Quizás había llegado él mismo de esta manera. Parece que fue normal que tal comerciante dejara una fortuna de 150.000 pesos al morir, es decir, un ascenso notable. Pero, al haber seis o siete hijos y a causa de la igualdad relativa impuesta por las leyes de herencia española, semejantes fortunas también se desvanecerían pronto. Por otra parte, otro joven español iba a repetir la hazaña [16].

Otra categoría más modesta, que al parecer ha tenido gran importancia para la inmigración en América, han sido la de los marineros. Entre otras cosas es interesante notar que tan tarde como entre 1700 y 1715, el 64 por ciento de un total de 4.041 tripulantes conocidos eran andaluces. Para ellos era fácil quedarse en tierra, no más, si eso deseaban. Seguramente, por eso, gran parte de los extranjeros que se encontraban en Hispanoamérica durante la Colonia, a pesar de las prohibiciones, habían llegado como marineros [17].

Aunque con el tiempo se podrá llegar a cálculos más o menos bien fundados en lo que concierne a la emigración legal, nunca podremos llegar a saber algo con certeza sobre la migración fraudulenta, los

[15] Socolow (1987, pp. 131-35).

[16] Socolow (1978). De los 1.421 peninsulares en México en 1791/92 analizados por Brading (1973), p. 138, las ocupaciones principales eran comerciantes (403), cajeros (277) y funcionarios (168).

[17] Gil-Bermejo García y Pérez Mallaína Bueno (1985).

«polizones» en el lenguaje de la época. Hablando del siglo XVIII, Antonio Eiras Roel, gran especialista en la historia de la emigración, lo llama «la incógnita del fraude constante o el fraude creciente». Apunta, sin embargo, la dificultad de hacer cumplir, después de la apertura del «comercio libre», el precepto legal de que los navíos procedentes de los nuevos puertos habilitados no pudiesen llevar pasajeros, salvo funcionarios y militares de cierto caudal [18].

En las listas y los registros de emigrantes abunda la designación de «criado», especialmente en el siglo XVII y siguientes. Pero es obvio que no se trata de una categoría homogénea de «sirvientes». Podrá ser cualquier dependiente o cliente de una persona de calidad, en una sociedad en donde este tipo de relaciones verticales tenía mucho peso. Pero también podría ser un truco sencillo para que un hermano o amigo pudiera pasar el control obteniendo el permiso con mayor facilidad [19].

Distribución y funciones de los peninsulares en Hispanoamérica

Con respecto a los destinos de los emigrantes, desde la conquista de Nueva España este país atraía a la mayoría de los emigrantes. Sin embargo, el auge de la minería de plata en el Alto Perú no dejó de afectar a las corrientes migratorias. Entre 1540 y 1559 no menos del 37 por ciento de los emigrantes identificados por Boyd-Bowman se fueron allí. Luego se impuso otra vez Nueva España como el destino principal. Pero hay varias modalidades regionales interesantes. De una muestra de 1263 comerciantes catalanes que se fueron a América entre 1778 y 1820, sólo el 12 por ciento se fueron a Nueva España, mientras la mayoría encontraba el Caribe y el Río de la Plata más interesantes. Y la emigración canaria presenta una continuidad extraordinaria con respecto a sus destinos principales. Siempre se trataba sobre todo de Cuba y otras posesiones españolas en el Caribe, de Venezuela y, en el siglo XVIII, además, de la Banda Oriental (Uruguay) en el sur. En algunos

[18] Eiras Roel (1991, p. 12). Es una antología sumamente útil para la emigración española tanto antes como después de la independencia americana.

[19] Díaz Trechuelo en Eiras Roel (1991, p. 191).

casos se trataba de expediciones organizadas como la destinada a Luisiana en 1777-79 que comprendía a 2.000 canarios, militares y civiles. En Cuba en el siglo XVIII, «vegüero», es decir, pequeño productor de tabaco, llegó a ser casi sinónimo de «isleño» [20].

Los destinos mencionados por los emigrantes al dejar España, claro está, podrían ser cambiados por otros después de la llegada del emigrante a América, donde podría averiguar mejor en dónde se hallarían por el momento las mejores oportunidades para mejorar su fortuna. Sólo si lo esperaba ansiosamente algún pariente, le convendría ir allí por lo menos para comenzar. De esta manera, la inmigración externa iba a vincularse o hasta fusionarse con la migración interna americana. Pero estas relaciones apenas se han empezado a estudiar.

Es obvio que, al comenzar, los peninsulares estarían solos en la tarea de construir una nueva sociedad. Y durante la primera década en las Antillas fue la tarea de unos 300 individuos, no más. Sólo en 1502 llega la primera expedición realmente colonizadora, de 200 personas, a Hispaniola. Luego, en las décadas de 1520 y 1530 da un paso grande el proceso de conquista, pronto seguido por la colonización. Se ha demostrado convincentemente que a pesar de las muchas luchas fratricidas hacia 1560 ya se podría hablar de una sociedad colonial consolidada en el Perú o al menos en sus ciudades principales. Un sinnúmero de transacciones económicas y sociales fue legalizado en los protocolos notariales conservados. Sin duda alguna también, las mujeres españolas, cuya presencia numerosa ya no se puede negar, fueron activas en establecer hogares familiares tempranos, a pesar del ambiente de promiscuidad interracial que caracterizaba el proceso de conquista desde el primer comienzo [21].

Es interesante en este particular, una serie de cartas del siglo XVIII recién encontradas sobre un total de 47 canarios acusados de bigamia ante el Tribunal de la Inquisición de Canarias. Se trataba de gente de capas humildes que habían contraído un segundo matrimonio en Indias con negras, indias o mujeres de raza mixta. Las cartas escritas por otros servían de prueba de que de veras habían cometido bigamia [22].

[20] Delgado Ribas (1982), Parsons (1983), Tornero Tinajero (1977), (1982).
[21] Lockhart (1968).
[22] González de Chávez (1985).

Tal material también nos ayuda a corregir un estereotipo anterior, es decir, que los «españoles» más o menos automáticamente llegaron a ocupar la capa superior de la sociedad con los criollos y otros grupos étnicos relegados a peldaños claramente inferiores. Aunque en grandes rasgos se puede discernir una jerarquía «pigmentocrática» en la cual los blancos ocupaban la capa superior, los mestizos, las otras mezclas, los negros libres y esclavos y la masa indígena las capas inferiores, también había una fluidez relativa y no pocas excepciones. Por lo tanto, no faltaban por ejemplo artesanos peninsulares pobres y hasta vagos y gente marginada de tal origen [23].

Además, he mencionado ya la presencia de extranjeros en casi cada rincón y a través del tiempo, aunque formando sólo alguna pequeña parte del total de inmigrantes. Generalmente se trataba de gente más o menos modesta, de *status* bajo, y probablemente por eso parecen haberse asimilado con rapidez. Un caso algo distinto eran los miles de «franceses» que se refugiaron en el oriente cubano después de la revolución haitiana de 1791. Se dedicaron con afán al cultivo del café, pero fueron mirados con sospechas por las autoridades españolas. De los 7.500 «franceses», sólo una tercera parte eran blancos, otra tercera parte gente «de color» libre y el resto esclavos. La mayor parte fueron expulsados [24].

Antes solía ser fuertemente subrayada la rivalidad que había entre peninsulares y criollos. Por cierto, que tal rivalidad y aún hostilidad podía ser expresada mucho antes de las guerras de emancipación. Esto se veía, por ejemplo, dentro de las órdenes religiosas o dentro de la burocracia. Al mismo tiempo, sin embargo, tenían que presentar un frente común contra las posibles ambiciones de la gente de mezcla y posiblemente cada vez más, inmigrantes recién llegados se casaban con mujeres criollas. A juzgar por una muestra de los peninsulares en Nueva España en 1792, había muy pocas mujeres entre ellos [25].

Al mismo tiempo, hay datos que sugieren que muchos de los peninsulares en América mantuvieron contactos asiduos con sus parientes

[23] Para una reseña de la estratificación colonial, Mörner (1989). Ver también las interesantes reflexiones en torno a marginalización e inmigración en Lockhart (1984, pp. 302-309).

[24] Badura (1971).

[25] Brading (1973).

y amigos en su lugar natal distante. Lo demuestra una documentación cuyo estudio apenas se ha iniciado aún, los legados testamentales, las capellanías, que iban a preservar su memoria y honor en la comarca nativa [26].

El fenómeno migratorio en el Brasil portugués

Si la historia de la inmigración europea a Hispanoamérica colonial presenta aún muchos problemas y lagunas considerables, la situación es, sin duda, mucho peor en el caso de Brasil. Esto, ante todo refleja un control administrativo más débil, que produce menos fuentes y, por lo tanto, un interés menor por parte de los historiadores. Encontrado por una flota en camino para el Cabo de Buena Esperanza y la India en 1500, el Brasil parecía tener poco que ofrecer y, al recibir por fin una organización colonial estatal hacia 1550, no tenía sino 3.000 ó 4.000 «blancos» dispersos a lo largo de la costa. Pero en Bahía y San Vicente, dos náufragos portugueses ya habían formado clanes mestizos numerosos. Se dice que el llamado Caramuro en Bahía tenía 60 hijos y Ramalho en San Vicente, quizás aún más. La primera mujer portuguesa en pisar tierra brasileña parece que lo hizo en 1537. Posiblemente hubo en el Portugal una población de 1,4 millones en aquel entonces y la emigración parece haber sido elevada pero con muchos destinos diversos: las islas del Atlántico, España, puertos a lo largo de la costa africana del océano Índico y, finalmente, Pernambuco, Bahía, San Vicente y otros lugares en la larga costa de Brasil. Aunque concentrada con el 80 por ciento en Pernambuco y Bahía, precisamente, parece que entre 1570 y 1580 la emigración creció de unos 20.000 a 30.000 europeos y su prole, junto con otras decenas de miles de indios y de esclavos africanos trabajaban ya en plantaciones azucareras. Muchos de los blancos al parecer eran criminales, *degradados*, otra categoría y muchos eran «cristianos nuevos», es decir, judíos conversos, cuyos equivalentes en España, en cambio, tenían prohibido irse a los territorios ultramarinos. Setenta de ellos, en la década de 1590, serían sin

[26] Lohmann Villena (1958), Ortiz de la Tabla Ducasse (1985) y otros muchos pequeños estudios españoles recientes.

embargo examinados por la Inquisición. Gracias a esto sabemos que unos 40 venían de Minho, provincia fértil y densamente poblada en el norte del país, desde donde, de acuerdo con indicaciones numerosas, vendría más tarde una mayoría de emigrantes portugueses hasta tiempos recientes. Entre 1580 y 1640, la migración fue notablemente libre, incluyendo por ejemplo súbditos de España con la que Portugal entonces se encontraba unida. Se trataba muchas veces de comerciantes o marineros que preferían radicarse en el sur. Por razones estratégicas la Corona, excepcionalmente, estimuló la emigración a la costa del norte. En 1617, por ejemplo, 200 familias de las Azores —densamente pobladas ya— fueron trasladadas a la provincia de Marañón (Maranhão). Otras llegaron a Pará y otros lugares costeños del norte. Hacia 1700, según una conjetura «educada» de una especialista destacada, la población bajo control colonial en Brasil sumaba unas 300.000 personas de quienes una tercera parte, más o menos, eran blancos [27].

Alrededor de 1700, el auge aurífero de Minas Gerais incrementó de manera drástica la atracción de Brasil como meta de inmigración europea. Se calcula que en 1700, la población del Portugal alcanzaba 2 millones. De acuerdo con la especialista ya referida, a lo largo de la centuria no menos de 400.000 dejaron su patria rumbo a Brasil. Además, había un flujo considerable de extranjeros, lo cual llegaría a preocupar, en especial, a las autoridades que entre 1709 y 1720 trataron de vedar la entrada. Además, iba a notarse en el norte portugués síntomas de despoblación, posiblemente debido a la emigración. Por eso, la Corona en 1720 prohibió incluso la salida a Brasil de todo portugués que no tuviera asunto oficial. Sin embargo, hacia mediados del siglo, el auge aurífero y de diamantes se había parado y con eso disminuyó otra vez la inmigración espontánea. A partir de los años 1760, la Corona otra vez lanza proyectos de colonización con gente sobre todo azoriana o madeirense en el norte y en el sur del país [28].

Durante el auge minero, la rivalidad entre los paulistas, descubridores de las minas, y los advenedizos peninsulares y otros foráneos

[27] Serrão (1974, pp. 105-109). Se han hallado 275 solicitudes de extranjeros para ser admitidos en el Brasil en el siglo XVII, según Fonseca (1953, p. 274 f). Compárense Stols (1973). Para reseñas generales, Magalhães-Godinho (1974) y Marcílio (1984).

[28] Cardozo (1946), Russell-Wood (1984), Magalhães-Godinho (1974, p. 260), Buarque de Holanda (1963), I, p. 120 f.

tuvo una expresión violenta en la llamada «Guerra dos Emboabas» (apodo de éstos) en Minas Gerais en 1708-09. En los distritos mineros hubo entonces un exceso tremendo de hombres entre los blancos y predominaban allí, por completo, el concubinato. En este lapso muchos portugueses se fueron a Brasil abandonando a sus familias en Portugal [29].

Hacia 1800, la población total de la colonia parece haber alcanzado los dos millones. De ellos, el 28 por ciento eran blancos y lo mismo los negros y mulatos libres, mientras casi el 38 por ciento eran esclavos con solo un 5 por ciento de indios. Tanto Bahía como Río de Janeiro eran ciudades de cerca de 50.000 habitantes y allí vivían muchos de los blancos, inmigrantes o no. São Paulo, gran metrópoli del futuro, entre 1765 y 1800 se mantuvo con poco más de 20.000 habitantes, pero su región (Capitania) creció de 80.000 a 160.000. De ellos sabemos que al menos unos 869 eran nacidos en Portugal (reinóis). Un 47 por ciento eran de Minho, un 20 por ciento de las Azores y un 16 de Lisboa [30].

En parangón con la emigración española a América, la emigración portuguesa a Brasil fue sin duda aún más predominantemente varonil. Al investigar un distrito agrícola brasileño, Santana de Paranaíba, una investigadora reciente encontró un patrón según el cual los terratenientes iban a casar a sus hijas con jóvenes peninsulares, mientras que los hijos se irían a áreas fronterizas para dedicarse a la minería o la ganadería. Estas alternativas no eran necesariamente menos remuneradoras [31].

Antes de terminar mi reseña de la inmigración en Hispanoamérica y en Brasil durante el período colonial, me permito algunas observaciones finales. Como espero haber podido mostrar, nuestros conocimientos acerca de la migración transatlántica durante esta época siguen siendo deficientes y muy desiguales. A pesar del laudable crecimiento del interés sobre todo en España durante las últimas dos décadas, sigue siendo así. Sin embargo, la migración de esta época forma un antece-

[29] Russell-Wood (1984, pp. 572, 576).

[30] Datos sobre São Paulo de Marcílio (1974, p. 99), y de un informe inédito de C. Almeida Prado Bacellar en São Paulo. Por lo demás, ver Alden (1984).

[31] Metcalf (1986).

dente muy interesante a los movimientos migratorios masivos del período nacional que constituye el tema principal de nuestro libro.

Desde ahora, nuestros datos relativos al período colonial sugieren un movimiento migratorio trasatlántico masivo y continuo. Aunque antes solía destacarse el carácter aventurero y casi enteramente varonil de esta migración, ya sabemos que no es justa semejante generalización. Sabemos, en el caso hispanoamericano en especial, que había una formación temprana de hogares y comunidades con la participación de mujeres peninsulares. Además, las centenares de cartas privadas de emigrantes a sus familiares en España en los siglos XVI, XVII y XVIII sugieren que el motivo principal de la mayoría de la gente al trasladarse al Nuevo Mundo fue simplemente el deseo de mejorar el nivel de vida individual y no la esperanza de riqueza y ascensos de un día para otro. Esto quiere decir que en este particular no serían muy distintos de la masa de emigrantes modestos del siglo XIX. Si uno toma en cuenta las oscilaciones demográficas a menudo violentas de los países europeos del antiguo régimen, las consecuencias de la emigración deben de haber sido bastante considerables, aunque sobre todo en el nivel regional. De acuerdo con nuestro cálculo de la emigración española a Hispanoamérica, 1504-1650 (Tabla I), la tasa anual de la emigración llegó a ser el 1,4 por mil al culminar la emigración hacia 1580, para bajar al 0,5 una década más tarde. En el caso de Portugal es obvio que los datos son muy escasos. No obstante, un historiador portugués se ha atrevido a proponer una tasa del 2,5 para el siglo XVI y no menos del 4 en el siglo XVIII. Son aproximaciones muy hipotéticas, claro está, pero el impacto demográfico del auge aurífero a partir de 1700 sin duda alcanzó grandes dimensiones [32].

En los países de recepción las corrientes ibéricas bastaban para formar la base de sociedades del tipo occidental e ibérico para siempre. A pesar de la dinámica del mestizaje, el influjo continuo de inmigrantes fue esencial para mantener este carácter durante unas tres centurias de colonización. Al mismo tiempo, el hecho de estar divididas las élites latinoamericanas entre peninsulares y criollos contenía el germen de nuevas sociedades nacionales.

[32] Magalhães-Godinho (1975, p. 254).

Capítulo II

EL TEMPRANO PERÍODO NACIONAL: NUEVOS RUMBOS MIGRATORIOS

La emergencia de una nueva política de inmigración

Los gobiernos de América Latina que se formaron tras la independencia, mostraron una actitud radicalmente distinta de la mantenida por España y Portugal con los inmigrantes no-ibéricos. Atraer inmigrantes de países más desarrollados que España y Portugal parecía la vía directa hacia el progreso, librando a los nuevos países del esfuerzo de tener que educar a las masas «atrasadas»; y parecía ser la forma más eficaz y rápida de remediar la carencia de obreros en la agricultura de plantaciones.

En Brasil, en 1810 (esto es, doce años antes de la independencia, pero dos años después de la llegada de la exiliada familia real) se había otorgado una autorización para que los extranjeros naturalizados pudieran ser dueños de propiedades [1]. En los países de la América Española, los nuevos gobiernos rápidamente dictaron leyes favoreciendo a los inmigrantes, autorizándoles a instalarse y adquirir propiedades. Esto ocurría en las Provincias Unidas de Río de la Plata en una fecha tan temprana como 1812 [2]. También en la isla de Cuba, mientras fue una posesión española, se permitió la inmigración no-hispana, aunque el propósito claro era el de compensar la «africanización» que se había producido por el creciente flujo de esclavos negros, necesario para la expansión de la economía de las plantaciones [3].

[1] Nicoulin (1973, p. 38).
[2] Sánchez-Albornoz (1974, p. 147); texto en Bagú (1966, pp. 123-24).
[3] Badura (1975a, pp. 79-80).

En realidad, el único requisito impuesto por los países receptores era que los inmigrantes profesaran la religión católica romana; y hasta esta condición fue suprimida cuando el partido liberal llegó al poder, como es el caso de Argentina en 1825. Recogiendo el modelo de desarrollo del mundo anglo-hablante, los liberales latinoamericanos consideraron la libertad religiosa como algo esencial para una eficaz política migratoria. Por su parte, los extranjeros de fe protestante, que ya se habían establecido en las nuevas repúblicas, no cesaron de insistir en la libertad religiosa como condición para su asentamiento definitivo. A pesar de la oposición de la Iglesia católica, este objetivo se realizó en un país tras otro. En el caso de Méjico, la cuestión religiosa fue, durante un período de tiempo considerable, una barrera insuperable para la inmigración de un tipo más amplio, como querían los liberales [4].

Si consideramos los aspectos legales de la inmigración extranjera, no debemos olvidar la especial situación de los españoles que aparecen como extranjeros en la América Latina después del período colonial. La hostilidad tradicional entre los ibéricos y los criollos empeoró durante las guerras de independencia y el resultado fue que se consideraron a los nacidos españoles como «extranjeros». En Méjico entre 1827 y 1833, se realizaron tres expulsiones distintas que afectaron a un gran número de *gachupines,* como se llamaba a los españoles peninsulares. A pesar de que las comunidades españolas en Méjico estaban formadas por soldados expedicionarios, de los 2.849 expulsados en 1827-28 cuyas profesiones conocemos, curiosamente el grupo más numeroso (el 16 por ciento) es de comerciantes; y serán de nuevo los más afectados en 1829, mientras los clérigos representan un porcentaje más alto en 1833, con el gobierno liberal [5]. También España mostró hostilidad: tras los insignificantes intentos de reconquistar sus antiguas posesiones, España tomó medidas para prohibir la emigración de sus súbditos hacia los territorios de América Latina por medio de una legislación que entró en vigor entre 1836 y 1853. Emigrar desde España sólo era posible

[4] Mecham (1966, p. 228 y *passim*); ver también la elocuente carta del líder liberal argentino Bernardino Rivadavia de 1818 reproducida por Bagú (1966, pp. 128-31); Berninger (1974, pp. 115-36).

[5] Sims (1974b, pp. 34-37). Sus volúmenes (1982a, [1985]) tratan las expulsiones tardías.

hacia Cuba, Puerto Rico o las Filipinas, es decir, a las colonias que habían mantenido su lealtad a la madre patria [6].

Las primeras corrientes de inmigrantes europeos

Tras la independencia, los primeros inmigrantes que se establecieron en América Latina venían, en unos casos, como individuos, por su propia cuenta, y en otras ocasiones en grupos, participando en proyectos de inmigración o colonización. Durante la primera época, hasta alrededor de la mitad del siglo XIX, la inmigración individual tuvo un carácter bastante heterogéneo. En primer lugar, deberíamos mencionar los vendedores ambulantes (*mercaderes*), los artesanos, y los marineros que venían en grupos crecientes a las ciudades y los puertos más importantes en busca de fortuna, siguiendo los pasos de un pequeño grupo de inmigrados de tipo parecido que, a pesar de las leyes poco favorables, se había establecido durante la era colonial. Sabemos los nombres de 4.000 personas que entraron en Brasil individualmente o con sus familias entre 1810 y 1822, y sabemos que al menos una cuarta parte de ellos eran comerciantes. De este número, más de 1.500 eran españoles, aproximadamente 1.000 eran franceses, 600 ingleses, 200 alemanes y 200 eran italianos. Los portugueses no estaban incluidos en este total [7].

Segundo, tenemos que tomar nota de una nueva categoría, los inmigrantes militares. En las armadas de Bolívar había unos 7.000 voluntarios británicos e irlandeses que desempeñaron un papel decisivo en la lucha contra España en Sudamérica. De los 1.000 sobrevivientes de estos voluntarios una gran mayoría decidieron quedarse, y lo mismo se puede decir de los veteranos alemanes del ejército mandado por el em-

[6] Hernández García (1976). En Venezuela, la inmigración de las Canarias había sido númerosa en tiempos coloniales. Se retomó en 1832, bajo la forma de contratos de trabajo abusivos. En esta ocasión, las autoridades en las Canarias recibieron instrucciones de Madrid para terminar la emigración en 1859, en una época donde los canarios en Venezuela hacían un total de 10.000 personas (Rodríguez Campos, 1983).

[7] Arquivo Nacional (1960); otros dos volúmenes (1961-64) han aparecido que cubren el período hasta 1842. Ver también Kellenbenz (1974). Mientras que el número de comercientes en Río de Janerio aumentó de 57 en 1816 a 91 en 1836, el número total de comerciantes decayó de 259 a 215. Así el porcentaje extranjero creció de 22 a 42,3 por ciento (Linhares y Levy, 1973, p. 131).

perador de Brasil, Pedro I, contra Argentina en 1826-1827 [8]. En otros casos, los militares, en su mayoría oficiales, habían venido sin planes definitivos: muchos se habían cansado de la posguerra europea y venían simplemente en busca de aventura a América Latina, así, por ejemplo, muchos oficiales vinieron de Suecia, un país especialmente tranquilo [9].

Gradualmente comenzaron a llegar elementos diversos, de origen tanto aristocrático como burgués, para quienes la búsqueda de aventuras en una exótica nueva tierra se confundía con las motivaciones político-ideológicas que les habían llevado a dejar sus países. Nos referimos, por ejemplo, a los revolucionarios italianos exiliados, que empezaron a llegar en 1820, entre los que nadie es más representativo que Giuseppe Garibaldi (quien se convertiría más adelante en héroe en su propio país); también se hace referencia a los militares e intelectuales húngaros que participaron, en algún caso como líderes, en la revolución húngara de 1848 y de otros países. Sin embargo, en la mayoría de los casos la estancia en América Latina no parece una verdadera inmigración, sino más bien un nuevo episodio en la vida de desarraigo y exilio [10].

No faltaron quienes se instalaron en América Latina por puro azar, tal como el caso, por ejemplo, de 106 noruegos que en 1850 iban a California en busca de oro, pero se quedaron desamparados en Río de Janeiro cuando su barco fue incapaz de continuar el viaje; la mayoría de ellos se quedaron en Sudamérica y participaron en la fundación de la colonia Doña Francisca, en Santa Catarina [11].

En número de ciudades, especialmente portuarias, se desarrollaron comunidades extranjeras prósperas e inseguras dirigidas por grandes comerciantes. Dentro de estas comunidades no hubo oposición entre las nacionalidades rivales, y mostraron un único frente unido capaz de enfrentarse al abuso o la hostilidad de las autoridades, y a las sublevaciones de las masas nativas del país huésped. Las agendas de viaje escritas por los visitantes europeos pueden arrojar luz acerca de la mentalidad y naturaleza de los enclaves extranjeros; por ejemplo, un alemán que visitó en 1859 el distrito minero chileno de Copiapó nos relata cómo, enfrentados a la violencia revolucionaria, todos los extranjeros se unie-

[8] Blakemore (1079). La obra clásica es Hasbrouck (1969).
[9] Paulin (1951).
[10] Ver Anderle (1976), Cándido (1976) y Polisensky (1976).
[11] Stang (1976); Barros Basto (1970, pp. 41-43).

ron y organizaron para protegerse y defender sus propiedades. Nuestro alemán era el jefe de una de ellas, y su pintoresco relato ilustra cómo la solidaridad y la propia defensa de los extranjeros podía llevar a la intervención efectiva, fuera o no justificada, en los asuntos locales. En otros casos, la propiedad extranjera era, de hecho, destruida o confinada, en cuyo caso la intervención podía tomar la forma propia del hombre de guerra extranjero, es decir, la infame «diplomacia cañonera» [12].

En Uruguay se desarrolló una concentración especialmente densa de inmigrantes, recibiendo, entre 1835 y 1842, alrededor de 33.000 colonos extranjeros; el mayor contingente fue de franceses, principalmente de la zona de los Pirineos, y algunos de ellos hablaban la lengua vasca. La mayoría se habían instalado anteriormente en Argentina, pero tuvieron que emigrar durante los conflictivos años de 1842-51, cuando la región estaba acosada por la guerra civil. Junto con los liberales argentinos, habían cruzado el río desde Buenos Aires en busca de refugio durante la dictadura de Rosas. Habían venido, en un principio, atraídos por la política liberal de colonización llevada a cabo por el presidente argentino Bernardino Rivadavia a mediados del decenio de 1820. Otros llegaron directamente a Montevideo, atraídos por el favorable clima para los negocios que existía allí hasta el sitio de la ciudad de 1842 a 1851 (durante la llamada Guerra Grande). En 1843 por lo menos el 60 por ciento de los 31.000 habitantes de Montevideo eran extranjeros [13].

Los proyectos de colonización que, normalmente, se dirigían al campo, se originaban, en general, por aspiraciones lucrativas de alguna persona particular, o de un grupo empresarial europeo. Dada la demanda de inmigrantes, las expectativas y la inexperiencia de los gobiernos de América Latina en el trato con los empresarios, el reclutamiento y los proyectos de colonización fueron rápidamente aprobados por las autoridades en los países receptores. Por volver al caso de Uruguay, un empresario nativo fue responsable de traer unos 850 canarios en la década de 1830 a 1840; cerca del 40 por ciento eran mujeres y más de un tercio eran niños de menos de quince años.

Otro proyecto espectacular de este tipo fue el desarrollado en 1819, cuando 2.000 suizos, la mayoría de ellos familias completas, se

[12] Mörner (1092a, p. 115f.).

[13] Duprey (1952, p. 160 y passim). Sobre los extranjeros en la pequeña ciudad uruguaya Paysandú en 1833, Mörner (1982a, p. 107f.); Nicoulin (1973).

instalaron en Brasil y fundaron la ciudad de Nova Friburgo en las montañas de la Provincia de Río de Janeiro. Dos años de escasez, desempleo y hasta de hambre habían creado en Suiza el ambiente propicio para la emigración, lo que explica tanto el gran número de participantes como la favorable actitud de las autoridades suizas hacia el proyecto. Esta empresa migratoria se cobró un alto precio en vidas humanas; casi el 19 por ciento murieron en el viaje, parece ser que debido, fundamentalmente, al contagio de la malaria durante una estancia innecesariamente prolongada en un distrito pantanoso de Holanda. Es más, el sitio elegido en Brasil resultó inapropiado para una colonia, siendo, desde un principio, muy alta la mortalidad en la ciudad; por último, las autoridades brasileñas perdieron interés en el proyecto. Como consecuencia de todos estos factores, Nova Friburgo continuó siendo un fracaso. Sabemos esto por el testimonio de algunos de los colonos que abandonaron la colonia para buscar en algún otro lugar la prosperidad que habían soñado [14].

Igualmente, hubo un ambicioso proyecto de inmigración colonizadora europea cerca de Baja Verapaz, al norte de la capital guatemalteca, en 1834-44, pero la realización estuvo en manos de un grupo de empresas —en un principio inglesas, luego belgas— que en su mayoría eran especulativas e ineptas, y que desconocían todo acerca del transporte de inmigrantes y del establecimiento de colonias. Como en el caso de Nova Friburgo, la experiencia de Verapaz demostró los extraordinarios obstáculos que planteaba la introducción de la agricultura de tipo europeo en un lugar subtropical [15].

Obviamente, los proyectos de colonización en zonas templadas, donde el clima y el terreno eran más familiares a los europeos, tenían una mayor posibilidad de éxito, o, cuando menos, de supervivencia. Este es el caso de las colonias alemanas del sur de Brasil, que no tardaron en conseguir una relativa prosperidad, a pesar de sus inicios desastrosos. José Bonifacio de Andrada e Silva, un renombrado hombre de estado, había soñado con una colonización fronteriza, «agrícola-militar» al estilo cosaco, en Brasil. Encargado de la responsabilidad del proyecto estaba

[14] Martínez Díaz (1979, p. 378 y passim). Sobre los extranjeros en la pequeña ciudad uruguaya de Paysandú en 1833, ver Mörner (1982a, p. 107F.); Nicoulin (1973).

[15] Griffith (1965). Sobre la fase belga, hasta 1859, ver las referencias en Everaert (1976).

un aventurero célebre, George Anton von Schäffer, que creó una compañía de reclutamiento sin escrúpulos en Alemania. Entre 1824 y 1830, unos 5.350 alemanes llegaron a Río Grande do Sul. São Leopoldo, fundado en 1824, se convirtió en la primera de las numerosas colonias alemanas de la región, formadas por pequeños propietarios agrícolas independientes. En São Leopoldo, las parcelas familiares que se establecieron consistían, inicialmente, en veinticuatro hectáreas [16].

Con la caída del emperador brasileño Pedro I en 1831, se interrumpió la inmigración alemana a Río Grande do Sul. No se renovó hasta 1850, cuando nuevos contingentes llegaron desde Alemania, formando más centros de colonización en ésta y otras provincias del Sur de Brasil. El Dr. Hernan N. Blumenau, una persona honesta y particularmente eficaz, dio el nombre a la colonia de más exito: la que se fundó en 1850 en la provincia de Santa Catarina. Otra colonia afortunada, fundada en la misma región, fue Doña Francisca, que lleva el nombre de la hermana de Pedro II, la mujer del príncipe de Joinville. Parece ser que tenía un mayor componente de clase media que las otras colonias, posiblemente, liberales desencantados, a causa de las consecuencias de las revoluciones europeas de 1848 [17].

Durante este mismo período, otros alemanes iniciaron, en los bosques de Valdivia y de Llanquihue del sur de Chile, un proyecto que con el tiempo logró bienestar. Tres mil pioneros se establecieron allí entre 1846 y 1858 [18]. En Argentina, la situación política continuó siendo mucho menos estable, en esta época, que en Chile o en Brasil. No obstante, también en Argentina se hicieron varios intentos de establecer colonias agrícolas, especialmente con colonos suizos y franceses. Un primer y desastroso intento en 1824 consistió en invitar a los «desempleados pobres de Inglaterra e Irlanda» a establecerse en la región de Entre Ríos [19].

Distinto de los proyectos de colonización de tierras son los que intentaban incentivar la inmigración trabajadora para las empresas eu-

[16] Kossok (n.d. pp. 184-96); Brunn (1972, pp. 292-94); Roche (1959, pp. 73-81); Buarque de Holanda (1952, 2:222-30); *Rs: Imigraçâo e colonizaçâo* (1980, ch. 1).

[17] Buarque de Holanda (1062,2:234-36); acerca de Dona Francisca, ver Dall'Alba (1971); Schramm (1964).

[18] Ver, ante todo, la gran obra de Blancpain (1864).

[19] Schopflocher (1955).

ropeas de otros sectores. En 1824, por ejemplo, una compañía minera británica se había establecido en Pachuca —Real del Monte—, Méjico. En unos pocos años trajo, por lo menos, 330 mineros desde Cornwall para trabajar en las minas. Aun cuando la dirección la asumió una nueva compañía, la relación especial entre las minas y la experiencia de Cornwall continuó, y aún en 1906 se mantenían pequeños grupos de especialistas [20].

Es imposible medir con precisión las proporciones de esta primera corriente migratoria directa hacia América Latina. Pero se ha sugerido que entre 1816 y 1850 unos 200.000 europeos entraron en Brasil, Argentina y Uruguay, que eran los países, sin duda, más atractivos [21].

A pesar de las numerosas experiencias desalentadoras las élites de América Latina nunca perdieron su positiva actitud hacia la inmigración europea, actitud que revela, en parte, el desprecio hacia las masas de su propio país, al tiempo que muestra la falta de fe en la posibilidad de formar, por medio de la educación popular y la mejora de las condiciones de vida en el campo, una clase de pequeños granjeros (*labradores*). Los defensores de la inmigración blanca no dejaron de tener influencia, a pesar del riesgo político que implicaba la masiva colonización extranjera en zonas fronterizas. Un riesgo que se mostró elocuentemente en la secesión tejana de Méjico en 1835.

A pesar de que durante la primera parte del siglo XIX la inmigración era esporádica, implicaba un pequeño número de personas, y tenía en general resultados efímeros, más tarde se convirtió en un fenómeno de masas. Para que el proceso llegara a su máxima capacidad, lo único que le faltaba, en los países de origen, eran las circunstancias que fortalecieran los «factores de empuje», además de una reducción en los gastos del viaje; y en los países de destino una mayor estabilidad política y la abolición de la esclavitud; este crucial requisito final era necesario para revalorizar las condiciones libres del trabajo. En la provincia brasileña de Santa Catarina, la esclavitud se abolió en 1848, y en la provincia de Río Grande do Sul unos pocos años después, a pesar de que en el imperio, como un todo, se prolongó hasta 1888 [22].

[20] Ver Herrera Canales, Velasco Ávila y Flores Clair (1981).

[21] Schopflocher (1944); Humphreys (1946, p. 52), cuyo capítulo sobre inmigración sigue siendo el mejor sumario sobre el asunto. Mulhall (1899, p. 246).

[22] Buarque de Holanda (1963, 2:224).

La sustitución de los esclavos por trabajadores contratados

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, el comercio de esclavos africanos tuvo que afrontar crecientes dificultades. En los dos principales mercados para esta «mercancía humana», Brasil y Cuba, cesó la importación de esclavos, respectivamente, en 1855 y 1865. Pero con anterioridad se podía prever que, a la larga, la esclavitud como institución estaba condenada al fracaso, debido a la corta esperanza de vida de los esclavos en las plantaciones y al bajo ritmo de reproducción. Por utilizar un único ejemplo, en la Guayana Inglesa entre 1820 y 1832, la expectativa de vida de un esclavo llegaba, a duras penas, a los veintitrés años. Incluso después de la abolición de la esclavitud, el incremento en la tasa neta de la población normal continuaba siendo baja. Sin embargo, gracias a la inmigración contratada, la población de la Guayana sería casi tres veces mayor en 1891 que en 1844 [23].

Los dueños de las plantaciones, que se quejaban de la «escasez de trabajadores» (motivado por el hecho de resistirse a proveer de pagas y trato adecuado a los trabajadores), se decidieron, en estas circunstancias, a solucionar de otra manera el problema de la mano de obra: contratando de manera teóricamente libre a obreros inmigrantes. Para pagar el precio del largo viaje, a los inmigrantes pobres se les obligaba a comprometerse a trabajar para sus patrones, en el nuevo país, por períodos más o menos largos con un salario fijo mínimo. Esta manera de resolver los problemas de los patrones de los cultivos, introdujo, principalmente, obreros «cooli», o sea, trabajadores pobres asiáticos, en su mayoría hombres chinos. Pero también de otros lugares sucumbieron a la falsa tentación de huir de las miserias de su tierra natal, incluyendo grupos de blancos, principalmente de Madeira, las Azores, y las Islas Canarias [24]. Todavía en la década de 1830 la actitud de los plantadores mostraba la esperanza de atraer blancos, que, a la larga, podrían «proporcionar la base de una clase media ... y dar un ejemplo de laboriosidad a los negros». Estas expectativas de los plantadores no llegaban, en general, a cumplirse, pues los trabajadores contratados, antes de completar el período requerido de servicio, morían prematuramente

[23] Roberts y Johnson (1974).
[24] Laurence (1071, pp. 9-10, 17-18).

como sirvientes, sin obtener su anhelada libertad [25]. Sin embargo, un grupo oriundo de Madeira logró sobrevivir en la Guayana.

China era el principal proveedor de trabajadores inmigrantes a los países de habla española por medio de este sistema. Un total de 142.000 obreros contratados llegaron procedentes de Shanghai y Cantón a puertos cubanos entre 1847 y 1874, es decir, mientras existía la esclavitud en la isla; pero también, durante el período en que se hacía más evidente que los esclavos africanos eran insuficientes para satisfacer la demanda de mano de obra barata en una industria en expansión como era la azucarera, la mortalidad era muy alta entre los chinos; antes de llegar a Cuba, unos 16.000 (un poco más del 10 por ciento) murieron durante el largo y penoso viaje desde China. En 1874 se quedaron en Cuba sólo 68.000 chinos, en donde la mortalidad era también alta, y muy pocos de ellos consiguieron reemigrar. De cualquier forma, el sufrimiento humano no preocupaba a los patrones, así un comerciante comenta secamente en 1860 lo siguiente: «Suponiendo que 600 hombres fueran embarcados desde China, y que sólo 300 llegaran a Cuba, éstos cubrirían todas las pérdidas y aún dejarían un beneficio fabuloso» [26].

Unos 75.000 chinos entraron en Perú entre 1849 y 1874, o sea, contemporáneamente a la abolición (1854); trabajaban en las plantaciones costeras, extraían guano, un trabajo indeseable y a menudo mortal, y construían vías de tren. Meiggs y Keith, fue la célebre pareja de dinámicos empresarios norteamericanos que emplearon chinos en Perú, utilizando más tarde este mismo sistema en Costa Rica. La mortalidad, al igual que entre los chinos destinados a Cuba, en 1847-59 era muy alta; sabemos que 87.000 chinos partieron hacia el Perú, puede que el 15 por ciento perecieran durante la travesía, lo que representa una cifra mayor que aquella de la anterior migración china a Cuba, a pesar de que ésta implicaba un viaje más largo. En el siglo XVIII, en la ruta atlántica de esclavos, la tasa de mortalidad entre los africanos esclavizados era más baja en varios puntos por ciento [27].

[25] Laurence (1972) proporciona un estudio. Ver también Sánchez-Albornoz (1974, pp. 150-51); Mörner (1973, pp. 32-33), y las bibliografías a las que hacen referencias.

[26] Citado en Pérez de la Riva (1964, p. 89).

[27] Stewart (1951); Piel (1974, pp. 87-103); Casey (1975, pp. 145-65).

También en otros aspectos se asemejaba el transporte de obreros contratados chinos con el comercio de esclavos; eran frecuentes los motines de los pasajeros como respuesta al malísimo trato que recibían; en los países de destino, los chinos recibían un tratamiento más severo aún, reflejándose en el alto índice de mortalidad; vivían aislados, encarcelados y sin acceso a mujeres; sus patrones les acusaban de prácticas homosexuales, y con ese pretexto abusaban más de ellos. Aquellos trabajadores que sobrevivían al período de trabajo estipulado, y que habían sufrido indignidades, quizás, tan grandes como las que tuvieron que aguantar los esclavos africanos, podían, al fin, ascender de escala social, especialmente dentro de la clase media urbana [28].

Pero a muchos de ellos, al menos en Cuba, sólo les esperaba un segundo «contrato» fraudulento, y si se negaban, se les obligaba a un servicio no remunerado para el estado en condiciones semejantes a los *libertos* —esclavos africanos abandonados en la costa de Cuba por la marina británica.

No sorprende que en las posesiones británicas del Caribe y la Guayana, cuatro de cada cinco trabajadores contratados procedieran de la India, ya que era dominio del Imperio Británico. También había trabajadores de África, China y Madeira, haciendo un total por encima del medio millón de individuos que llegaron a estas tierras desde la fecha de la abolición en 1833 hasta 1918. Vale la pena hacer notar que al menos 8.000 «voluntarios» africanos siguieron la ruta de los esclavos para instalarse en Jamaica entre 1840 y 1865. En la Guayana Holandesa, ahora Surinam, después de la abolición de la esclavitud en 1863 llegaron primero chinos, luego, entre 1873 y 1817, llegaron 34.000 trabajadores contratados desde Indonesia e India. Otros 25.000 indonesios e indios entraron en la Martinica entre 1853 y 1884 [29].

El contrato especificaba que los trabajadores podían volver a sus países de origen sin costos una vez que hubieran cumplido una serie

[28] Stewart (1951); Piel (1974); Casey (1975); y Corbitt (1971), especialmente los gráficos de la tasa de mortalidad en 1847-59. Un análisis detallado de la mortalidad en el tráfico de esclavos atlántico en Klein (1978).

[29] Roberts y Byrne (1966-67). Ver también Adamson (1972), y Engermann y Genovede (1975) pp. 457-73); Weller (1968); Wood (1968); Lier (1971, pp. 217-18); Ankum-Houwink (1074, pp. 42-68); Reyert (1949, pp. 42-68); Reyert (1949, p. 24); Nath (1950); Thomas (1974); Schuler (1980).

de años especificados. En realidad, la situación del trabajo era muy poco ajustada a los términos pactados en el contrato. Sólo una minoría pudo acogerse a la ventaja de esta cláusula, y, de todos modos pocos pudieron volver. En el caso de los trabajadores indios, el 32 por ciento reemigraron desde la Guayana Inglesa, y el 34 por ciento desde la Holandesa [30]. El resultado fue que toda esta emigración contratada para el Caribe, las Guayanas y la costa del Perú dejó una marca indeleble en el mapa étnico de estos países.

En otras sociedades dedicadas a las plantaciones, el trabajo contratado nunca fue un factor relevante. Brasil, por ejemplo, sólo fue capaz de atraer entre 2.000 y 3.000 chinos. En el imperio brasileño la escasez de obreros se manifestó bastante tarde, y cuando alrededor de 1880 se hicieron finalmente peticiones directas al gobierno imperial de China para obtener obreros contratados, las autoridades chinas, que ya tenían elocuentes testimonios de la esclavitud a la que eran sometidos los chinos en América, sencillamente se negaron a cooperar [31].

La explotación de los maltratados asiáticos parece estar marcada, con frecuencia, por prejuicios raciales, pero, como hemos dicho, tampoco el trato a los blancos contratados era mucho mejor. Por ejemplo, los pobres canarios destinados a Cuba en la década de 1850 tenían que aceptar que sus salarios fueran mucho más bajos que los de los «trabajadores libres y los esclavos de la isla». También se les obligaba a aceptar horarios de trabajo de al menos doce horas al día; claro está que era una considerable disminución de las horas que trabajaban los esclavos en la recolección de las plantaciones de azúcar [32].

En São Paulo, Brasil, el cultivo de café tuvo su primera expansión alrededor de la mitad del siglo XIX. El trabajo lo llevaban a cabo los esclavos africanos pero el comercio de negros aún estaba amenazado con la extinción a causa de la persecución iniciada por Gran Bretaña muchos años antes.

En 1847, el gran *fazendeiro* (dueño de la plantación) de café de São Paulo, Nicolau Vergueiro, inició un experimento usando obreros contratados de Europa. Pero los inmigrantes suizos y alemanes exigían

[30] Laurence (1971, pp. 57-62).
[31] Conrad (1975).
[32] Hernández García (1976).

mejores condiciones de los que los cultivadores estaban dispuestos a conceder, acostumbrados como estaban, a la servidumbre de los esclavos. En 1856 estalló un motín en la *fazenda* (plantación) Ibicaba. Poco después, los cultivadores volvieron a la situación previa, dependiendo completamente del trabajo de los esclavos, que, entonces, se obtenían por el comercio inter-regional de bienes humanos con las zonas menos prósperas del Noroeste [33].

Podemos considerar, pues, que el factor esencial de la denigración y la inexorable explotación de los obreros contratados no era su color, sino más bien el aislamiento impuesto por la gran distancia con sus países de origen. En estas condiciones, los empresarios podían fácilmente imponer unas férreas condiciones de trabajo, sin que apareciera la solidaridad con otros sectores explotados de la sociedad, y la aceptación de una mínima remuneración, que, al tiempo, servía para mantener bajo el nivel de los salarios de los trabajadores libres. Pero no debemos olvidar que la labor contratada era, para aquellos que sobrevivían, una servidumbre que finalmente acababa. Como ya hemos señalado, para algunos pocos chinos era el comienzo de una posible entrada en la clase media urbana. En el Caribe británico, en especial en Trinidad y Guayana, al menos dos tercios de los inmigrados originarios de la India no retornaban, como en un principio habían pensado, sino que optaban por permanecer, y llegaron a formar, con el tiempo, una clase libre, modestamente afortunada, de campesinos emprendedores.

Tres estudios de procesos históricos: Argentina, Uruguay y la colonia española de Cuba [34]

Argentina

Poco a poco, el presidente Bernardino Rivadavia hizo una política de subdivisión de la pampa de acuerdo a un sistema de enfiteusis, aplicado entre 1824-26, otorgando veinte años de arrendamiento a perso-

[33] Dean (1976, pp. 88-123), ofrece el mejor resumen. Ver también Buarque de Holanda (1963, 2:245-60). La versión del líder de los «rebeldes» inmigrantes es la de Thomas Davatz (1972).

[34] Esta sección fue escrita por Harold Sims.

nas que pudieran pagar por una dehesa una renta anual equivalente al ocho por ciento y por tierras de cultivo el cuatro por ciento de la producción. Esta hubiera sido una política excelente para estimular la inmigración si se hubiese mantenido. Sin embargo, los terratenientes no cumplían frecuentemente con su pago anual, y, a fin de obtener los ingresos que el gobierno necesitaba urgentemente, el dictador Juan Manuel de Rosas perdonaba las deudas y regularizaba las propiedades —un concepto que no se contemplaba en la enfiteusis— a cambio de pagos en efectivo que se consideraban como precio de compra.

La inmigración a la pampa había comenzado con seriedad en la década de 1840 con la llegada de alemanes, pero la emigración desde Alemania pronto fue interrumpida por Prusia debido al maltrato recibido por los primeros colonos pioneros. De nuevo recomenzó la entrada de europeos en la década de 1850 cuando se daba una tendencia a la parcelación. La provincia de Buenos Aires nos ofrece un buen ejemplo, como ha demostrado el historiador Jonathan Brown [35]. Un país que tenía alrededor de un millón de personas en 1810, creció hasta 1.800.000 de acuerdo al momento en que se concluyó el primer censo de 1869 [36].

Uruguay

La inmigración que se dio en un principio se conoce mejor en el caso de Uruguay, gracias, en parte, al trabajo de Juan Antonio Oddone [37]. Gracias al reconocimiento de Gran Bretaña de la independencia uruguaya después de 1827, un grupo de 700 inmigrantes llegaron a Montevideo en 1833 desde las islas Canarias. Un acuerdo se había firmado con España en 1835 para promover la emigración, pero bajo la dictadura de Rosas el gobierno de Buenos Aires estableció un bloqueo naval en el puerto de Montevideo, que tuvo como una de sus consecuencias la restricción del flujo de inmigrantes hasta la caída de la dictadura en 1851. De hecho, entre 1835 y 1842 más o menos

[35] Brown (1979).
[36] Scobie (1971).
[37] Oddone (1966b.).

35.000 europeos habían llegado; por lo menos 6.400 eran franceses, y 2.500 venían de Inglaterra. El sitio de Montevideo de Rosas de 1842 hasta 1851 no sólo impidió la llegada sino que, además, animó la escapada de pequeños capitalistas y la salida de extranjeros. Unos 8.000 franceses pasaron a Buenos Aires y la población de Montevideo descendió, aproximadamente, un 25 por ciento. En 1843, de la población de la capital uruguaya, al menos, dos tercios, habían nacido en el extranjero, de los cuales unos 4.000 eran italianos. A causa del éxodo francés, los italianos ganaron la superioridad numérica, aunque los franceses se mantuvieron en cabeza como terratenientes. Tras la caída de Rosas volvió la emigración desde Buenos Aires y en 1851 se reabrió el puerto uruguayo.

En 1852 más de un quinto de la población uruguaya había nacido en el extranjero. En 1853 se fundó la primera «Sociedad protectora de emigrantes». La oferta de trabajo era grande en la industria del ganado vacuno y en los *saladeros* (plantas de salado de carne de vaca), debido a la expansión del mercado británico de carne uruguaya. El censo de 1860 demuestra que la proporción de extranjeros había aumentado hasta un 35 por ciento. Los brasileños constituían la colonia mayor de extranjeros, casi unos 20.000, o un cuarto del total de extranjeros; los españoles eran los segundos, con unos 18.000, y las colonias de italianos y franceses se estabilizaron en 10.000 y 9.000 respectivamente. Casi la mitad de la población de Montevideo era de personas nacidas en el extranjero [38].

Cuba

Cuba, durante el siglo XIX, presenta un caso de continuado colonialismo español, al igual que representa un caso en que se inhibe la inmigración por la imposición de la expansión de la esclavitud. Tanto las autoridades coloniales como los cultivadores habían deseado una inmigración blanca para contrarrestar el impacto de los esclavos negros

[38] Oddone (1966b.). Ver gráfico 8, debajo. Se debería señalar que la inmigración en Uruguay había alcanzado grandes proporciones en un período en que la inmigración a gran escala aún no había comenzado en ningún lugar de América Latina.

en el balance racial de la población, al menos desde la revolución de Haití de 1791. El gobierno colonial estableció en 1791 una «Junta de agricultura» e invitaron a isleños canarios a emigrar a Cuba. Entre la creación de la Junta y 1847, el régimen trajo indios mejicanos y, también, chinos, en un esfuerzo por disminuir la importación africana. El mayor éxito lo constituyó el traer refugiados desde Haití y Santo Domingo. A los franceses se les otorgaba la entrada libre hasta 1807, fecha en que Carlos IV de España cambia de política y comienza la expulsión de franceses de Cuba. Hubo motines anti-franceses en La Habana en 1809, y sin embargo Fernando VII reabre Cuba a los emigrantes no-españoles en 1817, tras la caída de Napoleón. Como resultado de la ley de 1817, unos 1.183 extranjeros obtuvieron la *carta de domicilio* (carta de residencia) en Cuba entre 1818 y 1820; de éstos, 436 eran franceses, 158 eran de los Estados Unidos, y 765 eran alemanes. En cuanto a las profesiones, los grupos más numerosos eran los granjeros (360) y los carpinteros (308) [39].

A todo aquel que venía a Cuba se le exigía ser católico romano, y a cada miembro de familia se le prometía ocho acres de tierra, más cuatro acres por esclavo importado y, además, una exención fiscal de quince años. Para llevar a cabo el proyecto se creó en La Habana la «Junta de población blanca», cuyo fin era incentivar la inmigración de ciudadanos españoles y, especialmente, canarios.

Puesto en marcha este esfuerzo, España firmó con Inglaterra un tratado en 1817 en el que se «abolía» de manera ostensible el mercado de esclavos. A partir de entonces, la Junta obligó a pagar un impuesto de seis pesos por cada esclavo varón importado, para así desanimar la importación de esclavos y para poder mantener «la proporción de raza blanca». Ya en el año 1821 la Junta había recaudado más de 300.000 pesos con lo que ofertaba arreglos financieros generosos a los inmigrantes blancos: transporte, alojamiento, cuidado hospitalario y manutención pagada para los adultos y niños de hasta tres meses recién llegados.

Propietarios con tierras fueron los que llevaron a cabo el programa al subdividir las grandes extensiones para vender propiedades a los

[39] Corbitt (1942). Sobre los chinos en Cuba, ver también Pérez de la Riva (1964, p. 89). Para un testimonio de primera mano de los *coolies* chinos, ver el informe actual de la comisión investigadora china, Tsung (1876).

inmigrantes de 1.500 a 3.000 acres. Quien recibía la tierra tenía que pagar 100 pesos tras los dos primeros años, y seguía pagando cuatro rentas anuales de 25 pesos, más diez años de renta de 50 pesos al año. Además, los terratenientes contratistas recibían 60 pesos por adulto europeo y la mitad de por los no-europeos traídos. Por lo demás, como «fundadores de ciudades», los empresarios tenían numerosas ventajas, como jurisdicción civil y penal en esos territorios de por vida.

Al restituirse la Constitución Liberal española en Cuba, en 1820-23, se suspendió el programa. Sin embargo, la Junta en Cuba recobró la autoridad en 1823, y se continuaron los esfuerzos a pesar de que se obtuvo un éxito mínimo hasta 1834. Sobre esa fecha los inmigrantes comenzaron a llegar por su cuenta; 35.000 europeos habían venido por 1843, cifra que excedía la de la importación de esclavos.

La política española cambió en 1835 en favor de la inmigración blanca hacia Cuba —como resultado de un esfuerzo británico para reforzar un segundo tratado firmado con fecha más reciente para suprimir la trata de esclavos—. Una nueva «Junta de desarrollo» se formó en Cuba con un nuevo propósito: traer trabajadores, no colonos. Los abolicionistas y los cultivadores se juntaron en un nuevo esfuerzo de buscar obreros libres europeos. El deseo de acabar con la dependencia de la esclavitud hizo que surgiera la noción de un «Modelo de ingenio azúcarero ideal», manejado por europeos y suministrado por pequeños granjeros productores de caña. Se trajeron campesinos españoles en la década de 1840, pero los terratenientes siguieron tratándolos como arrendatarios. Cuando los intereses de los partidarios de la inmigración llegaron a identificarse con los de la causa independentista, los españoles decidieron rápidamente retirar su apoyo al experimento, y en 1843 el esfuerzo había terminado, dejando como consecuencia una indecorosa especulación de la tierra. También los grandes cultivadores se habían vuelto contra el plan, ya que chocaba con sus intereses de acceder sin trabas en el futuro a grandes extensiones de tierra para la expansión del azúcar.

A pesar del bloqueo británico, a partir de 1843 España autorizó a los cubanos a recurrir de nuevo a los esclavos africanos; pero en 1847 los cultivadores estaban acudiendo a los mayas en Méjico, y a los chinos que proporcionaban los traficantes portugueses. La disponibilidad de los mayas fue posible debido al desesperado esfuerzo financiero que tuvo que realizar el gobierno estatal de Yucatán para hacer frente a una

rebelión de los huits, indios no aculturados que querían expulsar a los mejicanos de la península. Sin embargo, la necesidad y el oportunismo hizo que realmente pocos fueran huits, puesto que los pacíficos mayas eran más fácilmente capturados por los *dzulob,* la minoría blanca [40].

En la década de 1850 la inmigración, tanto de chinos como de españoles, comenzó de nuevo. Se establecieron compañías para importar gallegos, y llegaron por miles; pero al fallar las compañías se recurrió de nuevo a la fuente china. Entre 1852 y 1874 unos 125.000 vinieron con falsos contratos, un mercado humano que decayó únicamente con la guerra de los diez años de independencia cubana (1868-1878).

Sólo después de la guerra, que ganaron los españoles con un alto costo para Cuba, fue cuando a la emigración blanca se le dio un nuevo y exitoso énfasis, y esto ocurría al tiempo que la abolición de la esclavitud (1880-1886). Cuba se convertiría en un eslabón de paso para los emigrantes de España que se dirigían de camino a otros lugares de las antiguas colonias españolas [41].

[40] Reed (1964). Como resultado, encontramos plantaciones en Cuba a mitad de siglo con una fuerza de trabajo abigarrada, compuesta de esclavos africanos, chinos de Shangai y mayas, trabajando juntos.

[41] Reed (1964).

Capítulo III

LA INMIGRACIÓN EN MASA: EL CONTEXTO EUROPEO Y LA SELECCIÓN EN AMÉRICA LATINA

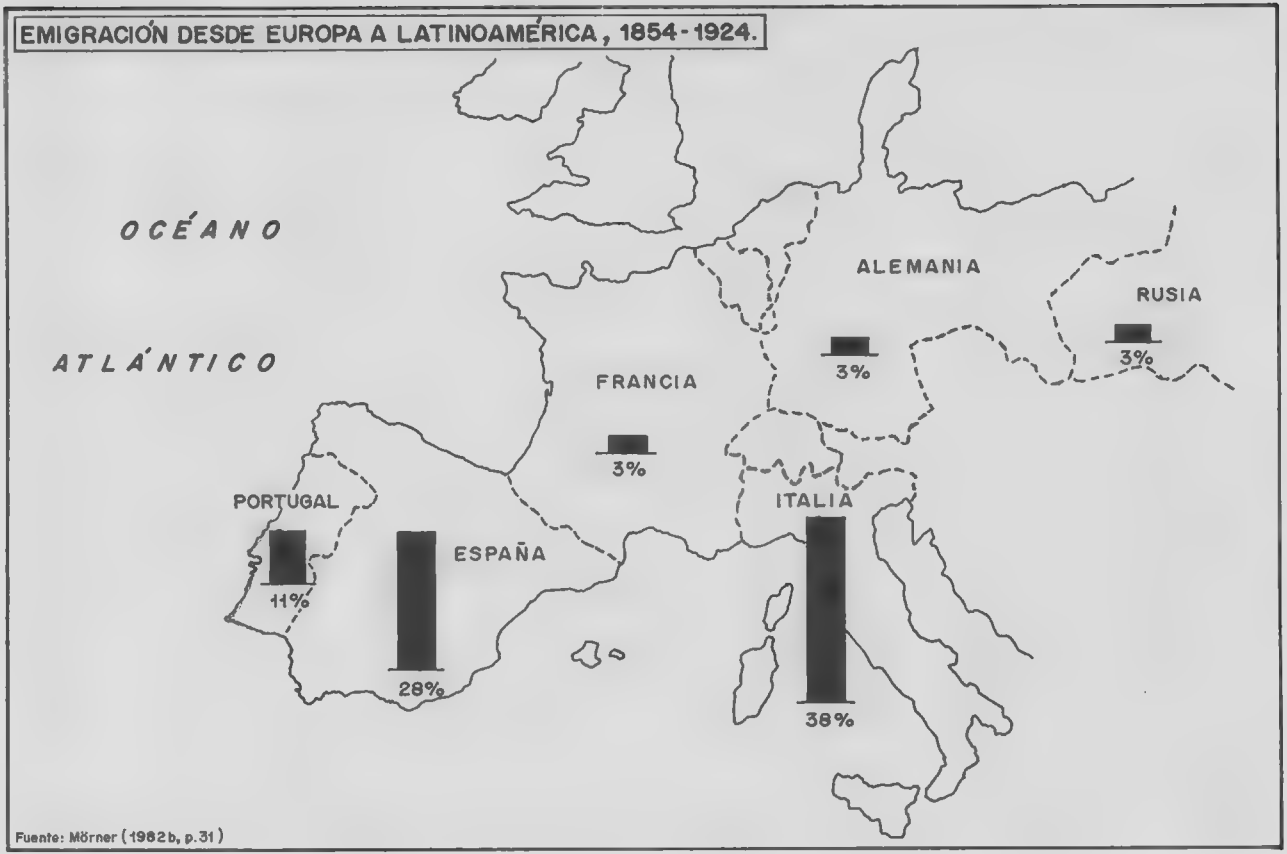
El contexto europeo

Debido a la rápida disminución del índice de mortalidad, la población europea, a lo largo del siglo XIX, comenzó a aumentar, de 5,8 por mil en 1841-50 a 9,9 en 1891-1900. Este fenómeno comenzó en el noroeste de Europa (donde la tasa de aumento de la población era, en Gran Bretaña e Irlanda, de 13,7 por mil en 1821-30), y se extendió gradualmente a los países del sur y el este de Europa. La población europea pasó de 187 millones en 1800 a 266 millones en 1850, y a 401 millones en 1900 —en un siglo creció hasta llegar a doblarse—. Esto creó una demanda alimenticia que no podía satisfacerse con la agricultura tradicional, y la modernización de la agricultura era lenta e incompleta, especialmente en el sur y el este de Europa.

Dos procesos realmente importantes se extendieron al mismo tiempo, la industrialización y el desarrollo urbano, primero en Gran Bretaña y luego en otras partes de Europa. Sin embargo, estos procesos eran insuficientes, o demasiado lentos, para absorber el exceso humano producido por la explosión demográfica. Esta es la principal razón por la que más de 50 millones de europeos emigraron a ultramar durante cuatro generaciones entre 1830 y 1930 [1] (ver mapa 2).

La primera oleada migratoria, constituida fundamentalmente por europeos del norte, tuvo como principal destino los Estados Unidos,

[1] Es estudio excelente el de Oddone (1966a). Los datos estadísticos según el *Cambridge Economic History of Europe* (1965, 4:62). Ferenczi y Willcox (1929) sigue siendo la obra clásica para la inmigración anterior a la Depresión.



Mapa 2. Emigración desde Europa a América Latina, 1854-1924 *Fuente:* Mörner (1928b, p. 31).

que ofrecían una cultura y un entorno similar a aquel de la tierra natal europea y unas claras oportunidades de progreso. América Latina llegó a ser importante mucho más tarde cuando en el sur y el este de Europa se comenzó a experimentar un acelerado crecimiento de la población, como ocurrió, por ejemplo, en los originarios territorios polacos que habían sido divididos entre Rusia, Prusia y Austria, coincidiendo con un fenómeno económico crucial: desde 1870 grandes cantidades de cereales baratos, cultivados fundamentalmente por inmigrantes europeos en la llanura central de los Estados Unidos, empezaron a llegar como reservas alimentarias, provocando al tiempo, una crisis agrícola genuina en el sur y este de Europa. La natural consecuencia fue que más inmigrantes de estos países se unieron a las oleadas migratorias de los años 1870-1910 [2].

Durante el mismo período, el precio del pasaje se redujo considerablemente debido a la sustitución de los barcos de vela por los buques de vapor. Para el año 1888, tres cuartas partes de los barcos de alta mar que llegaban a los puertos argentinos eran impulsados por vapor. Como resultado, en parte, el tonelaje registrado en estos puertos se triplicó en un período de doce años. Es probable que en la década de 1870 los buques a vapor transportaran más inmigrantes que los barcos de vela. Julio Lorenzoni, un joven italiano que cruzó el Atlántico en un buque a vapor con su familia en 1877, declara que el precio de un pasaje desde Génova a Río de Janeiro fluctuaba entre 100 y 150 liras en esas fechas. En sólo tres años, desde 1903 a 1906, los precios cayeron de 165 a 80 liras en el trayecto de Italia a Río de la Plata. Además, los viajes se habían hecho mucho menos peligrosos. Durante el período 1903-25, la tasa de mortalidad en viajes entre Italia y Sudamérica era sólo de cuatro por mil [3]. Es más, como veremos, los pasajes eran frecuentemente subvencionados por las autoridades o los patronos del país de destino. Como consecuencia, el movimiento migratorio trasatlántico de la segunda fase incluía miembros del estrato más pobre del país de origen, caso que, casi nunca, había pasado en el primer período.

[2] Mosk (1948, pp. 64-66), Bobinska y Galos (1975).

[3] Mulhall (1899, p. 534), Carlo M. Cipolla (1973, 2:694-97), «El efecto más dramático de todos fue la mejora del transporte marítimo a vapor en la ruta sudamericana» (Lorenzoni, 1975, p. 14). No hemos encontrado más datos sobre los precios anteriores a 1903 (Franceschini, 1908, p. 881).

Vamos a señalar también, brevemente, algunos factores específicos que influyeron en los índices migratorios de los países más importantes para América Latina. En Italia, la coincidencia del descenso económico y la competencia de las importaciones de cereal barato provocó una crisis especialmente severa entre 1885 y 1895. En estas circunstancias, la emigración de las provincias italianas del norte era más importante, a pesar de su mejor desarrollo económico y sus mejores condiciones de vida en relación al sur. En el sur de Italia, los problemas estructurales de una sociedad extremadamente empobrecida y atrasada continuaron empeorando como resultado del aumento de la población, hasta el cambio de siglo. En esa época, la situación en el norte de Italia había mejorado con lo que nos encontramos que en períodos recientes predominan contingentes de italianos del sur [4].

No obstante, no se debería exagerar la correlación entre el nivel de miseria y el de emigración. Una región del sur como Apulia podría ser muy pobre, y no obstante, podía tener un nivel relativamente bajo de emigración. Pero si examinamos detalladamente el caso, descubriremos que el nivel de militancia socialista era muy alta en Apulia; esto, parece ser, que era una alternativa a la emigración.

En España, la supresión de los obstáculos legales a la emigración en 1853 fue, obviamente, un estímulo para la emigración en masa. El éxodo se produjo al principio desde dos áreas superpobladas, Galicia y las Islas Canarias. En Galicia, el *caciquismo*, la ley del amo, la usura, y un peculiar tipo de arrendamiento a pequeña escala *(foros)* eran los males que, profundamente enraizados, estimularon la emigración. La cifra de emigración desde las islas Canarias estuvo influenciada por la crisis de su producto principal, la cochinilla, como resultado de la introducción de las anilinas sintéticas que aparecieron en 1870. Pero los movimientos migratorios también fueron importantes en otras regiones periféricas de España, como Cataluña, con una economía vigorosa, en expansión y un nivel más alto de vida; en estos casos, debemos deducir la influencia de factores de «tirón». Por otro lado, el interior de Es-

[4] Foerster (1919, vol. 2); Delhaes-Guenther (1973, pp. 351-53); Oddone (1966a, pp. 22-36); Vazquez-Presedo (1971); sobre las condiciones en Apulia, ver MacDonald (1963-34); ver también Akerman (1975, pp. 13-14).

paña estuvo muy poco afectado. Cuantitativamente, la emigración española tuvo su punto culminante en 1912-1913 [5].

En Portugal, como en otros períodos de la historia portuguesa, fueron las provincias del norte, con su minifundio y su alta densidad de población, las que alimentaron la corriente migratoria que cruzaba el Atlántico. A principios del decenio de 1890, los viñedos de la zona quedaron arrasados por un parásito de planta: la temida filoxera. La demanda de trabajo decayó, y la emigración llegó a su punto álgido en 1895. Después hubo otro momento crucial en 1912 [6].

En la Europa del este, el comienzo de la emigración transoceánica está claramente relacionada con la crisis agraria de la década de 1880. Los territorios polacos incorporados al imperio ruso experimentaron verdaderas «fiebres migratorias» llevando a numerosos campesinos explotados a buscar fortuna en Brasil en 1890-91 y de nuevo en 1911-12. En el caso de Galitzia, una zona empobrecida de Polonia bajo el dominio austríaco, se dieron corrientes migratorias similares entre 1895 y 1914. La emigración desde territorios polacos bajo dominio prusiano había comenzado mucho antes, decayendo alrededor de 1890. En el futuro se dirigirían principalmente a los Estados Unidos. Los judíos que vivían en varias regiones del vasto imperio ruso emigraban debido a la persecución a la que estaban sujetos, especialmente los sangrientos *pogroms* de 1881-84 y 1903-07. Deberíamos hacer notar que algunos gobiernos animaban la emigración de minorías para acabar con estos problemas.

Los países que proporcionaron la mayor parte de los emigrantes hacia América Latina entre 1880 y la Primera Guerra Mundial —España, Italia y Rusia— habían sido pobres desde hacía mucho tiempo. No sólo la agricultura estaba poco desarrollada en estos países, sino que también el proceso de industrialización era menor que en otras partes de Europa, con lo que el ritmo de crecimiento económico se mantenía más lento [7]. Los salarios de los trabajadores en España, Portugal, Italia

[5] Nadal (1973, pp. 184-97); Oddone (1966a, pp. 36-48); Hernández García (1976).

[6] Serrão (1974, pp. 119-59); Ferenczi y Willcox (1929, 1:128-29); Hahner (1976, p. 126).

[7] Ferenczi y Willcox (1929, 1:129-31; 2:509-11, 521-53); Korolev (1976); Groniowski (1979, pp. 241-56), Groniowski (1972) subraya los problemas agrícolas que llevaba consigo la emigración. Ver también Bobinska y Pilch (1975, pp. 87, 124, 127).

y Rusia eran los más bajos de Europa en 1865; sólo los salarios italianos mejoraron durante la última parte del siglo, pudiendo comprar el doble de trigo en 1896 que en 1871.

La selección en América Latina

Hemos señalado ya como los factores de «tirón» son los responsables de la emigración masiva de europeos durante la segunda parte de siglo XIX y los primeros años del XX (ver mapa 3). La mayoría de esos emigrantes optaban por una nueva vida en los Estados Unidos, atraídos por las fronteras en expansión y su fuerte economía, y, también, por la política liberal, que facilitaba la adquisición de tierras (se garantizaba un total de 65 hectáreas a nuevos colonos), y la relativa estabilidad de sus instituciones, especialmente tras la guerra civil de 1861-65. Además, el viaje desde la costa Atlántica europea a Nueva York era más corto y más barato que el viaje a Buenos Aires o a Sidney, y las condiciones climáticas y geográficas en Norteamérica eran generalmente más familiares a los europeos. Aún los países de América Latina con las condiciones políticas y geográficas más favorables no estaban en una posición para competir seriamente en todos estos aspectos.

Es conveniente preguntarse, entonces, por qué unos once millones de europeos —es decir, una quinta parte del total de la emigración trasatlántica—, no obstante, escogieron como destino América Latina. Observamos, por ejemplo, que el 68 por ciento de los emigrados italianos trasatlánticos entre 1875 y 1898 se embarcaron para América Latina, y esto mismo se cumple para más del 70 por ciento de los emigrantes portugueses entre 1855 y 1921; y también para la gran mayoría de los emigrantes españoles, después de la reducción de la emigración española en el norte de África en la década de 1880 [8].

Es obvio que en la elección del país de destino la afinidad cultural y un idioma parecido o común juegan un papel considerable [9]. Pero

[8] Mulhall (1899, p. 534); Ferenczi y Willcox (1929, 1:128); Nadal (1973, pp. 185-86).

[9] Ver Pike (1971).

Mapa 3. Inmigración a América Latina, 1851-1924. *Fuente:* Mörner (1982b, p. 31).

la emigración española del siglo diecinueve fomentó pocos enlaces culturales entre España y aquellas que habían sido sus anteriores colonias. Por añadidura, hasta una cuarta parte del total de emigrantes al Brasil (y una séptima parte de aquéllos a Argentina en ese momento) vinieron de países no-latinos [10]. Debemos, por lo tanto, concluir que otros factores también estaban implicados.

Tenemos que considerar los factores económicos, ante todo, dado que el principal motivo de este traspaso masivo era, claramente, el deseo de los inmigrantes de mejorar su situación material. El principal mecanismo para atraer inmigrantes a América Latina fue la expansión del mercado europeo para sus productos en América Latina. Para satisfacer esta creciente demanda, era necesaria una fuerza de trabajo mayor y «mejor», que, a su vez, llevará a varios países de América Latina a promover una política activa de inmigración.

Poniendo más atención, la evolución de la inmigración parece haber seguido un patrón característico en cada país. Cada uno recibió el impacto de las condiciones favorables o adversas, así que no se puede generalizar demasiado acerca de las fuerzas básicas que operaban, afectando, sobre la inmigración de América Latina durante todo este período de tiempo.

En Argentina —un país poco poblado, dominado por una oligarquía de haciendas que estaba relacionada con la exportación del cuero, y la importación de trigo hasta la década de 1870— un puñado de colonizadores europeos, persuadidos con gran dificultad para que se establecieran en la provincia de Santa Fe, se convirtieron en los pioneros del cultivo de trigo. Con increíble rapidez, los colonos pasaron de cultivar para el mercado local a la exportación masiva para el mercado internacional [11]. Sólo entonces, hacia el final de la década de 1880, la oligarquía empezó a favorecer la inmigración masiva (que casi no había sido necesaria para una economía de pastoreo, la cual requiere menor asistencia de trabajadores), a pesar de que esta finalidad había sido proclamada al menos treinta años antes por los líderes liberales, como Juan Bautista Alberdi (famoso por la frase: «Gobernar es poblar»), y Domingo Faustino Sarmiento. En un principio, los inmigrantes de la

[10] Scobie (1964, p. 29); Sánchez-Albornoz (1974, p. 161).
[11] Scobie (1964, pp. 30-38).

Argentina tenían que pagar sus pasajes, aun cuando el gobierno preparaba bajos precios en los billetes de acuerdo con las líneas marítimas. En 1880, sin embargo, el gobierno empezó a subvencionar los pasajes, pero pronto la crisis de 1890 forzó a suspender esta práctica a causa de las restricciones financieras; en cualquier caso durante estos dos años había subvencionado un tercio de la inmigración (125.000 individuos) [12]. Aún así, los precios del billete seguían siendo bajos; alrededor de 1900, un trabajador agrícola podía reembolsarse el precio del viaje a Argentina con sólo dos semanas de trabajo.

Las autoridades de Uruguay nunca tomaron medidas tan activas, pero los salarios de los obreros de finales de la década de 1880 eran comparativamente altos, y esto, justo cuando la migración europea estaba en alza, constituyó un incentivo de lo más efectivo para la inmigración [13]. Lo mismo ocurrió en Argentina alrededor de 1900. Se estima que en 1904 el gasto en comida absorbía sólo el 25 por ciento del salario de un obrero en Argentina, comparado con el 28 por ciento en Australia, el 33 por ciento en Estados Unidos, o el 60 por ciento en Italia y España [14].

En Brasil, la falta de trabajadores en la industria del café en São Paulo se volvió crítica en 1888, cuando se abolió la esclavitud. Esto llevó a una política de subvención a gran escala de la inmigración, financiada, en parte, después de 1891, por el estado de São Paulo. Entre 1889 y 1893, el número de inmigrantes que había entrado en el estado con pasajes subvencionados fluctuaba entre el 82 y 99 por ciento. Se mantuvo alto hasta 1902 cuando el gobierno italiano, reaccionando en contra de los abusos cometidos a los inmigrantes, prohibió la emigración con billetes subvencionados. Los pasajes gratis de Génova a Santos, explican por qué tantos pobres inmigrantes italianos escogieron viajar a Brasil, un país acerca del cual probablemente sabían muy poco o nada [15].

Tanto los gobiernos de América Latina interesados en obtener emigrantes, como las compañías navieras en busca de pasajeros, encon-

[12] Bourdé (1974, pp. 153-56). Ver también Solberg (1970, pp. 11-15); Scobie (1964, pp. 122-24).

[13] Oddone (1966, pp. 46-48).

[14] Vázquez-Presedo (1971, p. 623).

[15] Hall (1974, p. 183).

traron un aliado natural en las agencias de emigración. Muchas agencias sin escrúpulos, guiadas únicamente por motivos lucrativos, intentaban por cualquier medio asegurarse de que el emigrante escogiera el país que ellas representaban. Sus panfletos contenían una amalgama de verdades y mentiras, y se servían de agentes de todo tipo. En 1870, encontramos un cura en la campiña veneciana actuando como agente —una combinación de ocupaciones que probablemente inspiraba una indebida confianza—. A menudo, las actividades de los agentes excedían los límites legales. Por ejemplo, ayudaban clandestinamente a aquellos que querían evadirse del servicio militar; otros agentes eran genuinos «compradores de niños», y algunas veces estaban involucrados en la esclavitud blanca. En el imperio ruso, estas actividades se prohibieron, pero en 1913 se descubrieron aún unos 170 agentes ilegales. En la década de 1890, un agente, con sede en Udine, al noroeste de Venecia, consiguió difundir propaganda causando una auténtica «fiebre brasileña» entre los campesinos de la lejana Galitzia al este —un grupo extremadamente pobre y explotado—. La razón: un contrato firmado en 1892 entre Brasil y una gran compañía marítima con el fin de atraer a una gran cantidad de inmigrantes. Otra oleada de campesinos de esta región fue reclutada por los agentes de las compañías de construcción y ferrocarril, incluyendo la empresa de ferrocarriles «Madera-Mamoré» de triste memoria. Miles de inmigrantes contratados para construir esta línea de tren, en la mitad de la selva, sucumbieron a causa de las fiebres. Es evidente, entonces, que los agentes eran, en gran parte, los responsables de la selección por parte de los emigrantes europeos de los países de América Latina como destino. De otro modo, no podríamos explicar, por ejemplo, por qué unos 2.000 suecos de origen proletarios decidieron irse a Brasil en 1890-91. Un historiador italiano nos cuenta cómo muchos emigrantes simplemente «abandonaban su decisión de destino a los agentes marítimos» [16].

Motivados por los factores socioeconómicos, la cantidad de migración fluctuaba en respuesta a las condiciones económicas de los dos

[16] El mejor sumario está en Oddone (1966a, pp. 86-87). Acerca del agente/cura, ver Lorenzoni (1975, p. 15); Strelco (1975); Korolev (1976). En 1888, una ley suiza restringía las actividades de los delegados representantes de reclutamiento que, por aquel entonces, tenían 11 agentes principales y 102 subagentes en el país. (Tobler, 1979$re, 1964, p. 101). Karin Stenbäck (1973) es también útil acerca de la emigración sueca a Brasil.

lados del Atlántico. Y por la misma razón, los inmigrantes podían cambiar los países o simplemente volver a sus tierras natales. Más adelante consideraremos este fenómeno cronológicamente. Es obvio que si la promesa del agente y de las autoridades del país receptor no llegaban a corresponderse con la realidad diaria, los inmigrantes desilusionados intentarían abandonar la región o el país que los había decepcionado.

En cualquier caso, hacia 1890 había otra posibilidad para los campesinos que no lograban realizar el objetivo personal de adquirir su propia granja en el Nuevo Mundo, y era la de aprovechar la disponibilidad de viajes transatlánticos rápidos y baratos (a veces hasta gratis), y el cambiar de estación al ir de uno a otro hemisferio. Así comenzó un nuevo movimiento de trabajadores agrícolas, de campesinos de España e Italia, llamados *golondrinas*, que viajaban al Río de la Plata en octubre-noviembre para participar en la recolecta de trigo y fruta, volviendo a Europa en el mes de mayo, puede que tras otra breve estancia en los distritos cafeteros de São Paulo. A sus ojos, los beneficios limpios eran considerables, y además podían realizar tareas agrícolas en su país nativo donde habían permanecido sus familias. Claro está que sólo en el caso de que se establecieran permanentemente los *golondrinas* al otro lado del Atlántico podrían llamarse, realmente, emigrantes. Laird Bergad también ha aludido a un fenómeno del tipo *golondrina* en el caso de la producción cubana de azúcar [17].

Es comprensible que la experiencia de los primeros emigrantes en una zona tuviera un efecto acumulativo. Con la noticia del fracaso de un pionero, por ejemplo, los familiares y amigos en casa no querrían seguir sus pasos. El caso contrario se produciría cuando se recibieran noticias favorable, acaso acompañadas de dinero para el pasaje. Una vez que hubieran podido establecer una empresa en el nuevo país, los emigrantes podrían llamar a jóvenes aprendices, normalmente familiares, de su mismo lugar de nacimiento, como se había hecho durante el período colonial [18].

De esta forma, las iniciativas de los primeros grupos de emigrantes tenían como resultado el establecimiento de conexiones duraderas a ni-

[17] Scobie (1964, pp. 60-61); Vázquez-Presedo (1971, p. 615); Foerster (1919, pp. 243-44); Platt (1972, pp. 126-27); y Bergad (1976).

[18] Kenny (1973, p. 103).

vel local entre los dos mundos. En el caso de la colonia francesa de Pigüe, en las pampas sureñas de Argentina, los primeros colonizadores empezaron reclutando sólo inmigrados de Aveyron, su provincia natal [19]. De otra región francesa, el pobre y aislado valle Barcelonette en la Provenza Alpina, se produjo una migración pequeña pero regular a partir de la década de 1830 en adelante. De hecho, la gran mayoría de los inmigrantes a Méjico hasta el momento de la revolución eran «barcelonettes». En Europa habían sido vendedores ambulantes de tejidos de su región en los países vecinos. En Méjico, muchos barcelonettes se convirtieron en ricos empresarios empleando a sus compatriotas. La mayoría de los barcelonettes eran hombres solteros que rara vez se casaban con mujeres mejicanas; en cambio, la proporción de reemigración era muy alta. Así, muchos de estos «mexicanos» se enriquecieron y retornaban a Francia para construir lujosas casas y pasar el resto de sus días en suelo nativo, para acabar siendo enterrados bajo imponentes lápidas. «Dejaron sus hogares para poder quedarse», como decían las gentes locales, aficionados a las paradojas [20].

En 1865, Michael Daniel Jones seleccionó para su colonia galesa Chubut, en Patagonia, un lugar absolutamente aislado. Las subsiguientes oleadas de inmigrantes a Chubut, que llegaron a ser 2.000 antes de la Primera Guerra Mundial, se reclutaban del mismo distrito en Gales que del que venían los primeros colonos. La aventura galesa, con un claro éxito en términos socioeconómicos, muestra muy bien la influencia de otros factores extra económicos. Jones había elegido Chubut, precisamente, en vez de una zona en los Estados Unidos, porque estaba más aislado que cualquier otro lugar. Este galés, patriota apasionado, esperaba que en las tierras remotas de la Patagonia el lenguaje y la cultura de Gales pudieran preservarse [21].

Para el banquero-filantrópico, el Barón Maurice de Hirsch, organizador de la Asociación Colonizadora Judía (ICA), el motivo era el deseo de transformar a los habitantes perseguidos de los guetos europeos del este en prósperos granjeros. La crisis de 1890 en Argentina creó las condiciones favorables para este gran proyecto, como fueron

[19] Benassar (1976, pp. 174-80; 1977).
[20] Gouy (1980).
[21] Williams (1975, 1976).

el descenso del precio de la tierra y la necesidad de atraer capital extranjero. Durante la siguiente década, unos 17.000 inmigrantes de origen judío llegaron a Argentina —«los gauchos judíos» de las pampas, como se les llamaba—. Alberto Gerchunoff los describe con un justificado orgullo en su libro de exquisitas historias cortas [22].

Los Estados Unidos fueron el lugar para todo tipo de experimentos utópicos, aunque esas empresas tampoco faltaron en América Latina. Tal es el caso de la Colonia Industrial do Sai (Colonia Industrial de Sai) establecida en 1842 en Santa Catarina, Brasil, de acuerdo con las ideas de Charles Fourier. Para poner otro ejemplo, William Lane, un periodista socialista decepcionado por la crisis económica y las huelgas en Australia, formó una colonia igualitaria en Paraguay. En 1893 intentó realizar su sueño con un grupo de australianos, sufriendo un absoluto fracaso [23].

América Latina, como los Estados Unidos, era también el refugio de aquellos que habían sido perseguidos por razones religiosas en su tierra natal. Los menonitas, por ejemplo, miembros de una secta alemana que, al negarse a hacer el servicio militar, no se les permitía vivir en paz ni en Europa ni en los Estados Unidos, encontraron refugio en Paraguay, ya que, los paraguayos, gente guerrera, consideraban el uso de armas más un privilegio que una obligación; así, los diligentes menonitas estuvieron exentos del servicio militar, incluso en plena Guerra del Chaco (1932-35) [24]. Los miembros italianos de otra antigua secta europea, los Waldensianos, se había instalado en Rosario, Uruguay, en 1856. Hasta la década de 1920, practicarían la endogamia y hablaban su dialecto piamontés [25].

Refugiados políticos continuaron llegando, incluso en la era de la inmigración masiva, aunque constituían un grupo pequeño. Tras el fracaso de la Comuna de París, en 1871 llegó de Europa un grupo de militantes franceses; también un grupo de alemanes que huían de

[22] Schwartz y Te Velde (1939, pp. 185-203); Scobie (1964, pp. 124-25); Lee (1970, pp. 259-72).

[23] Barros Bastos (1970, p. 24); Livermore (1950, pp. 290-313).

[24] Fretz (1953); Hack (n.d). Los privilegios de los menonitas en Paraguay fueron establecidos a partir de una ley de 1921, reproducida por Hack (n.d., pp. 39-40). Llegaron por primera vez a Argentina en 1877 (Schopflocher, 1955, p. 67).

[25] Hugarte y Vidart (1969, 2:40-43).

las leyes antisocialistas de Bismarck, y un grupo de italianos anarquistas [26]. Pudieran ser menos pintorescos, aunque mucho más numerosos, los 10.000, más o menos, exconfederados de los Estados Unidos que huyeron hacia América Latina después de la derrota del sur en la guerra civil. Cerca de 2.000 eligieron la sociedad esclavista de Brasil, mientras que un mayor número, unos 5.000, optaron por la república de Méjico, en donde la esclavitud había sido de nuevo legalizada en el breve período del imperio de Maximiliano. La mayoría de ellos, tarde o temprano, acabaron por volver a los Estados Unidos una vez que hubieron reconsiderado su irreflexiva postura. En Brasil tuvieron dificultades en establecer el cultivo del algodón, que requería de mayor técnica que la del café, y no era compatible con las formas existentes de labor esclavista del Brasil [27]. Hay que señalar que pocos de estos inmigrantes habían sido de hecho dueños de plantaciones en los Estados Unidos. Exceptuando algunos oficiales militares, parece que predominaban más los plebeyos, personas «populares» del viejo sur. Un pequeño contingente de exconfederados también fue a Venezuela.

Hemos examinado las condiciones estructurales que llevaron a la inmigración masiva al igual que las motivaciones de los colectivos. Pero no deberíamos olvidar que los individuos, imponderables como son, fácilmente se sustraen a las definiciones estadísticas, con lo que a menudo se les olvida en una discursión como la presente. Así, por ejemplo, para un joven catalán, que partió a «hacer las Américas» en 1927; parece que hubo dos eventos que precipitaron su decisión de emigrar: una pelea con su suegra y una discusión que casualmente escuchó [28]. El infortunado joven, sin embargo, no tuvo el éxito que deseaba, y volvió a España para morir humillado por su hostil familia unos años más tarde. Un sirio que se estableció en Chile nos relata que uno de sus parientes «fue mandado a América como castigo por su incorregible manía de criar palomas». El obligado emigrante no sólo se curó de su aparentemente inofensiva debilidad, sino que

[26] Segall (1972).

[27] Buarque de Holanda (1969, 2:261-73). Ver también Rollo (1965); Hanna y Hanna (1960).

[28] Marsal (1972).

además se convirtió en un destacado industrial en su nuevo país [29]. En el caso de dos jóvenes ingenieros suecos, se dice que un día en 1905 eligieron su destino al clavar al azar un lápiz en un globo en movimiento. Por pura suerte, entonces, llegaron a establecerse en Perú [30].

[29] Chaqui (1942, p. 174).
[30] Rogberg (1954, p. 21).

Capítulo IV

INMIGRACIÓN EN MASA: NÚMERO, COMPOSICIÓN, DISTRIBUCIÓN Y FUNCIÓN

La medición cuantitativa aproximada

De acuerdo a los cálculos generalmente aceptados, la emigración internacional total entre 1824 y 1924 abarca un total de 52 millones de personas; alrededor del 72 por ciento se fue a los Estados Unidos, mientras que el 21 por ciento se embarcó hacia América Latina, y sólo el 7 por ciento para Australia.

De los 11 millones de personas con destino a América Latina, al menos la mitad —esto es, más del 10 por ciento de la inmigración del mundo, es decir, 5,5 millones de personas— se instalaron en un solo país, Argentina; el 5 por ciento del total de América Latina fueron a un pequeño país vecino, Uruguay; mientras el 36 por ciento se estableció en Brasil, donde prefirieron poblar las regiones templadas del sur. Esto deja sólo un 9 por ciento para distribuir entre los restantes países situados al sur de los Estados Unidos, más o menos 16.

La corriente migratoria hacia América Latina sólo llegó a tener considerables proporciones —por encima de los 50.000 anualmente— hacia el final de la década de 1860. La inmigración a América Latina llegó a su máximo nivel, unos 250.000 por año, a mediados de la década de 1880, y mantuvo este nivel hasta la Primera Guerra Mundial. Durante la década de 1920, la inmigración casi volvió a los niveles del principio, para sufrir sólo con la Depresión de la década de 1930 una caída pronunciada (ver gráfico 2).

Cuando usamos cifras globales, tenemos que tener en cuenta el hecho de que varias estadísticas sobre las que se basan, tienen graves imperfecciones, debido a las grandes discrepancias en las fuentes cuan-

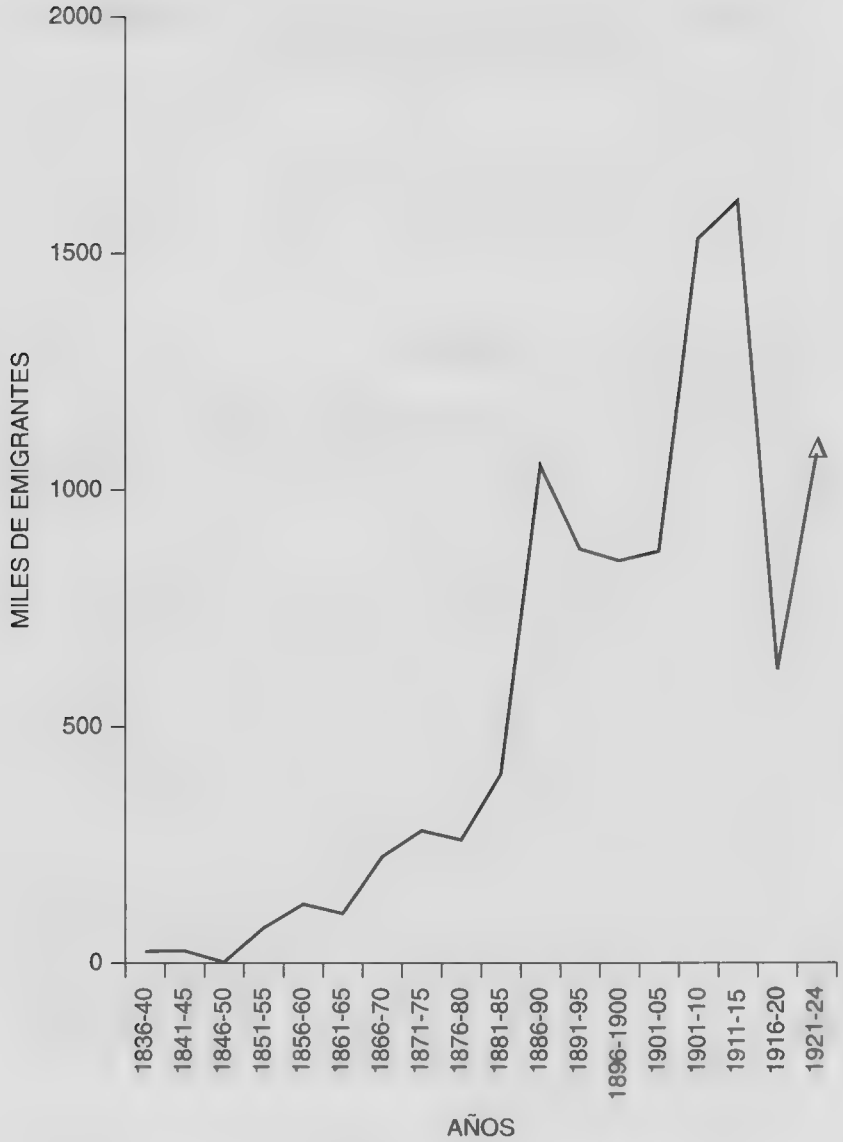


Gráfico 2. Migración total en América Latina, 1836-1924. *Fuente:* Ferenczi y Willcox (1929, 1:239-37).

titativas asequibles. Este es el resultado de las deficiencias administrativas, a menudo tanto en los países de origen como en los de destino, y de la migración que tiene lugar por medio de segundos países, que puede ser en los dos lados del Atlántico. Además, hay varias definiciones del término «emigrante» por aquellos que registraron la estadística [1]. En América Latina, pasajeros que llegaban en segunda o tercera clase del barco eran clasificados, en general, como «inmigrantes», mientras que en los países de emigración se utilizaba otro criterio. En la región argentina de Río de la Plata, el tráfico de emigrantes de ida y vuelta entre Argentina y Uruguay sin duda contribuyó a la confusión estadística.

En el caso de la emigración italiana, tan importante para América Latina, existen dos series estadísticas distintas que comienzan en 1902, una basada en el número de pasaportes concedidos a los emigrantes, como establecen la Direziones Generale di Statistica (DGS), y la otra, la del Commissariato Generale dell' Emigrazione (CGE), basado en las listas de pasajeros. La primera, parece ser, tiende a sobreestimar, mientras que la segunda a subestimar. Para los inmigrantes italianos que entraron en Argentina entre 1902 y 1914, la diferencia entre las dos series es de 55.333 personas, o alrededor del seis por ciento. Comparando las dos series con la estadística Argentina, la diferencia entre la última y la de la DGS italiana (la más alta) es de 101.179 personas; la cifra Argentina es aproximadamente un diez por ciento mayor [2]. Parece que la razón principal para esta discrepancia es que muchos italianos embarcaron en puertos franceses [3]. Esta es, al menos, la explicación que ofrece Mulhall al hablar, en general, de la inmigración italiana de finales del siglo XIX en Sudamérica. La serie de CGE incluye, en alguna extensión, los italianos que partieron desde Le Havre, pero no aquellos que salieron desde otros puertos fuera de Italia.

Entre las cifras de emigración del imperio alemán y aquellas de inmigración a la república Argentina entre 1871 y 1914, la discrepancia es aún mayor. Las cifras argentinas exceden los cálculos alemanes en

[1] Ver, por ejemplo, Thistlethwaite (1960, pp. 37-38); Sánchez-Albornoz (1974, p. 155)

[2] Ver Carmagni y Mantelli (1979), un informe, en parte, duramente criticado, por Calafut (1977), cuyas conclusiones se resumen en el texto.

[3] Mulhall (1899, p. 695).

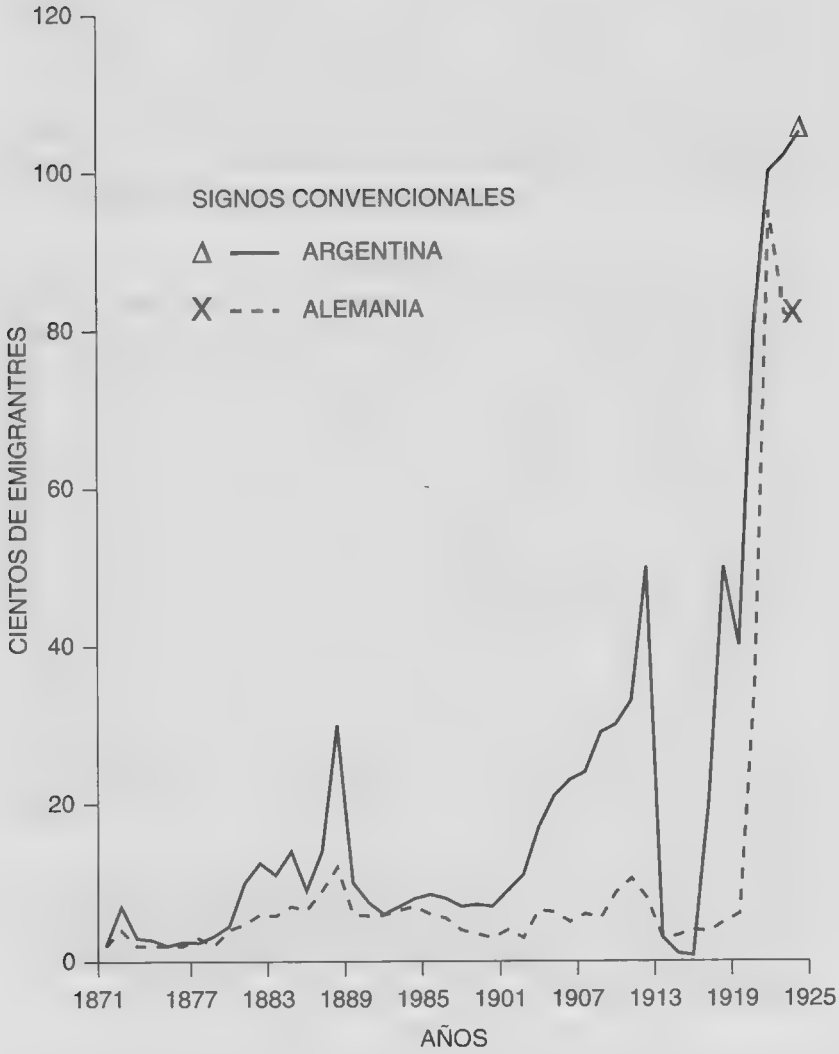


Gráfico 3. Migración alemana a Argentina, 1871-1924. *Fuente:* Recopilado por Laird Bergad y George Calafut, utilizando censos y recopilaciones publicados en Argentina y Alemania.

un 43 por ciento; en este caso podemos aducir una causa similar, puesto que los muchos emigrantes alemanes optaron por irse desde puertos extranjeros como Antwerp o Roterdam (ver gráfico 3) [4].

Las discrepancias entre las estadísticas italianas y las brasileñas es de orden ligeramente distinto. El total de 257.144 inmigrantes italianos registrados en Brasil entre 1902 y 1914 representa el 26 por ciento menos del número total de pasaportes emitidos, pero 29 por ciento más alto que el número registrado por las listas de pasajeros. Posiblemente la tasa excesivamente alta de italianos reemigrados desde Brasil durante este período explica esta diferencia [5]. Además, George Calafut ha señalado un cambio administrativo importante en Italia: en 1901 los pasaportes se concedían gratuitamente. Puede ser que la disminución del valor del DGS después de esta fecha se explique por el hecho de que mucha gente obtuvo pasaportes que luego no utilizaron para emigrar. En otros casos, simplemente, carecemos de estadísticas adecuadas, como en la inmigración desde España antes de 1882 [6].

Deberíamos tener en mente que todas las cifras que hemos mencionado hasta ahora se refieren a emigración/inmigración en total. Es aún más difícil medir la reemigración, aunque sea aproximadamente. Sabemos, sin embargo, que la tasa de reemigración llegó a muy alto nivel, del 10 al 50 por ciento, un fenómeno sobre el que volveremos más adelante. Para coger un ejemplo de Argentina, entre 1857 y 1924, 47 por ciento de todos los inmigrantes parecen haber reemigrado. En el caso brasileño, las cifras son aún más incompletas, pero sugieren una reemigración aún mayor [7].

Las características sociales y nacionales de los inmigrantes que llegaban a América Latina

De los once millones de inmigrantes que llegaron a América Latina entre 1854 y 1924, el 38 por ciento eran italianos, el 28 por ciento

[4] Ver también Everaert (1979). Sobre las discrepancias entre las cifras alemanas y brasileñas, ver Brunn (1971, p. 143).

[5] Carmagnani y Mantelli (1979); Calafut (1977).

[6] Hernández García (1979).

[7] Sánchez-Albornoz (1974, p. 158, tabla).

españoles, y un 11 por ciento portugueses. Los franceses seguían en el orden con un 2,8 por ciento, los alemanes con un 2,7 por ciento, y aquellos designados como «rusos» con un 2,6 por ciento. Los italianos comenzaron a predominar durante la década de 1860, y continuó siendo así hasta 1905, cuando los españoles se convirtieron en el grupo nacional más numeroso (ver gráfico 4).

Del total de emigrados italianos entre 1881 y 1924, alrededor del 45 por ciento dejaron Italia por otro país europeo; el 30 por ciento optaron por los Estados Unidos, el 13 por ciento por Argentina, y, finalmente, el 8 por ciento por Brasil. Debe tenerse en cuenta, también, que hasta 1890 Argentina atrajo más italianos que los Estados Unidos o Brasil. Más tarde, Brasil tuvo, durante algunos años, la primacía. Entre 1900 y 1905, Argentina experimentó otro incremento de inmigración italiana, después del cual, se colocaron los Estados Unidos en el primer destinatario de los italianos. Al ser las primeras oleadas de emigrantes transatlánticos italianos del norte, es natural que fueran los norteños quienes predominaran en la inmigración sudamericana (representando el 60 por ciento de los italianos que llegaron entre 1876 y 1913). Por otra parte los italianos del sur *(mezzogiorno)* predominaron en la inmigración a los Estados Unidos (alrededor del 80 por ciento). Se debe hacer hincapié en el hecho de que considerando la emigración italiana al mismo tiempo, como un todo (europeos y extra-europeos), Argentina atrajo un porcentaje mayor de sureños que de norteños italianos (ver gráfico 5) [8].

El análisis cualitativo de la inmigración del este de Europa, y del Cercano Oriente, es más difícil debido a los cataclismos políticos y territoriales iniciados a mediados del siglo XIX —en especial la disolución de los tres Imperios: Rusia, Austria-Hungría y Turquía—. La persecución de minorías religiosas y étnicas ayudó mucho a estimular la emigración. Expulsados por las míseras condiciones de vida, las minorías étnicas de estas áreas, parecen constituir un gran porcentaje de aquellos etiquetados como «turcos», «rusos» y «austríacos». Los «turcos» que aparecen en las estadísticas de inmigración de América Latina antes de 1914, eran, principalmente, sirios y libaneses, mientras que los «rusos» eran en su mayoría judíos. Esto también se cumple en el caso de los

[8] Baily (1969, 1970, p. 127); Calafut (1977).

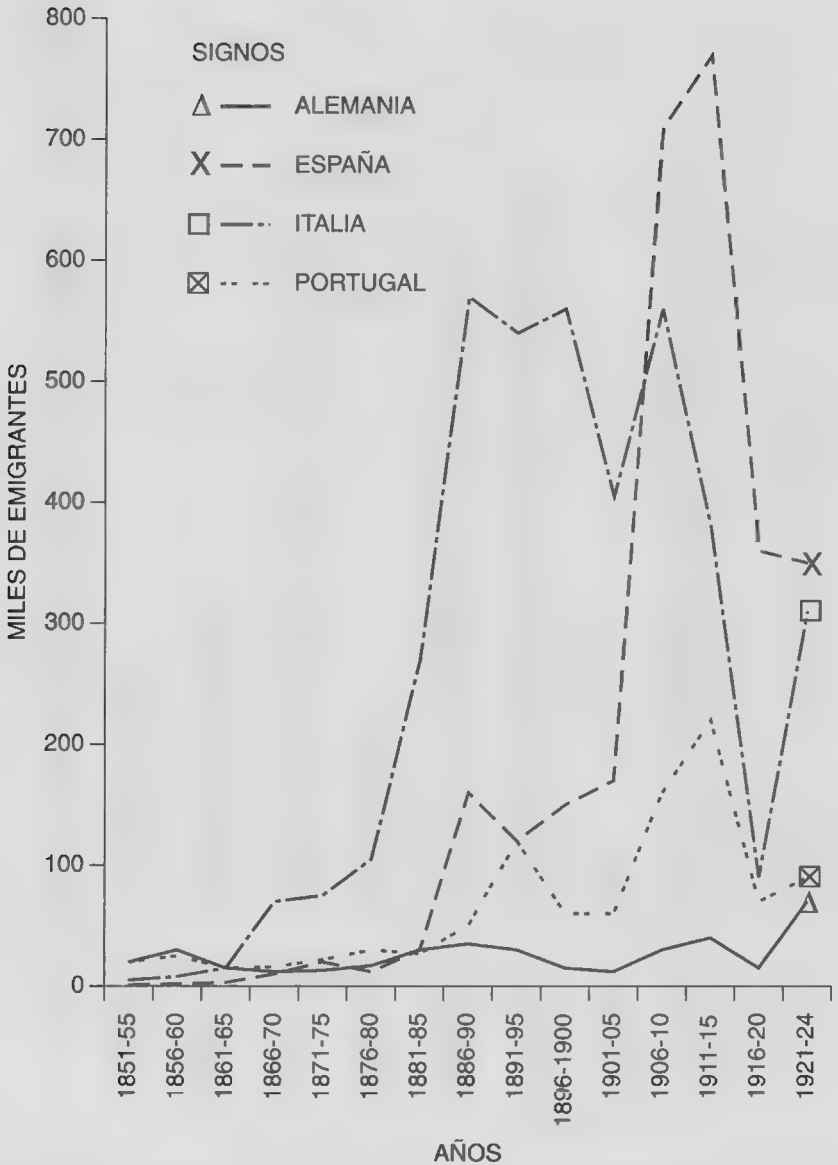


Gráfico 4. Migración total a América Latina, por país de origen, 1856-1924.
Fuente: Ferenczi y Willcox (1929, 1:262-73).

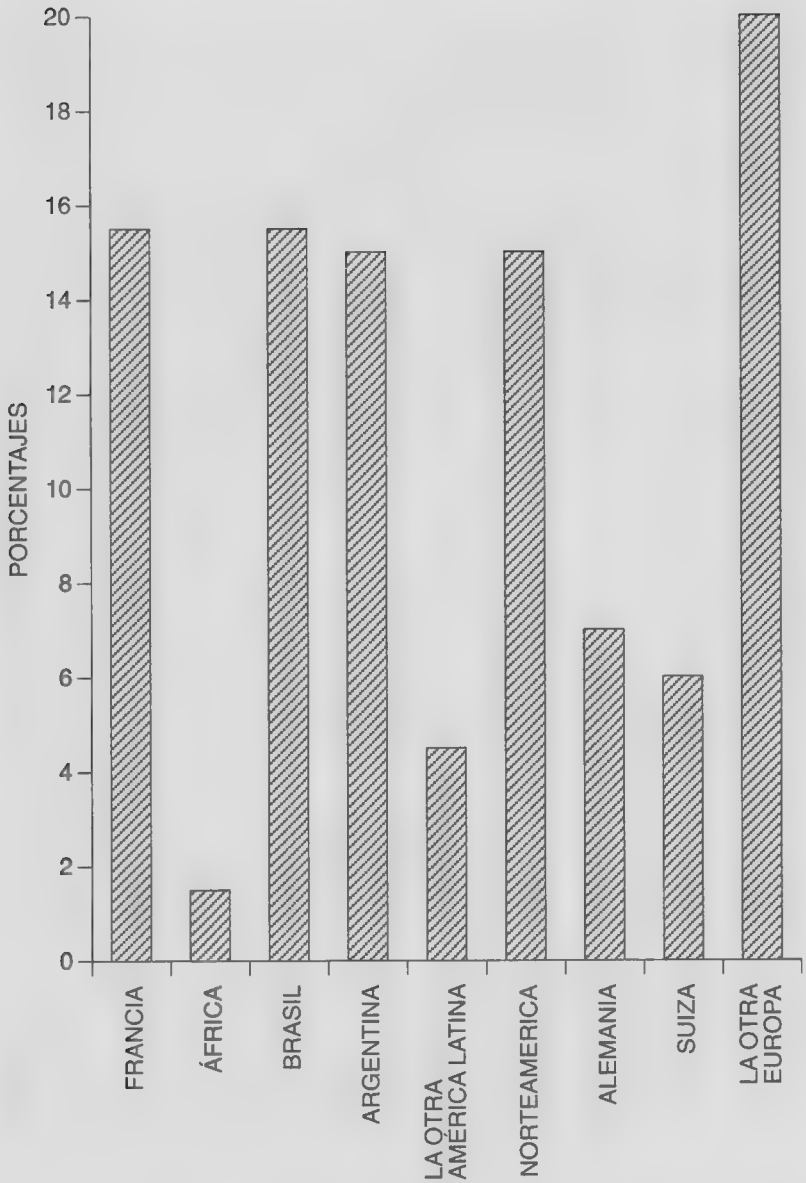


Gráfico 5. Distribución mundial de los italianos emigrantes 1876-1900. *Fuente:* Un secolo di emigrazione italiana, 1876-1976 (1978, p. 22. tabla 3).

inmigrantes irlandeses y galeses que, a menudo, aparecen en sus pasaportes como «ingleses». Los cambios en las fronteras nacionales pudieron también influir en la emigración de grupos perseguidos. En la década de 1920, Polonia impulsó la emigración de ucranianos, bielorrusos, y minorías judías, mientras que Rumania hizo lo mismo con los búlgaros y los ucranianos. Un especialista en la inmigración uruguaya comenta: «Se estima que de los inmigrantes que llegaron [a Uruguay] con documentación polaca o rumana sólo un 10 por ciento lo eran de hecho» [9].

Alrededor del 90 por ciento, o más, de los aproximadamente 350.000 emigrantes de Polonia a América Latina entre 1869 y 1939 eran campesinos. Un gran grupo encontró un triste destino: acabaron en Cuba en la década de 1920, cuando, en realidad, su verdadero destino era los Estados Unidos. Los agentes de emigración les habían engañado al decirles que los visados de entrada a los Estados Unidos eran más fáciles de obtener en Cuba que en Polonia. Su miseria se agravó por la ausencia de un consulado polaco en La Habana, o de algún cura que supiera su idioma [10].

Como era normal en las oleadas migratorias con destino a América Latina, más que personas mayores o niños iban, en un alto porcentaje, jóvenes, y los hombres excedían en número a las mujeres; de los inmigrantes que llegaron a Argentina entre 1857 y 1926, sólo el 29 por ciento eran mujeres [11]. Pero se pueden observar interesantes diferencias nacionales. Entre los franceses que vivían en Buenos Aires en 1914, había un considerable predominio de mujeres. Esto puede reflejarse en la demanda que había en Buenos Aires de institutrices, costureras y prostitutas francesas. Esta distribución de edades, sexos y estados civiles sufrirá también cambios fundamentales a lo largo del tiempo [12].

Debido al sistema de subvención del pasaje y al especial atractivo de América Latina para los países latinos de Europa, que eran además

[9] Akerman (1975, pp. 41-43).

[10] Smolana (1983); Kula (1983). Los polacos que se desenvolvieron mejor eran vendedores ambulantes judíos: cfr. Lepkowski (1983) acerca de los judíos polacos en Méjico.

[11] Mörner (1960, p. 266).

[12] Bourdé (1974, p. 201); Franceschini (1908, pp. 97-97).

los más pobres, la corriente migratoria con destino a América Latina estaba formada, principalmente, por aquellos sectores más desvalidos de la clase trabajadora, tanto económica como educacionalmente. Entre los inmigrantes por encima de los siete años que llegaban a Santos (el puerto de São Paulo) entre 1908 y 1936, cerca del 37 por ciento eran analfabetos. Entre los polacos, sólo el 11 por ciento eran analfabetos, mientras que la cifra para los españoles era del 65 por ciento, para los portugueses del 52 por ciento y para los italianos del 32 por ciento [13]. De todos los emigrantes de las islas Canarias, menos del 10 por ciento podían leer y escribir [14]. Al mismo tiempo, los inmigrantes italianos a América Latina, que eran originarios principalmente del norte de Italia, tenían, en general, un nivel mayor de alfabetización que sus compatriotas en los Estados Unidos. Aunque deberíamos señalar, no obstante, que los italianos del norte que entraban en Argentina poseían un nivel más bajo de alfabetización que los italianos del norte que escogían los Estados Unidos, los cuales estaban, casi todos, alfabetizados a principios del siglo xx. Esto se debe probablemente al hecho de que había más emigrantes rurales en la muestra Argentina (ver gráfico 6) [15].

Sin duda alguna, gente de las áreas rurales predominó en las primeras oleadas de emigrantes europeos a América Latina. Asimismo, durante este período, la población rural estaba, en su mayoría en los países de emigración. Pero no deberíamos fiarnos excesivamente de las declaraciones de los emigrantes concernientes a sus ocupaciones anteriores, porque sabían muy bien que aquellos que declaraban que eran campesinos se les iba a recibir bien. Por ejemplo, para recibir la subvención del gobierno, para el pasaje trasatlántico a Brasil, había que ser campesino. Por lo tanto, las cifras de los trabajos tomadas de fuentes oficiales no son muy fidedignas, basadas, como están, en declaraciones personales.

Está claro que cada vez más emigrantes eran miembros pobres del proletariado urbano, en su mayoría del norte de Italia y de España [16].

[13] Price (1952, pp. 54-55).

[14] Hernández García (1976).

[15] Scobie (1964, pp. 29-30, 56-57); Cortés Conde (1968, pp. 68-69).

[16] Hall (1974, pp. 179-80). Acerca de la composición de la emigración española, ver Oddone (1966a, pp. 46-48).

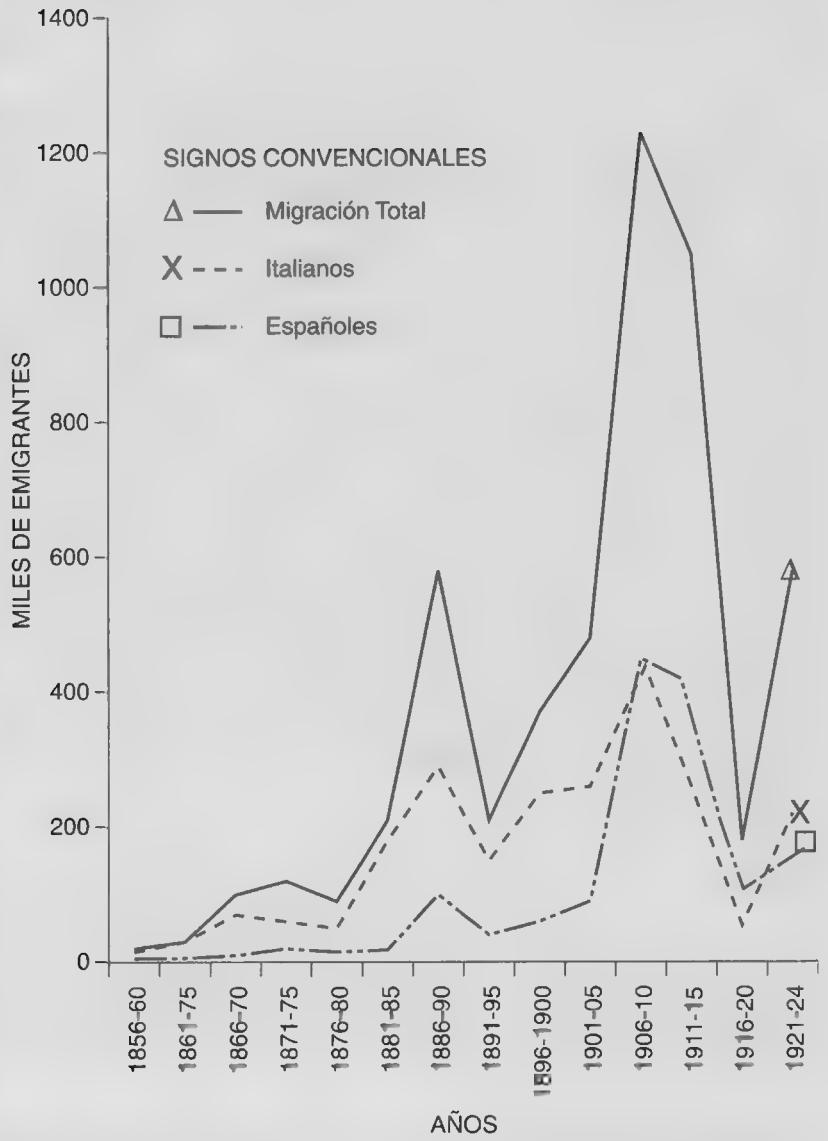


Gráfico 6. Migración total a Argentina, proporción de italianos y españoles, 1856-1924. *Fuente:* Ferenczi y Willcox (1929, 1:262-73).

Mulhall estima que de la emigración total de italianos trasatlánticos al final del siglo XIX, sólo el 6 por ciento se podían clasificar como personas cultas, el 43 por ciento como artesanos y otros trabajadores urbanos, el 39 por ciento trabajadores agrícolas, y el 12 por ciento sirvientes [17].

Al mismo tiempo que observamos la proletarización de las masas de emigrantes, podemos percatarnos de una tendencia opuesta entre los emigrantes de los países con un desarrollo más rápido de Europa del norte y el este. De Gran Bretaña, Bélgica, Alemania, Escandinavia y Polonia, numerosos técnicos y profesionales emigraban deliberadamente hacia América Latina, bien porque no podían encontrar el trabajo adecuado en su propio país, o bien por la invitación especial de los gobiernos de América Latina. Hasta cierto punto, los técnicos europeos, como los norteamericanos, se trasladaban a América Latina de acuerdo con las inversiones extranjeras. Hacia el final del siglo, en América Latina hubo un incremento en la demanda de técnicos y profesionales en los proyectos asociados a la expansión económica (ferrocarril, puertos e industrias de extracción) y la «modernización» general. Dado el carácter anticuado de los sistemas educativos de América Latina, y su limitada capacidad, esta demanda era básicamente satisfecha con inmigrantes con preparación especializada. Estudios recientes sobre emigración en ultramar de ingenieros Belgas y Noruegos demuestran que este era un fenómeno extendido y que América Latina era a menudo el destino. Por poner un ejemplo, todos los médicos del ejército paraguayo durante los regímenes de Carlos Antonio y Francisco Solano López eran ingleses [18].

Distribución y función de los inmigrantes en los países receptores

Más del 90 por ciento de la inmigración total a América Latina fue absorbida, como hemos señalado, por únicamente tres de los veinte países: Argentina, Brasil y Uruguay. Entre los factores que ayudan a

[17] Mulhall (1899, p. 246).

[18] Ver Stang (1976); Stols (1976); Smolana (1883, pp. 106f., 112-16). Los ingenieros polacos, a menudo, recibían su cualificación en Francia. Sobre los médicos en Paraguay, ver Schmitt (1963, p. 79).

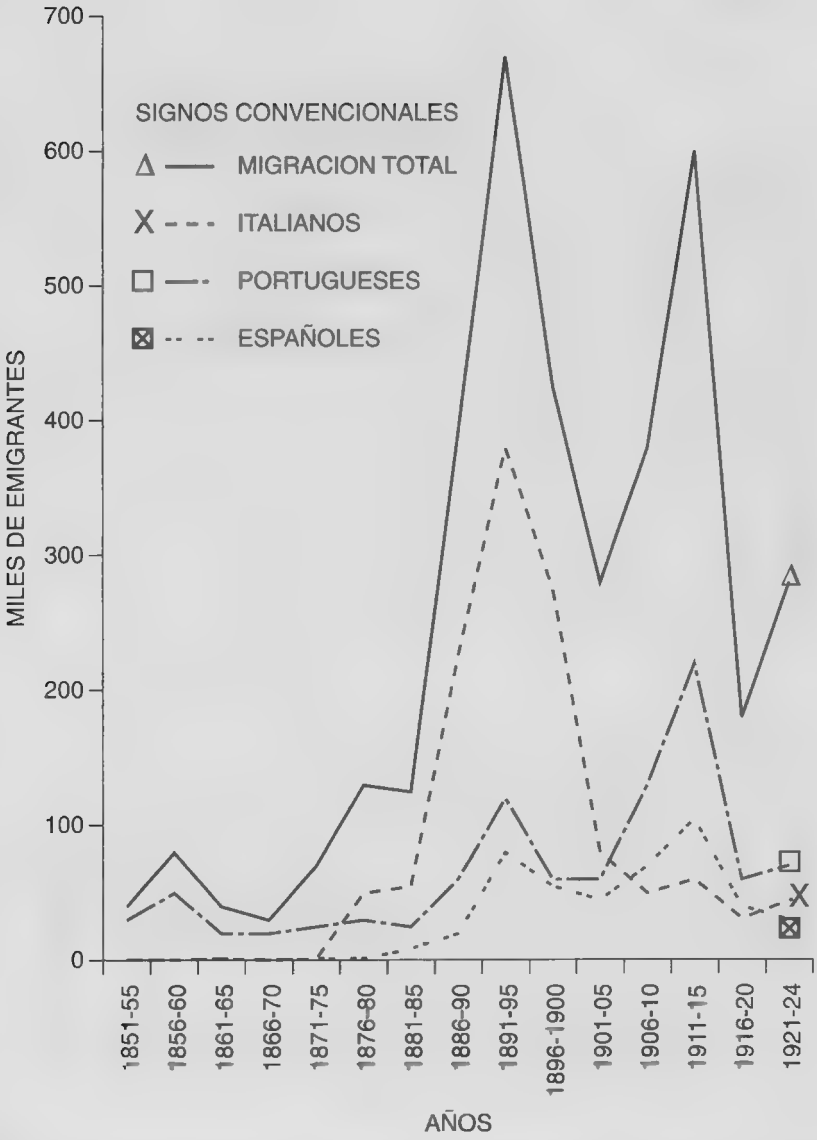


Gráfico 7. Migración total a Brasil, proporción de italianos, portugueses, y españoles, 1851-1924. *Fuente:* Ferenczi y Willcox (1929, 1:262-73).

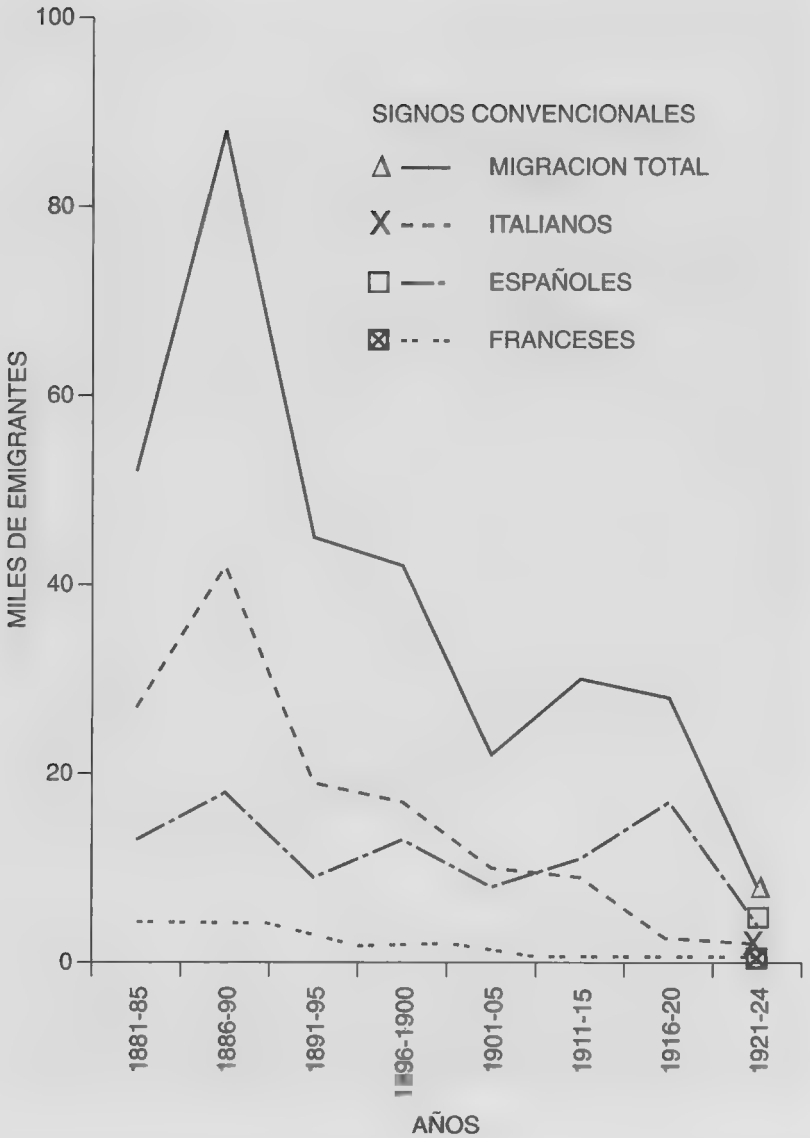


Gráfico 8. Migración total a Uruguay, proporción de italianos, españoles, y franceses, 1882-1924. *Fuentes:* Ferenczi y Willcox (1929, 1:262-73) *Nota:* no se obtuvieron datos para 1906-10.

explicar esta concentración encontramos las condiciones relativamente estables de estos países, a la vez que su baja densidad de población, el clima templado de las regiones, preferido por los inmigrantes, y los desarrollos económicos obtenidos como resultado de la inmigración.

Cada nación de América Latina tuvo un diferente modelo de inmigración. El gráfico 6 muestra como en Argentina, entre 1856 y 1924, los italianos constituían casi el 48 por ciento de los inmigrantes, mientras que los españoles constituían el 33 por ciento. Los franceses representaban justo el 4 por ciento. Un número menor de italianos se dirigió a Brasil entre 1851 y 1924 (37 por ciento), seguidos de los portugueses (30 por ciento), y los franceses el 6 por ciento (ver gráfico 8). En Cuba, el predominio del español continuó aún después de la independencia, aunque un señor neocolonial se hizo con los trofeos al final de la sangrienta lucha con España. Los españoles constituían el 77 por ciento de la inmigración cubana durante el período 1882-1924 (ver gráfico 9). En Chile, por otra parte, entre 1882-1924 los españoles, los franceses, y el grupo italiano computaban cada uno del 21 al 29 por ciento del total, seguidos por los ingleses y los alemanes, cada uno con un 6-7 por ciento. El número creciente de «alemanes» en el sur, tanto en Chile como Brasil, se debió más al rápido crecimiento de los colonos en los centros de población aislados, que a la continuada inmigración (ver gráfico 10) [19].

Inicialmente, la mayoría de los inmigrantes se establecían en las áreas rurales. En palabras de Gaston Gori, los inmigrantes «llegaban con el deseo de ser granjeros, porque esta era su ocupación en Europa». Pero esto coincidía también con los deseos de los gobiernos receptores, y más tarde, constituía a menudo una de las condiciones de los viajes subvencionados. Los inmigrantes se concentraban en distritos de producción para la exportación, como productores-arrendados de trigo en Argentina, o trabajadores asalariados en las plantaciones de café de São Paulo [20].

Paulatinamente, la mayoría de los emigrantes rurales tendían a reemigrar o a trasladarse a las grandes ciudades, obligados por las adversas condiciones rurales. Visto en su conjunto, por lo tanto, la in-

[19] Blancpain (1974, pp. 197-200, 304-15); Roche (1959, pp. 128-32).
[20] Gori (1964, pp. 90-91).

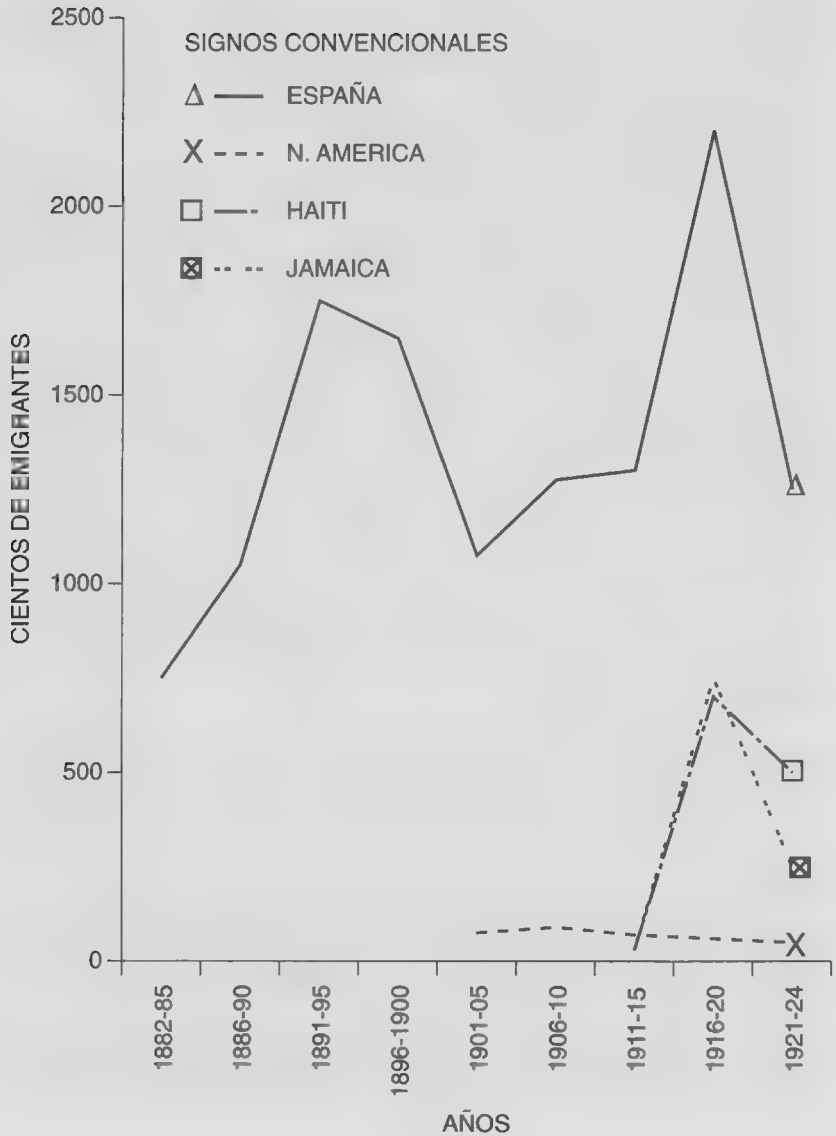


Gráfico 9. Migración total a Cuba, por país de origen, 1882-1924. *Fuente:* De 1882, *Estadística de la emigración e inmigración de España en el quinquenio 1896-1900* (1903, tablas 67-68). De 1901-24, Ferenczi y Willcox (1929, 1:525-28).

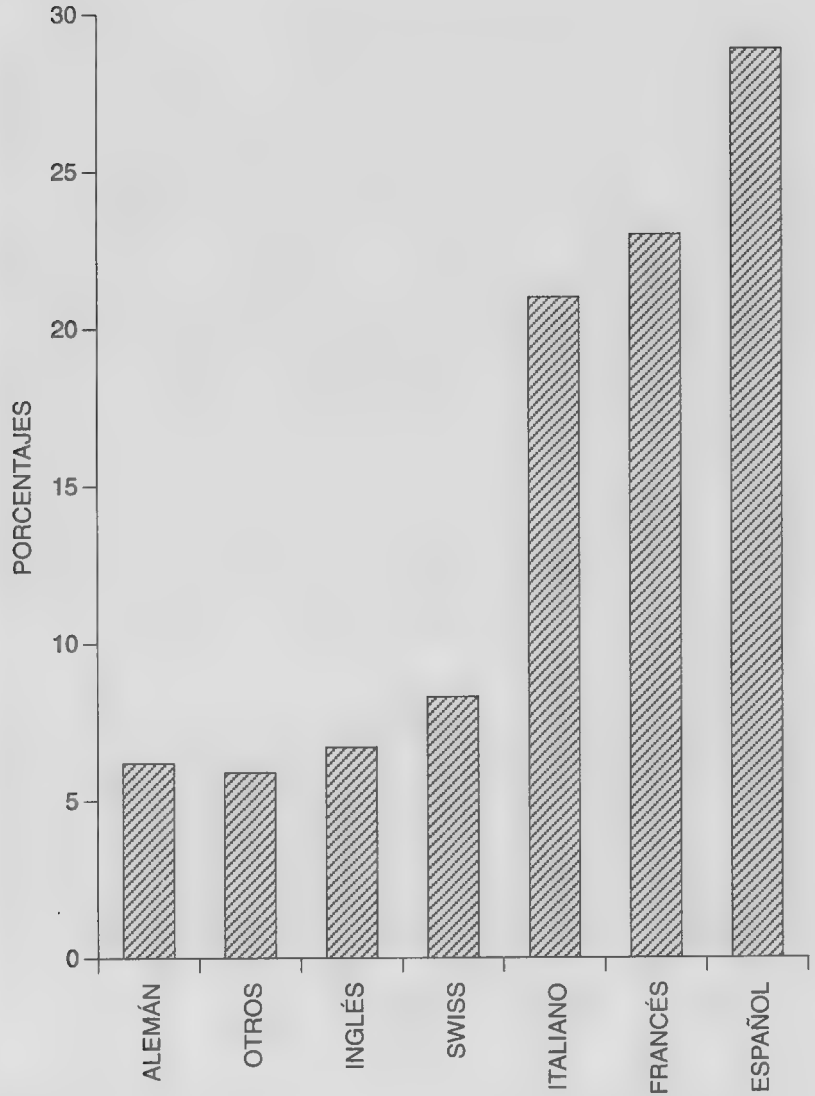


Gráfico 10. Migración total a Chile, por nacionalidades, 1882-1897 (total=36.510).
Fuente: Blancpain (1974, p. 481).

migración en América Latina tenía un carácter urbano. Ya para 1895, por ejemplo, solamente el 16 por ciento de los inmigrantes en Argentina estaban empleados en la agricultura, mientras que el 17 por ciento eran artesanos o trabajadores cualificados, y el 14 por ciento estaban dedicados al comercio o al transporte. Todos estos porcentajes eran mucho mayores para los inmigrantes que para los nativos, quienes eran, mucho más probablemente, sirvientes, jornaleros o desempleados. En 1914, el número de inmigrantes desempleados en la agricultura había descendido al 10 por ciento, mientras que, correspondientemente, crecía el de los nativos. Si atendemos a un específico sector económico, el de la construcción del ferrocarril, a veces no sólo se habían contratado ingenieros, sino también obreros especializados importados de Gran Bretaña, como es el caso del Ferrocarril del Este en Argentina en la década de 1850. No obstante, al construir el Ferrocarril Central, por los mismos años, casi todos los trabajadores eran argentinos nacionales que se conformaban con la comida barata —esto es: carne, abundante en las pampas [21]—. Los «rusos» continuaron siendo el grupo étnico más rural en Argentina en 1914. La gran mayoría de ellos, del Volga, eran de origen alemán y hablaban alemán, mientras que otros eran judíos. Los inmigrantes judíos eran, en su mayoría, granjeros entre 1889 y 1905, pero más tarde estos emigrantes se fueron también a la ciudad, al tiempo que otros se dirigieron, directamente, a las áreas urbanas desde el extranjero [22].

Los distintos grupos étnicos tenían, también, distintas características y especializaciones. En Buenos Aires, los italianos se dedicaban, sobre todo, al comercio de tejidos o eran trabajadores de la construcción, aunque muchos de los del sur de Italia eran también vendedores ambulantes. Los vascos eran vendedores de leche; los gallegos, obreros no especializados y sirvientes; los franceses, cocineros y profesores; los sirios y libaneses, comerciantes —algunas veces itinerantes—. Además, cada grupo étnico vivía concentrado en distintos barrios dentro de la ciudad; los italianos, desde el principio, al sur. En La Boca, por ejemplo, los genoveses ejercieron un verdadero monopolio sobre la nave-

[21] Cuccorese (1969, pp. 10, 18).

[22] Liebermann (1966, pp. 254-55). Para ver un intento reciente de una evaluación equilibrada, Avni (1983).

gación del río. Los españoles estaban aun más concentrados en el sur, mientras que los ingleses y alemanes se instalaron cómodamente en los barrios del norte [23].

En Brasil, los alemanes y sus descendientes eran bien conocidos por sus estados rurales en Río Grande do Sul y Santa Catarina, mientras que los polacos y lituanos ocupaban la misma posición en Paraná. Se tendría que señalar que los granjeros, inmigrantes independientes que se extendieron en el extremo sur de Brasil por las regiones forestales, eran despreciados por los ganaderos que se habían instalado con anterioridad allí. Los italianos se concentraban en el estado de São Paulo, en donde trabajaban en las plantaciones de café (fazendas), aunque muchos tenían varios trabajos en la ciudad. El distrito rural de São Paulo también absorbió una gran mayoría de inmigrantes japoneses. En los distritos del cultivo del café de São Paulo, las grandes fazendas, al menos por un tiempo considerable, no ofrecían nada más que trabajo asalariado. La ciudad de São Paulo era la más atractiva para los españoles, mientras que los inmigrantes italianos del Brasil preferían establecerse en Río de Janeiro [24].

En Perú, un país con mucha menos inmigración, los emigrantes, normalmente se introducían en el comercio, y de esta forma se instalaban en las ciudades. De igual modo, la colonia italiana del Ecuador, que a principios del siglo xx consistía en unas 700 personas, era de carácter esencialmente comercial [25]. En Santander, Colombia, un pequeño núcleo de comerciantes alemanes llegaron a controlar la vida económica de la región, especialmente en la década de 1870, por la exportación de quinina [26]. En Guatemala, los alemanes se convirtieron en los principales productores de café —una actividad dominada por mallorquines y corsos en Puerto Rico [27].

Aún en las regiones rurales mismas, donde todos los inmigrantes se habían instalado como granjeros, las preferencias geográficas y regionales diferenciaban los distintos grupos étnicos. En Misiones, Argenti-

[23] Bourdé (1974, pp. 208-12, 228-34); Vázquez Presedo (1971, p. 609).

[24] Barros Basto (1970); Nogueira (1973); Pilatti Balhana et al. (1969).

[25] Vázquez (1970, pp. 87-89); Franceschini (1908, pp. 791-95). Ver también Worrall (1972).

[26] Rodríguez Plata (1968).

[27] Mosk (1955, pp. 6-20); Bergad (1980).

na, los escandinavos y los alemanes se encontraban en los montes del interior, mientras que los japoneses eligieron el sitio a lo largo de la ribera del Río Paraná, y los polacos y rusos optaron por la tierra más plana y abierta. Allí las cúpulas bulbosas de las iglesias Rusas se alzaron contra el amplio y distante horizonte [28].

Factores en el movimiento migratorio

Ya hemos mencionado alguno de los factores de «empuje» que estimularon la emigración en masa desde Europa. Vamos a considerar ahora otros factores que tuvieron influencia en el movimiento migratorio. No obstante, no quiere esto decir que exista una explicación adecuada. Muchos estudiosos han discutido apasionadamente la relación entre la emigración desde Europa a Norte América y su impacto económico a los dos lados del Atlántico sin llegar a una explicación del todo convincente. En el caso de América Latina, aún no existe, que nosotros sepamos, un análisis que abarque todos los aspectos de la cuestión. Por ello, sólo señalaremos aquí algunas de las circunstancias que, obviamente, son más importantes, sin limitarnos, por ello, a simples factores económicos; anotaremos también ciertos detalles que inviten a la reflexión [29].

El ritmo de inmigración fluctuaba debido a una gran variedad de razones que difieren de país a país. Los inmigrantes alemanes a América Latina, por ejemplo, descendieron desde el 10 por ciento del total en la década de 1850, a un simple 5 por ciento durante la década siguiente. Este descenso está relacionado con las severas restricciones puestas por el gobierno prusiano en 1859 a los emigrantes que iban a Brasil, y no era sino la respuesta a los abusos que se habían cometido con los alemanes y suizos en las fazendas de São Paulo, e incluso, la prohibición se hizo extensiva a todo Brasil en 1871. El decreto se revocó, finalmente, en 1896 [30].

[28] Impresiones *in situ* por Mörner; cp. Eidt (1971).

[29] El más conocido es Thomas (1954); ver también Akerman (1975, pp. 31-33).

[30] Acerca del así llamado *Heydtsches Reskript* de 1859 y su revocación, ver Brunn (1972, p. 298; 1971); y Diégues Júnior (1964, pp. 46-47). Francia e Inglaterra tomaron medidas similares en 1875-76; ver también Hernández García (1976).

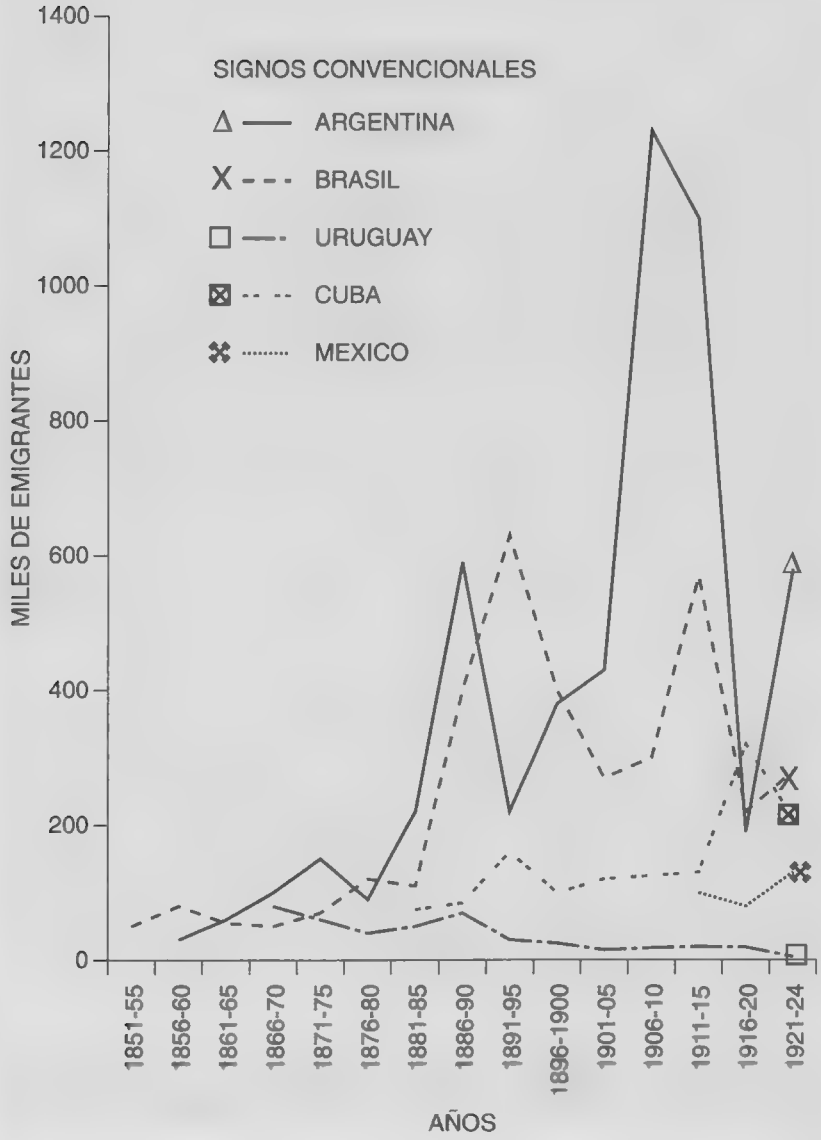


Gráfico 11. Migración total a América Latina, por países de mayor destino, 1851-1924. *Fuente:* Ferenczi y Willcox (1929, 1:262-73).

Debemos señalar que la inmigración a América Latina cayó un 11 por ciento entre 1886-90 y 1891-95, una reducción que claramente refleja la crisis económica de principios de la década de 1890 (ver gráfico 11). Es aún más revelador percatarse de que el porcentaje en Argentina cayó del 55 al 12 por ciento en estos mismos años, mientras que los inmigrantes a Brasil ascendieron del 37 al 70 por ciento del total. Dos importantes factores pueden ayudar a explicar estos cambios: primero, Argentina sufrió una grave crisis económica y financiera en 1890, que, entre otras cosas, provocó la suspensión de los pasajes subvencionados que habían traído, al menos, 150.000 inmigrantes a la nación desde 1888 (ver gráfico 12); segundo, como ya hemos señalado, la abolición de la esclavitud en Brasil (en 1888 se eliminó, por tanto, un importante amortiguador del valor del trabajo libre). También, el ritmo de la economía brasileña estaba, a finales de la década de 1880 y principios de la de 1890, menos ligado a las naciones industrializadas, por lo que Brasil se vio menos afectada por la recesión que Argentina. Sobre el año 1914, Gran Bretaña estaba invirtiendo en Argentina justamente la mitad de su capital de exportación a América Latina. Entre 1875 y la Primera Guerra Mundial, se estableció una relación directa entre las importaciones argentinas de bienes primordiales y la inmigración extranjera [31].

El estado de São Paulo, con la ayuda del gobierno brasileño, aumentó su programa de subvenciones de pasajes para inmigrantes a un total de 42 millones *milreis* entre 1887 y 1904, y, de ese modo, atrajo a 700.000 inmigrados al estado, la mayoría italianos. Para poderse hacer una idea de la magnitud financiera de este cambio, tendremos que tener en cuenta que el valor de las exportaciones cafeteras a través del puerto de Santos creció de unos 36 millones *milreis* en 1886 a 74 millones en 1887 [32]. El programa de subvenciones había sido apoyado, en parte, por los préstamos contraídos en Gran Bretaña. No obstante, la inmigración a São Paulo sufrió un brusco declive después de 1902; en

[31] Vázquez-Presedo (1971, pp. 620-22). El gráfico es el número II por equivocación. Las variables que incluye son (1) Porcentaje de bienes de capital importados por Gran Bretaña, (2) La inmigración total como un porcentaje de la población urbana argentina.

[32] Dean (1976, pp. 157-59); Buarque de Holanda (1963, 2:294); Graham (1968, p. 101).

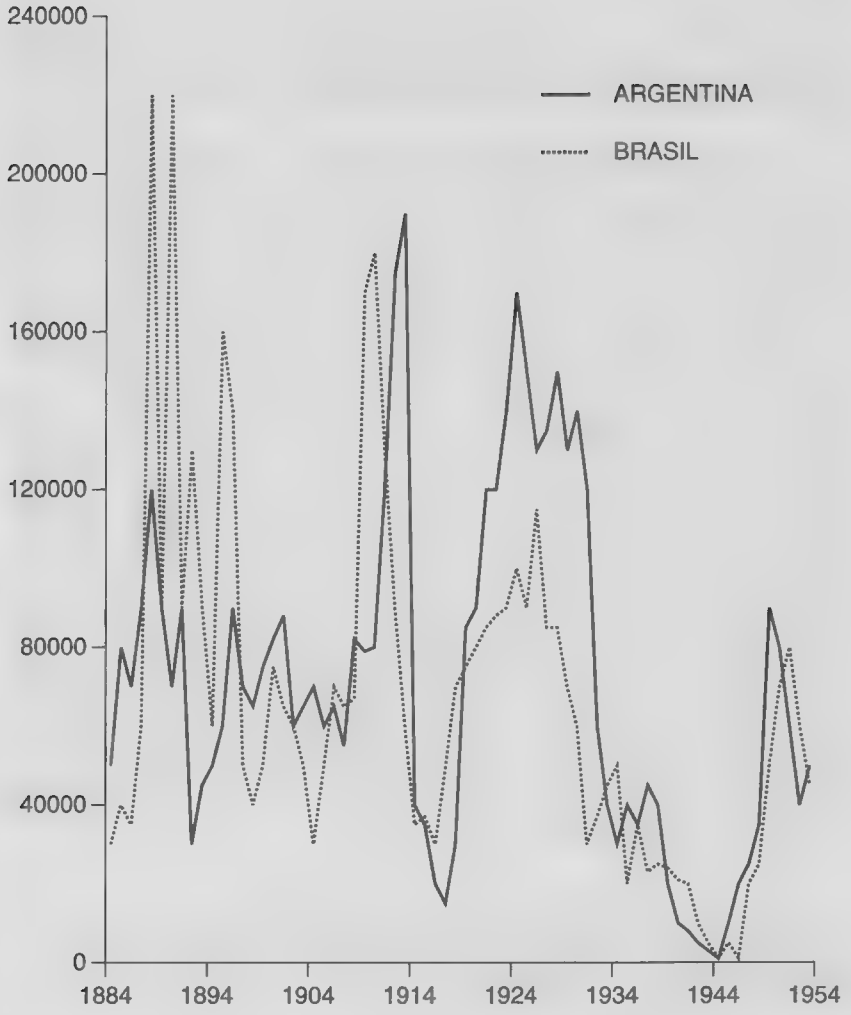


Gráfico 12. Inmigración a Argentina y Brasil, incluyendo pasajeros subvencionados, 1884-1954. *Fuente:* Mörner (1922b, p. 31).

ese año 19.311 inmigrantes llegaron como pasajeros subvencionados, pero sólo 229 vinieron al año siguiente. El gobierno italiano, en 1902, prohibió la inmigración subvencionada al enterarse de los grandes abusos cometidos contra los trabajadores agrícolas *(colonos)* en el distrito cafetero de São Paulo. (El gobierno italiano prohibió la emigración a Argentina en 1911-12) [33]. El gobierno de España tomó la misma medida protectora en 1911. Pero el descenso de la inmigración subvencionada puede que también estuviera relacionado con la tendencia a la sobreproducción que empezó a aparecer en la industria brasileña del café.

En los años de crisis más aguda, el ritmo de reemigración, siempre, efectivamente, alto, excedió a la de inmigración. A principios de la década de 1890, dejaron Argentina más extranjeros de los que entraron. En 1903, el número de italianos que partían a través del puerto brasileño de Santos era el doble de la cifra de aquellos que llegaban [34].

Tanto en el estado de São Paulo, como en Argentina o Cuba había, en este período, una clara correlación, entre la exportación de productos primarios y la inmigración. El coeficiente de correlación entre inmigrantes y exportación de trigo en Argentina en 1871-1910, por ejemplo, era 0,8072. Para Cuba, el coeficiente obtenido en la relación con la exportación de azúcar, durante el período 1882-1924, era algo menor: 0,7601 [35] (ver gráficos 13 y 14). Con respecto a Brasil, Fernando Bastos de Ávila encuentra una clara correlación entre la subida del precio del café en los puertos de Santos y la entrada de inmigrantes en el estado de São Paulo, en 1880-1936 (ver gráfico 15). Además, la última curva sigue de cerca la de los salarios agrícolas, al menos desde 1920 a 1936. Esto contradice la idea aceptada de que los salarios deben bajar en una situación de suministro abundante de trabajadores. Evidentemente, las tendencias en los negocios de exportación cafetera eran factores decisivos en estas dos correlaciones.

[33] Franceschini (1908, pp. 471-73, 514-16). A nivel municipal, el desarrollo se refleja en Dean (1960, p. 160, tabla 6.1). Sobre las medidas españolas, ver Dean (1960, p. 184). Acerca de Argentina, ver Solberg (1970, p. 14).

[34] Sánchez-Albornoz (1974, p. 158, gráfico); Franceschini (1908, p. 473).

[35] Según Hall (1974, p. 179). «La inmigración a Brasil fue, en su mayor parte, el resultado de una repentina alza de los precios mundiales del café que empezó a finales de la década de 1880 y continuó durante un decenio».

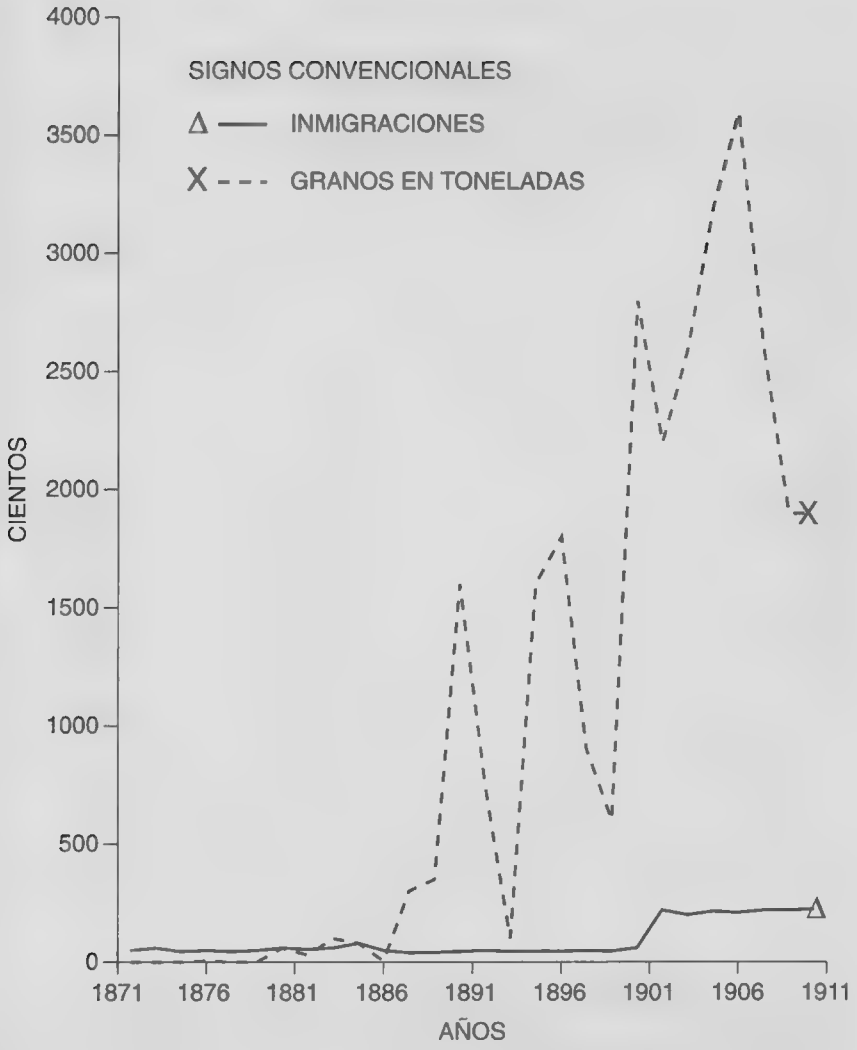


Gráfico 13. Exportación de trigo y harina de Argentina e inmigración total, 1871-1910. *Fuente:* Scobie (1964, pp. 169-79). *Nota:* r=0,8072; r*=0,6516.

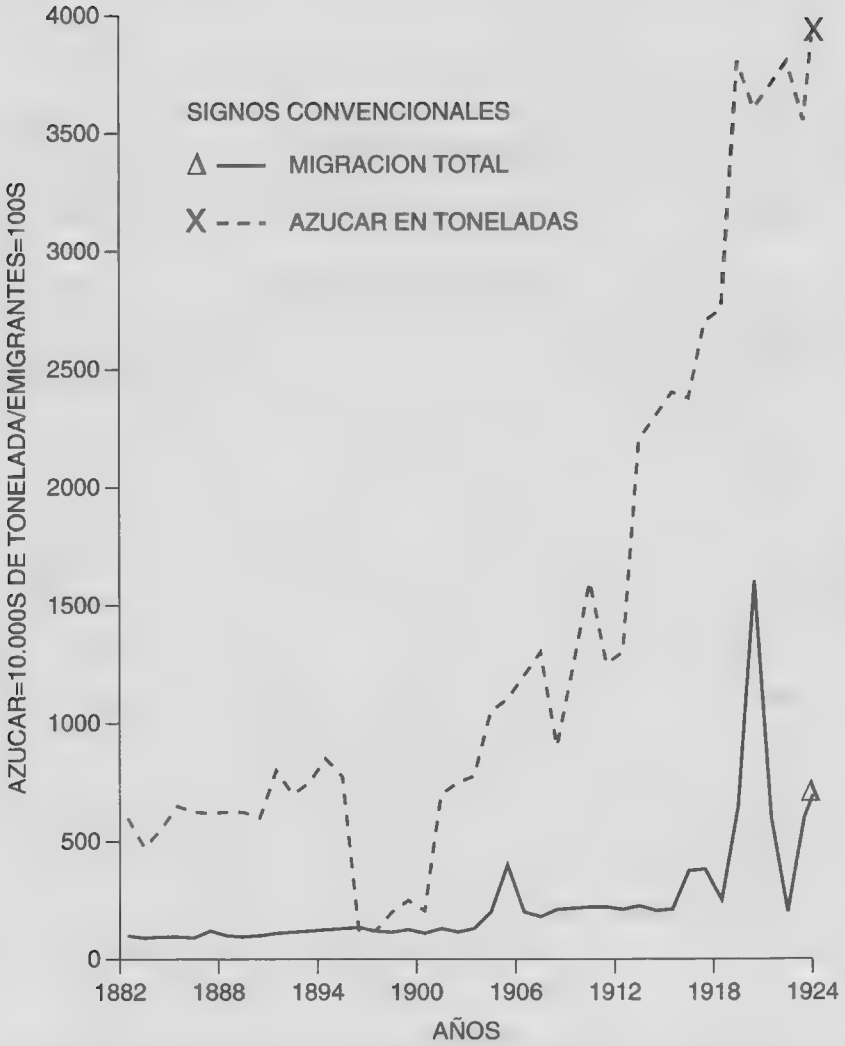


Gráfico 14. Producción de azúcar cubano y migración total de civiles a Cuba, 1882-1924. *Fuente:* Thomas (1971, pp. 1562-63). Para 1882-1900, españoles sólo, ver estadística de la emigración e inmigración de España en el quinquenio 1896-1900 (1903, tablas 67-68). Para 1901-24, ver Ferenczi y Willcox (1929, 1:523). *Nota:* r=0,7601; r*=0,5778.

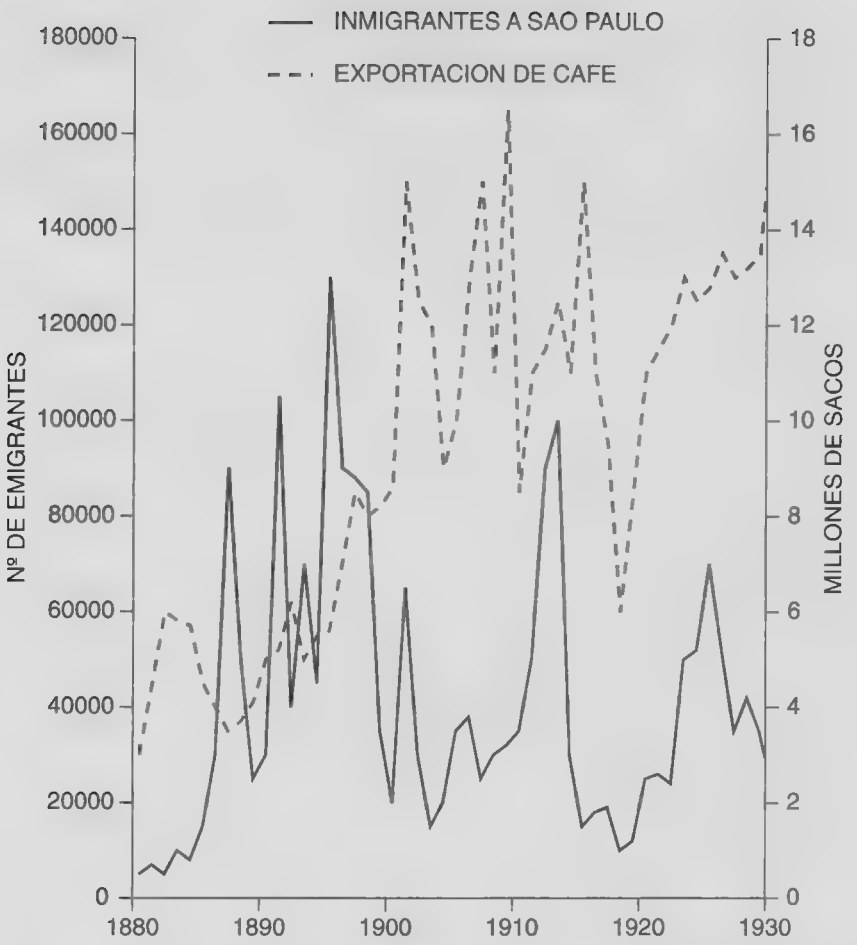


Gráfico 15. Inmigrantes a São Paulo y las exportaciones brasileñas de café, 1880-1930. *Fuente:* Mörner (1982b, p. 32).

Sería más difícil establecer el impacto en el número de los inmigrantes que llegaban en el volumen de producción pero, claro, sin duda existe una relación y tuvo un efecto acumulativo [36]. Los factores económicos y políticos siempre están interconexionados. En Chile, un descenso en la inmigración entre 1891 y 1908 estaba relacionado con una crisis económica, a la vez que con la guerra civil de 1891 [37].

Durante el período 1911-15, los Estados Unidos vinieron a absorber más de la mitad de la inmigración mundial (52 por ciento), mientras que América Latina absorbió sólo el 24 por ciento. En la época de la posguerra (específicamente 1921-24) el número total de inmigrantes declinó de 7.700.000 a 3.600.000 en la extensión mundial; pero de éstos, América Latina absorbió una gran proporción, el 31 por ciento, mientras que la proporción de los Estados Unidos cayó a aproximadamente el 47 por ciento. Una explicación obvia subyace en el hecho de que Norteamérica había impuesto restricciones a la inmigración [38].

[36] Bastos de Ávila (1954, pp. 50, 90-91); ver también (1974, p. 179).
[37] Sánchez-Albornoz (1974, p. 154).
[38] Sánchez-Albornoz (1974, p. 157).

Capítulo V

EL PROCESO DE ASIMILACIÓN

Fracasos y éxitos

Muchos factores determinaron el que los inmigrantes fueran asimilados en la cultura del país receptor o que decididieran abandonar su nueva casa. La asimilación está relacionada con: (1) la razón de la emigración, (2) los lazos familiares en el país de origen al igual que los de recepción, (3) las condiciones, colectivas o individuales, bajo las cuales se establecen en el nuevo país, y (4) la nacionalidad.

Entre los emigrantes que tenían el compromiso de volver algún día a su tierra natal, muchos realizaron su objetivo, y alguna vez volvieron siendo lo suficientemente ricos como para mantener una holgada vejez. Eran los *indianos* de los países mediterráneos, a quienes la población local miraba con una mezcla de envidia, sarcasmo y asombro [1]. Otros que dejaron Europa con la misma intención fracasaron en su vuelta, porque la muerte intervino, o porque carecían de los medios para el pasaje de vuelta o, simplemente, cambiaron de idea —pudiera ser como resultado de un éxito inesperado [2].

Por otro lado, hubo mucha reemigración de aquellos que, en un principio, no tenían como intención volver a sus hogares. Al margen de las precisas causas que influyeran, estos casos, indudablemente, reflejan o bien el fracaso personal o bien el fracaso por parte de los países receptores. No deberíamos olvidar el impacto de los sucesos tanto en sus países nativos como en aquellos que emigraban.

[1] Kennedy (1973).
[2] Solberg (1970, p. 14).

El ritmo de reemigración desde América Latina llegaba a ser muy alto, casi del 50 por ciento. A veces, los gobiernos se sentían molestos por este fenómeno. El gobierno argentino en 1911 forzó a las compañías marítimas a doblar el precio de los pasajes de vuelta a Europa. A pesar de que las fuentes disponibles no permiten distinguir entre ambos tipos de reemigrantes —los que tenían intención de retornar y los que volvieron obligados por el fracaso—, se puede establecer que, comparando con otros continentes la fuga migratoria de América Latina es poco favorable con la de los otros continentes. No obstante, no se debería exagerar en este punto, ya que incluso en los Estados Unidos, por ejemplo, un tercio de los recién llegados reemigraron [3]. En cualquier caso, varios factores objetivos ayudan a explicar el caso más extremo de América Latina.

Primero, deberíamos anotar la dificultad en que se encontraban los inmigrantes —la mayoría gente rural en busca de su propia tierra— al intentar realizar su ambición en una economía agrícola dominada por latifundios. En el caso de los trabajadores agrícolas de las áreas de cultivo del café en São Paulo, era mucho más fácil ahorrar los 300 *milreis* para el viaje de vuelta de toda la familia que ahorrar los 6.000 *milreis* necesarios para adquirir una pequeña granja [4]. A esta dificultad fundamental debemos añadir otras circunstancias adversas, como son el medio ambiente primitivo, la erupción de enfermedades a las cuales los europeos no estaban acostumbrados, la inseguridad política, las deficiencias en la administración de justicia, y las duras inclinaciones de los grandes terratenientes hacia los trabajadores, acostumbrados, como estaban, a las costumbres insensibles del sistema esclavista.

No obstante, estos factores «objetivos» no son suficientes para explicar el volumen de reemigración, y hay que tener en cuenta, necesariamente, otras circunstancias subjetivas y personales, como la frustración de las esperanzas de los emigrantes de antes de la salida, y la desilusión en el nuevo país. Como hemos comentado, las agencias de emigración, animadas por los gobiernos de América Latina y las compañías marítimas, habían jugado un papel activo en el reclutamiento

[3] Mosk (1948, p. 73). Sobre la reemigración, comparar con Akerman (1955, pp. 19-21).

[4] Dean (1976, p. 190).

de emigrantes por medio de una propaganda poco escrupulosa y, a veces, engañosa. Cuando se enfrentaban con la dura realidad del paraíso prometido los inmigrantes excesivamente decepcionados, decidían volver a casa. Otros inmigrantes, aunque desilusionados, proseguían la busca de «El Dorado», de una localidad a otra, y hasta de un país a otro. Había emigrantes que, conociendo los rumores, excesivamente negativos, que llegaban a Europa de algunas naciones de América Latina, eran capaces de refutarlos, a pesar de las adversidades, al triunfar; así lo muestra el caso, por ejemplo, de las cartas mandadas a casa por los campesinos polacos que habían ido a Brasil [5].

El estado civil del emigrante no podía dejar de tener determinado impacto en la reemigración o en la asimilación; de esta manera, el tiempo que permaneciera soltero un emigrante podía hacer más fácil la reemigración, mientras que el matrimonio con un nativo del nuevo país favorecía mucho la asimilación. A veces, los inmigrantes europeos fundaban familias con mujeres de color. En el interior de Paraguay, por ejemplo, encontré unos pocos anglosajones y alemanes que habían cogido parejas de entre las mujeres campesinas que sólo hablaban guaraní, «haciéndose nativos», como dice el dicho. Como resultado, un nuevo *mestizaje* surgió, pero sin un impacto significativo, en la cultura local. Era más fácil encontrar casos en los que un pobre pero blanco inmigrante, tomado por un «caballero», conseguía casarse con una de las hijas de la élite económica local. La reemigración de familias enteras era siempre más costosa, y, normalmente, más complicada. Sin embargo, algunas familias inmigrantes, especialmente si se establecían en una comunidad étnica, preservaban separada su cultura y la mantenían más o menos similar durante generaciones, especialmente en un medio ambiente aislado.

La incidencia de reemigración entre los diversos grupos étnicos de la Argentina durante el período 1857-1924 se muestra en el gráfico 16. Encontramos que el 42 por ciento de los «rusos», el 43 por ciento de los españoles, el 49 por ciento de los alemanes, el 50 por ciento de los italianos, el 53 por ciento de los ingleses reemigraban. Es interesante señalar, de otro lado, que los checoslovacos que llegaban a Argentina entre 1922 y 1930 muestran una tasa de reemigración excepcionalmen-

[5] Kula (1976).

te baja, sólo un 8 por ciento de un total de 43.000 personas. En 1914 la presencia de mujeres era mayor entre los «rusos» que venían a Argentina (41 por ciento) que entre los españoles (38 por ciento) o los italianos (37 por ciento). En el otro extremo, las mujeres eran sólo el 32 por ciento en el grupo inglés [6]. La proporción de mujeres parece que tiene una relación inversa con el ritmo de emigración para cualquier grupo particular.

Ya hemos aludido antes al hecho de que la afinidad cultural influía en la decisión de las gentes «latinas», como españoles, portugueses e italianos, a establecerse en América Latina. Sin duda, el mismo factor facilitó su asimilación, pero no debemos exagerar la velocidad del proceso simplemente porque la asimilación tuviera lugar más rapidamente en América Latina que en los Estados Unidos. Por ejemplo, como ha mostrado Mark. D. Szuchman, en un medio ambiente provincial urbano como Córdoba, Argentina, la realidad se diferenciaba ampliamente del modelo «crisol». Era bastante difícil para los inmigrantes ascender en la escala social, y muchos de ellos pronto se movieron a otro lugar a probar su suerte. Los inmigrantes buscaron la protección de otros de su misma comunidad. Uno de cada dos inmigrantes en Córdoba se casó dentro del mismo grupo nacional. El predominio continuo de matrimonios entre personas de la misma etnia en el nuevo país y/o la conservación de la lengua materna en casa son ejemplos de los complejos detalles vitales que escapan fácilmente al alcance del científico social, cuyo trabajo se basa, tan a menudo, en estadísticas totales. No obstante, un origen común nacional no siempre aseguraba la unidad entre los inmigrantes. Las diferencias dialectales italianas eran suficientemente grandes para justificar la adopción del portugués entre los italianos en São Paulo como el idioma de trabajo fuera del hogar [7].

Algunos grupos prosperaron más fácilmente que otros. A pesar de los problemas que podían haberse encontrado los inmigrantes italianos de América Latina, eran, a menudo, capaces de mejorar su situación considerablemente. Esto es obvio si se compara a los italianos en Argentina con los de los Estados Unidos, como Herbert Klein ha hecho. En Argentina, los italianos eran el mayor grupo en adquirir la propie-

[6] Ver Gráfico 9. Mísel (1967).
[7] Hall (1974, pp. 181-91); Szuchman (1980).

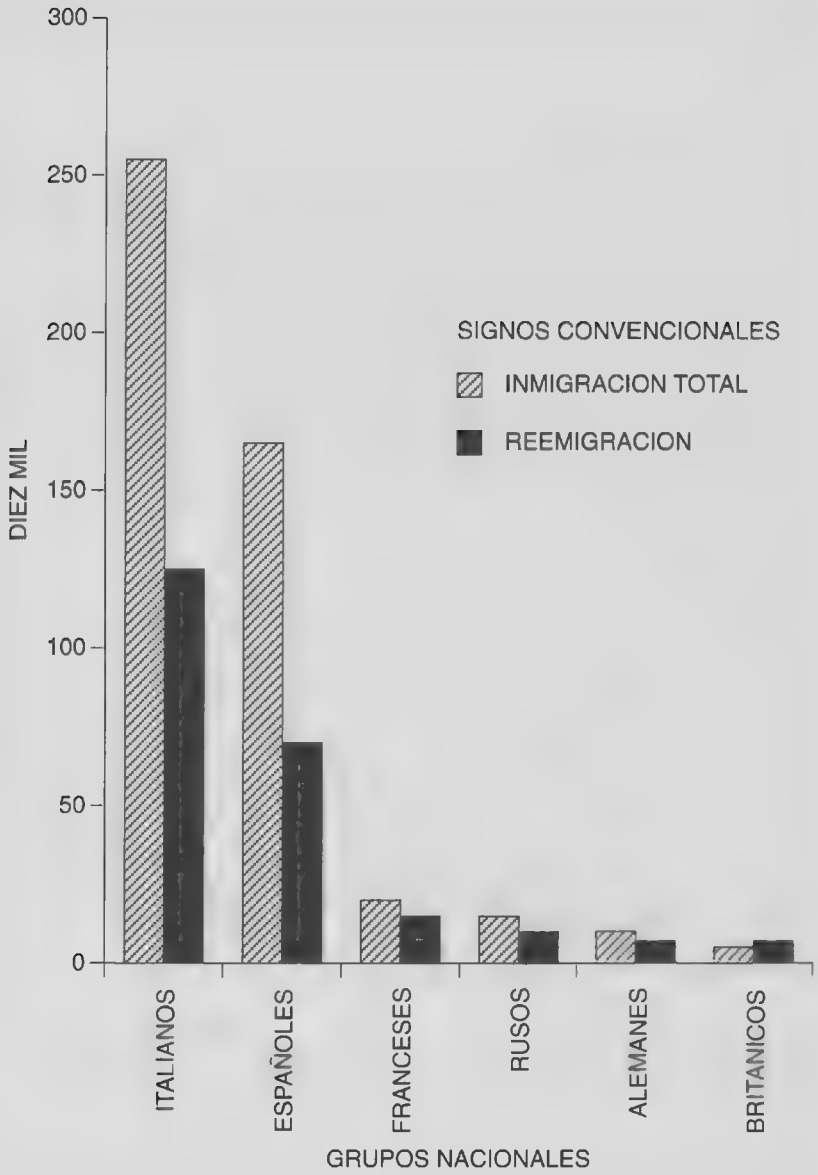


Gráfico 16. Inmigración y reemigración total, Argentina, 1857-1924. *Fuente:* Ferenczi y Willcox (1929, 1:543-46).

dad de la tierra, las empresas comerciales y las industrias. En los Estados Unidos, en cambio, no sólo los inmigrantes, sino también la primera generación de nacidos americanos, descendientes de italianos, terminaron, en su mayoría, realizando trabajos manuales. El ritmo de italianos reemigrados desde los Estados Unidos era aún mayor que el de los italianos en Argentina. Llegaron más tarde a los Estados Unidos que a la Argentina y, sin embargo, encontraron menos oportunidades y más discriminación en aquel país. Mientras que los italianos que se quedaron en los Estados Unidos mandaban sus ahorros a casa o simplemente elevaron su propio estatuto material, aquellos que se quedaron en Argentina invirtieron más capital en su nuevo país y a menudo ascendieron de nivel social. La hipótesis de Klein necesita de comprobaciones posteriores, pero parece más razonable que las teorías comunes, que acentúan la predominancia de los orígenes del sur de Italia de los inmigrantes de los Estados Unidos, para explicar su fracaso en prosperar [8].

Los inmigrantes del este de Europa parecen haber sido asimilados en la cultura de América Latina de forma lenta aunque con constancia. Esto ocurrió, por ejemplo, con los colonos yugoslavos que se establecieron en la más notable colonia extranjera, la fría Magallanes, en el extremo sur de Chile [9]. Respecto de los campesinos polacos que emigraron a Brasil alrededor de 1890, tenemos una serie de cartas escritas a sus parientes en Polonia que dan cuenta de su satisfacción. El caso es que estas cartas no llegaron a los hogares de sus parientes; sino que fueron interceptadas por los censores rusos, lo que explica por qué han sobrevivido. Sin duda, fueron incautadas por su abrumador carácter positivo; cartas negativas, poco probables de inspirar a otros polacos a dejar el país habrían sido autorizadas a pasar. Pero, sobretodo, para entender las cartas uno debería tener en cuenta la severa miseria que los

[8] Klein (1981). Cuando analizaron los arrestos de Buenos Aire en 1910 por nacionalidades, Blackwelder y Johnson (1982) encontraron que los «muy malignos italianos» tenían la misma tasa de trasgresiones a la ley que los argentinos nativos, «a pesar de la discriminación étnica y la explotación económica», mientras que la de los españoles era mucho más alta. Uno tiene que señalar, no obstante, que en comparación a los italianos, la mayoría de los españoles en Buenos Aires eran recién llegados, que tenían trabajos mal pagados y menos estables. La relación entre el estatuto profesional y las detenciones policiales era mayor que entre la ocupación y la nacionalidad.

[9] Dahl (1973); Sánchez-Albornoz (1974, p. 162).

emigrantes tenían que aguantar en sus tierras natales: «Vivo mucho, mucho mejor que en Polonia, sólo porque no estoy subyugado a un señor», declara un más o menos satisfecho inmigrante. Encontraron libertad en los bosques del interior del Paraná, pero como otro observaba, «el que quiera comer tiene que trabajar, y el que no se preocupe por trabajar tiene que volver». Deberíamos señalar que los inmigrantes escandinavos se expresaban de forma similar durante la misma época acerca de Norteamérica, aunque en su caso el nivel de trabajo, tanto en su lugar de origen como en su nuevo hogar, era menos severo.

Entre los campesinos polacos en el sur de Brasil, los dueños de pequeñas tiendas al por menor rurales *(vendistas)* vinieron a jugar un importante papel en la sociedad brasileña. Las tiendas eran los centros de comercio a la vez que de la vida social, y los dueños, algunas veces, también manejaban la influencia política a nivel local. La transformación de los inmigrantes polacos en polacos-brasileños fue impedida durante algún tiempo por el prejuicio con que se los acogió en Brasil, pero por otro lado, el proceso se vio muy facilitado por su religión católica. De hecho, la religión era más importante para los polacos que para los nativos brasileños; pero esto no debería ser una sorpresa a la luz de los acontecimientos recientes en Polonia. Así, los polacos-brasileños del pequeño distrito de Curitiba, desde la década de 1880 en adelante, tuvieron un porcentaje menor de hijos ilegítimos que los nativos brasileños. El continuado alto número de matrimonios y el ritmo de los polaco-brasileños también refleja un catolicismo más intenso que aquel practicado por los nativos [10].

En el caso de los alemanes que se instalaron en las áreas rurales del sur de Brasil y del sur de Chile, el problema de asimilación resultó ser más delicado. La antigüedad de sus colonias y sus instituciones sociales comunes militaban en contra de una aceptación abierta de una nueva nacionalidad. El incremento extraordinario de la población de estas zonas ocurrió en una situación endogámica. En el sur de Chile, por ejemplo, no menos de dos tercios de estos «alemanes», en una fecha tardía como 1917, continuaban viviendo en las mismas áreas que

[10] Kula (1976); Smolana (1983, p. 116f.); ver también Ianni (1966); Wachowicz (1976). En el caso de Hungría, otro país pobre europeo, la emigración de entreguerras a América Latina abarcó tanto la clase media como los pobres campesinos, según Varga (1976).

los colonizadores originarios. Por su parte, hacia 1900, los alemanes-brasileños del Río Grande do Sul aún tenían una tasa de natalidad mayor (38 por ciento) que la población estatal total (28 por ciento), o que la del «viejo país» durante la misma época (el 32 por ciento). En dos períodos diferenciados, a lo largo de las dos últimas épocas del imperio alemán, y de nuevo durante la época de Adolf Hitler, las autoridades alemanas intentaron recobrar la lealtad de estos sudamericanos «alemanes» para su país de origen, pero sus esfuerzos tuvieron poco éxito. Tampoco fue Benito Mussolini más afortunado en su intento de ejercer influencia política sobre los italianos-brasileños. A la vez, las dos guerras mundiales motivaron que el gobierno brasileño aplicara medios forzados de asimilación sobre los alemanes-brasileños, algunos de los cuales eran muy severos. No obstante, al hablar de otros alemanes en otras regiones de América Latina, el historiador británico Robin Humphreys cita su «notable adaptabilidad», y el sociólogo brasileño Emílio Willems nos advierte que sería falso el negar que los alemanes en el sur de Brasil no obtuvieron un cierto nivel de asimilación [11].

En las ciudades, la asimilación de alemanes era un proceso más complejo. En Buenos Aires, la colonia alemana aumentó de 4.000 en la década de 1880 a 30.000 en 1914. En 1939 unos 15.000 se habían sumado. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los individuos que eran por lo general de clase media, continuaban resistiéndose con vigor a la asimilación mientras que su poder económico y su estatuto social, en un tiempo considerable, declinaba. Políticamente, la infiltración nazi era bastante exitosa entre ellos, mientras se oponían, naturalmente, los socialistas y los judíos [12].

El grupo que más se resistía a la asimilación era el de los ingleses; siempre exclusivos, empeoraron el asunto al negarse o encontrar difícil aprender español o portugués. El historiador D. C. M. Platt ha descrito una serie de proyectos ingleses de colonización que fracasaron; un resultado que él atribuye al hecho de que un porcentaje especialmente alto de los colonizadores eran personas «urbanas marginadas» con ten-

[11] Humphreys (1946, p. 65); Emílio Willems (1958; ver también 1946); Roche (1959); Brunn (1971); Ríos (1958); Blancpain (1974); Young (1974). Los polacos e italianos del sur de Brasil fueron también asimilados hasta un grado considerable una vez que su cultura nativa había sufrido cambios profundos en el nuevo país.

[12] Newton (1977).

dencia al alcoholismo. También señala que el nivel de vida de las clases obreras inglesas del siglo XIX, a pesar de todo lo que se ha dicho de su sufrimiento, era mejor que el de los otros europeos del mismo período. Como consecuencia, era más difícil para ellos soportar las normales privaciones del campo de América Latina. Por otra parte, un número considerable de ingleses ricos estaban instalados cómodamente en la economía de los países que les recibieron. En Argentina, en particular, los ingleses eran conocidos por sus actividades de cría de oveja [13].

Los así llamados «turcos» —inmigrantes de Siria y el Líbano, mayoritariamente— fueron asimilados con relativa facilidad, debido, en parte, a su semejanza con los europeos del sur. Algunos adoptaron nombres españoles, traducciones hechas por ellos mismos, o aceptaron la imposición de los empleados inmigrantes que no entendían sus nombres árabes. Esto, eventualmente, obligó a la publicación de guías para el uso de las comunidades étnicas del Medio Oriente, para que éstas patrocinaran, por ejemplo, a los comerciantes sirio-libaneses con apellidos españoles. En 1948 la comunidad de comerciantes sirio-libanesa en Méjico dirigió un detallado auto-examen con la intención de facilitar esto, a la vez que la de aprender acerca de las características socioeconómicas de su propio grupo [14].

Respecto a la asimilación de los inmigrantes del Extremo Oriente, podemos decir que en Cuba y Perú los descendientes de los coolies chinos tuvieron un notable éxito en su adaptación al nuevo ambiente, aunque sufrieron en el proceso mucha discriminación y hasta violencia. Desde un principio, el grupo chino, en su mayoría, estaba formado por hombres solteros, mientras que los inmigrantes japoneses estaban normalmente compuestos por familias completas. Su emplazamiento se hizo deliberadamente, dirigido por el gobierno japonés, y fue hacia las áreas rurales fronterizas de Brasil, y las *yungas* de Bolivia. La asimilación de los descendientes de los inmigrantes japoneses se ha realizado sólo en tiempos recientes, generalmente en las terceras generaciones [15].

[13] Platt (1964, 1965); Ferns (1960, pp. 366-67).

[14] Abou (1972, pp. 363-64). Sobre los sirio-libaneses en Méjico, ver Maloof (1959, esp. cap. 3).

[15] Una obra clásica es Saito (1961). Ver también Hastings (1969); Tigner (1961, 1963). Aunque, en sentido estricto, se criaron en un archipiélago lejano de Japón, los

Como suele ocurrir, los inmigrantes de América Latina rápidamente organizaron asociaciones, especialmente del tipo de mutualidades. No obstante, en un análisis detallado de este tema, Janet E. Worrall llega a la conclusión de que en Perú estas asociaciones tenían poca importancia, especialmente para los inmigrantes más pobres que dependían mucho de la asistencia de parientes y amigos. Como resultado, sería difícil llegar a alguna generalización acerca de esto [16].

Entre estas comunidades un número de periódicos y revistas aparecían en los idiomas nativos de los inmigrantes. La mayoría de estas publicaciones tuvieron una vida breve, o al menos, un público restringido. Algunas servían para difundir nuevas ideas, como era el *Vorwärts,* publicado por los socialistas alemanes, y *La questione sociale* por el anarquista Enrique Malatesta, ambos en Buenos Aires. El estudio sistemático y comparado de estas publicaciones, revelaría mucho sin duda, acerca de los procesos de asimilación de estos diversos grupos inmigrantes, desde sus frases nostálgicas hasta las exclamaciones comunitarias sin significado, que se mantenían simplemente como expresiones de una etnia subordinada, en gran parte, al sentimiento nacional [17].

Es obvio que el proceso de asimilación no sólo refleja simplemente las actitudes de los inmigrantes, sino también las actitudes adoptadas por las autoridades y el pueblo del país receptor. La política favorable hacia la inmigración de los gobiernos de América Latina puede encontrarse en varios objetivos. Algunas veces reflejaban el sentimiento de inferioridad y el deseo, por parte de la élite, de que consiguieran una expansión económica sin alterar el *status quo* sociopolítico del país. El increíble éxito económico de los inmigrantes era, a menudo, una fuente de sospecha y miedo para esta misma élite político-intelectual. En ningún sitio esto fue más notorio que en Argentina. Incapaces de interrumpir la inmigración, que durante la Primera Guerra Mundial fue vista como un progreso material peligroso, las élites y el estrato social nativo competidor empezaron con entusiasmo a difamar los inmigrantes, y lo consiguieron, especialmente con los comerciantes prósperos

Ryukyans se mantuvieron como ciudadanos japoneses, a pesar de la ocupación de EE.UU. de 1945 a principios de la década de 1970.

[16] Worrall (1972, pp. 178-79); ver también Diégues Júnior (1964, pp. 237-38).

[17] Para la lista de estos periódicos, ver, por ejemplo, Roche (1959, pp. 673-74); Blancpain (1974, pp. 1039-46).

de los grupos «turcos» y judíos. En 1919 un verdadero *pogrom* ocurrió en Buenos Aires, con al menos 150 judíos heridos como resultado. En el caso de los asiáticos, las consecuencias de los prejuicios fueron, en algunos casos, aún peores. En Méjico, durante la revolución de 1910, los fatigados trabajadores inmigrantes chinos fueron objeto de una persecución sangrienta en el norte que fue, quizá, peor que la matanza que tuvo lugar en California a finales del siglo XIX. Y los sufrimientos de los chinos no se limitaron a los genocidios de los villistas durante la revolución. En el estado norteño de Sonora —que tenía el puerto de entrada para la mayoría de los inmigrantes chinos— la violencia y, eventualmente, la expulsión, con la pérdida de toda su propiedad, fue el resultado en la década de 1920 [18].

La defensa del *status quo* se hizo aún más evidente en lo que respecta a ciertos inmigrantes activistas —anarquistas y organizadores sindicales especialmente. Con la intención de negarles la entrada o asegurar su expulsión, el gobierno argentino promulgó la llamada Ley de Residencia en 1902, y la Ley de Defensa Social en 1910, modificando así, de manera sustancial en el proceso, la política tradicional de inmigración de Argentina [19]. En Brasil, ocurrió un fenómeno de orden claramente diferente. Los inmigrantes portugueses habían sido considerados, desde tiempos coloniales, con envidia y repugnancia, debido, en gran medida, al éxito material que habían obtenido en las ciudades y exacerbado por la hostilidad nacional al gobernante colonial anterior. De esta forma, por ejemplo, el intento de revolución en Pernambuco en 1848-49 estaba dirigido exclusivamente contra los portugueses. Este comportamiento xenofóbico tendría que entenderse a la luz del hecho de que no había más que veintitrés comerciantes nativos brasileños en Recife en esos tiempos, en comparación a los cincuenta y cuatro competidores extranjeros. Durante la breve guerra civil de 1893-1894, a la comunidad portuguesa se la identificó con la malograda causa conservadora, y un violento movimiento anti-portugués «jacobino» surgió apoyado por la clase media de la capital brasileña [20].

[18] El estudio principal sobre este tema es Solberg (1970); ver también Scobie (1974, cap. 6); Cumberland (1960); Lewin, (1971, p. 171).

[19] Solberg (1970); al respecto de Brasil, ver, por ejemplo, Marcílio (1964).

[20] Hahner (1976); Quintas (1976, pp. 21-26).

A pesar de esto, la hostilidad no se extendió a los grupos socioeconómicos inferiores. Al contrario que en los Estados Unidos, las clases obreras de América Latina no manifestaron esa xenofobia, y la rivalidad con los inmigrantes era más marcada entre las clases medias urbanas que entre los trabajadores.

La inmigración de masas acabó, como hemos señalado, con la depresión de 1930. Como resultado, la asimilación de estas masas de recién llegados a América Latina hoy en día es un hecho concluido. Los descendientes de los inmigrantes desde hace tiempo han sido algunos de los destacados portavoces del nacionalismo en los países latinoamericanos. A menudo, los presidentes llevan nombres que no son ni ibéricos ni tan siquiera «latinos», y estos casos no se reducen a Argentina, Brasil, o Uruguay. Es suficiente recordar a Lonardi, Frondizi, Livingston, y Lanusse en Argentina, un país en el cual Carlos Pellegrini era el primer presidente descendiente directo de inmigrantes, ya en 1890. En Brasil, uno piensa en Kubitschek, Goulart, y Geisel; en Chile, Frei, Alessandri, Pinochet; en Paraguay, Stroessner; en Guatemala Laugerud. Otros numerosos casos se podrían citar si se quisiera. No obstante, el nacionalismo de hoy en día en América Latina se nutre casi exclusivamente por tradiciones que datan de la época de la independencia, y aún no se reconoce abiertamente la importancia fundamental de la inmigración masiva para algunos países de América Latina durante el pasado siglo.

Capítulo VI

EL IMPACTO EN LOS PAÍSES RECEPTORES

La importancia de la inmigración en los países de América Latina puede examinarse de acuerdo a dos tipos de resultados: en términos cualitativos y cuantitativos. Es más fácil analizar el primero, que implica únicamente a unos pocos de estos países —aquellos en los que el impacto cuantitativo de la inmigración fue significativo y para los que contamos con datos dignos de confianza.

En el año 1940, no menos del 30 por ciento de la población de Argentina había nacido en el extranjero, a diferencia de los Estados Unidos, en donde nunca se superó la cifra, alcanzada en 1910, del 14,7 por ciento [1]. Al estar la mayoría de los inmigrantes en edad productiva, su potencial reproductor era también mayor. De ahí, la contribución demográfica de los inmigrantes y sus hijos al extraordinario crecimiento de la población argentina —que aumentó de 800.000 habitantes en 1841 a 14 millones en 1940— que fue del orden del 58 por ciento. En Brasil, donde la inmigración masiva sólo afectó a una parte de su inmenso territorio, los nacidos extranjeros sólo llegaron a ser el 19 por ciento. De todos modos, en el estado de São Paulo ya en el año 1934 los inmigrantes y sus hijos constituían más de la mitad de la población [2]. En la ciudad de São Paulo en 1900 había dos italianos por cada brasileño nativo [3]. En el Río Grande do Sul, se pueden percibir tres oleadas sucesivas de inmigrantes, cada una con un carácter

[1] Sánchez-Albornoz (1974, p. 164).

[2] Hall (1974, p. 176). Para un examen más minucioso de los datos brasileños, ver Centre nationale de recherches scientifiques (1973).

[3] Mörner (1960, p. 269).

étnico diferente: entre 1824 y 1874, el 90 por ciento eran alemanes; entre 1875 y 1889, el 85 por ciento eran italianos; y entre 1890 y 1914, el 38 por ciento venían de Polonia [4]. En términos espaciales, contenía una concentración extraordinaria de inmigrantes; en 1914, por ejemplo, la capital y la provincia de Buenos Aires retuvo el 71 por ciento de los inmigrantes que llegaban. En 1887, sólo los italianos representaban el 32 por ciento de la población de la capital argentina [5]. En Montevideo, Uruguay, casi un tercio de los habitantes eran en 1908 extranjeros [6]. La importancia básica de la inmigración en masa se refleja claramente en el crecimiento dinámico de la población de estos países. Entre la mitad del siglo XIX y 1903, la población de Uruguay creció casi *trece* veces, mientras que la de Argentina se multiplicó *diez* veces; mientras que, tanto en Brasil como en los Estados Unidos, se dio un crecimiento menos espectacular pero, no obstante, más impresionante —un aumento de cinco veces durante el mismo período. El crecimiento extraordinario de las grandes concentraciones de población en el cono sur no hubiera sido posible sin la asistencia masiva de la inmigración antes de la Primera Guerra Mundial. En contraste al poderoso impacto de la inmigración en Argentina, Uruguay y el sur de Brasil, y en alguna medida Cuba, el resto de América Latina casi no fue afectada por el fenómeno en términos estrictamente cuantitativos. Hubo, claro está, muchas excepciones a un nivel local y regional. En 1858, por ejemplo, casi un cuarto de la población de Lima era extranjera, pero se debería señalar que de ellos sólo la mitad eran europeos [7].

Mirando más allá de los factores demográficos, uno observa en seguida que la concentración de inmigrantes, en una cierta ocupación, incrementó considerablemente su impacto en la sociedad receptora. Por ejemplo, en Argentina en 1895, el 81 por ciento de los dueños de negocios, el 74 por ciento de los dueños de empresas comerciales y el 60 por ciento de los obreros y de los empleados de las industrias eran extranjeros [8]. Viendo la lista de empleados de dos compañías británicas

[4] Delhaues-Guenther (1976).

[5] Bourdé (1974, pp. 192-93).

[6] Solari (1958, p. 90f.) Las reacciones al uso del concepto «crisol», tal y como es aplicado en el caso de América Latina, están representados por Bailey (1980) y Szuchman (1977).

[7] Worrall (1972, p. 59).

[8] Germani (1969, pp. 248, 260); ver también Stang (1983) acerca de empresas británicas; para un estudio detallado de los empresarios italianos, ver Scarzanella (1981).

de ferrocarriles en Argentina a finales de la década de 1880 hasta 1914, podemos ver cómo nos muestra que sólo alrededor de un tercio eran argentinos, otro tercio eran británicos, y el resto eran otros extranjeros. Entre los trabajadores de la industria textil de São Paulo en 1911, no menos del 89 por ciento eran italianos [9]. De esta forma, los inmigrantes ejercieron una influencia profunda aun en esos países en los que su porcentaje demográfico no era muy alto. En Chile, en 1914, sólo el 4 por ciento de la población había nacido en el extranjero, y aun así los inmigrantes formaban el 32 por ciento de los propietarios de negocios y el 49 por ciento de los dueños de empresas industriales [10]. En la República Dominicana, todas las exportaciones de tabaco, la principal fuente de comercio extranjero entre 1844 y 1875, estaba en manos de un pequeño grupo de comerciantes alemanes [11].

En Méjico, los inmigrantes eran bastante pocos, pero su importancia económica, especialmente durante el mandato de Porfirio Díaz (1876-1910) fue importante. En 1880 había sólo unos 6.500 españoles en Méjico, en 1900 unos 16.000 y alrededor de 40.000 para el año 1910. Los españoles sobresalían entre los terratenientes, comerciantes, y empresarios industriales. En Puebla, el centro de la industria textil de Méjico, su presencia era especialmente sorprendente: eran dueños de tres bancos regionales. En las fábricas con dueños españoles, los obreros mejicanos odiaban a los *mayorales* porque eran duros y arrogantes. Pero los *gachupines* (como se llamaba burlonamente a los españoles desde tiempos coloniales) pagaron un alto precio por su poder y riqueza. En la revolución de 1910-17, mataron a muchos de ellos y sus propiedades fueron saqueadas o destruidas por los rebeldes. A pesar de las riñas entre las tropas de Zapata y las de Carranza, su odio por los ibéricos era el mismo.

Con todo, los españoles continuaron siendo prominentes como empresarios de la industria textil mejicana hasta que los libaneses han empezado a reemplazarles recientemente. En la ciudad de Monterrey, cerca de la frontera con los Estados Unidos, los inmigrantes contribuyeron mucho a convertirlo en el gran centro industrial a partir de la

[9] Bailey (1969-70, p. 131).
[10] Solberg (1970, pp. 36, 51, 54).
[11] Hoetink (1970, pp. 36, 51, 54).

década de 1890. De hecho, unos pocos comerciantes europeos habían sentado las bases para este impresionante desarrollo durante el medio siglo precedente. En 1849, por ejemplo, un joven irlandés, Patrick Mullins, poco después conocido como Patricio Milmo, llegó al estado de Nuevo León. Después de casarse oportunamente con la hija del gobernador, Milmo estableció un imperio real de ranchos, comercio y banca en las áreas remotas de Nuevo León. (Por cierto, que su hija se casó con un príncipe polaco que heredó el «imperio» pero tuvo que huir de Méjico durante la revolución). A mediados del siglo XIX, sin embargo, una separación entre «inmigrantes» y «mejicanos» en el homogéneo grupo de empresarios que llevaban Monterrey ya no tenía sentido. Más importante era el hecho de que, en gran parte, los trabajadores especializados, los capataces y el personal administrativo en Monterrey eran europeos. Aun cuando los norteamericanos formaban el grupo residente de extranjeros más numeroso en Nuevo León en 1910, aparentemente su importancia en la industrialización de Monterrey era mucho menos significativa que la de los europeos [12].

La contribución de los inmigrantes, para bien o para mal, al desarrollo o al subdesarrollo de América Latina era mucho mayor de la que su número pudiera sugerir. Su presencia está íntimamente relacionada con el crecimiento agrícola de Argentina, Uruguay, Cuba y sur de Brasil; con la expansión de la manufactura en Buenos Aires, São Paulo, Santiago de Chile, y muchos más centros industriales; con la profesionalización de las fuerzas armadas en los países más importantes de América Latina; y con el desarrollo del comercio, de la ciencia, la cultura, y la educación en todos los países de América Latina, por nombrar los resultados más visibles. Obviamente, la valorización de la contribución de los inmigrantes a cada una de estas actividades, extremadamente importantes, variará de acuerdo a los criterios personales del observador y del momento en que se haga la valorización.

Uno podría considerar el impacto de la inmigración en Argentina como muy positivo durante el período 1930-60, cuando, a pesar de

[12] González Loscertales (1979, 1983); Cerutti (1983); Síndico (1983); Lepkowski (1983). Después de 1910, la revolución mejicana fomentó un masivo éxodo de Méjico hacia los Estados Unidos. Los censos de los Estados Unidos de 1930 revelan que la población mejicana creció de 367.510 en 1910 a 700.541 en 1920, sin incluir «ilegales» y «blancos». Entre 1900 y 1930, más de un millón llegaron. Ver García (1981, pp. 35-36).

muchos problemas, el país parecía dirigirse hacia un futuro mejor. Sin embargo, hasta hace poco, ese panorama se ha oscurecido por una profunda y general crisis estructural de Argentina. Desde una perspectiva de los años ochenta, la situación política ha sido de las más despreciables de los viejos países de inmigración, aun cuando las recientes expectativas han mejorado.

Por lo tanto, nuestro estudio del impacto de la inmigración en masa no puede reducirse sólo a los efectos positivos, constructivos y tangibles. Las estadísticas demográficas y económicas permiten que se haga, con mucha facilidad, un análisis favorable, aunque parcial. Los relatos de contribuciones personales o de grupos de carácter positivo ya llenan muchos libros —la «conciencia étnica» contemporánea y el afán de marcar las diferencias étnicas de modo romántico podrían, muy bien, animar muchos más. Pero nos incumbe examinar también el impacto de la inmigración en términos de psicología social —examinar el desarraigo y la alienación de las clases medias establecidas en las grandes ciudades, apiñados alrededor del estuario del Río de la Plata, por escoger un ejemplo importante. Además, deberíamos estudiar si los inmigrantes cambiaron o, al contrario, reforzaron las estructuras económicas, sociales y políticas existentes, de forma fundamental. Desde el comienzo, nadie puede negar el inmenso número de cambios, pequeños y grandes, que se relacionaron con la llegada de los inmigrantes: la introducción del alambre de espino (para las cercas) y otras mejoras en las técnicas productivas, por ejemplo, nuevos modos de comer y vestir, nuevas costumbres y diversiones, y, en no menor medida, una nueva actitud hacia el trabajo [13]. Pero en otros aspectos, en cambio, las tendencias negativas presentes en la sociedad se reforzaron. Primero, el tradicional desequilibrio entre las áreas rurales y las ciudades se acentuó aún más a lo largo del siglo XX.

Esto no quiere decir, sin embargo, que de este fenómeno negativo tengan la «culpa» directa los inmigrantes. El factor responsable fue el latifundismo, que era anterior a su llegada y obstaculizaba, de forma seria, la adquisición de extensiones de tierra aun cuando fueran de tamaño mediano. Los inmigrantes proporcionaron a los grandes terrate-

[13] Ver, por ejemplo, Sbarra (1955) y Gori (1952); Jacob (1969), quien ve que la introducción del alambre de espino en Urugay tuvo consecuencias altamente negativas.

nientes, por otro lado, la necesaria fuerza de trabajo para hacer productivas sus selectas tierras abandonadas. En Argentina, el valor de las exportaciones agrícolas se multiplicó diez veces entre 1870 y 1920. Esto refleja un aumento de la extensión de 63 veces entre 1870 y 1914, gracias al trabajo realizado por los agricultores arrendatarios, mal pagados, para el enriquecimiento de los terratenientes. Tarde o temprano, a los inmigrantes, que se habían instalado en el campo, se les obligó a abandonar las tierras, escogiendo reemigrar o trasladarse a las ciudades. De esta forma, la inmigración contribuyó a una urbanización exagerada y a una economía agraria de monocultivo que pronto mostraría su debilidad. En palabras del historiador argentino Cortés Conde, se dió «el desarrollo de la Argentina urbana ... en una sociedad casi de pastoreo. No existió un desarrollo industrial paralelo. Cuando las circunstancias cambiaron y vaciló el estímulo externo, descubrimos que habíamos construido un castillo en el aire» [14].

La inmigración tuvo también un gran impacto en las relaciones raciales de América Latina. El estudio de Reid Andrews de Buenos Aires en el siglo XIX, señala que los afro-argentinos no fueron simplemente expulsados de los trabajos tradicionalmente «afro», como trabajar como vendedores ambulantes, pescadores, lavanderas y porteros, por pobres inmigrantes. Más bien, los negros y los mulatos, habiendo «absorbido el desprecio tradicional argentino por el trabajo mecánico y manual», de buena gana se retiraron al sector del funcionariado. Los trabajos de nivel bajo de la administración fueron especialmente populares entre los afro-argentinos. Aquí, los inmigrantes que no eran ciudadanos no podían competir con ellos. Además, el odio mutuo que se profesaban los afro-argentinos y los inmigrantes europeos no impidió, según parece, un cierto nivel de matrimonios entre ellos [15]. El impacto negativo de la inmigración en las relaciones raciales de São Paulo ha sido subrayado en la literatura moderna; no obstante, esto no quiere decir que los inmigrantes introdujeran el prejuicio y la discriminación racial. Pero por distintas razones, su gran número, su educación y especialización, y la preferencia que se les mostraba en las ciudades, la inmigración europea rápidamente reemplazó a los negros y

[14] Cortés Conde (1968, p. 88); Mosk (1948, p. 69).
[15] Andrews (1980, pp. 180-88).

mulatos exesclavos en el mercado de trabajo. Los inmigrantes, a menudo, llegaron en el momento en que la esclavitud estaba disminuyendo, y cuando los exesclavos eran reenganchados como trabajadores «libres» en las grandes plantaciones. Cuando los inmigrantes llegaron a las ciudades, los libertos negros se encontraron efectivamente excluidos de los puestos urbanos, como ha demostrado Florestan Fernandes en el caso de Brasil. Se contrataba a los extranjeros en su lugar, con preferencia a aquellos trabajadores que tenían la misma identidad étnica que los empresarios, ya que ellos habían sido también inmigrantes. En los años inmediatamente después de la abolición de la esclavitud de 1889 en Brasil, los libertos tuvieron problemas con los prejuicios surgidos, en parte, de las comparaciones, poco justas, con los inmigrantes europeos [16].

Es evidente, también, que la inmigración en masa a Brasil dejó intacta la estructura de poder nacional e, incluso, la regional. En efecto, al suministrar, en un momento crucial —la caída del imperio—, fuerza de trabajo barata y fácilmente explotable a las élites, la inmigración reforzó sin advertirlo las viejas estructuras sociales [17]. En el caso de Argentina, Uruguay, y Chile, se ha tenido mucho interés en el papel jugado por los inmigrantes en los partidos políticos. Hasta cierto punto, a principios del siglo xx, consiguieron cambiar las condiciones de vida, al igual que las costumbres políticas en estas naciones.

Arturo Alessandri, el famoso hombre de estado chileno, por ejemplo, era hijo de inmigrantes, pero por regla general los descendientes de los inmigrantes no parece que ejercieran mucha influencia en su partido. En Uruguay, los inmigrantes naturalizados probablemente votaban al partido Colorado, encabezado por José Batlle y Ordóñez. En Argentina, podemos encontrar inmigrantes bien representados en el partido socialista, y, como resultado, la razón de la hostilidad de los miembros del partido Unión Cívica Radical [18]. No obstante, la lentitud e indecisión que caracterizó la participación de los inmigrantes en la vida política de los nuevos países parece mucho más significativa que su contribución activa. Hacia 1914, sólo el dos por ciento de los in-

[16] Florestan Fernandes (1970); ver también otros trabajos de este famoso sociólogo.
[17] Hall (1974, p. 192).
[18] Solberg (1970, cap. 5); Scobie (1974, pp. 272-73).

migrantes de Argentina se habían molestado en sacar la ciudadanía, y en Chile, en 1895, el porcentaje era aún menor. En comparación, en los Estados Unidos el 46 por ciento de los nacidos extranjeros se había naturalizado en 1910 [19]. Desde un principio el «típico» inmigrante, en todos los países y durante todos los períodos, se concentraba en mejorar su propia situación sin preocuparse mucho por la política; hasta hicieron un esfuerzo para evitar involucrarse en los conflictos políticos de su nuevo país. En América Latina, siempre fue peligroso preocuparse por la política, y los inmigrantes estaban decididos a quedarse al margen de estos conflictos. Además, hasta bien entrado el siglo XIX, el poder político lo detentaba una pequeña élite; esto también ayuda a explicar la apatía de los inmigrantes. Por supuesto, las amplias generalizaciones siempre admiten numerosas excepciones [20].

Claramente, los inmigrantes fueron pioneros y promotores de lo que vagamente se llama «modernización»; muchos ejemplos de sus aportaciones podrían citarse. Más aún, no fueron pocos los inmigrantes que consiguieron un éxito notable ascendiendo en la escala socioeconómica de su nuevo país. Puede que el más conocido sea el industrial italiano-brasileño Francisco de Matarazzo. Pero en general, el ascenso social de los inmigrantes era mucho más lento, una cuestión de tres generaciones en la mayoría de los casos. Sería también falso, atribuir el espíritu emprendedor e innovador en América Latina exclusivamente a los extranjeros. El científico social argentino Oscar Cornblit hizo gran énfasis en que la crucial influencia política de los empresarios inmigrantes estaba limitada, en el caso de Argentina, a causa de su origen extranjero. Y como James Scobie señala «el hombre que se ha hecho a sí mismo, que asciende de estibador a presidente de banco no existió en Buenos Aires» (en contraposición con las posibilidades de los Estados Unidos, y también Brasil, juzgando por casos como el de Matarazzo, o el de otras personas). Hay que recordar que no fue pequeño el número de latinoamericanos que buscó en Europa y en los Estados Unidos una preparación que les permitiera estar al mismo nivel que los inmigrantes con mejor educación [21].

[19] Solberg (1970, p. 42); Scobie (1974, pp. 237-39).

[20] Ver, por ejemplo, Bray (1962, pp. 562).

[21] Cornblit (1967, pp. 211-48); Scobie (1974, pp. 212-13); Safford (1972, pp. 230-49).

Como hemos visto, los inmigrantes eran a menudo analfabetos a su llegada (con la excepción notable de los japoneses, y en un menor grado, los italianos del norte) y la mayoría estaban acostumbrados a la pobreza. No obstante, en un principio tenían un nivel sociocultural algo más alto que el de las grandes masas de población de los países que los recibían. El «típico» latinoamericano sufría de una falta casi completa de instrucción. Pronto, sin embargo, tuvo lugar una nivelación. En 1895, el 52 por ciento de las personas nacidas en Argentina eran analfabetas, mientras que sólo el 35 por ciento de los inmigrantes lo eran. Sin embargo, esta tasa del 35 por ciento de analfabetismo se mantuvo entre los inmigrantes hasta 1914, mientras que la tasa de los nativos había descendido un 19 por ciento. Muchos inmigrantes analfabetos aprendieron a leer y a escribir por medio de su propio esfuerzo (como fue también el caso de los solitarios analfabetos japoneses que inmigraron a Brasil en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial) [22].

Acerca de la tecnología de producción, se introdujeron, a menudo, nuevos métodos en el sector urbano industrial, pero en muchos distritos rurales los inmigrantes simplemente adoptaron las técnicas agrarias rudimentarias de la zona. De nuevo, los japoneses fueron la excepción a la regla. En la agricultura, algunas veces encontramos empresarios nacidos en el extranjero que introdujeron maquinaria moderna y hasta máquinas de vapor en el siglo XIX para acelerar los intensivos trabajos manuales, como el abaleado de los granos de café en Puerto Rico [23].

En un apartado la contribución de los inmigrantes a la innovación está bastante clara. Nos referimos al papel que desempeñaron en el despertar de las conciencias obreras, y, simultáneamente, en la organización de los movimientos sindicalistas en Argentina, Uruguay y Brasil. Es aleccionador comparar el papel jugado por los italianos en estos tres países con el de sus compatriotas en los Estados Unidos, donde la falta de interés entre los italianos por el sindicalismo fue apreciable. Cuando estos inmigrantes llegaron a los Estados Unidos, las organizaciones de trabajadores ya se habían formado con una orienta-

[22] Bagú (1969, pp. 61-62); observaciones por Harold Sims en lo que se refiere al caso japonés.

[23] Waibel (1957); Griffith (1965, pp. 301-02); Bergad (1980).

ción relativamente estrecha y «moderada». En América Latina, el mismo proceso de formación de sindicatos fue debido en gran parte a los esfuerzos de los líderes italianos y españoles (o a nativos que habían sido influenciados por ellos), y fue este movimiento obrero el que realizó unas reclamaciones mucho más amplias y radicales. El anarquismo del mundo mediterráneo fue introducido en América Latina por los inmigrantes [24]. De otra parte, aunque parezca mentira, la mafia del *mezzogiorno* se desarrolló sólo en los Estados Unidos [25].

En realidad, el que los inmigrantes jugaran un papel innovador, por lo visto, dependía más de la estructura socioeconómica del país que los recibía que de las características personales que los inmigrantes traían con ellos [26].

Visto desde la perspectiva actual, hasta las contribuciones de las élites tecnocráticas y profesionales de los inmigrantes, tan positivas en apariencia en un principio, son, hasta cierto punto, inciertas. El resultado de estas innovaciones, en un sentido general o a largo alcance, puede haber consistido en la introducción, en un medio ambiente algo primitivo, de una tecnología demasiado costosa, que tenía unos niveles de consumo que eran demasiado altos y refinados. Esto también pudo haber contribuido a reforzar la dependencia local de los conocimientos técnicos extranjeros, una dependencia psicológica tan evidente en los países de América Latina. Según Richard Graham, había «tantos ingenieros ingleses en Brasil que para la imaginación brasileña la idea de un inglés llegó a ser la de un ingeniero». Eddy Stols, no obstante, observa que los técnicos de países menos poderosos, como Bélgica, eran preferidos en los países de América Latina, por razones, obviamente, políticas [27].

Habiendo hablado del impacto de los inmigrantes como trabajadores, técnicos y profesionales, podemos, ahora, preguntarnos cuál fue

[24] Para Brasi, ver Maram (1977), y Hall (1974).

[25] Bailey (1980); no obstante, el artículo de Bailey no nos presenta una comparación metodológicamente satisfactoria; ver Mörner, Fawaz de Viñuelas, y French (1982, p. 65). Sobre inmigrantes en sindicatos, ver, también, Simon (1946); Spalding (1977).

[26] Hall (1974, pp. 181-82).

[27] Graham (1968, pp. 137-38); Stols (1976). El estudio de Stols de la «expansión» belga a América Latina hacía 1900 nos presenta varios aspectos interesantes del impacto. Ve la presencia belga como una «válvula de seguridad» para las tensiones latentes y las dinámicas frustradas de la sociedad belga, y también como una experiencia preparatoria para, más tarde, la aventura del Congo (Stols, 1976, p. 126).

el papel de los inmigrantes en el proceso de acumulación del capital. En general los inmigrantes tendían a ahorrar más sus ganancias que los nativos. Por coger solamente un ejemplo, no menos de un 79 por ciento de los depositantes del Banco de la Provincia de Buenos Aires en 1887 eran extranjeros. Pero, ¿qué cantidad de estos ahorros volvían a la tierra natal del impositor, con el resultado de que los ahorros, en sí mismos loables, se convirtieran en un factor negativo para el país extranjero? Sabemos que entre 1905 y 1912 la suma mandada al extranjero desde Argentina por los inmigrantes españoles y portugueses hacía un total entre 50 y 80 millones de pesos en oro. Para apreciar la magnitud de esta fuga, deberíamos tener en cuenta que el valor total de las exportaciones argentinas en 1900 era de 157 millones de pesos en oro [28]. Pero hemos mostrado que a principios del siglo XIX, los envíos de dinero que llegaban a Italia desde Argentina, Uruguay y Brasil, eran, con mucho, menores en promedio, que aquellas que llegaban desde los Estados Unidos (a pesar del nivel de vida más bajo de la mayoría de los inmigrantes italianos en Norteamérica). Parece, entonces, que los italianos de América Latina preferían invertir la mayor parte de sus ahorros en el país receptor, aun cuando no podamos decir con seguridad si lo hacían porque les parecía más ventajoso o porque habían llegado a un mayor nivel de integración e identificación con el nuevo país. De todas formas, el envío de dinero ganado en el extranjero a Italia tuvo un impacto muy importante en la balanza de pagos de Italia a favor de la industrialización [29].

Evidentemente, una investigación más profunda, más sistemática y más comparativa sería necesaria antes de que podamos llegar a una comprensión equilibrada de las consecuencias, buenas o malas, de la inmigración en masa en América Latina [30].

[28] Vázquez-Presedo (1971, p. 624); Cortés Conde (1968, p. 73).

[29] Dean (1974, pp. 231-37); Solberg (1970, pp. 50-51); L. Cafagna, citado en Cipolla (1973, 1:303).

[30] En su intento de comparar la inmigración en masa de las llanuras de Argentina y Canadá desde 1870 a 1930, Solberg (1982, p. 157) concluye: «Claro está, en efecto, que, la inmigración no cambió fundamentalmente el sistema social o político prevaleciente, ni en las pampas ni en las praderas».

Capítulo VII

LA INMIGRACIÓN A PARTIR DE 1930

El impacto de la depresión

La depresión mundial de 1929-1930 tuvo un efecto violento y profundo en los países de América Latina, debido a la creciente dependencia, durante la década de 1920, de la inversiones extranjeras y el comercio internacional. Aunque la Gran Depresión no causó en América Latina el desempleo masivo que sufrieron las naciones más industrializadas, fue claro que carecía de sentido estimular la inmigración en masa. Argentina intentó cerrar sus puertos a la inmigración urbana entre 1931 y 1933, y Uruguay hizo lo mismo en 1932. Brasil también había decidido a mediados de la década de 1930 introducir un ingenioso sistema de cupos para limitar las entradas. Esto, por ejemplo, quería decir que en la práctica, unos 27.000 italianos, 23.000 portugueses y sólo 3.500 japoneses iban a ser admitidos al año. En todas partes los gobiernos optaron explícitamente por una inmigración selectiva [1].

Como resultado de la depresión mundial, la emigración de regreso a Europa tuvo altas proporciones. Los emigrantes pensaban que si no podían encontrar trabajo en América, era mejor buscar oportunidades de vuelta en casa. Por ello, en la década de 1930, Europa, por primera vez en la historia moderna, aumentó de población a causa de una inmigración neta. Como resultado de esta tendencia, unida a la huida de refugiados españoles de la Guerra Civil de finales de la década de los 30, Francia de repente se convirtió en el más importante

[1] Thistlethwaite (1960).

receptor de inmigrantes del mundo Atlántico. Mientras todos los países del hemisferio oeste compartían una hostilidad a la inmigración, las condiciones variaron entre los países y entre las regiones de América Latina. En éstos vamos ahora a centrarnos.

El caso argentino es especialmente interesante, puesto que Argentina había experimentado la mayor inmigración de América Latina hasta el momento de la depresión. Como resultado del fracaso del gobierno argentino al aprobar una legislación que asegurara la propiedad de tierras de pequeño tamaño, en las áreas productoras de grano, las regiones fértiles aún se caracterizaban por «agricultores arrendatarios nómadas», como ha señalado R. Paula Lopes. Aun frente al éxodo, que se produjo en una fecha tan tardía como la de 1937, se vio que era imposible conseguir una reforma de la tierra por medio de una legislación favorable. El fracaso de todas las colonizaciones y compañías de tierras, con la única excepción de la Asociación Judía de Colonización, sólo contribuyó a que los inmigrantes huyeran de Argentina. La especulación de la tierra había sido un serio obstáculo a los posibles colonos agrícolas a lo largo de la década de 1920, por los valores de la tierra artificialmente altos en las áreas productoras de grano, llegando a 373.000 dólares americanos (US$) por hectárea en 1929. Los precios cayeron bajo el impacto de la depresión, cayendo hasta 189.000 dólares americanos (US$) en el año 1934 —una cifra más real—. Pero el Banco Nacional de Mortgage había interrumpido todos los préstamos en 1933.

Sólo la Asociación Judía de Colonización (JCA) funcionaba en 1936. La razón de su supervivencia puede residir en el hecho de que era la única de las compañías de tierras que se preocupaba de los intereses de los colonos. La JCA estaba apoyada por el fondo filantrópico creado por el Barón Hirsch, cuyo gran deseo era rescatar a los judíos de los *pogroms* del este de Europa. Sus extensiones de tierra fueron compradas en la década de 1890, cuando el precio de la tierra había bajado, en comparación con lo que se convertiría en el siglo xx, y los terrenos de granjas eran distribuidos a los colonos de forma razonable y sistemática.

Los gobiernos provinciales respondieron individualmente a la crisis de la década de 1930. En la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, se estableció un Instituto para la Colonización que serviría de instrumento a los cultivadores. Pero no se puede negar el hecho de que

había una escasez de tierras asequibles en Argentina en la década de 1930. Para conseguir tierra, un inmigrante necesitaba miles de pesos de capital, puesto que era imposible comprar la tierra a plazos. El resultado fue un éxodo desde el campo a Buenos Aires, o a Brasil, donde había tierra en abundancia, o a Europa, que ofrecía al menos la seguridad de la familia. Mientras que en el norte de Brasil algunos trabajadores urbanos estaban abandonando la ciudad para dedicarse a la agricultura de subsistencia, en Argentina la corriente era totalmente al contrario durante los años de la depresión [2].

Además de la huida a las ciudades, Argentina sufrió desempleo considerable en la década de 1930. Un tercio de la fuerza laboral perdió su trabajo. No es sorprendente, por lo tanto, que el gobierno federal estuviera obligado a abandonar su política de «puertas abiertas» en 1931. Las regulaciones se introdujeron para restringir la entrada a aquellos pasajeros que llegaran en «segunda o tercera clase o en una única clase» (esto es, en barcos de inmigrantes). Estas personas podían entrar en Argentina sólo si cumplían una de estas condiciones: (1) iban a reunirse con parientes que estuvieran ahí, (2) habían sido anteriormente residentes que volvían después de una corta ausencia, (3) habían sido mandados venir para una colonia en desarrollo, (4) podían mostrar un contrato de arrendamiento o de compra de tierra, o, por último, (5) si poseían 1.500 pesos. Las intenciones de estas regulaciones son claras: sólo eran bienvenidos los granjeros, no los trabajadores urbanos —el sector más afectado por la depresión.

Las fábricas en Argentina, que en 1895 eran casi en su totalidad propiedad de los inmigrantes, en 1935 estuvieron aún hasta en un 55 por ciento en manos de extranjeros emigrantes —descontado aquellos inmigrantes que habían sacado los papeles de la naturalización (ver gráfico 17)—. Oscar Cornblit sugiere que este hecho explica, sobradamente, por qué los gobiernos argentinos, después de la depresión, tuvieron tan poco interés en la manufactura y la necesidad de protegerla [3].

El resultado de las condiciones económicas entre 1931 y 1935, junto con las regulaciones restrictivas, fue el de un cambio en la in-

[2] Basado en López (1937).
[3] Cornblit (1967, pp. 230-32).

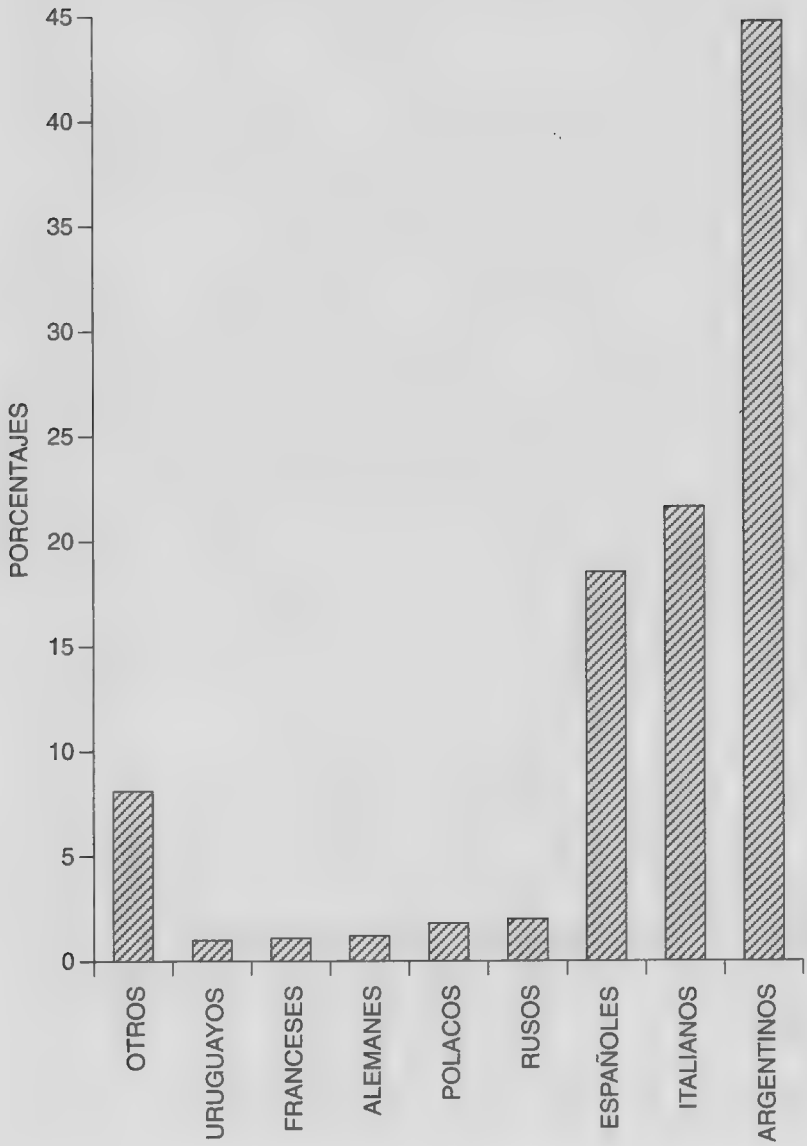


Gráfico 17. Ciudadanía de los dueños de los establecimientos industriales en Argentina (total=52.317). *Fuente:* Cornblit (1967, p. 231).

migración que dejó Argentina a favor de Brasil. Las cifras oficiales de los países, que se admite son necesariamente imprecisas para el período (debido a la migración ilegal), nos muestra una migración neta a Brasil de 100.000 personas, mientras que Argentina parece ser que no tuvo, puesto que la emigración, efectivamente, compensaba la inmigración. Durante los años de la depresión, entonces, Brasil presenta un caso diferente del de sus vecinos del suroeste.

La inmigración a Brasil también sufrió un marcado descenso durante la depresión, pero las oportunidades que se ofrecían a los colonos en el sur eran suficientes para estimular una balanza favorable. Entre 1880 y 1929, Brasil había recibido alrededor de 4.000.000 de inmigrantes, a un promedio anual aproximado de 80.000. Durante el período 1930-35, el promedio anual decayó a menos de 17.000. Antes de la crisis económica, la tierra era donada a los colonos en condiciones favorables, y su traslado desde Europa era a menudo subvencionado por el gobierno federal o por el gobierno del estado de São Paulo. El régimen de Getúlio Vargas (1930-45) redujo la inmigración, no obstante, como respuesta a la demanda de trabajadores urbanos. Nuevas leyes especificaban que los pasajeros de tercera clase sólo podían entrar en Brasil si eran solicitados para trabajos agrícolas, o si ya tenían un contrato o un trabajo. Más aún, a todas las empresas se les exigía que de la fuerza de trabajo dos tercios fueran, al menos, brasileños. De esta legislación se exceptuaban en 1931 la minería, la agricultura y la ganadería, industrias todas agropecuarias o no sindicalizadas.

A la luz de las agitaciones de los nativos, antiextranjeros, durante la depresión, el problema de los inmigrantes no asimilados preocupó al gobierno de Vargas. En 1931 un decreto declaró ciudadano brasileño a todo aquel que había fundado una familia en Brasil o que residía desde hacía diez años. En un esfuerzo por mantener el equilibrio étnico existente en la sociedad brasileña, algunos artículos de la constitución de 1934 regulaban la futura migración. Diez años después de que los Estados Unidos establecieran su sistema de cupo nacional, hizo lo mismo Brasil. Empezando en 1936, la admisión anual era limitada, en teoría, a justo el dos por ciento de los totales oficiales para cada nacionalidad con relación a los últimos cincuenta años. Además, a cada individuo se le exigía mostrar pruebas de un empleo (*carta de chamada*), más una invitación de un ciudadano brasileño o del gobierno estatal o federal. Los empleados de la industria tenían que presentar un contra-

to, que podía ser renovado, y sólo los trabajadores agrícolas estaban exentos de la ley adicional de que el inmigrante debía poseer 120.000 dólares americanos (tres *contos*) al llegar. Quizás el requisito más exigente era de que un brasileño debía garantizar el mantenimiento y los gastos de repatriación de cada inmigrante durante cinco años [4].

Al institucionalizar el sistema de cupos, basándose en el mantenimiento de los patrones de las nacionalidades ya existentes, Brasil estaba claramente favoreciendo la inmigración del sur de Europa (como seguramente un sistema similar aseguraba el predominio de europeos del norte en los Estados Unidos). Un resultado notable fue que durante los años de la depresión los cupos de los europeos del sur nunca llegaron a llenarse, y las regulaciones no fueron estrictamente observadas. La ejecución se confió al Ministerio de Trabajo, que decidió calcular el dos por ciento basándose en admisiones recientes, en vez de en los inmigrantes establecidos. Esto amplió considerablemente cada categoría nacional, y en 1936-1937 encontramos que las personas admitidas hacían un total de 84.186, o casi tantos individuos como los que habían llegado antes de las nuevas reglas. En los puertos de entrada, la aplicación de las regulaciones tendían a ser interpretadas libremente; los oficiales no siempre exigían la *carta de chamada* pero, por otro lado, parece que a los trabajadores agrícolas, a veces, se les echaba a causa de los requisitos del contrato. Con todo esto, los terratenientes brasileños no estaban contentos con el nuevo sistema.

Como respuesta, los cultivadores y los industriales de São Paulo reaccionaron como lo habían hecho en el pasado: organizaron el reclutamiento de trabajadores agrícolas europeos por su cuenta. Recibieron inmigrantes de Argentina y exigieron una enmienda de la ley de 1936. También animaron un tráfico ilegal de cartas al extranjero, y con ello minaron las nuevas regulaciones [5].

La aplicación del sistema de cupos reflejó el sentimiento antiasiático de Brasil. Uno de los resultados más claros fue el degradar a los inmigrantes japoneses de una segunda posición en llegadas totales anuales, el nivel que ocupaban a finales de la década de 1920, a un remoto cuarto lugar en 1936-37 —detrás de italianos, portugueses y es-

[4] López (1937).
[5] López (1937).

pañoles, en este orden—. Desde, más o menos, 1910 hasta 1935, un gran número de granjeros japoneses habían entrado en Brasil, y constituían un 31 por ciento de los aproximadamente 271.000 inmigrantes admitidos por Brasil entre 1931 y 1935. Los japoneses, por lo tanto, se convirtieron en el mayor grupo nacional que llegó en estos años de depresión económica, alcanzando a ser la mitad de los que llegaban a Brasil en 1933-1934; no obstante, en 1939 su proporción había caído a un simple cinco por ciento [6]. La depresión desató una propaganda de odio pletórico en contra de los japoneses tanto en Brasil como en Perú, y su inmigración se vio reducida, en parte, por la acción del gobierno receptor. De este modo, la preocupación brasileña acerca de la «identidad étnica» nacional fue, hasta cierto punto, apaciguada.

Nada se hizo, no obstante, para reforzar la prohibición constitucional contra la concentración de inmigrantes en cualquier lugar particular de Brasil. Tampoco debería haberse hecho, pues los brasileños mostraron que estaban deseando trasladarse a las áreas donde se congregaban los inmigrantes —atraídos, sin duda, por las nuevas oportunidades económicas.

La situación de Uruguay durante los años de depresión se parecía más a la de Argentina que a la de Brasil. La inmigración aumentó la población Uruguaya hasta 1931, cuando comenzaron a ser considerables las partidas por primera vez desde la Primera Guerra Mundial. Durante los años 1919-30, una extraordinaria variedad de nacionalidades había caracterizado la inmigración a Uruguay, cuando los polacos, los serbios, los rumanos, gentes de las repúblicas bálticas, alemanes, austrohúngaros, sirios, armenios y judíos llegaban por primera vez. A la tendencia de reducir la emigración en 1931 le siguió una ley en 1932 restringiendo la inmigración, con una base de año-por-año. En este contexto, en 1936, una «Ley de los Indeseables», que se convirtió de hecho en una ley policial, redujo la entrada a los inmigrantes de clase obrera. La crisis económica de las áreas rurales también contribuyó al rápido crecimiento de Montevideo no obstante la salida de muchos inmigrantes europeos [7].

[6] Ver Comissão de Recenseamento da Colónia Japonesa (1964).
[7] Ver Oddone (1966b).

El impacto de las guerras europeas y asiáticas

Entre 1918 y 1947, América Latina recibió, aproximadamente, 288.200 inmigrantes judíos, incluyendo una estimación de 10.000 «ilegales». Solamente Argentina recibió unos 120.000 entre 1920 y 1947, aunque buscó una forma legal de reducir la entrada de judíos después de 1923. No obstante, desconocemos cuántos judíos entraron en América Latina con pasaportes españoles debido a los esfuerzos de Francisco Franco de restablecer sus derechos [8]. Cuando Europa se acercaba, más y más, a una nueva y gigantesca tragedia, la Segunda Guerra Mundial, la Alemania de Hitler intensificaba la persecución de los judíos. Cuando los representantes de treinta y dos naciones se reunieron en Evian, Francia, para discutir el problema de los refugiados judíos, sólo un país se ofreció a admitir un contingente de unas 100.000 personas. Paradójicamente, este país era la pequeña República Dominicana, regida autocráticamente por el dictador Rafael L. Trujillo. Con la ayuda de las organizaciónes judías de los Estados Unidos, el pueblo de Sosúa se estableció, en la costa norte de la Española, como colonia agrícola en la que se asentaron varios cientos de refugiados. Para otros, la República Dominicana no era más que un lugar de paso mientras esperaban el visado para los Estados Unidos. Los motivos del dictador Trujillo son inciertos, puesto que difícilmente se le puede considerar humanitario, pero pudo prever un beneficio o gloria personal al abrir la isla a los judíos perseguidos. Vale la pena señalar que durante la década de 1880, también otro gobierno dominicano, encabezado por Gregorio Luperón, había intentado atraer a un número de judíos rusos perseguidos, a la isla. Puede ser que en ambos casos el deseo de una población blanca más numerosa y el miedo concomitante a los negros haitianos jugara su parte; la República Dominicana había sido evitada por la inmigración en masa, como hemos señalado al tratar las grandes naciones de América Latina. Con unos rasgos similares, Paraguay, también aceptó judíos durante los días más tenebrosos anteriores a la Segunda Guerra Mundial. El contingente mayor de víctimas judías de la persecución nazi fue recibido en Argentina antes de 1945. Mientras 86.000 entraron en el país entre 1921 y 1935, sin embargo, solamente

[8] Ver Elkin (1980, p. 79, tabla 2; p. 86).

15.000 fueron admitidos durante los años cruciales de 1936-1942. Desafortunadamente, los judíos experimentaron una gran hostilidad antisemita en Paraguay, fomentada por los nazis alemanes locales [9].

Con el estallido de la Guerra Civil española en 1936, un preludio a la conflagración mundial, el gobierno mejicano del presidente Lázaro Cárdenas demostró rápidamente su solidaridad con los republicanos españoles. Después de que fuera derrotado el gobierno español por el fascismo, Méjico con admirable entusiasmo manifestó su intento de proteger los cientos de miles de españoles que se habían refugiado en Francia. Entre 1939 y 1942, unos 12.000 de estos refugiados pudieron dejar Francia y establecerse en Méjico, gracias, en parte, al acuerdo entre Méjico y el gobierno de Vichy. Una proporción destacada de estos exiliados, un 16 por ciento, se dedicaba a profesiones liberales. La contribución de esta oleada de republicanos españoles a la cultura y economía de Méjico fue extremadamente valiosa. Otro numeroso grupo profesional, entre los republicanos españoles, era de sirvientes (20 por ciento) y alrededor del 40 por ciento de los emigrantes eran mujeres. En el año 1943 casi el 30 por ciento de los exiliados habían adquirido ya la ciudadanía mejicana. Al mismo tiempo, al negarse Méjico a reconocer el régimen de Franco, este país se convirtió en la sede del gobierno español en el exilio [10]. Por añadidura miles de refugiados españoles se establecieron finalmente en la República Dominicana, entre ellos el autor Jesús de Galíndez, que fue más tarde en Nueva York secuestrado y asesinado por órdenes de Trujillo [11].

Los años de la posguerra

Al final de la Segunda Guerra Mundial, hubo cientos de miles de refugiados en Europa central que no podían o no querían volver a sus

[9] Kätsch y Kätsch (1970, pp. 169, 295-97). Sobre la República Dominicana ver Galíndez (1956, pp. 381-85); sobre los alemanes en Buenos Aires, ver Newton (1982), el cual subraya que su asimilación se aceleró después de la Segunda Guerra Mundial. Sobre los judíos, ver Elkin (1979) especialmente pp. 56, 78f. Se estima también que diez mil judíos entraron ilegalmente en Argentina durante la década de 1930 y 1940, y que su situación fue, en muchos casos, legalizada en 1950 (Elkin, 1980, pp. 78-80).

[10] Smith (1955, p. 305f.); Fagan (1973).

[11] Galíndez (1956, pp. 382-85).

países de origen. Entre 1947 y 1950 unas 724.000 de estas «personas desplazadas» fueron trasladadas a través del Atlántico. Sólo el 12 por ciento de ellos fueron admitidos en América Latina, de los cuales más o menos 37.000 eran judíos. Un tercio de estos «desplazados» fueron a Argentina, mientras que grupos más pequeños emigraron a Brasil y Venezuela. Criminales de guerra nazis aparecieron pronto en América del Sur, como se ha demostrado repetidamente —el caso de Eichmann es sólo uno de los más famosos ejemplos. Adolf Eichmann, uno de los organizadores nazis del genocidio contra los judíos, escapó a Argentina en 1952, donde fue secuestrado por los agentes israelitas en 1960 y trasladado a Israel para comparecer en un juicio. Klaus Barbie, quien vivió en Bolivia hasta 1983, es un ejemplo más reciente.

De acuerdo con el Comité Intergubernamental para la Emigración Europea (ICEM), entre 1952 y 1965, otros 639.717 refugiados fueron realojados en nuevos países, pero sólo el 4,3 por ciento de ellos se establecieron en América Latina [12]. Una vez sofocada la revolución húngara de 1956, otra ola de refugiados se distribuyeron a lo largo del Nuevo Mundo, de ellos alrededor de 1.000 llegaron a Brasil. Hubo también, por ejemplo, un buen número de refugiados belgas que desde el Congo (Zaire) fueron, en 1961, admitidos en Brasil. En 1980, a 1.200 refugiados de Indochina se les permitió instalarse en un área escasamente poblada de Argentina, pero se les prohibía legalmente moverse a una ciudad antes del transcurso de cinco años, es decir, hasta que no fueran ciudadanos [13].

Los grupos más grandes de inmigrantes que se establecieron durante los años de posguerra en América Latina eran, como anteriormente, italianos, españoles y portugueses. Deberíamos señalar, no obstante, que a partir de principios de la década de 1960, la migración de los europeos del sur no era cruzando el Atlántico sino que ocurría dentro de su propio país o yendo al norte, a otros países europeos, por las oportunidades de empleo. Sin embargo, hablando en general, esta emigración al norte era menos permanente que la emigración a América Latina de antes de 1960. Entre 1961 y 1970, para citar un ejemplo

[12] *Bevölkerung und Raum* (1965, p. 190); *Statistical Abstract of Latin America* (1976, p. 69).

[13] Acerca de los refugiados belgas, ver Barros Basto (1970, pp. 18, 31). Acerca de los indochinos, UN (1982a, pp. 18, 98).

singular, Suiza absorbió 1.000.000 de trabajadores italianos. Durante la década de 1960 una nueva oleada de emigración española comenzó, con destino a Francia, Alemania, Suiza, y otros países del oeste de Europa [14].

Argentina, como antes de la depresión, recibió entre 1946 y 1957 el mayor número de inmigrantes de América Latina, un total neto de 608.700 personas. Después de la Segunda Guerra Mundial, Argentina, de hecho, parecía ser uno de los países con un futuro espléndido, por beneficiarse de una favorable situación económica durante los primeros años del régimen de Juan Domingo Perón (que duró de 1946 a 1955). No tardó mucho, sin embargo, en afianzarse el deterioro económico y esto pronto se reflejaría en la reducción de la inmigración a Argentina (ver gráfico 18).

Con el comienzo de la guerra, los líderes del imperio japonés habían determinado que no podían prescindir de la población en exceso y la inmigración a Brasil fue parada totalmente. No recomenzó hasta 1952 la emigración japonesa y, durante los siguientes diez años otros 42.631 japoneses fueron mandados a Brasil. Tanto la inmigración japonesa de preguerra como la de posguerra a Brasil diferían de la equivalente europea, que era contratada de gobierno a gobierno, donde el reclutamiento del gobierno y de las organizaciones privadas reemplazaba la iniciativa individual. Además, Japón seguía mostrando un interés considerable en las actividades económicas y en el bienestar de los emigrantes tiempo después de que se hubiesen instalado en Brasil. Claramente, uno de los principales motivos de esta política era la penetración económica de Japón en América Latina, cosa que anteriormente se les había negado. La comunidad japonesa en Brasil llegó a un número cercano a las 615.000 personas, pero la inmigración se ralentizó considerablemente en la década de 1960, cuando la floreciente economía de Japón trajo un cambio de política; la subida de los salarios y la escasez de trabajadores hizo que se acabase con los subsidios gubernamentales y con el interés privado en estos arreglos oficiales. Los inmigrantes japoneses eran con mucha más probabilidad profesionales que viajaban por avión. Los japoneses-brasileños llegaron a concentrarse en el estado de São Paulo y Paraná, y en seguida empezaron a moverse a

[14] Nadal (1973, pp. 215-17).

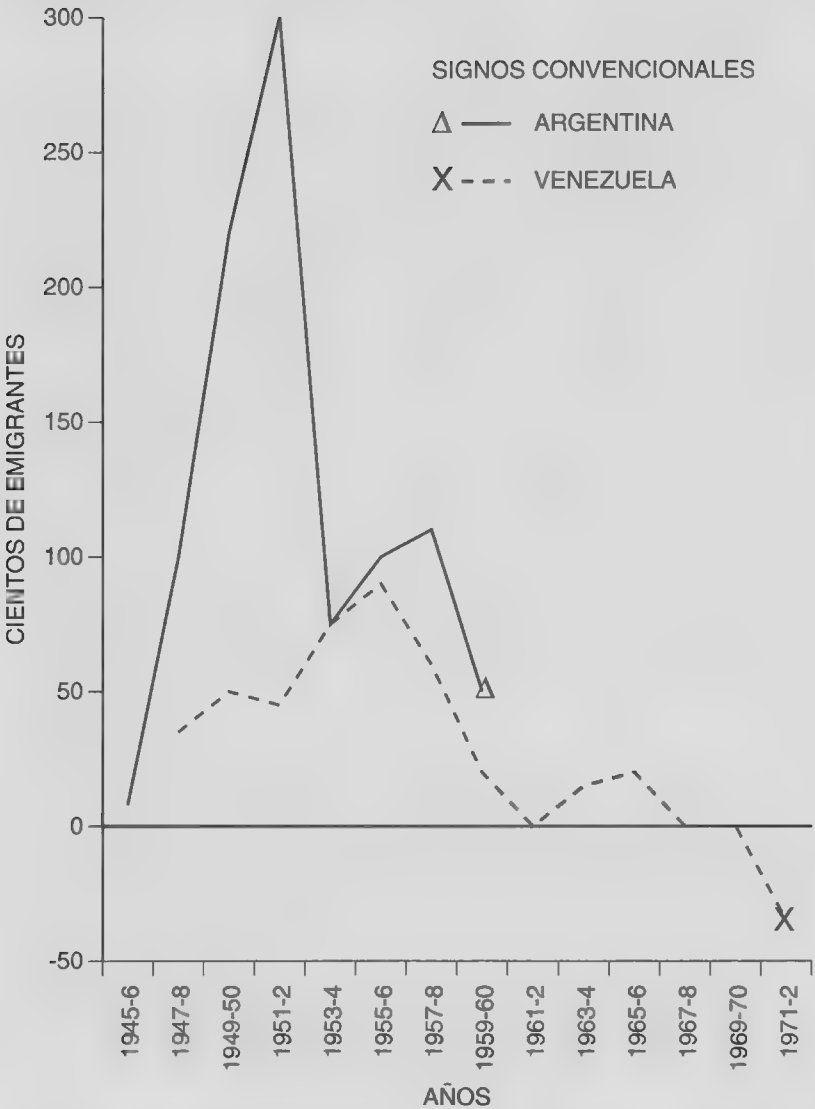


Gráfico 18. Migración neta a Argentina y Venezuela después de la Segunda Guerra Mundial. *Fuente:* Los datos sobre Argentina sólo cubren el movimiento de ida y vuelta, cruzando el mar y Montevideo. (Recchini de Lattes, 1969, p. 78). Para los datos sobre Venezuela, ver Suárez (1975, pp. 13, 17).

las áreas urbanas, como sus homólogos europeos habían hecho antes. Muchos sí que se quedaron en el campo, donde cultivaban pequeños terrenos, y demostraron un éxito sin precedentes al extraer abundantes cultivos de las tierras brasileñas hasta entonces malamente utilizadas [15].

La inmigración total a Brasil entre 1946 y 1957 fue de alrededor de 442.000 personas. Casi la mitad eran portugueses, que llegaban en grupos especialmente numerosos durante la década de 1950. Pronto, sin embargo, los portugueses, como los italianos y los españoles, encontraron posibilidades más atractivas en la Europa del Oeste. Por alguna razón, la actitud oficial brasileña hacia la inmigración era más o menos negativa por el año 1958 [16].

Además de los dos países tradicionales de recepción (Argentina y Brasil), Venezuela también fue un destino importante durante los años de posguerra, al desarrollar una política excepcionalmente liberal en ese momento. Un país con una baja densidad de población, con una repentina prosperidad debida al petróleo que había llevado a un éxodo rural de proporciones alarmantes, Venezuela imitó a sus vecinos al intentar atraer diligentes granjeros europeos para sustituir a aquellos que habían abandonado el campo. Este era el mismo deseo que había motivado a Argentina, Brasil y Uruguay, al igual que otros países de América Latina a lo largo del siglo XIX. El Instituto Nacional Agrario se puso al frente del proyecto venezolano. Entre 1948 y 1957, la inmigración a Venezuela fue, en total, de unas 374.000 personas; la población total del país creció en un 50 por ciento durante el período 1950-61, pasando de 5 a 7,5 millones. Hacia el año 1961, los extranjeros constituían un 15 por ciento de la población económicamente activa —una cifra alta para un desarrollo tan reciente. Además, el 51 por ciento de los directores de empresas, en Venezuela, eran extranjeros, al igual que el 26 por ciento del personal técnico [17].

[15] Sims (1972); ver también Hastings (1969). Mientras que los japoneses con descendencia japonesa sólo constituían el 2,5 por ciento de la población de São Paulo, se estima que controlaban al menos el 70 por ciento del comercio al por menor y al por mayor del Mercado Municipal (Tigner, 1982, p. 513). Más o menos 28.000 japoneses fueron a Perú entre 1898 y 1936 (algunos de ellos fueron deportados a los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial). Ver Gardiner (1975).

[16] Sánchez-Albornoz (1974, p. 221); Diégues Júnior (1964, pp. 302-11, 338-41); Serrão (1974, p. 48, gráfico).

[17] Suárez (1975, pp. 13-15).

Después de la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, Venezuela pasó por una aguda crisis económica que dio pie a prejuicios xenofóbicos, como se podía esperar. El resultado fue que se produjo una salida masiva entre 1960 y 1962. Se había parado la tendencia hacia la inmigración en masa, y todas las esperanzas por repoblar las áreas rurales se quedaron sin realizar. De los 683.000 extranjeros que permanecían en Venezuela en 1963, al menos tres quintas partes se habían establecido en las áreas urbanas; el 20 por ciento en la capital, Caracas. Entonces se produjo, de nuevo, entre 1966 y 1969, otra salida de emigrantes legales europeos. Al mismo tiempo, sin embargo, un cuantioso número de inmigrantes ilegales, en su mayoría, colombianos, ayudaron a llenar la demanda de trabajadores rurales. A principios de los años setenta, tuvo lugar un cambio en la política de inmigración venezolana, relacionada con la subida internacional del precio del petróleo y con el crecimiento económico a un ritmo mayor. En 1976, los extranjeros residentes en Venezuela llegaron a un total de no menos de 1.100.000 de personas, de una población total de 13.000.000. El grupo mayor, como lo muestra el gráfico 19, era de italianos, colombianos, y portugueses. Vale la pena señalar que más del 30 por ciento eran oficinistas y empleados de ventas, y que casi el 10 por ciento eran profesionales. Además, de estos residentes extranjeros, al menos 64.000 se habían naturalizado en 1973-76, a un ritmo mucho más rápido que anteriormente. Un programa de inmigración más selectivo se llevó acabo en 1976 [18].

Como el caso de Venezuela nos muestra, la nueva inmigración a ultramar del período de posguerra, ya no estaba compuesta por campesinos, o lo que es lo mismo de gentes pobres e incultas. La mayoría de los emigrantes europeos eran cultos, cualificados, y viajaban por cuenta propia, costeándose a sí mismos el viaje. Eran capaces de hacer contribuciones significativas en el país que eligieran. No obstante, por

[18] Suárez (1975, pp. 16-17); Sánchez-ALbornoz (1974, pp. 222-23); Marrero (1964, pp. 232-33). Para más detalles, ver Kritz (1975); Sassen-Koob (1979); Chen, Urquijo, y Picquet (1982). Sorprendentemente, parece ser que no hay estadísticas fiables para inmigración transoceánica a Venezuela después de 1974. Según los expertos internacionales, las estadísticas sobre migración a América Latina se deterioraron, en algunos casos en tiempos recientes, cuando la importancia del fenómeno decayó (UN, 1979, p. 41). Acerca de la inmigración ilegal española y portuguesa, ver *ibid.*, p. 79.

esa misma razón, eran particularmente sensibles a las condiciones adversas, fueran económicas o de otro tipo. Por ello, hubo una alta tasa de retornados, íntimamente relacionada con las mejoras económicas y políticas en Europa. Los inmigrantes asiáticos, tanto antes como después de la guerra, en cambio, tuvieron una tasa de retorno muy baja. Esto se debía a los altos precios del transporte, la distancia y la falta de opciones viables en su país de origen, tales como la falta de tierra cultivable en Japón, por ejemplo.

A lo largo de la década de 1960, incluso la emigración selectiva parecía, en la mayoría de los países, haber perdido su *raison d'être* [19]. Se haga la valorización que se haga, es obvio que América Latina estaba atrapada en una grave crisis socioeconómica, y que, por ello, no podía incentivarse la inmigración. Se percibían los primeros efectos de la sobrepoblación, al menos, en algunas zonas, y tanto el desempleo como el subempleo se habían convertido en un problema crónico por todas partes. Desde la perspectiva del sentimiento nacionalista, que era más profunda y sincera que antes, parecía más razonable y realista mejorar la nutrición y las oportunidades educativas de las jóvenes generaciones, en rápida expansión, que continuar dependiendo, aun en un grado limitado, de la afluencia de los inmigrantes «seleccionados». Aunque es cierto que llegaban ya formados o educados, no era, sin embargo, nada seguro que fueran a quedarse, y la asimilación siempre requería de un tiempo considerable. Además, muchos latinoamericanos empezaron a desengañarse de la noción de la superioridad de los europeos; aunque, los viejos prejuicios desaparecieron lentamente. Por ejemplo, Jesús Arango Cano, un intelectual colombiano, aún en 1953 escribía:

> Las tres naciones de Gran Colombia [Venezuela, Colombia y Ecuador] necesitan urgentemente de una inmigración masiva de europeos blancos, seleccionados por su aspecto biológico ... se debería dar primacía a los requisitos eugenésicos al seleccionar los posibles emigrantes con el fin de formar el género americano humano que más se aproxime a la perfección biológica.

El racismo también tuvo cabida en la legislación que regulaba la inmigración en muchos países de América latina, normalmente exclu-

[19] Torrado (1979, pp. 432-34); Kritz y Gurak (1979, p. 410) afirma 21.000 para el período de 1966-1977.

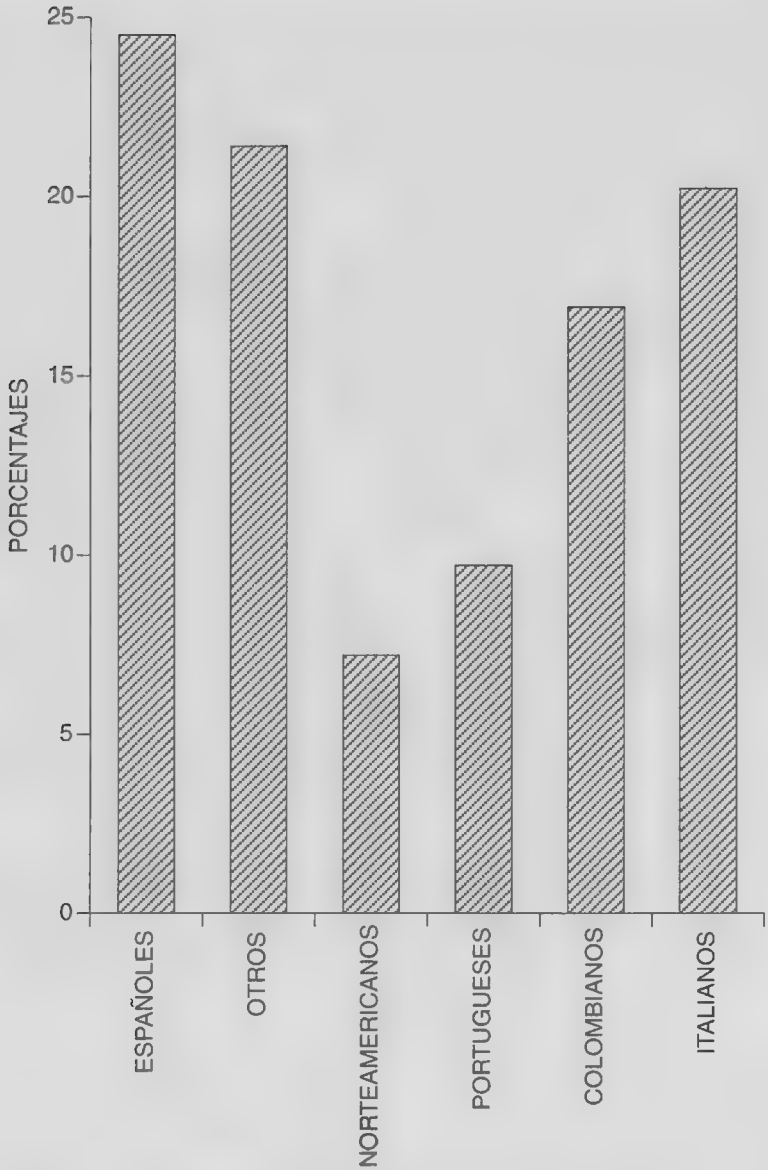


Gráfico 19. Extranjeros residentes en Venezuela por nacionalidades, 1976 (total=1.105.800). *Fuente:* Sassen-Koob (1979, p. 464).

yendo los inmigrantes de África y limitando o intentando contrarrestar la inmigración asiática [20].

En términos globales, obviamente, América Latina no necesita continuar incrementando su rápido crecimiento de población animando la inmigración. Al contrario, como veremos, es un fenómeno mucho más importante la emigración que deja el continente. Pero los latinoamericanos, naturalmente, piensan más a menudo en términos nacionales que en continentales, y tanto la densidad como el ritmo de crecimiento de la población, al igual que los recursos naturales explotables, varían ampliamente entre los distintos países. Por esto, Argentina y Bolivia, Uruguay y Guayana son de los pocos países en el mundo que, actualmente, quieren atraer a un gran número de inmigrantes para que se establezcan permanentemente como forma de aumentar su población. Pero Argentina y Uruguay, por razones económicas y políticas, vieron cómo salían más inmigrantes de los que llegaban, y Bolivia nunca ha sido muy atractiva. La Guayana tiene una historia inmigratoria llena de proyectos fracasados, culminados en el repugnante y extremadamente extraño episodio de 1980, cuando no menos de 911 colonizadores de los Estados Unidos, siguiendo las órdenes de un fanático líder al que rendían culto, cometieron un suicidio colectivo en su colonia Jonestown. [21]

Aun cuando la importancia ha decaído en las recientes décadas, los inmigrantes continúan yendo a América Latina por una gran variedad de razones. Aunque hay otra tendencia: las personas que dejan América Latina. Vamos ahora a seguir con esta contracorriente, y con otros, aún más importantes, tipos de movimientos migratorios que afectan a la América Latina contemporánea.

[20] Arango Cano (1953, p. 30). Un reciente estudio especial de la International Migration Review 13; n.os 2, 3 (1979) versa sobre varios aspectos de la inmigración internacional más reciente de América Latina y el Caribe. La dimensión cuantitativa es tratada por Morales Vergara (1969).

[21] Acerca de la actual política de inmigración en los países de América Latina, ver UN (1982a, pp. 8-11). «Inmigración Selectiva» no sólo incluye personal cualificado y profesional, por ejemplo. Por razones claramente económicas, Méjico y Costa Rica buscan atraer a ciudadanos de los Estados Unidos y europeos retirados como residentes permanentes.

Capítulo VIII

LA INMIGRACIÓN DESDE Y EN AMÉRICA LATINA

La fuga de la población

A principios de la década de 1980 la migración que deja América Latina tiene proporciones masivas y está alimentada por prácticamente todas la naciones de América Latina y del Caribe. El destino principal de todos los emigrantes son los Estados Unidos, pero corrientes más pequeñas llegan a Canadá, varios países europeos, y otras partes del mundo.

La migración a los Estados Unidos empezó, a principios de este siglo, como un fenómeno de frontera, desde Méjico al sureste de los Estados Unidos. La extensión de las vías de tren del centro de Méjico, con su población rural densa y empobrecida, al norte, donde la miseria tenía un crecimiento extraordinario, preparó el terreno para un nuevo movimiento de trabajadores mejicanos a través de la frontera. En 1900, en el censo de los Estados Unidos había 100.000 ciudadanos mejicanos en los estados fronterizos. En 1910, la cifra casi se dobló. La mayoría era mano de obra agrícola trabajando de forma temporal. Durante la Primera Guerra Mundial, la demanda americana de trabajadores rurales aumentó, mientras que, a la vez, la Revolución mejicana de 1910-17 causó una fuga a gran escala de refugiados; los encargados de levantar el censo de 1920 encontraron casi medio millón de mejicanos en los Estados Unidos. El censo de 1930 de los Estados Unidos constaba de 1,4 millones de personas como «mejicanos», aunque 600.000 habían nacido, de hecho, en los Estados Unidos. La inmigración se paraliza repentinamente a causa de la depresión; en unos pocos años, medio millón de «mejicanos» habían vuelto cruzando la frontera, bien porque

claramente eran deportados, bien por voluntad propia, al no encontrar trabajo. Pero la situación durante la Segunda Guerra Mundial pronto hizo subir la demanda norteamericana de mano de obra barata (ver gráfico 20).

En 1942 se inició el así llamado programa *bracero,* como medida de llevar jornaleros mejicanos a los campos. Por añadidura, estos mejicanos fueron considerados, básicamente, como sustitutos de los jóvenes de los Estados Unidos que habían sido movilizados como soldados. Este programa intergubernativo duró hasta 1964. A su vez, creció, en un principio poco a poco, la inmigración ilegal de trabajadores, llamados «espaldas mojadas» porque para llegar a Tejas cruzaban furtivamente el Río Grande (Río Bravo, como lo conocen los mejicanos), y lo tenían que hacer vadeando. Sin embargo, este fenómeno fue masivo en las décadas de 1960 y 1970, al haberse elevado la demanda de «trabajo encorvado», aun cuando ésta decayó luego en los Estados Unidos.

Una de las razones por la que se producían fluctuaciones en la demanda de jornaleros era que a lo ancho de los Estados Unidos se estaba procediendo rápidamente a la mecanización de la agricultura, como respuesta a la subida de los salarios. Muchas tareas en las granjas podían hacerlas las máquinas, sin embargo, como muchos norteamericanos de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial consideraban el «trabajo encorvado» inútil, degradante y las condiciones de vida de los trabajadores intolerables, la demanda de jornaleros persistió. Por ello, los emigrantes mejicanos estaban atrapados entre el alto desempleo en su tierra y el empleo incierto y degradante, al norte del Río Bravo. A menudo, los hijos de los inmigrantes ilegales también trabajaban en los campos —una práctica que había sido del todo eliminada en otros sectores económicos del hemisferio norte industrial. La situación apremiante de los emigrantes ilegales sólo fue parcialmente aliviada en la década de 1960 y 1970 cuando por primera vez en los Estados Unidos, se hicieron extensivos a los inmigrantes los programas de asistencia social en regiones donde las necesidades del trabajo discontinuo tenía mayor incidencia.

Al irse acabando las oportunidades de las áreas rurales, en las ciudades como Chicago y, especialmente, los Ángeles se acumulaban grandes poblaciones de mejicanos. Estas comunidades mejicanas, tanto urbanas como rurales, como los inmigrantes que les habían precedido, se caracterizaban por la participación política limitada, las grandes fa-

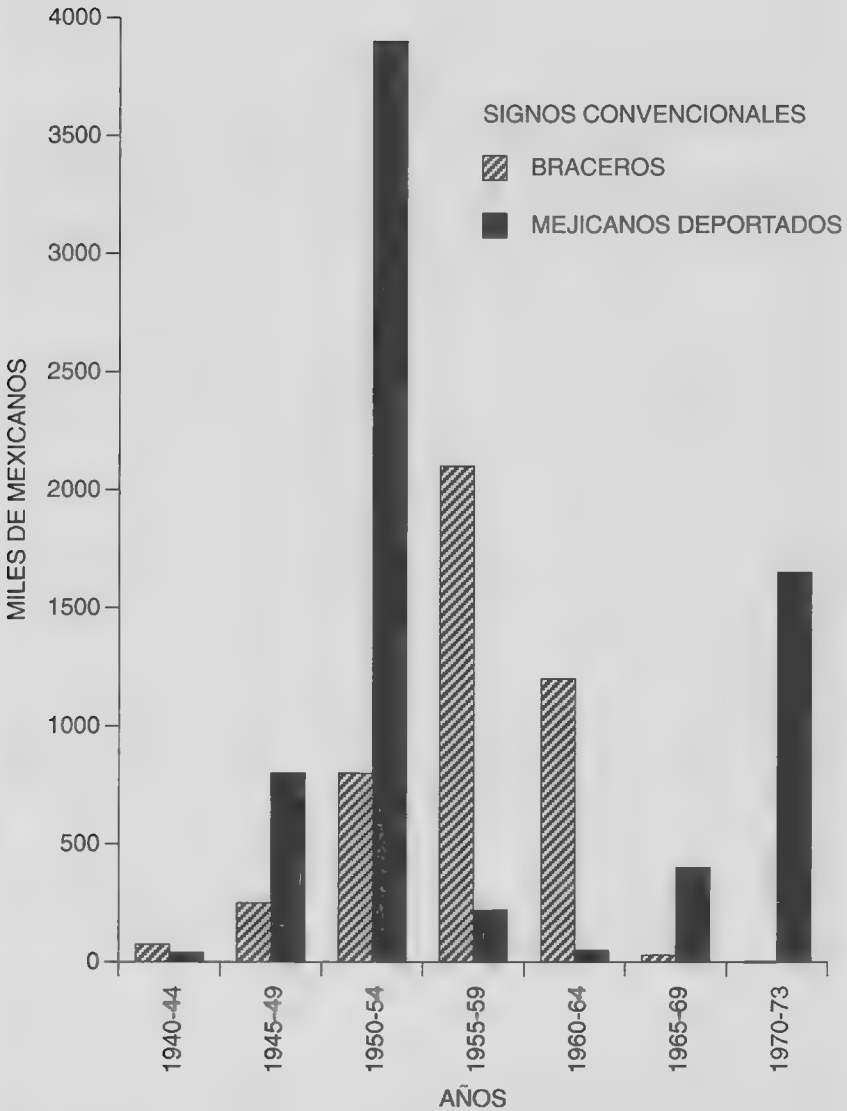


Gráfico 20. Braceros mejicanos admitidos o deportados por las autoridades de EE.UU. *Fuentes:* Meyer (1975, p. 264); Meyer y Bustamante (1975, p. 296).

milias, y los cuantiosos envíos de dinero a sus parientes en el extranjero. Los jornaleros mejicanos sin documentación en Oregón, contaban hace unos años a dos sociólogos que su sueldo bruto era seis veces mayor que en Méjico. Sin embargo, sus ganancias netas, es decir, una vez descontado transporte y unos gastos de vida mayores, era simplemente tres veces mayor que un salario mejicano.

El número de mejicanos apresados mientras cruzaban ilegalmente la frontera de Estados Unidos creció hasta 150.000 en 1968, y a finales de la década de 1970 eran capturados anualmente, como media, hasta 750.000. Muchos más se escabulleron por la región fronteriza, que aunque extensamente vigilada es imposible de controlar, a causa de sus casi dos mil millas de paisaje desértico. Muchos de los capturados reincidían, ya que sólo unos días antes habían sido capturados y devueltos a Méjico, siguiendo así el proceso rutinario de las patrullas fronterizas de los Estados Unidos. Este movimiento de poblaciones se convirtió en algo crecientemente violento en 1979-1980; los residentes de ambos lados de la frontera empezaron a referirse a la zona sur de los Ángeles como «el campo de batalla». Las organizaciones de las comunidades mejicano-americanas resolvieron una acción legal en contra de las patrullas fronterizas por el trato vejatorio impuesto a los «espaldas mojadas» por los frustrados oficiales de emigración. En la década de 1970 había más de cinco millones de «chicanos», como ahora se les llama a los mejicanos-americanos, localizados, principalmente, en el sureste de los Estados Unidos, en la misma región que había sido arrebatada a la fuerza a Méjico hacía más de un siglo, antes de la guerra de la década de 1840. Este grupo fuertemente católico, marginado, de bajos ingresos, ha empezado a desarrollar una notable conciencia de su identidad étnica y su potencial poder político. Como inmigrantes en América Latina de alrededor de 1900, los chicanos empezaron a involucrarse en los movimientos sindicalistas —en este caso, se extendió al desatendido sector de la agricultura el tipo de organización sindical ya establecida en las ciudades industriales de Norte América [1].

[1] Sánchez-Albornoz (1974, p. 225); ver también Meyer (1975); Bustamante (1975). Corwin (1972, pp. 188-220), subraya la falta de interés que han mostrado hasta hace poco los historiadores por estos temas. La migración de la primera época la cubre Cardoso (1980) y Linda Hall (1982). Moore (1970) y Servín (1970) han editado antologías prácticas. Monografías notables incluidas en Craig (1971); Samora (1971); Reisler (1976); y Romo (1981) sobre los chicanos de los Ángeles. Para entrevistas de Oregon ver Cuth-

Para concebir mejor la naturaleza de la migración mejicana a los Estados Unidos, uno debería buscar sus orígenes. Recientemente, dos científicos sociales han estudiado detenidamente el caso de una pequeña ciudad llamada Guadalupe en Michoacán, en el Méjico central. De las 379 familias de Guadalupe, tres de cada cuatro mandan regularmente emigrantes a los Estados Unidos. En 1978, 919 vecinos, casi tantas mujeres como hombres, estaban en los Estados Unidos, tres cuartas partes de ellos legales. Casi todos los emigrantes, tarde o temprano, volvían. La gente de Guadalupe, según estos investigadores, tenían gran dependencia de los salarios ganados en los Estados Unidos, que podían representar como el 79 por ciento de los ingresos totales de las familias. No obstante, si las estadísticas son fiables, Guadalupe debe ser un caso excepcional [2].

También se han convertido los Estados Unidos en el lugar de destino de otros grupos, que aumentan rápidamente, de otras partes de América Latina y los países del Caribe. Hoy hay, por ejemplo, no menos de 350.000 personas de la República Dominicana concentrados en el área metropolitana de Nueva York. La población de su país natal asciende a un total de 5.500.000. La emigración dominicana llegó a su máximo nivel en la década de 1960 por razones económicas, no políticas; la mayoría pertenecían a la clase media urbana. Entre 1958 y 1976 unos 114.000 colombianos, también la mayoría de clase media, fueron admitidos en los Estados Unidos, y el número de entradas ilegales puede haber sido de la misma proporción. Como explica Elsa M. Chaney, el aumento de la inmigración desde el Caribe y América Latina no está sólo en función de las diferencias salariales entre un gran

bert y Stevens (1981). Las estimaciones sobre el número de inmigrantes ilegales mejicanos en los Estados Unidos varían ampliamente. Un estudio del gobierno mejicano de 1977-79 declaraba que «sólo» había entre medio millón y un millón y que la mayoría sólo cruzaban la frontera con la intención de volver a Méjico a los pocos meses. Las estimaciones de los Estados Unidos son de cuatro a seis millones. La migración de vuelta de los Estados Unidos es siempre difícil de trazar ya que no se guardan estadísticas de la emigración (UN, 1982a, p. 74). Un equipo de estudio de las Naciones Unidas sugiere que el lazo de los pobre mejicanos con los Estados Unidos puede ser más fuerte que con las ciudades mejicanas «al no ganar ímpetu la migración rural hacia la urbe en Méjico hasta bastante después de que la migración de Méjico al suroeste de los Estados Unidos no se hubiera firmemente institucionalizado».

[2] Reichert y Massey (1979, 1980).

país desarrollado y sus vecinos menos desarrollados; curiosamente, también, hasta «las mejoras moderadas en las oportunidades económicas en el país remitente parecen acelerar el movimiento migratorio, al ser más las personas que se pueden permitir el viaje». En un caso específico, al menos, la migración a los Estados Unidos ha sido una forma de preservar la forma y la cultura tradicional. Me refiero a los así llamados garifuna, o caribes negros, los descendientes de los esclavos africanos y los indios caribes de la isla de San Vicente y la Dominica que alrededor de 1800 se establecieron en Belice y Honduras. Aunque mayormente de descendencia africana, aún se aferran a su idioma indio. Como la dependencia económica de los salarios de los trabajadores emigrados ha aumentado gradualmente, también lo ha hecho la extensión geográfica de migración. Hay ahora, más o menos, 10.000 de ellos viviendo en la zona de Nueva York, desde donde hacen los envíos a sus familias, en casa, para permitirles vivir de forma tradicional [3].

Un grupo llamativo latinoamericano con un estatuto específico legal es el de los portorriqueños, que han sido admitidos libremente como ciudadanos de los Estados Unidos desde 1917, como resultado del estatuto semicolonial de la isla, un territorio norteamericano. Entre 1947 y 1956, 418.000 emigraron desde Puerto Rico al continente norteamericano, y en 1974, había unos 720.000 portorriqueños inmigrantes en el continente norteamericano. Esto equivale a un cuarto de la población de la isla. Los inmigrantes y sus descendientes se concentraban principalmente en la ciudad de Nueva York, y ahora llegan a un total de más de 1.500.000. Desde finales de la década de 1950, sin embargo, muchos portorriqueños han reemigrado, animados, en parte, por los problemas de discriminación racial o étnica, y también por el desarrollo de sucursales de plantas de empresas corporativas norteameri-

[3] Ugalde Bean, y Cárdenas (1979); González (1979); Chaney (1979, p. 204). De todos los emigrantes documentados que entraron en los Estados Unidos en 1975-76, el quince por ciento eran mejicanos —¡a los que hay que añadir todos los inmigrantes ilegales!—. En Canadá, en 1977, la proporción que en 1977 correspondía a los latinoamericanos y caribeños era el 18 por ciento.

[4] Sánchez-Albornoz (1974, p. 225f.); Matterlart y Matterlart (1964, p.157). Para una bibliografía sobre el tema, ver Cordasco, Buccioni y Castellanos (1972), que da una relación de 754 títulos. Desde 1971, la reemigración ha excedido la inmigración (UN 1979, p. 43).

canas en Puerto Rico que ofrecen oportunidades de empleos semititulados [4].

Los inmigrantes caribeños de habla inglesa fueron admitidos en el Reino Unido por razones idénticas. El movimiento empezó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los soldados nativos del Caribe Británico se dieron cuenta de la posibilidad de restablecerse en el Reino Unido. Entre 1953 y 1961, los inmigrantes de las Antillas llegaron a ser unos 230.000, lo que llevó al gobierno a reducir la afluencia drásticamente en 1962 [5]. De una forma similar, aunque a una escala más pequeña, los negros de las Antillas Francesas y de la Guayana emigraron a Francia; las cifras del censo indican que 65.000 de ellos estaban allí en 1968. Pero de acuerdo a una estimación erudita había, en cambio, unos 150.000 en Francia en ese momento [6].

Además de la migración que tiene como motivo la esperanza de mejorar materialmente, tendríamos que considerar la migración por razones políticas. Con frecuencia, los habituales cambios políticos que caracterizan a casi todos los países de América Latina han tenido como resultado la fuga de numerosos refugiados a las naciones vecinas del sur o Centroamérica. Después de la revolución cubana, sin embargo, iniciada en 1959, los descontentos optaron por una nueva vida en los Estados Unidos, un país que les admitía libremente —en parte, se tiene que decir, por razones de conveniencia política. Hasta 1971, cuando el éxodo de Cuba prácticamente se frenó, esta corriente llegó a tener proporciones masivas, reduciendo grandemente la clase media y alta de Cuba; un número significativo de trabajadores también se fue en los últimos años. Concentrados principalmente en Florida, particularmente en su rincón sureste, donde una colonia existía desde hacía tiempo, la comunidad cubana-americana creció hasta superar los 600.000 miembros.

No sólo fueron nativos cubanos quienes dejaron la isla después de la revolución. En 1953, unos 94.000 europeos y otros extranjeros vivían en Cuba, señaladamente la «ABC» (es decir, «americanos», o ciudadanos de los Estados Unidos, británicos y canadienses). Con la excepción ocasional de un Ernest Hemingway, emigraron junto a los cubanos que no querían vivir bajo el régimen socialista de Castro [7]. En

[5] Williams-Bailey y Pemberton (1972, pp. 156-59); Roberts (1963, pp. 104-06).
[6] Anselm (1979, p. 37).

la primavera de 1980, hubo otro éxodo, quizás, el más raro, de la historia de la inmigración norteamericana —como resultado de la decisión de Fidel Castro de librarse de todos aquellos que les llamaban «elementos antisociales». Salieron primero en avión, luego por barco desde el puerto de Mariel, para ir a los Estados Unidos. Esta salida fue el resultado de la pérdida momentánea, por parte de los Estados Unidos, del control sobre el proceso de entrada, cuando los cubanos-americanos contrataban dueños de barcos para navegar a Mariel y traer parientes a Key West, Florida. Las autoridades cubanas insistían en que cada barco debía partir también con personas que el gobierno deseaba que emigraran, además de las personas específicamente llamados por los cubanos-americanos. Cuando esta inmigración nada convencional, destinada en un principio a reunificar familias separadas, fue por la fuerza parada por la autoridades de los Estados Unidos, a mediados de junio de 1980, el total preliminar de esta nueva adición a la comunidad cubana-americana se acercaba a 125.000 personas (que constituían un 1,3 por ciento de la población de Cuba). La mayoría eran hombres solteros en la veintena, y al menos el 20 por ciento eran negros. Mientras que sus quejas eran a menudo políticas, citaban también los bajos salarios, el desempleo, la carencia de comodidades, los razonamientos, y el éxito de los anteriores emigrantes de Cuba como factores que habían influenciado su decisión de subirse a la «evacuación por barco» [8].

Desde otra nación caribeña, Haití, ha habido también un éxodo por mar. Desde más o menos 1910, hasta hace poco, la extrema pobreza y la superpoblación del campo ha hecho que hubiera una fuga de gente tanto a las ciudades como fuera del país, en su mayor parte a Cuba y a los países vecinos; y desde 1957, la opresión política ha hecho que la vida sea aún más insoportable para mucha gente. Muchos haitianos venían a los Estados Unidos después de ser deportados de Las Bahamas, otra nación superpoblada caribeña. Así, lo que se les negó, por lo visto, contrasta fuertemente con el trato generoso dado a los exiliados cubanos [9]. Aún así, se debería señalar que, al contrario de

[7] MacGaffey y Barnett (1962, pp. 36, 42-43); Fagen, Brody y O'Leary (1968); Valdés y Lieuwen (1971, pp. 96-99); Rogg (1974).

[8] UN (1982a, pp. 97-99); ECLA (1980, p. 183). Nuestra información está también basada en el testimonio presentado al Senado de los Estados Unidos por representantes eclesiásticos de Miami.

[9] Lundahl (1979, pp. 623-28); Laquerre (1983); UN (1982a, p. 73).

lo que se cree normalmente, hasta 77.000 haitianos fueron admitidos legalmente en los Estados Unidos entre 1969 y 1977. Además, alrededor de un quinto de ellos, que estaban trabajando en los Estados Unidos en la década de 1960, eran profesionales y técnicos, un porcentaje que más tarde se redujo a un décimo.

En la «evacuación por barco» de 1980, 10.000 haitianos se lanzaron al arriesgado viaje de 800 millas hasta Florida. El primer viaje en velero que fue registrado fue en 1963, y estos viajes se convirtieron en algo masivo en la década de 1970. No obstante, como hemos dicho, los haitianos eran peor recibidos que los cubanos. La inmigración de los Estados Unidos y los Servicios de Nacionalización han intentado no admitir sus peticiones de las que huían más que de las duras condiciones económicas por las represiones políticas extremas; pero poder desenmarañar los factores de expulsión políticos de los económicos es casi imposible en el caso haitiano. Está claro que los prejuicios raciales y la preferencia por los refugiados de los estados comunistas es un factor presente en la respuesta de los Estados Unidos.

Muchos miles de chilenos, y otros latinoamericanos que se habían refugiado en Chile de la coalición Unión Popular de Salvador Allende (1970-73), se vieron forzados a huir a Argentina, Venezuela, Méjico y Cuba con la caída de 1973, cuando Allende fue asesinado. Pero unos 20.000 de éstos pronto se vieron forzados a partir de nuevo a Europa. A fines de los años ochenta, numerosos chilenos, muchos de ellos intelectuales, eran refugiados en Suecia, Francia, el Reino Unido y la República Federal Alemana. Según las estadísticas facilitadas por Amnistía Internacional, entre octubre de 1973 y septiembre de 1976, aproximadamente 18.500 refugiados chilenos habían sido resituados en otros países. Mientras que el 12 por ciento se estableció en Suecia, el 9 por ciento en Francia y el Reino Unido, el 8 por ciento en Rumania, el 6 por ciento fue a los Estados Unidos. Además de éstos, hubo muchos que su huida, por alguna razón, nunca fue registrada. La represión política en Argentina y Uruguay, especialmente, también produjo corrientes de refugiados. En Suecia, un país con una política de nacionaliza-

[10] De acuerdo al Comite Intergubernativo de Migración Europea (ICEM). Las estadísticas han sido amablemente proporcionadas por la sección sueca de Amnistía Internacional.

ción liberal, numerosos latinoamericanos se hicieron ciudadanos después de unos pocos años [10].

El aspecto más notable de la emigración reciente de América Latina, dejando el carácter frecuentemente político, es ese gran porcentaje de gente altamente cualificada que se va. Como en la inmigración anterior de trabajadores pobres, esta oleada de migración está motivada por razones económicas: los emigrantes eran atraídos por salarios más altos que los del «viejo país», a la vez por la posibilidad de un empleo estable. Aun cuando el destino suele ser los Estados Unidos, Europa del Oeste, como acabamos de mencionar, también ha recibido su proporción. La «fuga de cerebros» como se suele llamar, suele ser un resultado de la represión política, que es especialmente severa en las universidades de América Latina. Entre 1962 y 1972, según Ian Rockett, alrededor de 30.000 profesionales y técnicos sudamericanos se realojaron en los Estados Unidos, entre ellos 3.400 doctores en medicina. Muchos venían de Argentina. Además, entre 1950 y 1970, alrededor de 8.000 profesionales y técnicos argentinos emigraron a los Estados Unidos.

En este ambiente, el Comité Intergubernativo de Migración Europea (ICEM) intentó animar la inmigración, como ya se ha mencionado, de forma insignificante y patética. El ICEM consiguió traer menos de 17.000 inmigrantes cualificados a América Latina desde 1964 a 1975. La organización también intentó que algunos de los profesionales latinoamericanos volviesen a casa, con poco éxito [11].

La gravedad de la fuga de los países latinoamericanos no se puede calcular únicamente en cifras. La pérdida de un pequeño grupo de emigrantes en un campo especializado (por ejemplo, las ciencias naturales) puede tener un efecto más negativo en el desarrollo nacional que, obviamente, la partida de gran número de otros profesionales como profesores doctores en medicina, que en Argentina, al menos

[11] Sánchez-Albornoz (1974, p. 226f.). Rockett (1979, p. 435) no cree que la fuga aumentara durante principios de la década de 1970. Torrado (1979, p. 435) estima que el éxodo latinoamericano de profesionales y técnicos, 1969-70, fue de 61.000 personas. Ver también Oteiza (1971).

[12] Palmer (1983) encuentra que la emigración de «230.000 jamaicanos a los Estados Unidos y Canadá, en 1967-78, tuvo un efecto claramente perjudicial en el desarrollo de

las universidades han formado en exceso, en términos de demanda nacional [12].

Un factor importante que queda por investigar es el ritmo de reemigración a América Latina desde Europa y los Estados Unidos. Tanto Chile como Brasil, por ejemplo, promulgaron amnistías en 1979-80, que permitieron la vuelta de muchas personas.

Finalmente, tenemos que considerar la fuga de gente de América Latina que no se debe a cuestiones económicas ni directamente políticas. Entre 1947 y 1972, un total de 43.000 judíos sionistas dejaron Argentina y otros países de América Latina para establecerse en Israel de acuerdo al principal dogma *(aliyah)* del sionismo. De los emigrantes judíos de Argentina (que representaban más de la mitad de los emigrantes), el 40 por ciento se habían establecido en el año 1963 en kibbutzs, las comunas voluntarias agrícolas. Si en Argentina el total de judíos es menor que 300.000, esto muestra un porcentaje increíblemente alto de migración por razones religiosas, comparado, por ejemplo, con las cifras de los judíos en Norteamérica. Los estallidos intermitentes de antisemitismo en Argentina probablemente explican el fenómeno [13].

Ahora que está dejando América Latina más gente que la que emigra, una tendencia que empezó alrededor de 1960, podemos estar presenciando una inversión de la anterior inmigración de masas del período desde la mitad de siglo XIX a la depresión de 1930. Pero puede ser prematuro el sugerir una tendencia de tan gran alcance tan pronto después de su aparición.

Los primeros contingentes grandes que dejaron América Latina eran granjeros y trabajadores en busca de una nueva forma de vida. Entre los *braceros* mejicanos de 1942-64 podemos encontrar un fenómeno comparable a los «trabajadores contratados» asiáticos del siglo XIX. Rebeldes y refugiados políticos siempre han tenido que cruzar la frontera buscando seguridad temporal, y, a veces, se convierte en un

[12] Palmer (1983) encuentra que la emigración de «230.000 jamaicanos a los Estados Unidos y Canadá, en 1967-78, tuvo un efecto claramente perjudicial en el desarrollo de Jamaica, debido al alto porcentaje de obreros y trabajadores especializados. Los emigrantes en 1978 constituían al menos el 4,5 por ciento del los recursos activos de la isla, profesionales y técnicos.

[13] Weisbrot (1980, pp. 95-101) reconoce que hay medio millón de judíos en Argentina, pero la cuidadosa estimación de Elkin reduce ese total a 286.000.

exilio de por vida. Los europeos buscaron un refugio político en América; en las recientes décadas, esos refugiados a menudo son latinoamericanos que o bien van al norte a los Estados Unidos o Canadá, o van a los países de Europa del oeste. Por alguna razón, aún los latinoamericanos de extrema izquierda pocas veces han querido establecerse o han sido bien recibidos por los países de europa oriental. En años recientes hemos sido testigos de la emigración de una élite profesional y tecnocrática en busca de mejores oportunidades de empleo, como también ocurrió cuando emigrantes de la élite europea fueron a América Latina hace unas décadas o unos siglos. Al igual que la inmigración que fluyó hacia América antes de 1930, la emigración de América Latina en un futuro dependerá, en lo que concierne al menos al volumen y la composición, de las fluctuaciones políticas y económicas del interior y exterior de América Latina. Pero parece segura que su magnitud se mantendrá pequeña al lado de un fenómeno verdaderamente gigantesco que está ya en marcha: la emigración interna y su corolario, la urbanización.

La inmigración entre los países de América Latina

El movimiento migratorio que cruza las fronteras de los países de América Latina, hoy en día, como la fuga de América Latina hacia los Estados Unidos, fue, primero, ocasionada por diferencias salariales. Los trabajadores rurales colombianos ganan tres veces más en Venezuela que en su país de origen. Otra importante característica compartida por los dos movimientos, hacia Estados Unidos y la migración entre América Latina, es que el movimiento ilegal es el «tipo dominante de migración», como nos dice el estudio de 1982 de Naciones Unidas. Mientras que el movimiento a los Estados Unidos constituye la «corriente mayor mundial ilegal», en términos relativos una proporción aún mayor de población de Venezuela y Argentina son inmigrantes ilegales. Venezuela, con sus 13.000.000 de habitantes, se estima que acoge a 2.000.000 de extraños ilegales, sobre todo colombianos. En Argentina, de los aproximadamente 27.000.000 de habitantes, unos 2.600.000 pueden ser emigrantes ilegales. El movimiento total de emigrantes entre las varias naciones de América Latina y el Caribe en 1975 se estima en unos 5.000.000 de personas. En los países receptores, las actitudes

acerca de este fenómeno varían, dependiendo de la demanda laboral y otras consideraciones. Argentina, con mucho espacio, ha emitido repetidamente amnistías. Venezuela siguió un camino similar, mientras que Las Bahamas, con su densa población y reducidos recursos, se vio obligado ha tomar drásticas medidas en 1980, hacia los numerosos emigrantes ilegales haitianos que se habían congregado allí. En los países remitentes, a los gobiernos, en general, les desagrada la emigración pero poco pueden hacer acerca del tema. Aun el extremadamente sobrepoblado Haití no lo promociona [14].

Estos movimientos de gente cruzando fronteras en las repúblicas de América Latina y los territorios caribeños, también ocurrieron en el pasado, pero a menor escala, tanto en términos absolutos como relativos. Aumentaba a la vez que el mayor nivel de actividad económica, después de mediados del siglo XIX. Cuando, por ejemplo, el empresario norteamericano Henry Meiggs construyó su vía férrea en Perú, contratando 25.000 obreros chilenos entre 1868 y 1872 [15]. Unos 150.000 emigrantes negros dejaron Jamaica en busca de trabajo entre 1881 y 1921, y más del 30 por ciento entraron en los Estados Unidos antes de que se cerraran las fronteras. Otros tantos más optaron por trabajar en Panamá en la construcción del canal, mientras otros se dirigieron a Costa Rica, como miles lo hacen cada año. En una fecha tan lejana como el cambio de siglo, un grupo de trabajadores contratados de Jamaica sufrieron un duro destino en Méjico durante el régimen de Porfirio Díaz [16]. Alrededor del 15 por ciento de los emigrantes entraban entre la masa de trabajadores antillanos con destino a las plantaciones de azúcar de Cuba.

La tremenda expansión de la economía azucarera de Cuba —un incremento de la producción por diez desde 1898 hasta 1917, en un tiempo en el que Cuba aún sufría de grandes pérdidas de población por la guerra —era facilitada sobretodo por los emigrantes de Haití, ya entonces el país más pobre y con más densidad de población en el Caribe—. En general, los trabajadores haitianos (los trabajadores contratados se prohibieron en 1902, pero continuaba en práctica) volvían a casa des-

[14] UN (1982a, pp. 1, 62-64, 72-76). Entre Méjico y los Estados Unidos las diferencias salariales normalmente han sido de siete a uno, en algunos casos de trece a uno.

[15] Ver Bauer (1975, p. 152f.).

[16] Roberts (1963, p. 107); Dahl (1960). Para los jamaicanos en Costa Rica, ver Casey (1978).

pués de la recolección (*zafra*), pero la oleada era probablemente en una escala mayor. Mats Lundahl estima que un total de casi 450.000 haitianos entraron en Cuba durante el período. El historiador cubano Juan Pérez de la Riva estima que había 200.000 negros antillanos en Cuba en 1931, ocho mil haitianos fueron expulsados de Cuba durante la depresión. Aún a finales de 1970, 22.500 personas en Cuba habían nacido en Haití [17]. Los campesinos haitianos también pasaban regularmente a la colindante, y algo menos pobre, República Dominicana como trabajadores eventuales. En 1937, entre 12.000 y 25.000 emigrantes ilegales de Haití fueron asesinados por los soldados del dictador Rafael L. Trujillo. En tiempos más recientes, se dice que los emigrantes haitianos capturados en la frontera han sido alquilados para las plantaciones. De modo característico, la República Dominicana, en el presente, importa 9.000-12.000 jornaleros eventuales desde Haití por un acuerdo bilateral, mientras que manda sus propios trabajadores eventuales a Venezuela —una ilustración de la relatividad de los bajos salarios [18].

Cuando la densidad de la población y de las oportunidades y compensaciones del trabajo son muy diferentes en los dos países de la frontera, la migración, legal o ilegal, es virtualmente inevitable. Entre 1963 y 1973 casi medio millón de colombianos, algunos legales, la mayoría ilegales, cruzaron la larga frontera de la próspera Venezuela. Desde entonces, otro millón de colombianos pudieron haber seguido su ejemplo. Esta importante diferencia salarial entre los dos países, aún con tasa de inflación y costos de vida considerables, provee los factores de tirón/empuje para una mayoría de estos, a menudo, muy pobres emigrantes. Durante la década de 1960 en Venezuela la agricultura tuvo una considerable expansión. Al mismo tiempo, hubo un éxodo de la Venezuela rural a Caracas y otras ciudades, por lo que los colombianos indocumentados llenaron un vacío real en el campo. En el trascurso de la década de 1970, los venezolanos trataron de promover la inmigración selectiva desde ultramar, mientras que al mismo tiempo frenaron la oleada de trabajadores en oficio a lo largo de la frontera este. Como resultado, en 1976 unos 48.000 emigrantes indocumentados fueron deportados. El paralelo con el problema del Río Grande es claro [19].

[17] Lundahl (1982); Pérez de la Riva (1975).

[18] Galíndez (1956, pp. 337-80); UN (1982a, p. 57).

[19] Sassen-Koob (1979). Se admite que también hay una corriente de colombianos titulados y profesionales que simplemente se quedan después de terminar el tiempo de

Otro cambio muy dramático de la migración es el de El Salvador en Centro América, un país con desempleo masivo y una densidad de población mayor que la de cualquiera de las naciones del continente del hemisferio oeste (más de 150 habitantes por kilómetro cuadrado). Los trabajadores salvadoreños sin tierra emigran al vecino Honduras, que tiene sólo poco más de 20 habitantes por kilómetro cuadrado, donde cultivan las abundantes tierras vacías que les atraen desde lejos. Las estimaciones varían con respecto a su número, de 100.000 a 300.000.

La masiva expulsión de salvadoreños desde Honduras y la subsiguiente guerra entre los dos países en 1969 es un triste testimonio de la futilidad de intentar encontrar un remedio racional o natural para los problemas humanos de la desigualdad de recursos [20]. En años recientes, la guerra civil en El Salvador ha llenado campos de refugiados a los largo de la frontera hondureña que se enfrentan a un constante peligro. De forma similar, los refugiados de Guatemala se amontonan en Méjico, mientras que refugiados de Nicaragua, por ejemplo, muchos indios miskitos, han sido obligados a dejar su país y refugiarse en Honduras.

Argentina, con salarios y nivel de vida más elevados, ha sido muy atractiva para los emigrantes de los países vecinos, especialmente paraguayos, chilenos y bolivianos (ver tabla 2). Durante el período entre los censos de 1914 y 1947, los uruguayos y brasileños cruzaron el Río de la Plata para realojarse en Buenos Aires, la mayoría de los emigrantes de los países fronterizos argentinos como trabajadores rurales. La depresión paró la inmigración transoceánica —y hasta cierto punto, la interna también— y los emigrantes de países limítrofes podían coger el puesto de los europeos en trabajos industriales y de servicios. El período 1947-60 fue de transición. Del casi medio millón de inmigrantes de los países limítrofes, más de tres cuartas partes eran en 1960 paragua-

visado o del permiso turístico para ocupar puestos de trabajo mejor pagados en Venezuela.

[20] Sánchez-Albornoz (1974, p. 238). Ver también A. Vieytes (1982) y UN (1982a, p. 73). El Salvador es uno de los pocos países de América Latina que ha reconsiderado la necesidad de la emigración. El gobierno ha intentado organizar exportaciones de trabajadores a Bolivia y Arabia Saudita.

yos, bolivianos y chilenos. La mayoría se quedaron para coger trabajos rurales mal pagados. Después de 1960, empezó la crisis económica argentina y el ritmo de migración de los países vecinos se ralentizó. Aunque la crisis hizo a los inmigrantes más atractivos para las empresas estancadas, tanto en las áreas rurales como en las urbanas, al estar dispuestos a trabajar por bajos salarios. Ya en 1970, casi la mitad de los inmigrantes de los países vecinos vivían en Buenos Aires. Los chilenos a menudo se establecían en la Patagonia; a este grupo se unieron muchos más después del golpe militar contra el gobierno de Allende en 1973 [21].

Habiendo tratado la inmigración dentro y entre los países de América Latina, ahora vamos a ver brevemente el impacto de la emigración en los países de origen. En Paraguay, con un gran subdesarrollo, sirvió como válvula de seguridad socioeconómica, desviando, poco a poco, una parte significativa de la población creciente que exigía trabajo, especialmente los jóvenes. Si estos jóvenes se hubiesen quedado, el nivel de desempleados se hubiera incrementado. Además, la emigración parece haber sido, a su vez, una válvula de seguridad política, asegurando la permanencia de la dictadura de Stroessner desde 1954. Uruguay, con un bajo crecimiento natural de la población y un alto grado de urbanización, es un país con una problemática muy diferente. Bajo la presión del estancamiento económico y la creciente represión policial, desde 1963 hasta 1975 más de 200,000 uruguayos han dejado su país. Más de la mitad se quedaron en el otro lado del Río de la Plata. En Uruguay, con una población que quedaba en 2.800.000 en 1975, la ya baja tasa de crecimiento demográfico ha quedado reducida a la mitad (0,5). Además, los emigrantes eran en su mayoría profesionales o trabajadores cualificados; por lo que las pérdidas actuales y potenciales son grandes. Por último, como en el caso de Paraguay, uno no puede ignorar el hecho de que, por desgracia, la emigración funciona como una válvula de seguridad para los regímenes represivos [22].

[21] Sánchez-Albornoz (1974, p. 239); Carrón (1979); Morales (1974). Según Marshall y Orlansky (1983), ni la demanda de trabajadores, ni los factores de empuje, ni los cambios en la política de inmigración determinan el ritmo de la inmigración argentina.

[22] Gillespie y Browning (1979); Petrucelli (1979). Al mismo tiempo, la migración interna en Uruguay decreció entre 1963 y 1975, debido al general estancamiento económico, como señala Viega (1981). Como observan Butterworth y Chance (1981, p. 81) los «efectos de la migración de salida y la migración de vuelta a las comunidades de

Tabla 2. Residentes argentinos nacidos en los países limítrofes, con el porcentaje de los que viven en Buenos Aires y su provincia, 1914-1970

Lugar de nacimiento	1914	1947	1960	1970
Bolivia	18.256 (3,87 %)	47.774 (7,33 %)	89.155 (13,74 %)	103.700 (36,59 %)
Brasil	36.629 (30,44 %)	47.039 (32,07 %)	48.737 (31,50 %)	49.050 (30,38 %)
Chile	34.568 (9,29 %)	51.553 (16,50 %)	118.165 (25,45 %)	144.900 (28,78 %)
Paraguay	28.592 (11,16 %)	93.248 (13,28 %)	155.269 (29,61 %)	288.350 (58,44 %)
Uruguay	88.656 (60,47 %)	73.640 (70,47 %)	55.934 (74,45 %)	58.500 (78,80 %)

Fuente: Carrón (1979, p. 476).

Migración entre regiones

La migración entre diferentes regiones del mismo país, en general, sigue el mismo modelo que los movimientos entre países vecinos. Normalmente no tiene significado directamente político, pero el estado, a menudo, intenta promover la emigración o, contrariamente, prevenirlo, aunque estos esfuerzos suelen no tener resultados duraderos. En Colombia, por otro lado, la migración regional durante las décadas de 1950 y 1960 era hasta cierto punto un movimiento político; lo que buscaban los colombianos era escapar de las áreas más castigadas por la guerra civil y el pillaje (la violencia).

La colonización de bosques, praderas y áreas montañosas tenía precedentes tempranos durante los tiempos coloniales y el siglo XIX

origen han recibido, probablemente, la menor atención dentro de los aspectos de la migración interna». Pero el temprano artículo de González (1961), por ejemplo, hace, a este respecto, una importante distinción entre los varios tipos de trabajadores asalariados emigrantes. La extrema pobreza de Haití es aliviada por los envíos de dinero de los emigrantes que contribuyen alrededor del 5 por ciento del PNB de Haití (UN 1982a, p. 74). Las estimaciones acerca de los envíos de dinero de los mejicanos en los Estados Unidos difieren, ampliamente, desde la estimación mejicana de 300 millones a la estimación de los Estados Unidos de dos billones de dólares (UN 1982a, p. 65).

pero, en conjunto, es un fenómeno de nuestro siglo. Esta colonización en países como Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia no podía prosperar, excepto de forma muy limitada, antes de la eliminación de la malaria. Algunos de los movimientos han sido espectaculares, por ejemplo, como la emigración de las zonas más desarrolladas a la provincia de la Guyana. Si se evalúa con calma la apertura de zonas lejanas destinadas a la producción de materias primas es difícil justificarlo, especialmente viendo los altos costos del transporte y las necesarias inversiones a gran escala en carreteras, puentes, maquinaria y otros factores necesarios para la instalación. Seguramente, ha habido muchos ejemplos a lo largo de la historia de la colonización pionera de zonas remotas en que la emigración fuera espontánea (es decir, impuesta por la horrible necesidad y pobreza en áreas superpobladas) o bien dirigido y financiado, en mayor o menor grado, por el gobierno nacional. Más a menudo, sin embargo, las áreas fronterizas no han sido en absoluto establecimientos permanentes sino que sólo han experimentado la ocasional, esporádica afluencia de colonias temporales como repuesta a una repentina prosperidad o al descubrimiento de un nuevo recurso.

En la década de 1970, las autoridades brasileñas hicieron una tentativa a gran escala para colonizar las vastas extensiones de la Amazonia. La carretera transamazónica, acabada hacia finales de la década, se construyó para conectar el Brasil noreste con la frontera peruana (5.400 kilómetros). Se esperaba que esto capacitaría a los miserables campesinos y trabajadores rurales, de las zonas del país tradicionalmente empobrecidas, a desarrollar una vida mejor en la cuenca amazónica (en vez de llenar las chabolas de las grandes ciudades del sur de Brasil). El ambicioso plan del gobierno de mandar 100.000 familias desde el noreste como colonos falló, no obstante. Sólo alrededor del siete por ciento del total previsto se estableció a lo largo de la carretera transamazónica, menos de un tercio de esa cantidad eran del noreste. Problemas de organización y obstáculos para la agricultura explican el fracaso. En estos momentos, los dueños de parcelas se van alejando mientras que prevalecen los beneficios de los gigantescos ranchos y de la especulación de la tierra [23].

[23] Sobre la colonización en los trópicos, ver, por ejemplo, Crist (1964); Brisseau (1970) y varios ensayos en *Les phénomènes de frontière dans les pays tropicaux* (1981). La

Hoy en día, la mayoría de la migración entre regiones en América Latina, como veremos, es hacia las más grandes regiones ya desarrolladas en vez de hacia las áreas deshabitadas o escasamente pobladas de la periferia, aun cuando se aclamen como las «tierras de la esperanza» para el futuro del país.

En varias partes de América Latina, las zonas de plantaciones costeras han ejercido durante mucho tiempo una fuerte atracción para la gente del interior montañoso. Los emigrantes que buscaban trabajo en las áreas costeras eran, a menudo, engañados por falsas promesas y se encontraban atrapados en una forma de semiservidumbre de trabajo. De un modo o de otro, desde el fin del siglo XIX los peruanos de la sierra han sido atraídos en gran número a las plantaciones de azúcar y algodón de la costa norte. Durante la década de 1930, los campesinos de Jujuy en el noroeste de Argentina fueron distribuidos entre las plantaciones de azúcar de Tucumán, algunas veces como trabajadores temporales y en otras ocasiones como emigrantes genuinos. En todos estos casos, las condiciones favorables de una explotación precisa agro-industrial eran capaces de cambiar la fisonomía de una región entera [24]. No poseemos suficientes datos para estudiar aún estos movimientos migratorios internos desde una perspectiva histórica más amplia, ni sabemos bastante acerca de las migraciones anteriores al cambio que comenzó a mediados del siglo XIX en las explotaciones agro-industriales.

La introducción de la minería estimuló la migración. Sabemos de migraciones de las provincias montañosas de Aymaraés (departamento de Apurímac) desde tiempos coloniales. En esos tiempos, los indios eran obligados a cumplir trabajos forzados por turnos en las mortales minas de mercurio de Huancavelica, en la Sierra Central. La emigración continuó después de que el trabajo se convirtiera en libre, simplemente porque Aymaraés y la mayor parte de Apurímac son unas zonas extremadamente montañosas con poca tierra cultivable y como conse-

Guayana Venezolana tuvo 51.000 habitantes en 1971, un 87 por ciento de los cuales habían llegado desde 1961 (Chen, 1978, p. 81). El esquema amazónico lo analiza mejor Kohlhepp (1976, 1980).

[24] Sánchez-Albornoz (1974, pp. 23-38); Duncan y Rutledge (1977, pp. 203-67) incluyen artículos de Rutledge, Klarén y Favre. Ver también Blanchard (1979).

cuencia casi siempre han estado «superpobladas» en términos de recursos asequibles [25].

El clima y la geografía son factores de excepcional importancia para la migración, como lo muestra claramente el noreste de Brasil, con sus condiciones extremadamente inhóspitas e inestables. Desde el período 1877-79, y normalmente con intervalos de veinte años, ocurren sequías devastadoras cuya lógica consecuencia es la emigración masiva. Los refugiados del primero de los desastres proporcionó trabajadores para el repentino desarrollo de la explotación de caucho en la cuenca amazónica, a la vez que la mano de obra barata que necesitaban las plantaciones de cacao a lo largo de la costa de Bahía. Las míseras corrientes de *flagelados* que escapan de la sequía caminan cada vez más al sur en estos ciclos de veinte años. El rápido desarrollo de la región sureña de Brasil hizo que esta zona industrial fuera irresistiblemente atractiva para las corrientes humanas de todas las otras partes de la nación. La emigración del estado noreste de Ceará, que en 1970 tenía una población de 4,5 millones, entre 1872 y 1970 tenía un total alrededor de 700.000 [26].

En Méjico, el constante movimiento de población de la meseta central hacia la costa central este, que está en curso desde los dos últimos siglos, ha empezado al fin a decrecer. Pero había también, desde el período colonial en adelante, una migración constante a la ciudad de Méjico, sobre todo de los distritos cercanos. Como nos dicen los demógrafos históricos Sherburne Cook y Woodrow Borah, esto ocurría «con tal que existieran condiciones de transporte y comunicación», refiriéndose a la bastante rudimentaria red de carreteras y transportes hasta las décadas de 1880 y 1890. La situación cambió cuando la construcción del ferrocarril hizo los viajes de largas distancias más fáciles. En tiempos recientes, la emigración interna de Méjico se ha dirigido hacia las áreas metropolitanas. La ciudad de Méjico recibió al menos 1,5 millones de emigrantes internos entre 1930 y 1960, y el ritmo de

[25] Ver Mörner (1978, pp. 7-29). Para un análisis de las varias oleadas de emigrantes indígenas en la ciudad del sur del Perú, Arequipa, 1575-1615, ver Sánchez-Albornoz (1982a); ver también su artículo sobre la importancia de la migración en el Alto Perú durante mediados del siglo XVII, (1982b).

[26] Poppino (1968, pp. 141, 146); Hirschman (1965, cap. 1); la interpretación de Hirschman fue parcialmente cuestionada por Lindqvist (1973, pp. 32-112).

expansión de las ciudades pequeñas y medianas era aún mayor durante este período. Entre 1960 y 1980, la población de la ciudad de Méjico se disparó de cinco millones a 15 millones [27].

El descubrimiento del petróleo en Venezuela tuvo un impacto dramático. Venezuela era un país estancado y económicamente atrasado en 1900, con poca migración interna. Pero siguiendo el *boom* del petróleo que empezó en 1920, y el aumento de la esperanza de vida y, por lo tanto, el aumento de la población, especialmente después de 1940, los emigrantes acudieron en tropel a los campos petrolíferos y se apiñaron en Caracas y sus alrededores. Caracas estaba repentinamente prosperando económicamente como resultado del crecimiento de las exportaciones de petróleo [28].

Migración rural hacia la urbe

Con una tasa de crecimiento anual de un 2,6 por ciento (1970-80 con decrecimiento del 2,8 por ciento durante 1960-70), la población de América Latina aún estaba creciendo muy rápidamente. Entre 1960 y 1980, la población rural sólo creció de 102 a 117 millones, mientras que las poblaciones «urbanas» (es decir, los centros que tienen más de 2.000 personas) aumentaron de 100 a 228 millones durante los mismos años [29]. Medido por un criterio más amplio, la población «urbana» del 50 al 66 por ciento en veinte años.

Sin embargo, esta división es bastante confusa, porque las pequeñas ciudades con miles de habitantes tienden a estar ligadas directamente con la agricultura y no son muy «urbanas». Parece mucho más razonable reservar el concepto de «urbana» para concentraciones de 20.000 o más habitantes. Con esta figura mayor como criterio, el porcentaje de población «rural» de América Latina cayó del 74 por ciento en 1950 al 55 por ciento en 1975; los habitantes de las ciudades aumentaron el 26 por ciento, casi la mitad de la población. Aun cuando

[27] Cook (1970); Borah y Cook (1976); *Les Migrations au Mexique* (1975). Ver también Butterworth y Chance (1978, pp. 15-18).

[28] Castellano de Sjöstrand (1975). En Méjico, durante los años recientes, ha tenido lugar una desbandada similar a los pozos petrolíficos.

[29] IDB (1981, p. 395).

esto representa un nivel mucho más bajo de urbanización que el de Europa, es, no obstante, mucho mayor que en otras partes del Tercer Mundo [30].

El crecimiento de la población de las grandes ciudades es mucho más claro (ver mapa 4). En 1910 había veinte ciudades con más de medio millón de habitantes; en 1970, había treinta y seis y siete de éstas tenían más de 2,5 millones. Durante el período de migración masiva, Buenos Aires tenía 1,3 millones de residentes en 1910, mientras São Paulo tuvo unos 400.000 habitantes. Sin inmigración masiva extranjera, la ciudad de Méjico, la mayor entidad urbana de América Latina del siglo XIX, había llegado a 400.000. En 1950, Buenos Aires continuaba aún siendo la cabeza, con 3 millones, seguida por el Distrito Federal de Méjico y São Paulo, cada uno con 2 millones. En 1970, estas tres áreas metropolitanas (con extensiones más allá de las antiguas demarcaciones administrativas) cada una incluía entre 8 y 9 millones. En 1980, como hemos visto, la ciudad de Méjico llegó a tener 15 millones de habitantes, de una población nacional estimada en 68 millones. Con lo que, de cada cuatro o cinco mejicanos uno residía en el Distrito Federal [31]. Se calcula que en el año 2.000, la población capitalina, la aglomeración más grande del mundo, se acercará a los 30 millones.

El proceso de urbanización es complejo al implicar el desplazamiento de gran número de seres humanos. Estos desplazamientos pueden ser definidos en los términos numéricos que implican y la razón para el movimiento, a la vez que la distancia recorrida, y durante qué período de tiempo. Las recientes investigaciones nos permiten rechazar muchas nociones simplistas acerca de la migración a las ciudades. Sobre todo, no estamos tratando solamente con un éxodo masivo de campesinos hambrientos que se establecen en los «cinturones de miseria» que circundan las grandes ciudades en busca de cualquier trabajo. Desde un estudio más detallado, se puede ver que la migración a las ciudades conlleva una serie de desplazamientos del mismo individuo, o un proceso que abarca dos o tres generaciones, o un movimiento en

[30] *Statistical Abstract of Latin America* (1980, p. 77). Para tiempos anteriores, ver Sánchez-Albornoz (1974, pp. 242-47); Morse (1971) y Elízaga (1972).

[31] Sánchez-Albornoz (1974, pp. 248-50).

Mapa 4. Principales ciudades de Sudamérica, 1980. *Fuente:* Bromley y Bromley (1982, p. 78).

varias etapas, de las regiones agrícolas a las ciudades provinciales de tamaño medio, y desde ahí a la ya superpoblada ciudad. Del mismo modo, estos movimientos implican un grupo heterogéneo de gente. Definido de forma general el porcentaje de población urbana, al crecer éste en un país dado, las principales aglomeraciones absorberán, con facilidad, cada vez mayor proporción de personas ya urbanizadas [32].

La causa de esta migración desde el campo a la ciudad es, sin duda, el atraso socioeconómico de las áreas rurales en comparación con el desarrollo de las grandes ciudades. Sin embargo, de acuerdo con el sociólogo argentino, el fallecido Gino Germani, el nivel de miseria rural no es necesariamente la razón de la emigración. La emigración refleja un cambio en la actitud mental. Visto de esta forma, en opinión de Germani, el proceso de urbanización viene a ser un sustitutivo de la revolución social [33]. Los factores de «empuje» en el medio ambiente rural no se limitan, no obstante, al latifundismo y a otros males establecidos desde antaño. El éxodo puede, al contrario, acelerarse como resultado de la modernización de la agricultura que reduce la demanda de trabajadores. Tampoco es posible ralentizar el éxodo por medio de «reformas agrarias» pensadas a corto plazo: tierras con créditos, herramientas y formación. Esto no es una solución. El principal atractivo de las ciudades es la promesa real o ilusoria de un trabajo mejor pagado. Por ejemplo, James W. Wilkie subraya que en los años recientes, las oportunidades de trabajo, el nivel de desarrollo económico y las condiciones de vida han sido incomparablemente mejores en el Distrito Federal de Méjico que en el resto del país [34].

De acuerdo con Juan C. Elízaga, aquellos que claramente están desempleados parecen ser sólo un pequeño porcentaje de los inmigrantes en los grandes centros urbanos [35]. Al contrario de la inmigración externa, la inmigración interna a las grandes ciudades está compuesta

[32] Morse (1971, n.° 1, pp. 19-20); Elízaga (1972, p. 141). Para una argumentación especialmente lúcida de la migración de población rural hacia la urbe ver Odell y Preston (1978, pp. 109-21).

[33] Gino Germani, citado en Morse (1971, n.° 1, p. 14).

[34] Wilkie (1979).

[35] Esta es una de las conclusiones del estudio excepcionalmente detallado de Elízaga (1970). Se trata de una monografía de la migración en Chile, basada en entrevistas a más de 11.000 personas. Por otro lado, el desempleo recorre el estudio de Niño de Guerrero (1975) como una verdadera amenaza.

igualmente de hombres y de mujeres. Hay momentos donde las mujeres predominan, un fenómeno que refleja las posibilidades específicas de empleo que hay en el entorno urbano, al igual que la falta de posibilidades similares en el campo.

En general, las mujeres inmigrantes solteras vienen de barrios más cercanos que los hombres [36]. Otro factor que claramente atrae a los emigrantes son las mejores oportunidades educativas, especialmente para los hijos de los emigrantes. No obstante, las investigaciones recientes tienden a rebatir lo que normalmente se dice acerca del bajo nivel de formación de los emigrantes; parece que supera la norma en su lugar de origen, y se acercan al promedio de su lugar de destino. Por ello, los emigrantes no son necesariamente relegados al trabajo menos atractivo en el mercado de trabajo urbano [37].

De hecho, la mayoría de los emigrantes a las aglomeraciones más importantes son de origen urbano, es decir, vienen de ciudades más pequeñas.

Pero, no obstante, aún carecemos de perspectiva histórica; tampoco sabemos suficiente acerca del fenómeno de la migración rural a la urbe de las ciudades más pequeñas. Está claro que una importante minoría de emigrantes adultos a las grandes ciudades no están haciendo su primer movimiento, mientras que otros se mueven directamente desde los lugares urbanos a la capital, de acuerdo al modelo tradicional [38]. Los especialistas nos previenen acerca de la tendencia a exagerar la importancia relativa de la emigración en etapas en una misma generación. Tampoco se ha estudiado aún el ritmo de retorno de los emigrantes urbanos al campo. En general, se debería decir que es insuficiente estudiar la migración rural a la urbe sólo en las áreas donde los emigrantes se han establecido. Al igual que se debería hacer siempre en un estudio de migración externa, los investigadores deben cubrir las áreas que los emigrantes han dejado. Las características de los grupos emigrantes se deben comparar con aquellas de los grupos que se quedan, y los efectos tanto de la emigración como de la reemigra-

[36] Elízaga (1972, p. 141).

[37] Morse (1971, n.° 1, pp. 23-24); este punto es subrayado, entre otros, por McGreevey (1968). Ver también Butterworth y Chance (1981, pp. 81-90, 131-35).

[38] Morse (1971, n.° 1, pp. 22-23); Elízaga (1972, pp. 142-43).

ción sobre la comunidad de origen deberían ser debidamente valoradas [39]. Por ejemplo, el efecto de «fuga de cerebros» —o el fenómeno que aquellos que tienden a irse son aquellos que tienen mejor educación que los que permanecen— deberían evaluarse frente al grado de cualificación de aquellos que vuelven a la zona.

Resulta más difícil de lo que se podría suponer el evaluar la contribución de los emigrantes al crecimiento demográfico de las grandes ciudades, ya que esto necesitaría del establecimiento de ritmos diferenciados de la fertilidad de los emigrantes y los nativos de la ciudad. Al menos, en algunas de las más grandes ciudades de América Latina, las tasas de fertilidad de los residentes urbanos continúan siendo muy altas. Según el demógrafo Eduardo Arriaga que estudió Méjico, Venezuela y Chile en la década de 1950, «la migración no ha sido la causa del crecimiento de la ciudad». No obstante, como indica Richard Morse, durante la década de 1940 la migración interna fue claramente la principal causa del crecimiento urbano tanto de Méjico como de Brasil [40]. De cualquier forma, todos están de acuerdo en que hasta la mitad del decenio de 1930, la inmigración externa ha sido la causa más importante del crecimiento de población en Buenos Aires (ver gráfico 21). Desde entonces, y hasta 1960, este puesto ha correspondido a la migración interna. Entre 1936 y 1947, casi el 40 por ciento del aumento de la población indígena del interior de Argentina fue absorbido por las áreas metropolitanas. Durante el período 1960-70, más de la mitad del crecimiento metropolitano de São Paulo, Bogotá y Lima era aún debido a la migración interna (ver mapa 5) [41]. En el caso de la ciudad de Méjico, el principal motivo de crecimiento demográfico entre 1940 y 1950 era la migración interna. En Méjico, en tiempos más recientes, el ritmo de migración ha llegado a ser mayor en las grandes ciudades de segunda categoría, como Guadalajara y Monterrey, que en la capital. En otros casos, como Santiago de Chile, Montevideo y Lima, el arrollador tamaño de estas ciudades es alimentado por la inmigración continua [42].

[39] Uno de los pocos estudios sobre este tema es el de Feindt y Browning (1972), que trata sobre Monterrey. Ver también Simmons y Cardona (1972); Preston, Taveras y Preston (1981).

[40] Eduardo E. Arriaga, citado en Morse (1971, n.° 1, p. 17; ver también p. 18).

[41] Germani (1968, pp. 306-07).

[42] Sánchez-Albornoz (1968, pp. 250-51).

CRECIMIENTO ANUAL, 1960-1970 (en porcentaje)

	Crecimiento de la nación	Crecimiento de la ciudad	Crecimiento de la ciudad debido a la migración
Ciudad de México	3.8	4.9	1.1
La Habana	2.4	0.9	−1.5
Bogotá	3.2	7.3	4.1
São Paulo	2.9	6.4	3.6
Buenos Aires	1.9	3.0	1.1

Fuente: Portes y Walton (1976, pp. 30-38)

Mapa 5. La contribución de la migración al crecimiento de las mayores ciudades de América Latina, 1960-1970 (porcentaje de la población total dado en paréntesis).

La migración rural a la urbe muestra semejanzas, al igual que diferencias, con la inmigración de masas externa, que tuvo lugar entre el último cuarto del siglo XIX y la crisis de 1930. En ambos casos los factores de «empuje» aparecieron en un ambiente de retraso rural, con unas condiciones de vida indeseables. Además, el bajo nivel de desarrollo en la América Latina rural, una razón fundamental para la inmigración urbana actual, ya había contribuido en 1900 a redirigir hacia las ciudades a la mayoría de los inmigrantes europeos que, en un principio, se habían establecido en el campo. Durante ese período de la inmigración externa se produjo la europeización, o el «blanqueamiento» de la raza humana en el ámbito de las grandes ciudades. Al contrario, hoy en día, el resultado de la inmigración interna ha sido el oscurecimiento del color de las pieles y una apariencia más rural en las grandes masas de las ciudades de América Latina. Esto ha dado pie a la irónica expresión *los cabecitas negras,* que uno puede oír en Buenos Aires, especialmente designando a los trabajadores *peronistas* de tez oscura.

Hay otras diferencias más importantes entre estas dos migraciones, que merecen ser señaladas. A principios del siglo XX, las ciudades de América Latina parecían ofrecer posibilidades casi ilimitadas de expansión y, durante un tiempo considerable, el proceso de industrialización mantuvo un intenso ritmo. Pero en décadas recientes, el nivel de industrialización obtenido, hasta ahora, no ofrece grandes esperanzas de expansión de las oportunidades de trabajo. Más bien, lo que está ocurriendo es un crecimiento lento del sector terciario o de servicios urbanos, cuyo porcentaje de mercado de trabajo es aún mayor [43]. Mientras que los inmigrantes europeos de antaño no pasaban más de una generación en las barriadas (*conventillos* es el término argentino), los emigrantes internos de hoy en día continúan poblando las *villas mserias* (*favelas,* la palabra brasileña), o «las jóvenes ciudades» (*pueblos jóvenes,* como se las conoce eufemísticamente en Perú), que crecen sin aparente mejora, al menos a corto plazo. El observador casual puede esperanzarse con los estudios de los sociólogos, en donde se dice que, a la larga, digamos que tras diez años de promedio, estas ciudades de cha-

[43] No obstante, la noción de «tercerización», es decir, un crecimiento anormal del sector terciario, es criticada por Morse (1971, n.° 2, pp. 19-24).

bolas se convierten en barrios estables, dotados de infraestructura, equipamiento y servicios, con un mejor nivel de vida para los habitantes. Pero un determinado número de sofisticados estudios exponen convenientemente, de forma cruda, la miseria y dureza de esta gran parte del entorno urbano de América Latina [44]. Al mismo tiempo, tal y como ocurre en las ciudades de los países más desarrollados, las ciudades de América Latina sufren los problemas del tráfico inmanejable y la contaminación del aire —por lo visto, compañeros inevitables del «progreso urbano». ¿Podrán algún día los habitantes de los grandes centros urbanos de América Latina efectuar los cambios fundamentales, en sus condiciones económicas, sociales y políticas, que son necesarios para resolver, de una vez por todas, los problemas gemelos del «subdesarrollo» y el «superdesarrollo»? Hasta ahora, los pobres inmigrantes de las ciudades han sido tan poco revolucionarios como los antecesores que vinieron del Viejo Mundo con el cambio de siglo [45]. Ninguno de los grupos ha podido vencer la fuerte combinación de fuerzas que, con gran éxito, parecen vencer cualquier cambio radical en la realidad de la vida urbana de América Latina.

Vale la pena señalar, no obstante, que los dos regímenes socialistas, Cuba y Nicaragua —aunque en el último caso la perspectiva temporal es corta—, han parado la tendencia hacia el desarrollo de la urbanización. La tendencia tradicional de concentrar los gastos presupuestarios, los colegios y las ayudas sociales en las ciudades fue invertido. La tendencia paralela por la cual el capital privado invertía en las áreas urbanas ha cesado, naturalmente, también. La concentración de esfuerzos en el desarrollo de las zonas más atrasadas, localidades urbanas precisamente abandonadas, ha ayudado a estabilizar la distribución de la población, y la disparidad entre lo rural y lo urbano ha sido significativamente reducida. En Cuba, La Habana creció a un ritmo anual del 4,6 porciento entre 1947 y 1970, y se expandió, aún más que antes, durante la primera década del régimen de Castro. Pero la década de 1970 vio cómo el crecimiento decrecía bruscamente hasta llegar a sólo un 1,1 por ciento, que representa menos de la mitad del ritmo nacional del incremento de la población, que es relativamente bajo en Cuba.

[44] Butterworth y Chance (1981, pp. 151-57), con referencias a la literatura.
[45] Butterworth y Chance (1981, pp. 160-67).

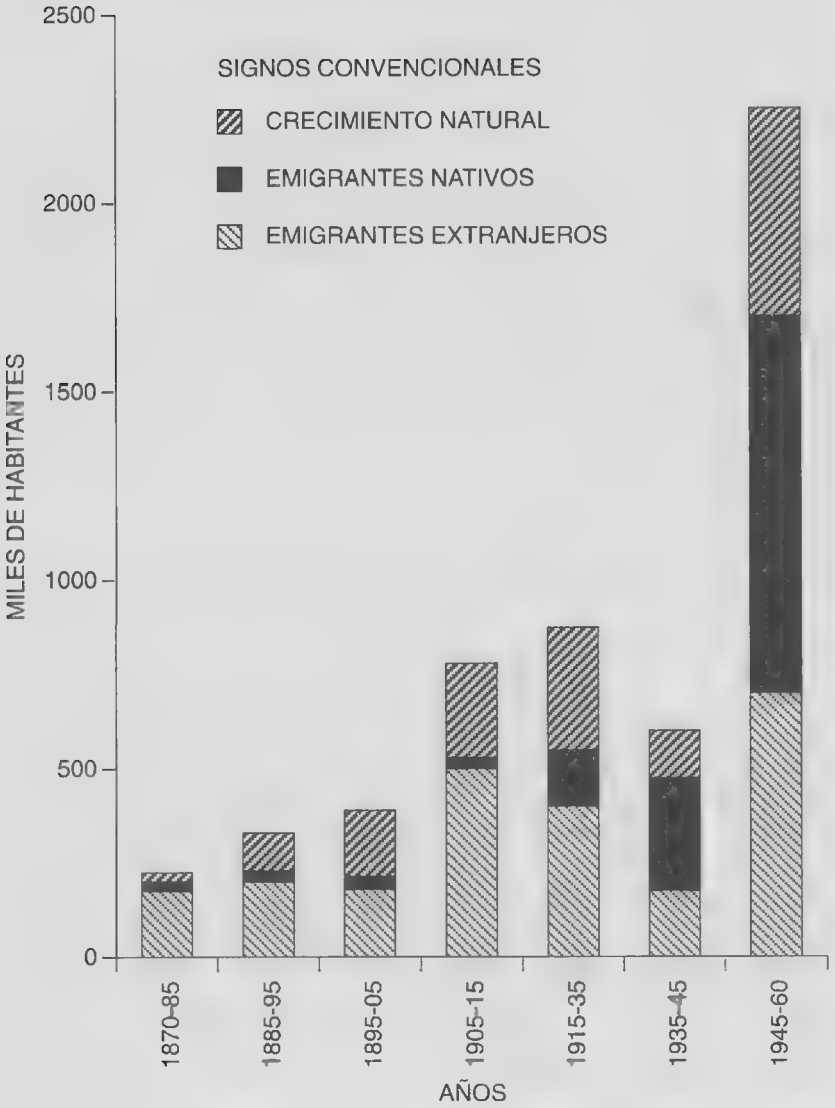


Gráfico 21 Crecimiento de Buenos Aires, 1869-1960 (1869=250.000 habitantes
Fuentes: Recchini de Lattes (971, p. 130).

Esta abrupta inversión de la tendencia hacia la urbanización durante las últimas décadas ha hecho que Cuba sea un caso claramente distinto a todas las otras naciones de América Latina. Refleja la política del gobierno de fortalecer el sector agrícola, pero debería también considerarse bajo el telón de fondo de la paralizada economía cubana [46].

[46] Los análisis basados en cifras de población de la Habana vienen de los censos y las estimaciones oficiales de 1943, 1961, 1970 y 1978. El cálculo de ritmos anuales promediados lo hizo Harold Sims utilizando el año más cercano como base (el ritmo para el período lo dividió simplemente por el número de años). A Nicaragua se la incluyó en la generalización porque el nuevo régimen revolucionario hasta su caída en 1990 estaba siguiendo una política al estilo de la cubana, animando los establecimientos rurales y fronterizos, construyendo colegios rurales y extendiendo los servicios clínicos y sociales al campo. A estas conclusiones llegó Sims después de recorrer el país en 1980 durante el cual entrevistó a oficiales del desarrollo y observó la campaña de alfabetización.

COMENTARIOS FINALES

Hasta hace poco, las discusiones teóricas acerca de la migración, como dijeron dos antropólogos, eran «salto de tiempo, salto de cultura y disciplina de saltos» [1]. Los estudiantes norteamericanos de migración contemporánea, en su mayoría, utilizaban modelos microeconómicos que acentuaban la importancia de la decisión individual, basada en una comparación real o imaginaria de las ventajas de moverse frente a las de quedarse donde uno ha establecido su casa. La teoría migratoria que, gradualmente, se formó presuponía que el cálculo racional de los participantes, a la larga, producirían un equilibrio en la distribución espacial de los factores de producción, gracias a la movilidad del trabajador. Esto le recuerda a uno la «mano invisible» de Adam Smith. Básicamente, de acuerdo a esta teoría, los trabajadores se mueven de donde el capital es escaso, la labor abundante, y los salarios bajos, a otras áreas donde prevalecen mejores condiciones. Según este modelo de equilibrio, la movilidad del trabajo/trabajador, a la larga, llevará a un nivelamiento del crecimiento económico y del bienestar humano. Desde el marco general de la teoría social del funcionalismo, la migración es vista, a menudo, como un paso hacia la «modernización», sea como fuere que este concepto vago pueda ser definido y comprendido.

La perspectiva del equilibrio como teoría de migración ha sido crecientemente cuestionada por lo que se denomina el modo de interpretación histórico-estructural que está inspirado, en gran parte, en el

[1] Butterworth y Chance (1981, p. 35), comentario a Mangalam y Schwartzweller (1968).

marxismo y las corrientes teóricas de la «dependencia». Sus defensores declaran que los movimientos de población, en una determinada formación social, deben ser examinados en el contexto de un análisis histórico que considere una amplia transformación estructural. La perspectiva se utiliza para exponer claramente las relaciones de explotación que causan que, tanto los recursos naturales como el trabajo humano, estén desigualmente distribuidos entre los distintos intereses y clases. Acentúa los conflictos en vez de la armonía, y estudia la migración como un proceso macro-social en vez de un proceso individual [2].

Se debería señalar que ambas perspectivas se basan, fundamentalmente, en razonamientos económicos. Los motivos y las fuerzas noeconómicas tienden a ser infravaloradas. Aún así, las dos perspectivas varían tan profundamente que una comunicación razonable y un intercambio intelectual entre los defensores de cada teoría se hace difícil. Ninguna de las dos me parece satisfactoria, pero estos puntos de vista contrarios pueden ayudarnos a discutir acerca de los temas generales de nuestro estudio, el papel de la migración en la historia de América Latina.

El asentamiento ibérico durante el período colonial en América Latina, como hemos visto, se diferencia del traslado de esclavos en ser aquel un movimiento claramente voluntario, basado en la decisión de individuos o familias, con relación, especialmente, a las ventajas materiales que llevaba el quedarse o irse de su país natal. Los factores de «tirón» parecen haber prevalecido durante la primera época del proceso de asentamiento, mientras que los factores de empuje pueden haber sido más importantes durante la etapa posterior. El resultado fue un cierto equilibrio entre la península ibérica y la América luso-hispánica. Pero el poder de dirección del estado, desestimado por la teoría del equilibrio, tuvo un control considerable sobre todo tipo de migración, tanto interna como externa, durante la era colonial, impregnado, como estaba, de las ideas mercantiles.

Por otro lado, durante el temprano período nacional, resulta sorprendente la impotencia del Estado, en los países latinos, que, inspirados por los nuevos valores liberales, trataron de atraer colonos del ex-

[2] Basado en Wood (1982). Ver también Bach y Schraml (1982) y la corta exposición de su opinión histórica-estructural de Nikolinakos (1975).

tranjero durante un período con tendencias económicas adversas, cuando todavía la situación en Europa no era la propicia para la emigración. Hasta mediados del siglo XIX, justo cuando se dieron profundos cambios en la tecnología y en los procesos de producción, combinados con el aumento de la población, que se puso en marcha por la migración transatlántica en masa. Para Eric R. Wolf, en su visión global, «en el desarrollo del capitalismo destacan tres oleadas de migración, cada una ha sido una respuesta a unos cambios críticos en la demanda de trabajo, y cada una ha creado una nueva clase social». La primera oleada fue el traslado, de poca distancia, de los campesinos europeos a los centros industriales del oeste de Europa, donde llegaron a formar una clase obrera. La segunda oleada hizo que los europeos cruzaran el océano, en su mayoría, hacia climas templados. La tercera oleada «llevó trabajadores contratados, de diversos orígenes, a las minas y plantaciones en desarrollo del trópico» [3]. Como hemos visto, en América Latina, la «tercera» oleada precedió o coincidió con la «segunda» oleada. Es más, el momento de la «tercera» oleada estuvo relacionado con la abolición gradual de la esclavitud.

Al observar la experiencia en América Latina de la «segunda» oleada, nos podemos preguntar si este traslado masivo de personas antes de 1930 contribuyó a un mayor nivel de desarrollo y a un equilibrio de los productores de bienes, tal y como debería suceder según la teoría del equilibrio; o, al contrario, preguntarnos si esta migración masiva hizo que el desarrollo fuera, más que desviando, causando, en general, que se perpetuara la tendencia a la explotación, como nos sugiere la perspectiva histórica-estructural. La respuesta a una pregunta tan abstracta dependerá necesariamente del área y del período histórico del que se esté tratando. Vamos a limitarnos a los países del cono sur antes de 1950. En este período de tiempo, la perspectiva era que la inmigración exterior en masa, como un todo, llevó a una mejora en las condiciones de vida de los recién llegados, en comparación con aquella que tenían en sus países de origen. También ayudó a elevar el nivel de desarrollo de los países receptores [4]. Por otro lado, aquellos países a

[3] Wolf (1982, p. 362f.).

[4] Germani (1968) vio la inmigración como una forma de traer a la Argentina la «modernización», ese concepto vago y equívoco.

los que no influyó la inmigración de masas en 1950 parecían estar rezagados. Pero la perspectiva, a mediados de la década de 1980, se nos presenta con una situación parcialmente diferente. Tendemos a ser cada vez más conscientes de las imperfecciones, o sea de los aspectos negativos, del desarrollo de la inmigración europea a América Latina. Como observó Michael Hall en 1974, «la inmigración en masa a Brasil no cambió las estructuras esenciales de poder. De hecho, la inmigración pudo, al proveer fácilmente fuerza explotable de trabajo en un momento crucial, haber fortalecido esta estructura» [5]. Las desigualdades sociales se mantuvieron en vez de cambiarse, como resultado del trabajo y el sudor de los inmigrantes. A la larga, como vemos ahora, no fueron tanto los inmigrantes, con sus atribuidas «virtudes» y «debilidades» colectivas, las que determinaron el alcance y el impacto de su contribución; sino, más bien, fueron las estructuras de poder preexistentes y los valores vigentes las que marcaron los límites de semejante contribución. El «crisol» también tardó en convertirse en una realidad en América Latina mucho más tarde de lo que suelen creer los estudiosos.

Volvamos ahora a la «tercera» oleada, definida por Wolf, la de los trabajadores contratados en las zonas de plantaciones. En la «América de plantaciones» parece encajar el modelo de J. S. Furnivall de «sociedades plurales», en las que hay una jerarquía organizada disyuntivamente en segmentos diferenciados, sea racial o étnicamente, y que son mutuamente antagónicos. Pero desde la visión de Wolf, estas divisiones sociales no son simplemente la evidencia de los claros rasgos de la población, responsables de la desconcertante heterogeneidad, sino que siguiendo su forma de pensar histórica-estructural, Wolf encuentra la explicación a la «sociedad plural» en la organización del trabajo capitalista. Naturalmente, el capitalismo «no creó todas las distinciones raciales y de etnia que funcionan para contraponer unas categorías de los trabajadores con otras», pero las explotaron beneficiándose. Lógicamente, la segmentación debería desaparecer bajo el socialismo, pero esto, por supuesto, aún está por ver [6].

[5] Hall (1974, p. 192).

[6] Wolf (1982, pp. 379-81). A pesar de los muchos años del régimen de Castro no parece haber resuelto el problema racial por completo. El tumulto de mediados de los 1980 en la «revolucionaria» Surinam debería señalarse.

En el siglo xx, el panorama general de la migración en América Latina se ha convertido en algo mucho más complejo de lo que nunca anteriormente había sido. Los factores políticos, en su mayoría desatendidos tanto por las teorías del equilibrio como por las histórica-estructurales, han surgido como motivos principales. Las guerras en Europa, al igual que la violencia después de la depresión en América Latina, especialmente difíciles de analizar en términos claros como conflictos de clase, desencadenó, o al menos, incrementó, la migración. Los emigrantes asalariados no sólo han cruzado las fronteras nacionales dentro de América Latina y el Caribe, sino que también han emigrado a los Estados Unidos y a la Europa del Oeste. ¿Pero sus movimientos pueden ser analizados satisfactoriamente dentro del marco analítico micro-económico ofrecido por la perspectiva del equilibrio? Por supuesto, seguramente el hecho de mandar dinero a las gentes de casa hace que se tiendan a nivelar los desajustes de ingresos [7]. La migración en América Latina ha servido, a menudo, como válvula socioeconómica, pero nadie sabe lo que ocurrirá cuando deje de tener esta función. ¿Qué pasará si los mejicanos sin tierra no tienen dónde ir? ¿Qué pasará si los parados no pueden abandonar las superpobladas islas caribeñas?

A otro nivel, están las pequeñas, pero muy importantes, oleadas de profesionales y técnicos que, de forma desconcertante, cruzan a ambos lados el mapa de América y Europa. Detrás de este tipo de migración, rápida y cambiando de dirección constantemente, uno puede percibir no sólo las calculadas y prácticas decisiones individuales de los emigrantes de evaluar ventajas comparativamente, sino también, muy a menudo, el impacto de sucesos políticos y otras consideraciones noeconómicas que impulsan a los emigrantes a moverse.

Finalmente, tendremos que considerar el fenómeno de la masiva migración rural a la urbe, un movimiento que es, de hecho, menos bipolar y menos simple de analizar de lo que la expresión sugiere. Aquí sería apropiado una perspectiva histórica a largo plazo. La urbaniza-

[7] Según Butterworth y Chance (1981), «la migración es a menudo el síntoma mayor del cambio básico social». Un documento de las Naciones Unidas aclara también que la tendencia de frenar la inmigración ilegal o indocumentada del Tercer Mundo en los países desarrollados puede verse como «otro síntoma de la desigualdad persistente del predominante orden económico internacional». (UN, 1982a, p. 81).

ción en ciertas partes de América ya había precedido a los ibéricos, y, la localización de las grandes ciudades de América Latina se determinó en la mayoría de los casos en el siglo XVI. Tras el período de decadencia del siglo XVII, los centros mayores, particularmente, ganaron fuerza en el siglo siguiente. Desde finales del siglo XIX, la urbanización ha aumentado de forma estable, y la expansión ha acelerado mucho desde la mitad del siglo XX. Como dicen los geógrafos Odell y Preston, hasta ahora la urbanización es «simplemente una respuesta al crecimiento de la población en un medio ambiente, cuyo uso por el hombre no puede ser fácilmente modificado para soportar más población». En la presente coyuntura, no obstante, en la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso de urbanización ya ha excedido los límites del uso racional de los factores de producción. En particular, la superconcentración de personas y recursos en unas pocas ciudades multimillonarias, planteando una presión enorme en el medio ambiente y los recursos naturales, no es posible que continúe de forma desenfrenada [8].

La gran ventaja de la perspectiva histórico-estructural es, claro está, que ofrece una amplia visión del contexto socioeconómico en el que la migración tiene lugar. Por otro lado, no atiende a la infinita variedad de decisiones individuales que, siendo económicamente razonables o no, son responsables de las oleadas colectivas. Y los destinos de estas oleadas son, en su mayoría, el resultado de una red social. Tampoco se puede dejar de considerar la importancia de factores independientes, por ejemplo, los religiosos y los fenómenos sociopsicológicos de la migración. Parece también, que el valor predictivo de la teoría histórico-estructural es bajo. En cada contexto los postulados básicos parecen estar amenazados al estar anticuados; con los que, como señalan Robert Bach y Lisa Schraml, «la atracción para los trabajadores inmigrantes por los estados centrales o la capital ha decrecido considerablemente», a partir de la mitad de la década de 1970, y la rápida expansión actual

[8] Según la estimación de las Naciones Unidas, la ciudad de Méjico, para el año 2000 será la aglomeración mayor del mundo, tendrá 31 millones de habitantes; São Paulo, el siguiente en orden, tendrá 26 millones; Río de Janeiro (el número 7) tendrá 19 millones; Buenos Aires (número 15) tendrá 12 millones de personas. «Megalópolis» es un concepto ideado para aglomeraciones de 10 millones o más de habitantes (ver mapa 5). Ver también Preston y Odell (1978, p. 109) y Rogers (1982, p. 487), que tienen una opinión bastante optimista de este terrorífico porvenir.

del volumen y diversidad de la inmigración mundial es el resultado más de los factores políticos que de los económicos [9].

Ni la teoría del equilibrio ni la interpretación histórico-estructural de la migración son adecuadas para explicar la complejidad infinita de este tema. Sin embargo, pueden servir como un útil, aunque excesivamente simplista, punto de partida para acceder a un análisis más preciso de los movimientos de la población humana.

[9] Bach y Schraml (1982, p. 326f.). «Los refugiados han sido responsables de más de la mitad de toda la migración internacional desde el final de la Primera Guerra Mundial y constituye una proporción en aumento en la corriente actual», declara un grupo de expertos internacionales con referencia a la situación global (UN, 1982a, p. 84). Los refugiados son más numerosos ahora que en cualquier otro tiempo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Pero los números son pequeños en América Latina —muy pequeños si los comparamos con la situación en Africa o Asia.

APÉNDICES

ÍNDICE DE TABLAS Y GRÁFICOS

Tabla 1	Emigración española a América, 1500-1650	21
Tabla 2	Residentes argentinos nacidos en los países limítrofes, con el porcentaje de los que viven en Buenos Aires y en la provincia, 1914-1970	157
Gráfico 1	Porcentaje de mujeres entre los emigrantes españoles a ultramar, 1509-1598	23
Gráfico 2	Migración total en América Latina, 1836-1924	72
Gráfico 3	Migración alemana a Argentina, 1871-1924	74
Gráfico 4	Migración total a América Latina, por país de origen, 1856-1924	77
Gráfico 5	Distribución mundial de los italianos emigrantes, 1876-1900.	78
Gráfico 6	Migración total a Argentina, proporción de italianos y españoles, 1856-1924	81
Gráfico 7	Migración total a Brasil, proporción de italianos, portugueses y españoles, 1851-1924	83
Gráfico 8	Migración total a Uruguay, proporción de italianos, españoles y franceses, 1981-1924	84
Gráfico 9	Migración total a Cuba, por país de origen, 1882-1924	86
Gráfico 10	Migración total a Chile, por nacionalidades, 1882-1897	87
Gráfico 11	Migración total a América Latina, por países de mayor destino, 1851-1924	91
Gráfico 12	Inmigración a Argentina y Brasil, incluyendo pasajeros subvencionados, 1884-1954	93
Gráfico 13	Exportación de trigo y harina de Argentina e inmigración total, 1871-1910	95
Gráfico 14	Producción de azúcar cubana y migración total de civiles a Cuba, 1882-1924	96

Gráfico 15 Inmigración a São Paulo y las exportaciones brasileñas de café, 1880-1930 97
Gráfico 16 Inmigración y reemigración total, Argentina, 1857-1924 103
Gráfico 17 Ciudadanía de los dueños de los establecimientos industriales en Argentina, 1935 126
Gráfico 18 Migración neta a Argentina y Venezuela después de la Segunda Guerra Mundial 134
Gráfico 19 Extranjeros residentes en Venezuela, por nacionalidades, 1976 138
Gráfico 20 *Braceros* mejicanos admitidos o deportados por las autoridades de EE.UU. 143
Gráfico 21 Crecimiento de Buenos Aires, 1869-1960 170
Mapa 1 La España del siglo xvi: densidad de población, caminos principales y emigración ultramarina 24
Mapa 2 Emigración desde Europa a América Latina, 1854-1924 56
Mapa 3 Inmigración a América Latina, 1851-1924 61
Mapa 4 Principales ciudades de Sudamérica, 1980 163
Mapa 5 Contribución de la migración al crecimiento de las mayores ciudades, 1960-1970 167

BIBLIOGRAFÍA

Abou, Selim, *Immigrés dans l'autre Amérique: Autobiographies de quatre argentins d'origine libanaise*, Plon, París, 1972.

Adamson, Alan H., *Sugar without slaves: The political economy of British Guiana, 1838-1904*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1972.

Akerman, Sune, *From Stockholm to San Francisco: The development of the historical study of external migrations*, Commission Internationale d'Historie des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales, Uppsala, 1975.

Alden, Dauril, «Late colonial Brazil, 1750-1808», *Cambrigde History of Latin America*, II, 601-660, 1984.

Alden, Dauril, y Dean, Warren, eds., *Essays concerning the socioeconomic history of Brazil and Portugal*, University Presses of Florida, Gainesville, 1977.

Alsina, Juan A., *La inmigración en el primer siglo de la independencia*, F.S. Alsina, Buenos Aires, 1910.

Altman, Ida, *Emigrants and society. Extremadura and Spain in the sixteenth century*, University of California Press, Berkeley & Los Angeles.

Anderle, A., «La emigración húngara a la América Latina después de la derrota de la revolución de 1848-49», *Jahrbuch fur Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 13:56-83, 1976.

Andrews, George Reid, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, 1800-1900, University of Wisconsin Press, Madison, 1980.

Ankum-Houwink, J., «Chinese contract migrants in Surinam between 1853 and 1870», *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 17:42-68 (La Haya), 1974.

Anselm, Alain, *L'emigration antillaise en France: Du Bantoustan au ghetto*, Editions Anthropos, París, 1979.

Antonione, A., «El padrón de Montevideo de 1743», *América colonial: Población y economía. Anuario,* 113-18 (Rosario, Argentina), 1965.

Arango Cano, Jesús, *Inmigración y colonización en la Gran Colombia*, Librería Voluntad, Bogotá, 1953.

Argentina, República de, Dirección de Inmigración, *Resumen estadístico del movimiento migratorio en la República Argentina, 1857-1924*, Buenos Aires, 1925.

Arquivo Nacional, *Registro de estrangeiros, 1808-1822*, Río de Janeiro, 1960.

— *Registro de estrangeiros nas capitanias, 1777-1819*, Río de Janeiro, 1963.

Audera, Víctor, *La población y la inmigración en Hispanoamérica*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1955.

Ávila, Fernando Bastos de, *Economic impact of immigration: The brazilian immigration problem*, Nijhoff, La Haya, 1954.

— *Inmigration in Latin America*, Secretariat General of the Organization of American States, Pan American Union, Washington, D.C., 1964.

Avni, Haim, «La agricultura judía en la Argentina: ¿Éxito o fracaso?», *Desarrollo Económico,* 22 (n.° 88): 535-48, 1983.

Bach, Robert L., y Schraml Lisa A., «Migration, crisis and theoretical conflict», *International migration Review,* 16 (n.° 2): 320-41, 1982.

Badura, Bohumil, «Los franceses en Santiago de Cuba a mediados del año de 1808», *Ibero-American Pragensia,* 5:157-60 (Praga), 1971.

— «Sobre la inmigración alemana en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX», *Ibero-Americán Pragensia,* 9:79-80 (Praga), 1975.

Bag, Sergio, *El plan económico del grupo rivadaviano, 1811-1827*, Instituto de Investigaciones Históricas, Rosario, Argentina, 1966.

— *Evolución histórica de la estratificacíon social en la Argentina*, Esquema, Caracas, 1969.

Baily, Samuel L., «The Italians and organized labor in the United States and Argentina: 1880-1910», *International Migration Review,* 1:55-66, 1967.

— «Patterns of assimilation of Italians in Buenos Aires, 1880-1940», presentado en la reunión anual de la American Historical Association, Dallas, 1977.

— «The role of the press and the assimilation of Italians in Buenos Aires and São Paulo», *International Migration Review,* 12:321-40, 1978.

— «Italians in Buenos Aires, 1880-1940: An approach to the study of cultural pluralism», presentado en la reunión anual de la Organization of American Historians, New Orleans, 1979.

— «Marriage patterns and immigration assimilation in Buenos Aires, 1883-1923», *Hispanic American Historical review,* 60 (n.° 7): 32-48, 1980.

Bairoch, Paul. «Niveaux de développemente économique de 1810 à 1910», *Annales E.-S.-C.,* 20 (n.° 6): 1091-1117 (París), 1965.

Barros Basto, Fernando Lázaro de, *Síntese da hist*ò*ria da inmigracão no Brasil,* s. p., Río de Janeiro, 1970.

Bates, Margaret, *The migration of peoples to Latin America,* Catholic University of America Press. Washington, D. C., 1957.

Bauer, Arnold J, *Chilean rural society from the Spanish conquest to 1930,* Cambridge University Press, Cambridge, 1975.

Bennassar, Bartolomé, «La inmigración francesa a la Argentina a finales del siglo XIX: El caso de la colonia de Piguë y el problema de las fuentes», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:174-80, 1976.

— *Les Aveyronnais dans la pampa: Fondation, développement et vie de la colonie aveyronnaise de Piguè, Argentina, 1884-1974,* Privat, Toulouse, 1977.

Bergad, Laird W., «Puerto Rico, Puerto pobre: Coffee and the growth of agrarian capititalism in nineteenth-century Puerto Rico», tesis doctoral, University of Pittsburgh, 1980.

Berglund-Thompson, Susan Anne, *The «Musiues» in Venezuela: Immigration goals and reality, 1936-1961,* tesis doctoral, University of Massachusetts, Amherst, 1890.

Bernhard, Virginia, ed., *Elites, masses, and modernization in Latin America, 1850-1940,* University of Texas Press, Austin, 1979.

Berninger, Dieter Georg, *La inmigración en México (1821-1857),* Septetenas, Méjico D. F., 1974.

— *Bevölkerung und Raum in der Weltgeschichte,* 3.ª ed. Würzburg, Ploetz, Alemania del Oeste, 1965.

Blakemore, Harold, «La emigración británica a América Latina: Algunas observaciones generales sobre el tema, las fuentes y la investigación», en *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación.* Informes presentados a la IV.ª Reunión de Historiadores Latinoamericanistas Europeos. Colloquium Verlag, Berlín Oeste, 1979.

Blanchard, Peter, «The recruitment of workers in the Peruvian Sierra at the turn of the century: The enganche system», *Inter-American Economic Affairs,* 33 (n.° 3): 3:63-83, 1979.

Blackwelder, Julia Kirk, y Johnson, Lyman L., «Changing criminal patterns in Buenos Aires, 1980 to 1914», *Journal of Latin American Studies,* 14:359-80, 1892.

Bobinska, Celina, y Galos, Adam, «Poland: Land of mass emigration (19th and 20th century)», *Poland at the 14th International Congress of Historical Sciences in San Francisco*, Academia Polaca de Ciencias, 172-75, Wroclaw, 1975.

Borah, Woodraw, y Cook, S. F., «The urban center as a focus of migration in the colonial period: New Spain (17th and 18th century in Latin America)», en *Atti del* XL: Congrèsso Internazionale degli Americanisti, Roma, Genova, 3-10 septiembre, 1972 (Genova), 4:158-67, 1976.

Borges Morón, Pedro, *El envío de misoneros a América durante la época española*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1977.

Bourdé, Guy, *Urbanisation et immigration en Amérique Latine: Buenos Aires XIXe et XXe siécles*, Aubier, París, 1974.

Boyd-Bowman, Peter, *Índice geográfico de 40.000 pobladores de América en el siglo XVI*, vol. 1, *La etapa antillana, 1493-1519*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1964.

— *Índice geográfico de 40.000 pobladores de América en el siglo XVI*, vol. 2, 1520-1539, Editorial Jus, Méjico D. F., 1968.

— «Patterns of Spanish emigration to the New World (1493-1580)», State University of New York, Buffalo, 1973.

— «Spanish emigrants to the Indies, 1595-98: A profile», en *First images of America: The impact of the New World on the Old*, ed. Fredi Chiappelli. University of California Press, Berkeley, 1976.

— «Patterns of Spanish emigration to the Indies until 1600», *Hispanic American Historical Review,* 66 (n.° 4): 580-604, 1976b.

— «Patterns of Spanish emigration to the Indies, 1579-1600», *The Americas*, 33 (n.° 1): 78-95, 1976/1977.

Brading, David A., «Los españoles en México hacia 1792», *Historia Mexicana* 23 (n.° 1): 78-95, 1973.

Bray, Donald W. «The political emergence of Arab Chileans, 1952-58», *Journal of Inter-American Studies,* 4:557-62, 1962.

Brisseau, Jeanine, «Le rôle du Cuzco dans la colonisation de la "ceja de montaña" y de la "montaña"», en *Villes et régions en Amérique Latine*, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, París, 1970.

Bromley, Rosemary D. F. y Bromley, Ray, *South American development: A geographical introduction*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

Brown, Jonathan, *Deutschland und Brasilien (1889-1914)*, Böhlau, Colonia, 1979.

— «Die Bedeutung von Einwanderung und Kolonisation im brasilianischen Kaiserreich (1818-1889)», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 9:292-98, 1972.

Buarque de Holanda, Sérgio, ed., *História geral da civilização brasileira: O Brasil monárquico*, 2 vols. 2d. ed. Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1963.

Burkett, Elinor C., «Early colonial Peru: The urban female experience», tesis doctoral, University of Pittsburgh, 1975.

Butterworth, Douglas y Chance, John K., *Latin American urbanization*, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 1981.

Calafut, George, «Analysis of Italian immigration statistics, 1876-1914», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 14:310-30, 1977.

The Cambridge Economic History of Europe, ed. M. Postan y J. Habakkuk, vol. 6, *Industrial revolution and after*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965.

Campbell, Leon G. «The foreigners in Peruvian society during the eighteenth century», *Revista de Historia de América*, 73/74:153-63 (Méjico D. F.), 1972.

Cándido, S. «La emigración política italiana a la América Latina (1820-1870)», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschft Lateinamerikas*, 13:56-83, 1976.

Capitales, empresarios y obreros europeos en América Latina: *Actas del 6.º Congreso de AHILA, Estocolmo, 25-28 de mayo de 1981*, 2 vols., Instituto de Estudios Latinoamericanos, Estocolmo, 1983.

Carande, Ramón, *Carlos V y sus Banqueros*, 2 vols., Revista de Occidente, Madrid, 1943. [También en Crítica, Madrid, 1987].

Cardona, R. *et al.*, *El éxodo de Colombianos: Un estudio de la corriente migratoria a los Estados Unidos y un intento para propiciar el retorno*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1980.

Cardoso, Lawrence A., *Mexican emigration to the United States, 1897-1931: Socioeconomic patterns*, University of Arizona Press, Tucson, 1980.

Cardozo, Manoel, «The Brazilian gold rush», *The Americas*, 3 (n.º 2): 137-60, 1946.

Carmagnani, Marcello y Mantelli, Giovanna, «Fuentes cuantitativas italianas relativas a la emigración italiana: un análisis crítico», en *La emigración euro-*

pea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación, Colloquium Verlag, Berlín Oeste, 1979.

Carrón, Juan M., «Migraciones interregionales en América Latina», *Revista Paraguaya de Sociología*, 16 (n.° 46): 7-24, 1979a.

— «Shifting patterns in migration from bordering countries to Argentina: 1914-1970», *International Migration Review*, 13:475-87, 1979b.

Casey, Jeffrey J., «La inmigración china», *Revista de Historia*, 1 (n.° 1): 145-65 (Heredia, Costa Rica), 1975.

— «La industria bananera en Costa Rica (1800-1940): La organización social del trabajo», *Revista de Indias*, 38 (n.os 153/54): 739-89, 1978.

Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII, I-IV, Archivo General de Indias, Sevilla, 1940-1986.

Centre Nationale de Recherches Scientifiques, *L'histoire quantitative du Brésil de 1800 á 1930: coloques internationales de CNRS, 11-15 Oct. 1971*, IHEAL, París, 1973.

Cerutti, Mario, «La formación de capitales preindustriales en Monterrey (1850-1890): Inmigrantes y configuración de una burguesía regional», *Capitales 2*, 1983.

Chaney, Elsa M., «The world economy and contemporary migration», *International Migration Review*, 13 (n.° 2): 202-12, 1979.

Chaunu, Pierre, y Chaunu, Huguette, *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*, 8 vols., SEVPEN, Paris, 1955-1958.

Chen, Chi-Yen, *Desarrollo regional-urbano y ordenamiento del territorio: Mito y realidad*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1978.

Chen, Chi-Yen, Urquijo, José I. y Picquet, Michel, «Los movimientos migratorios internacionales en Venezuela: Políticas y realidades», *Revista de investigaciones sobre relaciones industriales y laborales*, 4 (n.os 10/11): 11-47 (Caracas), 1892.

Chuaqui, Benedicto, *Memorias de una emigrante (imágenes y confidencias)*, Ediciones Orbe, Santiago de Chile, 1942.

Cipolla, Carlo M., ed., *The Fontana economic history of Europe: The emergence of industrial societies*, vols. 1, 2, Collins, Londres, 1973. [Hay traducción en castellano, *Historia económica de Europa*, Ariel, Barcelona, 1982].

Comissâo de Recenseamento da Colónia Japonesa, São Paulo, Brasil, *The Japanese immigrant in Brasil: Statistical tables*, University of Tokyo Press, Tokyo, 1964.

Conrad, Robert, «The planter class and the debate over Chinese immigration to Brasil, 1850-1893», *International Migrational Review*, 9 (n.° 1): 41-55, 1975.

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, *Migración y desarrollo 2: Consideraciones teóricas y aspectos socioeconómicos y políticos*, CLASCO, Buenos Aires, 1973.

— *Migración y desarrollo 1: Consideraciones teóricas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974a.

— *Migración y desarrollo 3: Análisis histórico y aspectos relacionados a la estructura agraria y al proceso de urbanización*, CLACSO, Buenos Aires, 1974b.

— *Migración y desarrollo 4: Las relaciones campo-ciudad a través del proceso migratorio*, CLACSO, Buenos Aires, s.f.

— *Las migraciones internas en América Latina: Bibliografía*, Centro Paraguayo de Documentación Social, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción, 1976.

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, *Catálogo de pasajeros a India durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, vol. 1, *1509-1534*, vol. 2, *1539-1559*, vol. 3, *1539-1559*, Sevilla, 1940-1946.

Cook, Sherburne F., «Las migraciones en la historia de la población mexicana: Datos modelo del occidente del centro de México, 1793-1950», en *Historia y sociedad en el mundo de habla española: Homenaje a José Miranda*, ed. Bernando García Martínez *et al.*, El Colegio de México, Méjico D. F., 1970.

Corbett, T. G., «Migration to a Spanish imperial frontier in the seventeenth and eighteenth centuries: St. Augustine», *Hispanic American Historical Review*, 54:414-30, 1974.

Corbitt, Duvon Clough, «Immigration in Cuba», *Hispanic American Historical Review*, 22:280-308, 1942.

— *A study of the Chinese in Cuba, 1847-1947*, Asbury College, Wilmore, Ky., 1971.

Cordasco, Francesco, Buccione, E., y Castellanos, D., *Puerto Ricans on the United States mainland: A bibliography of reports, texts, critical studies and related materials*, Rowman and Littlefield, Totowa, N. J., 1972.

Cornblit, Oscar, «European immigrants in Argentine industry and politics», en *The politics of conformity in Latin America*, ed. Claudio Véliz. Oxford University Press, Oxford, 1967.

Cortés Conde, Roberto, «La expansión de la economía argentina entre 1870 y 1914 y el papel de la inmigración», *Caravelle: Cahiers du monde hispanic et lusobrésilien,* 10:67-88 (Tolosa), 1968.

Corwin, Arthur F., «Historia de la emigración mexicana, 1900-1970: Literatura e investigación», *Historia Mexicana,* 22 (n.° 2): 188-220 (Méjico D.F.), 1972.

Corwin, Arthur F., ed., *Immigrants and immigrants: Perspective on Mexican labor migration to the U.S.*, Greenwood, Westport, Conn, 1978.

Craig, Richard B., *The bracero program,* University of Texas Press, Austin, 1971.

Crist, Raymond E., *Andean America: Some aspects of human migration and settlement,* Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, 1964.

Cuccorese, Horacio Juan, «The sonora Chinese and the american revolution», *Historical Review,* 40:191-223, 1960.

Cumberland, Charles C.; y Stevens, J. B. , «The net economic incentives for illegal Mexican migrants: A case study», *International Migration Review,* 15 (n.° 3): 543-50, 1981.

Dahl, Víctor C. «Alien labor on the gulf coast of Mexico, 1800-1900», *The Americas,* 18 (n.° 3): 3-26, 1960.

— «Yugoslav immigrant experiences in Argentina and Chile», *International American Affairs,* 28 (n.° 3): 3-26, 1973.

Dall'Alba, Leonir, *Pioneros nas terras dos condes: História de Orleans*, n.p. 1971.

Davatz, Thomas, *Memórias de um colono no Brasil (1850),* Livraria Martins Editora, São Paulo, 1972.

Dean, Warren, «Remessas de dinheriro dos inmigrantes italianos do Brasil, Argentina, Uruguay e Estados Unidos da América (1844-1914)», *Anais de história* (São Paulo), 6:231-37, 1974.

— *Rio Claro: A Brazilian plantation system, 1820-1920,* Stanford University Press, Stanford, Calif, 1976.

Delgado Ribas, Josep M., «La emigración española a América Latina durante la época del comercio libre (1765-1820): el ejemplo catalán», *Boletín Americanista,* XXIV, Barcelona, 115, 137, 1982.

Delhaes-Guenther, Dietrich von, «Ein Jahrhundert italienische Auswanderung nach Brasilen: Betrechtunge über die Gesamtauswanderung und deren Anfängen», *Janrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft un Gesellschaft Lateinamerifas,* 13:420-33, 1973.

— «La influencia de la inmigración en el desarrollo y composición de la población de Río Grande do Sul», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:420-33, 1976.

Díaz Trechuelo, Lourdes y García-Abasolo, Antonio F., «Córdoba en la emigración andaluza de la primera mitad del siglo XVII», *Actas del Congreso Internacional de Historia de América,* Córdoba, 53-74, 1988.

Diégues Júnior, Manuel, *Inmigração e industrialização (Estudo sobre alguns aspectos da contribuição cultural do imigrante no Brasil)*, Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, Río de Janeiro, 1964.

Dore, Grazia, *La democrazia italiana e l'emigrazione in America*, Biblioteca di storia contemporanea, Brescia, 1964.

Dueñas Olmo, Antonio y Garrido Aranda, Antonio, «La emigración cordobesa a Indias en la segunda mitad del siglo XVII», *Actas del Congreso Internacional de Historia de América,* Córdoba, 75-92, 1988.

Duncan, Kenneth y Rutledge, Ian, eds., *Land and labour in Latin America: Essays on the development of agrarian capitalism in the nineteenth and twentieth centuries*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977.

Duprey, Jacques, *Voyages aux origins françaises de l'Uruguay*, Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, 1952.

Ecla, *Statistical yearbook for Latin America*, United Nations Economic Commission for Latin America, Nueva York, 1982.

Eidt, Robert C., *Pioneer settlements in northeast Argentina*, University of Wisconsin Press, Madison, 1971.

Eiras Roel, Antonio (ed.), *La emigración española a Ultramar, 1492-1914,* Tabapress, Madrid.

Elízaga, Juan C., *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina*, CELADE, Santiago de Chile, 1970.

— «International migration: An overview», *International Migration Review,* 6 (n.° 2): 121-46.

Elkin, Judith L., *Jews of the Latin American republics*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980.

— *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación: Informes presentados a la IV.ª Reunión de Historiadores Latioamericanistas Europeos*, Colloquium Verlag, Berlín Oeste, 1979.

Eltis, David, «Free and coerced transatlantic migrations: some comparisons», *The American Historical Review,* vol. 88: 2, Washington D.C., 251-280, 1983.

Engermann, Stanley L. y Genovese, Eugene, D., eds., *Race and slavery in the Western Hemisphere: Quantitative studies*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1975.

Estadística de emigración e inmigración de España en el quinquenio 1986-1900, 1903.

Everaert, John, «El movimiento emigratorio desde Amberes a la América Latina durante el siglo XIX (1980-1914): Fuentes belgas y estado de la investigación», en *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación: informes presentados a la IV.ª Reunión de Historiadores Latinoamericanistas Europeos*, Colloquium Verlag, Berlín Oeste, 1979.

Fagen, Richard R., Brody, Richard A., y O'Leary, Thomas J., *Cubans in exile: Disaffection and the revolution*, Stanford University Press, Stanford, 1968.

Feindt, Waltraut, y Browning, Harley L., «Return migration: Its significance in an industrial metropolis and an agricultural town in Mexico», *International Migration Review,* 6 (n.° 2): 158-65.

Ferenczi, Imre y Willcox, Walter F., eds., *International Migrations*, vols. 1, 2, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1929.

Fernandes, Florestan, «Immigration and race relations in São Paulo», en *Race and class in Latin America*, ed. Magnus Mörner, Columbia University Press, Nueva York, 1970.

Ferns, H. S., *Britain and Argentina in the nineteenth century*, Clarendon Press, Oxford, 1960.

Foerster, Robert F., *The Italian emigration of our times,* vol. 2, Russell and Russell, Nueva York, 1919.

Fonseca, Luisa da, «O Brasil e os estrangeiros: Mercaderes», *Proceedings of the international colloquium on Luso-Brazilian studies ... 1950*, Vanderbilt University Press, Nashville, Tennessee, 1953.

Franceschini, Antonio, *L'emigrazione italiana nell'America del Sud*, Forzani E. C. Tipografi Editori, Roma, 1908.

Fretz, Joseph Winfield, *Pilgrims in Paraguay: The story of Mennonite colonization in South America*, Herold Press, Scottdale, Pa., 1953.

Fried, Juan, «Algunas observaciones sobre la realidad de la emigración española a América en la primera mitad del siglo XVI», *Revista de Indias,* 13 (n.° 49): 467-97 (Madrid), 1953.

Galíndez, Jesús de, *La era de Trujillo*, Ediciones del Pacífico, Santiago de Chile, 1956.

García, Mario T., *Desert immigrants: The Mexicans of El Paso, 1880-1920*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1981.

García Martínez, Bernardo *et. al.* eds., *Historia y sociedad en el mundo de habla española: Homenaje a José Miranda*, El Colegio de México, 1970.

Gardiner, C. Harvey, *The Japanese and Peru, 1873-1973*, University of New Mexico Press, Alburquerque, 1975.

Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1968.

Gil-Bermejo García, Juana y Pérez Mallaina Bueno, Emilio, «Los andaluces en la navegación transatlántica: la vida y muerte en la Carrera de Indias a comienzos del siglo XVIII», *Andalucía y América en el siglo XVIII*, IV: 1, Sevilla, 271-296, 1985.

Gillespie, Francis y Browning, Harley, «The effect of emigration upon socioeconomic structure: The case el Paraguay», *International Migration Review*, 13 (n.° 3): 502-18, 1979.

Godio, Julio, «Migrantes europeos y organización del movimiento obrero argentino, 1880-1900», *Capitales*, 1:314-48.

Gómez, Carmen y Marchena F., Juan «Los señores de la guerra en la Conquista», *Anuario de Estudios Americanos*, XLII, Sevilla, 127-215, 1985.

Góngora, Mario, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530): Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1969.

Gonzales, Nancie L., «Family organization in five types of migratory wage labor», *American anthropologist*, 63 (n.° 6): 1264-80.

— «Garifuna settlement in New York: A new frontier», *International migration review*, 13 (n.° 2): 255-63.

González de Chávez, Jesús, «Notas para la historia de la emigración canaria a América. Cartas de emigrantes canarios, siglo XVIII». *V Coloquio de historia canario-americano (1982)*, Sevilla, 111-139, 1985.

González Loscertales, Vicente, «Bases para el análisis socioeconómico de la colonia española de México en 1910», *Revista de las Indias*, 39 (n.^{os} 155-58): 267-95, 1979.

Gori, Gastón, *La pampa sin gaucho: influencias del inmigrante en la transformación de los usos y costumbres en el campo argentino en el siglo XIX*, Raigal, Buenos Aires, 1952.

— *Inmigración y colonización en el campo argentino en el siglo XIX*, Eudeba, Buenos Aires, 1964.

Gouy, Patrice, *Péregrination des «Barcelonettes» au Mexique*, Presses Universitaires, Grenobel, 1980.

Graham, Richard, *Great Britain and the onset of modernization in Brazil, 1850-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1968.

Graham, Richard y Smith, Peter H., eds., *New approaches to Latin American History*, University of Texas Press, Cambridge, 1968.

Griffith, William J., *Empires in the wilderness: Foreign colonization and development in Guatemala, 1834-1844*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1965.

Groniowski, Krzysztof, *Polska emigracja zarabkowa w Brazylii, 1871-1914* (resumen en inglés), Ossolineum, Wroclaw, 1972.

— «A emigração polonesa para a América latina nos séculos XIX e XX», en *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación: Informes presentados a la IV.ª Reunión de Historiadores Latinoamericanistas Europeos*, Colloquium Verlag, Berlín Oeste.

Hack, H., *Die Kolonisation der Mennoniten im parguayischen Cacho*, K. Tropeninstitut, Amsterdam, s.f.

Hägerstrand, Torsten, «On the definition of migration», *Yearbook of Population Research in Finland*, Väestöpoliittinen Tutkimuslaitos, Helsinki, 1969.

Hahner, June E., «Jacobinos versus Galegos: Urban radicals versus Portuguese immigrants in Rio de Janeiro in the 1890s», *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, 18 (n.° 2): 125-54, 1976.

Hall, Linda, «El refugio: Migración mexicana a los Estados Unidos, 1910-1920», *Históricas: Boletín de información*, 8:23-38, 1982.

Hall, Michael M., «Approaches to immigration history», en *New approaches to Latin American history*, ed. Richard Graham y Peter H. Smith, 175-93, University of Texas Press, Austin, 1974.

Halpern Pereira, Miriam, *A política portuguesa de emigração (1850-1930)*, Editora A Regra do Jogo, Lisboa, 1982.

Hanna, Alfred Jackson, y Hanna, Katherine Abbey, *Confederate exile in Venezuela*, Confederate Publishing Co, Tuscaloosa, Alabama, 1960.

Hardoy, Jorge E., y Aranovich, Carmen, «Cuadro comparativo de los centros de colonización española existentes en 1580 y 1630», *Desarrollo Económico*, 7 (n.° 27): 531-60, 1967.

— 1970. «Urban scales and function in Spanish America towards the year 1600: First conclusions», *Latin American Research Review*, 5 (n.os 3): 57-110.

Hasbrouck, Alfred, *Foreign legionaires in the liberation of Spanish South America*, Reprint. Octagon Books, Nueva York, [1928] 1969.

Hastings, Donald, «Japanese emigration and assimilation in Brazil», *International Migration review,* 4 (n.º 2): 32-53, 1969.

Hernández García, Julio, «Algunos aspectos de la emigración de las Islas Canarias a Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XIX (1840-1895), *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:132-50.

— «Informe sobre fuentes existentes en España para un estudio de la emigración a Ibero-América durante el siglo XIX», en *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación: Informes presentados a la IV.ª Reunión de Historiadores Latinoamericanistas Europeos,* Colloquium Verlag, Berlín Oeste, 1979.

Hernández Sánchez-Barba, Mario, «La población hispanoamericana y su distribución social en el siglo XVIII», *Revista de Estudios Políticos,* 52 (n.º 78): 111-41, 1954.

— «La sociedad colonial americana en el siglo XVIII», *Historia de España y América,* vol. 4, ed. J. Vicens Vives, Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1961.

Herrera Canales, Inés, Velasco Ávila, Cuauhtémoc, y Flores Clair, Eduardo, *Etnia y clase: Los trabajadores ingleses de la Compañía Real del Monte y Pachuca, 1824-1906,* Departamento de Investigaciones Históricas, INAH (Cuaderno de trabajo, 38), Méjico D. F., 1981.

Hirschman, Alberto O., *Journey towards progress,* Doubleday, Garden City, Nueva York, 1965.

Holloway, Thomas, *Immigrants on the land: Coffee and society in São Paulo, 1886-1934,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980.

Hugarte, Renzo Pi, y Vidart, Daniel, *El legado de los inmigrantes,* vol. 2., Nuestra Tierra, Montevideo, 1969.

Humphreys, Robin A., *The evolution of modern Latin America,* Clarendon Press, Londres, 1946.

Ianni, Octavio, «Do polonés ao polaco», *Raças e classes sociais no Brasil,* Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1966.

IDB, *Social Progress Trust Fund: 1965 report,* Interamerican Development Bank, Washington, D. C., 1966.

IDB, *Social Progress Trust Fund: 19809-81 report,* Interamerican Development Bank, Washington, D. C., 1981.

International Migration Policies and Programmes: A World Survey, United Nations Department of International Economic and Social Affairs, Population Studies 80, Nueva York, 1982.

Jacobs, Raúl, *Consecuencias sociales del alambramiento (1872-1880)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1969.

Kätsch, E. M., y Kätsch, Siegfried, *Sosua-verheiseisemes Land: Eine Dokumentation zu Adaptationsproblemen deutsch-jüdischer Siedler der Dominikanischen Republik*, COSAL, Dortmund, 1970.

Kellenbenz, H., «Mercanti stranieri in Brasile: Origini etnico-religiose e integrazione», *Quaderni Storici*, 25:46-78 (Ancona), 1974.

Kenny, Michael, «The return of the Spanish emigrant», en *Kulturvariation i Sydeuropa*, ed. Knut Weibust, NEFA, Copenhague, 1973.

Klein, Herbert S., «La integración de inmigrantes italianos en la Argentina y los Estados Unidos: Un análisis comparativo», *Desarrollo económico*, 21 (n.° 31): 3-27.

Kohlhepp, Gerd, «Planung und heutige Situation staatlicher kleinbäeurlicher Kolonisationsprojekte an der Transamazônica», *Geographische Zetischrift*, 64 (n.° 3): 171-211.

— «Analysis of state and private regional development projects in the Brazilian Amazon basin», *Applied Geography and Development*, 16:53-79, 1980.

Köllmann, Wolfgang, y Marschalk Peter, «German overseas emigration since 1815», *Migrations:* 447-65, 1980.

Korolev, N. V., «Emigración de Rusia a América Latina a fines del siglo XIX, comienzos del siglo XX», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 13:31-37, 1976.

Kossok, Manfred, *Im Schatten der Heiligen Allianz: Deutschland und Lateinamerika, 1815-1830*, Akademie Verlag, Berlín Este, s.f.

Kritz, Mary M., «The impact of international migration on Venezuelan demographic and social structure», *Internacional Migration Review*, 9:513-43, 1975.

Kula, Marcin, «El Brasil y Polonia a fines del siglo XIX en las cartas de los campesinos emigrados», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 13:38-55, 1976.

— «El proletariado polaco en Cuba en el período de entreguerras», *Capitales*, 2:358-67.

Laguerre, Michel S., «Haitian immigrants in the United States: A historical overview», en *White collar migrants in the Americas and the Caribbean*, ed. Arnaud F. Marks y Hebe M. C. Vessuri, Royal Institute of Linguistics and Antrophology, Leiden, 1983.

Laurence, K. O., *Immigration into the West Indies in the 19th century,* Caribbean University Press, St. Lawrence, Barbados, 1971.

Lavrin, Asunción, «Women in Spanish American colonial society», *Cambridge History of Latin America,* II, 322-355, 1984.

Lee, Everett, «A theory of migration», en *Migration,* ed. J. A. Jackson, Cambridge University Press, Londres, 1966.

Lee, Samuel James, *Moses of ten New World: The Work of Baron Hirsch,* Yoseleff, Nueva York, 1970.

Lepkowski, Tadeusz, «Pequeños empresarios judío-polacos en Méjico», *Capitales,* 2, 1983.

Lewin, Boleslao, *¿Cómo fue la inmigración judía a la Argentina?,* Plan Ultra, Buenos Aires, 1971.

Liebermann, José, *Los judíos en la Argentina,* Libra, Buenos Aires, 1966.

Lier, R. A. J. van, *Frontier society: A social analysis of the history of Surinam,* Koninklijk Institut voor Taal-, Landen Volkenkunde, La Haya, 1971.

Lindahl, Göran G., *Uruguay's new path: A study in politics during the first colegiado, 1919-33,* Library and Institute of Ibero-American Studies, Estocolmo, 1962.

Lindqvist, Sven, *Jord och makt i Sydamerika,* Bonniers, Estocolmo, 1973.

Linhares, Maria Yedda y Barbaro Levy, Maria, «Aspectos da história demográfica e social do Rio de Janeiro (1808-1889)», *L'histoire quantitative du Brésil de 1880 à 1930,* Centre National de la Recherche Scientifique: 123-38, París, 1973.

Livermore, Harold V., «Nueva Australia», *Hispanic American Historical Review,* 30:290-313, 1950.

Lockhart, James, *Spanish Peru 1932-1560: A colonial society,* University of Wisconsin Press, Madison, 1968.

— *The men in Cajamarca: A social and biographical study of the first conquerors of Peru,* University of Texas Press, Austin, 1972.

— *Letters and people to Spain,* vol. 2 de *First images of America,* ed. Fredi Chiappelli, 783-96, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1976.

«Letters and people to Spain», *First images of America: the impact of the New World on the Old,* ed. por F. Chiappelli, II, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 783-796, 1976.

— «Social organization and social charge in colonial Spanish America», *Cambridge History of Latin America,* II, 265-319, 1984.

Lockhart, James y Otte, Enrique, eds., *Letters and people of the Spanish Indies: Sixteenth Century,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

Lohmann Villena, Guillermo, «Índice de los expedientes sobre bienes de difuntos en el Perú», *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas,* XI: 11, Lima, 58-133, 1958.

López, R. Paula, «Immigration and settlement in Brasil, Argentina, and Uruguay», pts. 1,2, *International Labour Review,* 35 (n.° 1): 215-46; 352-83, 1937.

López de Velasco, Juan, *Geografía y descripción universal de las Indias,* ed. M. Jiménez de la Espada, estudio preliminar por Carmen González Muñoz, Biblioteca de Autores (desde la formación de lenguaje hasta nuestros días), n.° 248, Madrid, 1971.

Lorenzoni, Julio, *Memorias de un inmigrante italiano,* Livraria Sulina Editora, Porto Alegre, 1975.

Lundahl, Mats, «A note on Haitian migration to Cuba, 1890-1934», *Cuban Studies/Estudios Cubanos,* 12 (n.° 2): 21-36, 1982.

Lynch, John, *The Spanish American revolutions, 1808-1926,* Norton, Nueva York, 1973. [Hay traducción en castellano: *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1926,* trad. Alfaya, Javier y McShane, Bárbara, Ariel, Madrid, 1985].

MacDonald, J. S., «Agricultural organization, migration and labor militancy in rural Italy», *Economic History Review* n.s., 16:61-75, (Utrecht), 1963-64.

MacGaffey, Wyatt y Barnett, Clifford R., *Twentieth-century Cuba: The background of the Castro revolution,* Doubleday, Garden City, Nueva York, 1962.

Macías, Isabelo y Morales Padrón, Francisco, eds., *Cartas desde América, 1700-1800,* Junta de Andalucía, Sevilla.

Magalhães-Godinho, Vitorino, «L'émigracion portugaise du xve siècle à nos jours: Histoire d'une contante structurale», *Conjonture économique, structure sociales: Hommage à Ernest Labrousse,* Mouton, París y La Haya, 1974.

Maloof, Louis, J., «A sociological study of Arabic-speaking people in Mexico», tesis doctoral, University of Florida, 1959.

Mangalam, J. J., y Schwarzweller, H. K., «General theory in the study of migration: Current needs and dificulties», *International Migration Review,* 3 (n.° 1): 3-21, 1968.

Mangalam, J. J., y Schwarzweller, H. K., «Some theoretical guidelines toward a sociology of migration», *International Migration Review* 4 (n.° 1): 3-13, 1970.

Maram, Sheldon L., «The immigrant and the Brazilian labor movement, 1890-1920», en *Essays concerning the socio-economic history of Brazil and Portuguese India,* ed. Dauril Alden y Warren Dean, University Presses of Florida, Gainesville, 1977.

Marcélio, María Luiza, «Industrialisation et mouvement ouvrier à São Paulo au début de xxe siècle, *Le mouvement social,* 53:111-29 (París), 1965.

— *A cidade de São Paulo. Povoamento e população. 1750-1850 com base nos registros paroquiais e nos recenseamentos antigos,* Livraia Pionera Editora, São Paulo, 1974.

— «The population of colonial Brazil», *Cambridge History of Latin America,* II, 38-63, 1984.

Marchena Fernández, Juan, *Oficiales y soldados en el ejército de América,* EEHA, Sevilla, 1983.

Marks, Arnaud F. y Vessuri Hebe M. C., eds., *White collar migrants in the Americas and the Caribbean,* Royal Institute of Linguistics and Anthropology, Leiden, 1965.

Mármora, Lelio, «Labor migration policy in Colombia», *International Migration Review,* 13 (n.° 3): 440-54, 1979.

Marrero, Levi, *Venezuela y sus recursos: Una geografía visualizada,* Cultura Venezolana, Caracas, 1964.

Marsal, Juan Francisco, *Hacer la América: Biografía de un emigrante,* Ariel, Buenos Aires, 1972.

Marschalck, Peter, «Social and economic conditions of European emigration to South America in the 19th and 20th centuries», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:11-30, 1976.

Marshall, Adriana, «Immigrant workers in the Buenos Aires labor market», *International Migration Review,* 13 (n.° 3): 488-501, 1979.

Marshall, Adriana y Orlansky, Dora, «Inmigración de países limítrofes y demanda de mano de obra en la Argentina, 1940-1980», *Desarrollo Económico,* 23 (n.° 89): 35-58, 1983.

Martínez Díaz, Nelson, «La inmigración canaria en Uruguay durante la primera mitad del siglo xix: Una sociedad para el transporte de colonos», *Revista de Indias,* 38 (n.° 151/52): 349-402, 1978.

Matterlart, Armand, y Matterlart, Michèle, *La problematique du peuplemente latinoaméricain,* Editeurs Universitaires, París, 1964.

Mazet, Claude, «Population et société à Lima aux XVIe et XVIIe siècle: La paroisse San Sebastian (1562-1689)», *Cahiers des Amérique Latines,* 13/14:51-100, 1976.

McGreevey, William, «Causas de la migración interna en Colombia», en *Empleo y desempleo en Colombia,* Editora Universidad de los Andes, Bogotá, 1968.

Mecham, J. Lloyd, *Church and state in Latin America: A history of political-ecclesiastical relations,* University of North Carolina, Rev. Ed. Chapel Hill, 1966.

Metcalf, Alida C., «Fathers and sons: the politics of inheritance in colonial Brazilian township», *The Hispanic American Historical Review,* 66: 3, 455-484, 1986.

Meyer, Jean, «L'émigration mexicaine aux Etats-Unis», *Cahiers des Amériques Latines,* 12 (n.° 2): 255-73, 1975.

— «Les migrations au Mexique», *Cahiers des Amériques Latines* Pretince-Hall, Englewood Cliffts, N.J., 1970.

— *Les migrations internationales de la fin du XVIIIe siècle à nos jours,* Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1980.

Misek, Rudolf, «Origen de la emigración checoslovaca a la Argentina», *Ibero-Americana Pragensia,* 1:123-31 (Praga), 1967.

Moore, Joan W., ed., *Mexican Americans,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1970.

Morales, J., *Panorama de la migración internacional entre países latinoamericanos,* CELADE, Santiago de Chile, 1974.

Morales Alvarez, Juan M., *Los extranjeros con carta de naturaleza de las Indias durante la segunda mitad del siglo XVIII,* Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1980.

Morales Vergara, Julio, «Evaluation of the magnitude and structure of international migration movement in Latin America 1958/67», *International Population Conference,* London 1969, International Union for the Scientific Study of Population, 1971, 4:2606, Liège, 1969.

Mörner, Magnus, ed., *Race and Class in Latin America,* Columbia University Press, Nueva York, 1970.

— «Spanish migration to the new world prior to 1810: A report on the state of research», en *First images of America: The impacto of the new world on the*

old, vol. 2, ed. Fredi Chiappelli, Universidad de California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1976.

— *Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la colonia,* Universidad del Pacífico, Lima, 1978.

— «European travelogues as sources to Latin American history from the late eighteenth century until 1870», *Revista de historia de América,* 93:91-149, 1982a.

— «Massutvandring över Havet», en *Vandrarsläktet människan,* Stiftelsen Forskning och Framsteg, Estocolmo, 1982b.

Mörner, Magnus; Viñuela, Julia Fawaz de; y French, John D., «Comparative approaches to Latin America history», *Latina America Research Review,* 17 (n.° 3): 55-89, 1982.

Mörner, Magnus, «Estratificación social de Hispanoamérica durante la época colonial», Historia general de América bajo la dirección de Guillermo Morón, vol. XIV, Presidencia de la República, Caracas, 85-155, 1989.

Morse, Richard M., «Trends and issues in Latin American urban research, 1965-1970», *Latin America Resarch Review,* 6 (n.° 1): 3-52; 6 (n.° 2): 19-75, 1971.

Mosk, Sanford, «Latin America and the world economy, 1850-1914», *Inter-American Economy Affairs,* 2 (n.° 3): 53-82, 1948.

— «The coffee economy of Guatemala, 1850-1918: Development and signs of instability», *Inter-Americna Economic Afairs,* 9 (n.° 3): 6-20, 1955.

Mulhall, Michael G., *The dictionary of statistics,* 4.ª ed., Routledge, Londres, 1899.

Nadal, Jordi, *La población española (siglos XVI a XX),* 3.ª ed., Ariel, Barcelona, 1973.

Nath, Dwarka, *A history of indians in British Guian,* D. Nath, Londres, 1950.

Newton, Ronald C., *German Buenos Aires, 1900-1933: Social change and cultural crisis,* University of Texas Press, Austin, 1977.

— «Indifferent sactuary: German-speaking refugees and exiles in Argentian, 1933-1945», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* 24 (n.° 4): 395-420, 1982.

Nicoulin, Martin, *La genèse de Nova Friburgo: Emigration et colonisation suisse au Brèsil, 1817-1927,* Editions Universitaires, Fribourg, 1973.

Nikolinkos, A., «Notes towards a general theory of migration in late capitalism», *Race and class,* 17 (n.° 1), 3-18, 1975.

Nino de Guerrero, Raúl, *Rural to urban drift in Colombia,* University of Lund, Lund, Sweden, 1979.

Normano, J. F. y Gerbi, A., *The Japanese in South America: An introductory study with especial reference to Peru*, Institute for Pacific Relations, Nueva York, 1943.

Oddone, Juan Antonio, *La emigración europea al Río de la Plata: Motivaciones y proceso de incorporación,* Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1966.

— *La formación del Uruguay moderno,* EUDEBA, Buenos Aires, 1966.

Odell, Peter R. y Preston, David A., *Economies and societies in Latin America: A geographical interpretation,* 2.ª ed., John Wiley, Nueva York, 1978.

ONU (publicaciones), *Trends and characteristics of international migration since 1950,* Demographic Studies 64, United Nations Department Economic and Social Affairs, Nueva York, 1979.

— *International migration policies and programmes: A world survey,* Population Studies 80, United Nations Department of International Economic and Social Affairs, 1982a.

— *World population trends and policies: 1981 monitoring report,* Population Trends 1, United Nations Department of Economic and Social Affairs, 1982b.

Ortiz de la Tabla Ducasse, Javier, «Extranjeros en la Audiencia de Quito (1595-1603)», *América y la España del siglo XVI,* II, ed. por Francisco de Solano y Fermín del Pino, Madrid, 93-113, 1983.

— «Rasgos fundamentales de los emigrantes a Indias. Indianos de Guadalcanal: sus actividades en América y sus legados a la metrópolis, siglo XVII», *Andalucía y América en el siglo XVII (1983),* Sevilla, 29-62, 1985.

Oteiza, Enrique, «Emigración de profesionales, técnicos y obreros calificados argentinos a los Estados Unidos». *Desarrollo Económico,* 39/40:429-54.

Otte, Enrique, «Cartas Privadas de Puebla del siglo XVI», *Jahrbuch für Gerchichte von Staat, Wirstschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 3:3-87, 1966.

— «Die europäischen Siedler und die Probleme der neuen Welt», *Jahrbuch Für Gerchichte von Staat, Wirstschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 6:1-40, 1969.

— *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616,* Junta de Andalucía, Sevilla, 1988.

Palmer, Ransford W., «Emigration and the economic decline of Jamaica», en *White collar migrants in the Americas and the Caribbean,* ed. Arnaud F. Marks y Hebe M. C. Vessuri, Royal Institute of Linguistics and Anthropology, Leiden, 1983.

Parry, J. H., *The Age of the Reconnaissance,* Mentor, Nueva York, 1964.

Parsons, James T., «The migration of Canary islanders to the Americas: and unbroken current since Colombus, *The Americas,* IX: 4, Washington D.C., 447-481, 1983.

Pérez, Lisandro, «Iron mining and socio-demographic change in eastern Cuba, 1884-1950», *Svenska öden i Sydamerika,* Norstedts, Estocolmo, 1951.

Pérez de la Riva, Juan , «Documentos para la historia de las gentes sin historia: El tráfico de culíes chinos», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* 6 (n.° 2): 77-90, 17 8n.° 2): 75-85 (Habana) 1964.

— «La inmigración antillana en Cuba durante el primer tercio del siglo xx», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* 17 (n.° 2): 75-85 (Habana), 1975.

Petrucelli, José Luis, «Consequences of Uruguayan emigration: Research note», *International Migration Review,* 13 (n.° 3): 519-26.

Les Phénoménes de «Frontiére» dans les pays tropicaux, Centre de recherche et documentation su L'Amérique latine, París, 1981.

Piel, Juan, «L'importation de main-óuvre chinoise et le développement agricole au Pérou au xixème siècle», *Cahiers des Amériques Latines,* 9/10:87-103 (París), 1974.

Pike, Frederick B., «Hispanismo and the non-revolutionary Spanish immigrant in Spanish America, 1900-1930», *Inter-American Economic Affairs,* 25:3-30, 1971.

Pilatti balhana, Altiva; Pinheiro Machado, Brasil y Westphalen Cecilia María, «Alguns aspectos relativos aos estudos de inmigração e colonização», en *Colonização e migração: Trabalhos apresentados ao IV. simpósio dos professores universitários de história,* ed. Eurípides Simões de Paula, Universidad de São Paulo, São Paulo, 1969.

Platt, D. C. M., «British agricultural colonization in Latin America», *Inter-American Economic Affairs,* 18 (n.° 3): 3-38; 19 (n.° 1): 23-42, 1964-65.

— *Latin America and British trade, 1806-1914,* black, Londres, 1972.

Polisensky, J., «La emigración checoslovaca a América Latina 1640-1945: Problemas y fuentes», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:216-38, 1976.

Poppino, Rollie E., *Brazil: The Land and people,* Oxford University Press, Nueva York, 1968.

Portes, Alejandro y Walton John, *Urban Latin America: The political condition from above and below,* University of Texas Press, Austin, 1976.

Presedo, Vicente Vázquez, «The role of Italian migration in the development of the Argentine economy, 1875-1914», *Economia Internazionale, Rivista dell'Instituto di Economía Internazionale,* 24:606-26 (Genova), 1971.

Preston, David A.; Taveras, Gerardo y Preston Rosemary A., «Emigración rural y desarrollo agrícola en la Sierra Ecuatoriana», *Revista Geográfica,* 93:7-35, 1981.

Prince, P. y Prince, H., «Demographic aspectos of the Polish migration to Brazil», *inter-American Economic Affairs,* 5 (n.° 4): 46-58, 1952.

Quintas, Amaro, *O sentido social da Revolução Praiera,* Civilizacão Brasileira, São Paulo, 1967.

Recchini de Lattes, Zulima, *Migraciones en la Argentina: Estudio de las migraciones internas e internacionales, basado en datos censales 1869-1960,* Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, 1969.

— *La población de Buenos Aires: Componentes demográficos del crecimiento entre 1855 y 1960,* Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, 1971.

Reed, Nelson, *The caste wars of Yucatán,* Standford University Press, Standford, 1964.

Reichert, John y Massey, Douglas S., «History and trends in United States bound migration from a Mexican town», *International Migration Review,* 14 (n.° 4): 475-91.

Reisler, Mark, *By the sweat of their brow: Mexican immigrant labor in the U.S., 1900-40,* Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1976.

Revert, Eugène, *La Martinique: Etude geographique et humaine,* L'ùnion Française, París, 1949.

Rial, Juan, «Estadísticas históricas de Uruguay 1850-1930», Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay, Montevideo, 1980.

Roberts, George W., «The demographic position of the Caribbean», U.S. House of Representatives Committee on the Judiciary, Subcommitte n.° 1:104-06. (Study of population and immigration problems. Western Hemisphere, 2:1); Washington, 1963.

Roberts, George W., y Byrne, J., «Summary statistics on indenture and associated migration affecting the West Indies, 1834-1918», *Population Studies,* 20:125-34, 1966-67.

Roberts, George W. y Johnson M. A., «Factors involved in immigration and movements in the working force of British Guiana in the 19th century», *Social and Economic Studies,* 23 (n.° 1): 69-83 (Jamaica), 1974.

Rocha Nogueira, Arlinda, *A inmigracão japonesa para a lavoura cafeteira paulista (1908-1922),* Universidade de São Paulo, São Paulo, 1973.

Roche, Jean, *La colonisation allemande et le Rio Grande do Sul,* Institut des hautes études de l'Amérique latine, París, 1959.

Rockett, Ian R. H., «Inmigratión legislation and the flow of specializaed human capital form South America to the United States», *International Migration Review,* 10 (n.° 3): 47-61, 1976.

Rodríguez Campos, Manuel, «La inmigración canaria en los primeros años de la República venezolana», *Tierra Firme: Revista de historia y ciencias sociales,* 1 (n.° 1): 23-34, 1983.

Rodríguez Plata, Horacio, *La inmigración alemana al estado soberano de Santander en el siglo XIX: Repercusiones socio-económicas de un proceso de transculturación,* Ediciones Kelly, Bogotá, 1968.

Rodríguez Vicente, María E., «Los extranjeros y el mar en el Perú (fines del siglo XVI y comienzos del XVIII)», *Anuario de Estudios Americanos,* 25:619-29 (Sevilla), 1968.

Rogberb, Martin, *Svenskar i Latinamerika: Pionjäröden och nutida insatser,* Lidqvists förlag, Orebro, 1954.

Rogers, Andrei, «Sources of urban population growth and urbanization, 1950-2000: A demographic accounting», *Economic Development and Cultural Change,* 30 (n.° 3): 483-506, 1982.

Rogg, Eleonor Meyer, *The assimilation of Cuban exiles: The role of community and class,* Aberdeen Press, Nueva York, 1974.

Rollo, Andrew F., *The lost cause: The confederate exodus to Mexico,* Universidad de Oklahoma Press, Norman, 1965.

Romo, Ricardo, *East Los Angeles: History of a barrio,* University of Texas Press, Austin, 1983.

Rs. Imigração e colonização, Mercado Aberto, Porto Alegre, 1980.

Rubio Mañe, J. Ignacio, «Extranjeros en Mérida y Campeche», *Memorias de la Academia Mexicana de Historia,* 4:3, 1945.

— *Gente de España en la ciudad de México: Año de 1689,* Archivo General de la Nación, México, 1966.

Safford, Frank, «In search of the practical: Colombian students in foreign lands, 1845-1890», *Hispanic-American Historical Review,* 52 (n.° 2): 230-49.

Saito, Hiroshi, *O japonês no Brasil: Estudo de mobilidade e fixação,* Ediciones Sociología e Política, São Paulo, 1961.

Samora, Julían, *Los mojados: The wetback story,* Indiana, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1971.

Sánchez-Albornoz, Nicolás, *The population of Latin America: A history,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1974. [Hay traducción en castellano, *La población de América Latina,* 2.ª ed. Alianza Ed., Madrid, 1977

— «Migración urbana y trabajo: Los indios de Arequipa, 1571-1645», *De historia e historiadores: Homenaje a José Luis Romero,* 259-81, Siglo XXI, Mexico D. F., 1982.

— (ed.), *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930,* Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Sassen-Koob, Saskia, «Economic growth and immigration in Venezuela», *International Migration Review,* 13 (n.° 3): 445-74, 1979.

Sbarra, Noel H. *Historia del alambrado en Argentina,* Raigal, Buenos Aires, 1955.

Scarzanella, Eugenia, «L'industria argentina e gli immigranti italiani: nascita della borghesia industriale bonaerense», *Annali della Fondazione Luigi Einaudi* (1981), 15: 365-412.

Schmitt, Peter A., *Paraguay und Europa: Die Diplomatischen Beziehungen unter Carlos Antonio López und Francisco Solano López, 1841-1870,* Colloquium Verlag, Berlín Este, 1963.

Schopflocher, Roberto, *Historia de la colonización agrícola en Argentina,* Raigal, Buenos Aires, 1955.

Schramm, Percy Ernst, «Die deutsche Siedlungskolonie Dona Francisca (Brasilien: St Catharina) im Rahmen gleichzeitiger Projekte und Verhandlungen», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 1:283-234, Böhlau, Colonia, 1964.

Schuler, Monica, *«Alas, alas, Kongo»: A social history of indentured African immigration into Jamaica, 1841-1865,* Johans Hopkins University Press, Baltimore, 1980.

Schwartz, Ernst y Tevelde, Johan C., «Jewish agricultural settlement in Argentina: The ICA experiment», *Hispanic-American Historical Review,* 29 (n.° 2): 185-203, 1939.

Scobie, James R., *Revolution on the pampas: A social history of Argentine wheat 1860-1910,* University of Texas Press, Austin, 1964.

— *Argentina: A city and a nation,* 2.ª ed., Oxford University Press, Nueva York, 1971.

— *Buenos Aires: Plaza to suburb, 1870-1910,* Oxford University Press, Nueva York, 1974.

Seed, Patricia, «Social dimensions of race: Mexico City, 1753», *Hispanic American Historical Review,* 62 (n.° 4): 569-606, 1982.

Segall, Marcelo, «En Amérique Latine: Développement du mouvemente ouvrier et proscription», *International Review of Social History,* 17:325-69 (Amsterdam), 1972.

Seraile, William, «Afro-American emigration to Haiti during the civil war», *The Americas,* 35 (n.° 2): 185-200, 1978.

Serrão, Joel, *A emigração portuguesa: Sondagem Histórica,* Livros Horizonte, Lisboa, 1974.

Serrão, Joel y Pereira, Arnaldo, «Inventariação das fontes e bibliografía relativas á emigração portuguesa», en *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación: Informes presentados a la IV.ª Reunión de Historiadores Latino-americanistas Europeos,* Colloquium Verlag, Berlín Este, 1979.

Servin, Manuel P., ed., *The Mexican Americans: An awakening minority,* Glencoe Press, Beverley Hilla, California, 1970.

Sevilla Soler, Rosario, *Inmigración y cambio socio-económico en Trinidad, 1783-1797,* EEHA, Sevilla, 1988.

Simmons, Alan y Cardona, Ramiro, «Rural-urban migration: Who comes, who stays, who returns? The case of Bogotá, Colombia, 1929-1968», *International Migration Review,* 6 (n.° 2): 166-81, 1972.

Simon, Fanny S., «Anarchism and anarcho-syndicalism in South America», *Hispanic American Historical Review,* 26 (n.° 1): 38-59, 1946.

Sims, Harold D., «Las clases económicas y la dicotomía criollo-peninsular en Durango, 1827», *Historia Mexicana,* 20 (n.° 1): 38-59, 1971.

— «Japanese postwar migration to Brazil: An analysis of data presently available», *International Migration Review,* 6 (n.° 2): 246-66, 1972.

— «Japanese agriculturalists in Brazil and Paraguay: A review of the literature», *Peasant Studies Newsletter,* 3 (n.° 9): 13-19, 1974a.

— *La expulsión de los españoles de México (1821-1828),* Fondo de Cultura Económica, Méjico D. F., 1974b.

— *La descolonización de México: Los conflictos entre mexicanos y españoles (1821-1831),* Fondo de Cultura Económica, Méjico D. F., 1982a.

— «Los españoles exiliados de México en 1829», *Historia Mexicana,* 3 (n.° 3): 391-414, 1985.

—, *La reconquista de México: La historia de los atentados españoles (1821-1830),* Fondo de Cultura Económica, Méjico D. F., 1985.

Sindico, Domenico E., «Inmigración europea y desarrollo industrial: El caso de Monterrey, México», *Capitales,* 2:436-67, 1983.

Sjöstrand, María E. Castellano de, «La población de Venezuela: Migraciones internas y distribución espacial, 1908-1935», *Semestre Hispánico,* 1 (n.° 5): 62 (Caracas), 1975.

Skidmore, Thomas E., «Workers and soldiers: Urban labor movement and elite responses in twentieth-century Latin America», en *Elites, Masses and modenization in Latin America, 1850-1930,* University of Texas Press, Austin, 1979.

Slicher van Bath, B. H., «Desarrollo agrícola en Europa entre 1800 y 1914», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:11-30, 1979.

Smith, Lois Elwyn, *Mexico and the Spanish republicans,* Universidad of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1955.

Smolana, Krzystof, «Los obreros, empresarios y capitales polacos en el proceso de industrialización y de sindicalización de América Latina», *Capitales,* 1:102-24, 1983.

Socolow, Susan Migden, *The merchants of Buenos Aires, 1778-1810. Family and commerce,* Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

— *The bureaucrats of Buenos Aires. 1769-1810: amor al Real Servicio,* Duke University Press, Durham NC y Londres, 1987.

Sofer, Eugene F. «Immigration and entrepreneurship in Buenos Aires, 1890-1827: The Jewish case», presentado en la reunión del Pacific Coast Council on Latin American Studies, Tempe, Arizona, 1976.

Solari, Aldo E., *Sociología rural nacional,* 2.ª ed., Facultad de Derecho, Montevideo, 1985.

Solberg, Carl, *Immigration and nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914,* University of Texas Press, Austin, 1970.

— «Peopling the prairies and the pampas: The impact of immigration on Argentina and Canadian development, 1870-1930», *Journal of Inter-American Studies and World Affairs,* 24 (n.° 2): 131-61, 1982.

Spalding, Hobart A., Jr., comp., *La clase trabajadora argentina (documentos para su historia, 1890-1912),* Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970.

— *Organized labor in Latin America: Historical case studies of workers in dependent societies,* New York University Press, Nueva York, 1977.

— «Capitales, empresarios y obreros europeos en los procesos de industrialización y sindicalización en América Latina, 1850-1930: Una breve síntesis», *Capitales,* 1:209-35, 1983.

Stang, Gudmund, «La emigración escandinava a la América Latina, 1800-1940», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:293-330, 1976.

— «Aspectos de la política de personal de las empresas británicas en América Latina, 1880-1930», *Capitales,* 2, 1976.

Statistical Abstract of Latin America, Latin American Center, University of California at Los Angeles, Los Ángeles, 1967, 1987.

Stenbäck, Karin, *Utvandringen fran Sverige till Brasiliaen 1868-1891. Tre studier,* tesis M.A., Institute of History, University of Carolina Press, 1973.

Stewart, Watt, *Chinese bondage in Peru: A history of the Chinese coolie in Peru, 1840-1874,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1951.

Stols, Eddy, «Os mercaderes flamengos em Portugal e no Brasil antes das conquistas holandesas», *Anáis de Historia,* 5:9-54 (São Paulo), 1973.

— «Penetração económica, assistência técnica e «brain drain». Aspectos da emigração belga para a América Latina por volta de 1900», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:361-85, 1976.

— «L'expansion belge en Amerique Latine vers 1900», *Academie Royale des Sciences D'Outre-Mer: Bulletin des Seances,* 2.

Strelco, Andrei, «Primeros inmigrantes ucranianos en Latinoamérica», *América Latina,* 1:89-98, 1975.

Súarez, Santiago-Gerardo, *Inmigración y naturalización,* S. R. L., Caracas, 1975.

Szuchman, Mark D., «The limits of the melting pot in urban Argentina: Marriage and inegration in Córdoba, 1969-1909», *Hispanic American Historical Review,* 57 (n.° 1): 24-50.

— *Mobility and integration in urban Argentina. Córdoba in the Liberal era,* University of Texas Press, Austin, 1980.

Thistlethwaite, Frank, «Migration from Europe overseas in the nineteenth and twentieth centuries», *XI. Congrés International des Sciences Historiques: Rapports,* 5:32-60 (Uppsala), 1960.

Thomas, Brinley, *Migration and economic growth: A study of Great Britain and the Atlantic Economy,* Cambridge University Press, Cambridge, 1954.

Thomas, Hugh, *Cuba: The pursuit of freedom,* Harper & Row, Nueva York, 1971.

Thomas, Brinley, *Migration and economic growth: A study of Great Britain and the Atlantic economy,* Cambridge University Press, Cambridge, 1954.

Thomas, Mary Elizabeth, *Jamaica and the volunty laborere from Africa, 1840-1865,* The University Presses of Florida, Gainesville, 1974.

Tiger, James L., «Shindo Remmei: Japanese nationalism in Brazil», *Hispanic American Historical Review,* 40:515-32, 1961.

— «The Ryukyuans in Bolivia», *Hispanic American Historical Review,* 43:206-29, 1963.

— «The Ryukyuans in Peru, 1906-1952», *The Americas,* 35 (n.° 1): 20-44, 1906-1952, 1978.

— «Japanese settlement in eastern Bolivia and Brazil», *Journal of Inter-American Studies and World Affairs,* 24 (n.° 4): 496-517, 1982.

Tobler, Hans Werner, «Emigración europea a América Latina, Suiza», en *La emigración europea a la América Latina: Fuentes y estado de investigación: Informes presentados en la IV.ª Reunión de Historiadores Latinoamericanistas Europeos,* Colloquium Verlag, Berlín Este, 1979.

Tornero Tinajero, Pablo, «Emigración canaria a América: la expedición cívico-militar a Luisiana de 1777-1779, *I Coloquio de historia canario-americana (1980),* IV: 1, 505-529, Sevilla, 1982.

Torrado, Susana, «International migration policies in Latin America», *International Migration Review,* 13 (n.° 3): 428-39, 1979.

Tsung Likokuo Shihwuyamen, *Report of the commision sent by China to ascertain the condition of Chinese coolies in Cuba,* reimpresión, Ch'eng Wen Publishing Co. Taipei [1876], 1970.

Ugalde, Antonio; Bean F. D.; Cárdenas, Gilberto, «International migration from the Dominican Republic: Findings from a national survey», *International Migration Review,* 13 (n.° 2): 235-54, 1979.

Un secolo di emigrazione italiana (1876-1976), ed. Francesco Balletta, Anna Maria Birindellim y Franco Cesare, Centro Studi Emigrazione, Roma, 1980.

Valdés, Nelson P. y Lieuwen, Edwin, *The Cuban revolution: A research-study guide (1959-1969),* University of Mexico Press, Alburquerque, 1971.

Varga, Hernando, «A 1,000,000 move: Migration from Colombia to Venezuela», *Migration Today,* 26:21-22.

Varga, Ilona, «A divándorlás irányváltozása és a magyar kivándorl beilleszkedése Latin-Amerikában a két világhaború között» (trata la migración hungara y su asimilación en América Latina en la década de 1920 y 1930. Resumen en español), *Acta Historica,* 56, 1979

Vázquez-Presedo, Vicente, «The rol of Italian migration in the development of the Argentine economy, 1875-1914», *Economía Internazionale: Rivista dell'Istituto di Economía Internazionale,* 24:606-26 (Genova), 1971.

Viega, Danielo, «Socioeconomic structure and population displacements: The Uruguayan case», *Canadian Journal of Latin American Studies, Rivista dell'Istituto di Economía Internazionale,* 24:606-26 (Genova) 1971.

Vieytes, A., «La emigración salvadoreña a Honduras», *Estudios Centroamericanos,* 254/55:399-406, 1969.

Vila Villar, Enriqueta, «Extranjeros en Cartagena (1593-1630)», *Jahrbuch für Geschichte son Straat, Wirtschaft and Gesellschaft Lateinamerikas,* XVI, 147-189, Colonia, 1979.

Wachowicz, Ruy Christovam, *Abranches: Un estudio de historia demográfica,* Editorial Gráfica Vientina, Curitiba, 1976.

Waibel, Leo, *Die europäische Kolonisation Südbrasiliens,* Colloquium, Geographicum, 1955.

Weibust, Knut, ed., *Kulturvariation i Sydeuropa,* NEFA, Copenhagne, 1973.

Weisbrot, Robert, *The Jews of Argentina from the Inquisition to Perón,* Jewish Publication Society of America, Philadelphia, 1979.

Weller, Judith Ann, *The East Indian indenture in Trinidad,* Institute of Caribbean Studies, Río Piedras, Puerto Rico, 1968.

Wilkie, James W., «La ciudad de México como imán de la población económicamente activa, 1930-1965», en *Historia y sociedad en el mundo de habla española: Homenaje a José Miranda,* ed. Bernardo García Martínez, el Colegio de México, Méjico D. F., 1970.

Willems, Emílio, *A aculturação dos alemães no Brasil,* Civilização Brasileira, São Paulo, 1946.

— «Minority subcultures in Brazil», *Miscellanea Paul Rivet,* vol. 2, UNAM, Méjico D.F., 1958.

Williams, Glyn, *The desert and the dream. A study of Welsh colonization in Chubut, 1865-1915,* University of Wales Press, Cardiff, 1975.

— «La emigración galesa en la Patagonia, 1865-1915», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 13:239-92, 1976.

Williams-Bailey, W. y Pemberton, P. H., *Nelson's West Indian geography: A new study of the Commonwealth Caribbean and Guayana,* Thomas Nelson and Sons, Londres, 1972.

Wiznitzer, Arnold, *Jews in Colonial Brazil,* Columbia University Press, Nueva York, 1960.

Wolff, Inge, «Zur Geschichte der Ausländer im Spanischen Amerika», en *Europe and Übersee: Festschrift für Egmont Zechlim,* Verlag Hans-Bredow-Institut: 78-108, Hamburg.

Wood, Charles H., «Equilibrium and historical-structural perspectives on migration», *International Migration Review,* 16 (n.° 2): 298-319, 1982.

Wood, Donald, *Trinidad in transition: The years after slavery,* Oxford University Press, Nueva York.

World Population Trends and Policies: 1981 Monitoring Report, Population Trends 1, United Nations Department of Social and Economic Affairs, Nueva York, 1982.

Worrall, Janet E., «Italian immigration to Peru: 1860-1914», tesis doctoral, Indiana Unversity, Bloomigton, 1972.

Young, George F. W., *The Germans in Chile: Immigration and colonization, 1849-1914,* Center for Migration Studies, Nueva York, 1974.

Zaragoza Ruvira, Gonzalo, «Enrico Malatesta y el anarquismo argentino», *Historiografía y bibliografía americanistas,* 16 (n.° 3): 401-24, 1972.

Zuccarini, Emilio, *I lavori degli Italiani nella Republica Argentina,* Compañía General de Fósforos, Buenos Aires, 1909.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Alberdi, Juan Bautista, 62.
Alessandri, Arturo, 110, 117.
Allende, Salvador, 149, 156.
Andrada e Silva, José Bonifacio de, 42.
Andrews, Reid, 116.
Arango Cano, Jesús, 137.
Arriaga, Eduardo, 166.
Atman, Ida, 26.
Bach, Robert, 178.
Barbie, Klaus, 132.
Bastos de Avila, Fernando, 94.
Batle y Ordóñez, José 117.
Bergad, Laird, 65.
Bismarck, 68.
Blumenau, Hermah N., 43.
Bolívar, Simón, 39.
Boyd-Bowman, Peter, 20, 22, 26, 28, 30.
Borah, Woodrow, 160.
Calafut, George, 75.
Caramuro, 33.
Cárdenas, Lázaro, 131.
Carlos IV, rey de España, 52.
Carlos V, rey de Alemania y I de España, 17.
Carranza, 113.
Castro, Fidel, 147, 148, 169.
Cook, Sherburne, 160.
Cornblit, Oscar, 118, 125.
Cortés Conde, 116.
Chaney, Elsa M., 145.
Chaunu, Pierre, 20.
Chaunu, Huguette, 20.
Díaz, Porfirio, 113, 153.
Eichmann, Adolf, 132.
Eiras Roel, Antonio, 30.
Elízaga, Juan C., 164.
Fernandes, Florestan, 117.
Fernando VII, rey de España, 52.
Fourier, Charles, 67.
Franco, Francisco, 130, 131.
Frei, 110.
Friede, Juan, 19.
Frondizi, 110.
Furnivall, J. S., 176.
Galíndez, Jesús de, 131.
Garibaldi, Giuseppe, 40.
Gemani, Gino, 164.
Geisel, 110.
Gerchunoff, Alberto, 67.
Goulart, 110.
Gori, Gaston, 85.
Graham, Richard, 120.
Hall, Michael, 176.
Hemingway, Ernest, 147.
Hitler, Adolf, 106, 130.
Hirsch, Maurice de, barón, 66, 124.
Humphreys, Robin, 106.
Joinville, príncipe de, 43.
Jones, Michael Daniel, 66.
Keith, 46.
Klein, Herbert, 102, 104.
Kubitschek, 110.
Lane, William, 67.
Lanusse, 110.
Laugerud, 110.
Livingston, 110.
Lonardi, 110.
López, Paula R., 124.

Lorenzoni, Julio, 57.
Lundahl, Matías, 154.
Luperón, Gregorio, 130.
Malatesta, Enrique, 108.
Matarazzo, Francisco de, 118.
Maximiliano, emperador de México, 68.
Meiggs, Henry, 46, 153.
Milmo, Patricio, 114.
Morse, Richard, 166.
Mulhall, 73, 82.
Mullins, Patrick, 114.
Mussolini, Benito, 106.
Odell, 178.
Oddone, Juan Antonio, 50.
Otte, Enrique, 18.
Paranaíba, Santana de, 35.
Pedro I, emperador de Brasil, 40, 43.
Pedro II, emperador de Brasil, 43.
Pellegrini, Carlos, 110.
Pérez de la Riva, Juan, 154.
Pérez Jiménez, Marcos, 136.
Perón, Juan Domingo, 133.
Pinochet, 110.
Pizarro, hermanos, 26.
Pizarro, Francisco, 28.
Platt, D. C. M., 106.
Preston, 178.
Ramalho, 33.
Rivadavia, Bernardino, 41, 49.
Rockett, Ian, 150.
Rosas, Juan Manuel de, 41, 50, 51.
Sarmiento, Domingo Faustino, 62.
Schraml, Lisa, 178.
Scobie, James, 118.
Smith, Adam, 173.
Socolow, Susan Migden, 29.
Solano López, Francisco, 82.
Solano López, Carlos Antonio, 82.
Stroessner, 110, 156.
Szuchman, Mark D., 102.
Trujillo, Rafael L., 130, 131, 154.
Vargas, Getulio, 127.
Vergueiro, Nicolau, 48.
Von Schäffer, George Anton, 43.
Wilkie, James W., 164.
Willems, Emilio, 106.
Wolf, Eric R., 175, 176.
Worrall, Janet, E., 108.
Zapata, 113.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Argentina, 14, 37, 40, 43, 44, 49, 62, 63, 66, 67, 71, 73, 75, 76, 79, 80, 85, 88, 89, 92, 94, 101, 102, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 121, 123, 124, 125, 127, 128, 129, 130, 132, 133, 135, 139, 149, 150, 151, 152, 153, 155, 159, 166.
África, 47, 60, 139.
Alemania, 50, 82, 130, 133.
Amazonia, 158.
América, 13, 15, 18, 19, 20, 22, 25, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 35, 48, 68, 123, 152, 177, 178.
— América Latina, 14, 15, 37, 38, 40, 41, 44, 57, 58, 59, 60, 62, 63, 64, 67, 68, 71, 73, 75, 76, 79, 80, 82, 85, 88, 90, 92, 98, 100, 101, 102, 104, 106, 107, 108, 110, 111, 112, 114, 116, 118, 120, 121, 123, 124, 130, 132, 133, 135, 137, 139, 141, 144, 145, 147, 150, 151, 152, 153, 156, 159, 161, 162, 166, 168, 169, 171, 174, 175, 176, 177, 178.
— América española, 37.
— América del Sur, 132.
— América Luso-Hispánica, 174.
Antillas, 31, 147.
— Antillas francesas, 147.
Antwerp, 75.
Apulia, 58.
Austria, 57, 76.
Aveyron, 66.
Apurímac, 159.
Aragón, 17.
Asturias, 26, 28.
Atlántico, 14, 26, 33, 57, 59, 65, 73, 90, 124, 132.
Australia, 13, 63, 67, 71.
Aymaraés, 159.
Azores, islas, 34, 35, 45.
Bahía, 33, 35, 160.
Banda Oriental, 30.
Barcelonette, valle, 66.
Belice, 146.
Bélgica, 82, 120.
Bogotá, 166.
Bolivia, 107, 132, 139, 158.
Brasil, 14, 33, 34, 35, 37, 39, 40, 42, 43, 44, 45, 48, 59, 62, 63, 64, 67, 68, 71, 75, 76, 80, 82, 85, 89, 90, 92, 94, 101, 104, 105, 106, 107, 109, 110, 111, 112, 114, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 125, 127, 128, 129, 132, 133, 135, 151, 158, 160, 166, 176.
Buenos Aires, 29, 41, 50, 51, 60, 79, 88, 106, 108, 109, 112, 114, 116, 118, 121, 124, 125, 155, 156, 162, 166, 168.
Buena Esperanza, cabo, 33.
Cáceres, 26.
Cádiz, 19.
California, 40, 109.
Canadá, 141, 152.
Canarias, Islas, 26, 31, 45, 50, 58, 80.
Cantabria, 26.
Cantón, 46.
Capitanía, 35.

Caracas, 27, 136, 154, 161.
Caribe, 30, 47, 48, 141, 145, 152, 153, 177.
— Caribe Británico, 49, 147.
Castillas, 22.
— Castilla, 17.
Cataluña, 58.
Ceará, 160.
Centroamérica, 147, 155.
Colombia, 89, 137, 157, 158.
Colonia Industrial do Sai, 67.
Congo, 132.
Copiapó, 40.
Córdoba, España, 22.
— Córdoba, Argentina, 102.
Cornwall, 44.
Costa Rica, 46, 153.
Cuba, 14, 30, 31, 37, 39, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 54, 79, 85, 94, 107, 112, 114, 147, 148, 149, 153, 154, 169, 171.
Curitiba, 105.
Chaco, 67.
Chicago, 142.
Chile, 14, 43, 68, 85, 98, 104, 105, 110, 113, 117, 118, 149, 151, 166.
China, 46, 47, 48.
Chubut, 66.
Distrito Federal de Méjico, 162, 164.
Ecuador, 89, 137.
El Dorado, 101.
El Salvador, 155.
Entre ríos, 43.
Escandinavia, 82.
España, 17, 18, 20, 26, 27, 29, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 50, 52, 53, 54, 58, 59, 62, 63, 65, 68, 75, 80, 85, 94, 130, 131.
Estados Unidos, 52, 55, 57, 59, 60, 63, 67, 68, 71, 76, 79, 80, 98, 100, 102, 104, 110, 111, 112, 113, 118, 119, 120, 121, 128, 130, 139, 141, 142, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 177.
Europa, 13, 14, 48, 55, 57, 59, 60, 65, 66, 67, 76, 79, 85, 90, 99, 100, 101, 104, 118, 123, 125, 127, 128, 130, 133, 137, 149, 150, 151, 162, 175, 177.
— Europa del Este, 59, 82.
— Europa del Norte, 82.
— Eurpa del Oeste, 135, 150, 152, 177.
Evian, 130.
Extremadura, 22, 26.
Filipinas, islas, 39.
Florida, 147, 148, 149.
Francia, 66, 123, 130, 131, 133, 147, 149.
Gales, 66.
Galicia, 19, 26, 58.
Galitzia, 59, 64.
Génova, 57, 63.
Gran Bretaña, 48, 50, 55, 82, 88, 92.
Gran Colombia, 137.
Guadalajara, 166.
Guadalupe, 145.
Guatemala, 27, 89, 155.
Guayana, 45, 46, 47, 49, 139, 147.
— Guayana inglesa, 45, 48.
— Guayana holandesa, 47, 48.
— Guayanas, 48.
Guyana, 158.
Haití, 52, 148, 153, 154.
Hispaniola, 31.
Holanda, 42.
Honduras, 146, 155.
Huancavelica, 159.
Hungría, 76.
Ibicaba, 49.
India, 33, 47.
Indias, 17, 19.
Índico, océano, 33.
Indochina, 132.
Indonesia, 47.
Inglaterra, 43, 51, 52.
Irlanda, 43, 55.
Israel, 132, 151.
Italia, 57, 58, 59, 63, 65, 73, 76, 80, 121.
Jamaica, 47, 153.
Japón, 133, 137.
Joinville, 43.
Jonestown, 139.
Jujuy, 159.
Key west, 148.
La Boca, 88.
La Dominica, isla, 146.
La Habana, 52, 79, 169.
La Española, 130.
Las Bahamas, 148, 153.
Le Havre, 73.
Líbano, 107.

Lima, 112, 166.
Lisboa, 35.
Llanquihue, 43.
Los Ángeles, 142, 144.
Luisiana, 31.
Madeira, 45, 46, 47.
Madrid, 17, 18, 22.
Magallanes, 104.
Maranhão, 34.
Marañón, 34.
Mariel, 148.
Martinica, 47.
Méjico, 27, 38, 44, 53, 66, 68, 107, 109, 113, 114, 131, 141, 144, 145, 149, 153, 155, 160, 166.
— Méjico, ciudad de, 160, 161, 162, 166.
Michoacán, 145.
Minas Gerais, 34, 35.
Minho, 34, 35.
Misiones, 89.
Monterrey, 113, 114, 166.
Montevideo, 41, 50, 51, 112, 129, 166.
Nicaragua, 155, 169.
Norteamérica, 90, 98, 105, 121, 144, 151.
Nova Friburgo, 42.
Nueva España, 30, 32.
Nueva York, 60, 131, 145, 146.
Nuevo León, 114.
Oregón, 144.
Pachuca, 44.
Panamá, 153.
Pará, 34.
Paraguay, 67, 101, 110, 130, 131, 156.
Paraná, 89, 133.
— Paraná, río, 90, 105.
París, 67.
Patagonia, 66, 156.
Península Ibérica, 174.
Pernambuco, 33, 109.
Perú, 30, 31, 46, 48, 69, 89, 107, 108, 129, 153, 158, 168.
Pigüe, 66.
Pirineos, 41.
Plata la, río, 30, 57, 65, 73, 115, 155, 156.
Polonia, 59, 79, 82, 104, 105, 112.
Portugal, 33, 34, 35, 36, 37, 59.
Provenza Alpina, 66.
Provincias Unidas del río de la Plata, 37.
Prusia, 50, 57.
Puebla, 113.
Puerto Rico, 39, 89, 119, 146, 147.
Real del Monte, 44.
Recife, 109.
Reino Unido, 147, 149.
República Dominicana, 113, 130, 131, 145, 154.
República Federal Alemana, 149.
Río Bravo, 142.
Río Grande, 142, 154.
Río Grande do Sul, 43, 44, 89, 106, 111.
Río de Janeiro, 35, 40, 42, 57, 89.
Rosario, 67.
Rotterdam, 75.
Rumanía, 79, 149.
Rusia, 57, 59, 60, 76.
Santa Catarina, 40, 43, 44, 67, 89.
Santa Fe, 62.
Santander, Colombia, 89.
Santiago de Chile, 114, 166.
Santo Domingo, 52.
Santos, 63, 80, 92, 94.
San Vicente, 33.
— San Vicente, isla, 146
São Leopoldo, 43.
São Paulo, 35, 48, 63, 65, 80, 85, 89, 90, 92, 94, 100, 102, 111, 113, 114, 116, 127, 128, 133, 162, 166.
Shangai, 46.
Sidney, 60.
Siria, 107.
Sonora, 109.
Sosúa, 130.
Suecia, 40, 149.
Sevilla, 17, 22.
Sierra Central, 159.
Sudáfrica, 13.
Sudamérica, 39, 40, 57, 73.
Suiza, 133.
Surinam, 47.
Tejas, 142.
Toledo, 22.
Trinidad, isla de, 19, 49.
Trujillo, 26.
Tucumán, 159.
Turquía, 76.
Udine, 64.
Uruguay, 30, 41, 44, 49, 50, 63, 67, 71, 79, 82, 110, 112, 114, 117, 119, 121, 123, 129, 135, 139, 149, 156.

Valdivia, 43.
Valladolid, 22.
Venecia, 64.
Venezuela, 30, 68, 132, 135, 136, 137, 149, 152, 153, 154, 161, 166.
Verapaz, 42.
Vichy, 131.
Vizcaya, 26.
Volga, 88.
Yucatán, 53.
Zaire, 132.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Aventureros y proletarios. Los emigrantes en Hispanoamérica*, de Magnus Mörner, forma parte de la Colección «América 92», que recoge temas generales de las áreas que integran las Colecciones MAPFRE 1492.

COLECCIÓN AMÉRICA 92

- La creación del Nuevo Mundo.
- El español de las dos orillas.
- La exploración del Atlántico.
- Por la senda hispana de la libertad.
- Literaturas indígenas de México.
- Relaciones económicas entre España y América hasta la independencia.
- Los judeoconversos en la España moderna.
- Los judíos en España.
- Utopía de la Nueva América.
- Quince revoluciones y algunas cosas más.
- Aventureros y proletarios. Los emigrantes en Hispanoamérica.

En preparación:

- Europa en América.
- Caudillismo en América.
- La independencia de América.
- El Tratado de Tordesillas.
- Emigración española a América.
- Portugal en el mundo.
- El Islam en España.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 003812